

ITALIA,

ENSAYO DESCRIPTIVO, ARTISTICO Y POLITICO,

POR

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO,

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE SAN FERNANDO,
Y DE LA PONTIFICIA DE SAN LUCAS DE ROMA.

PRIMERA PARTE.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.

—
1837.

ITALIA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

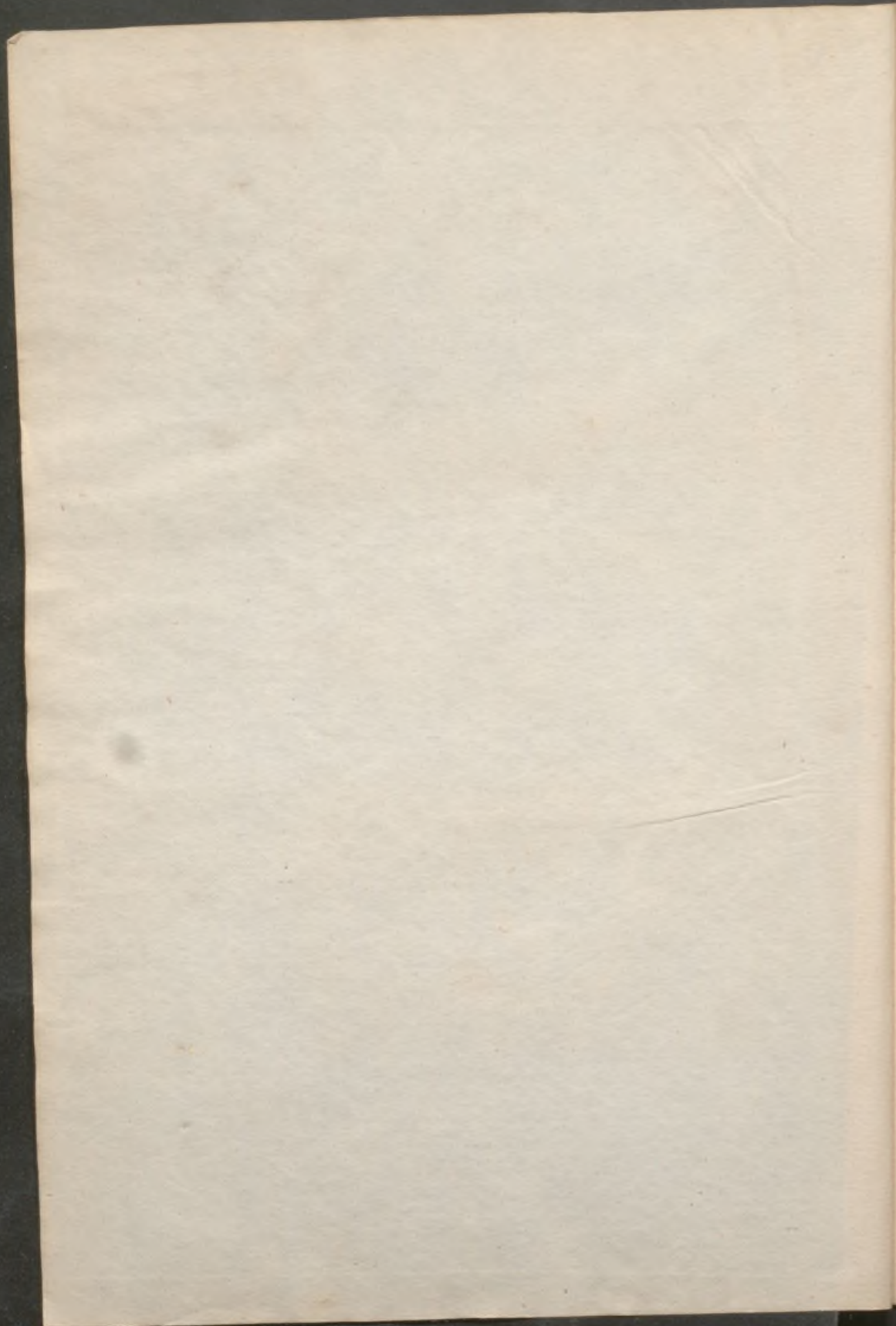
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

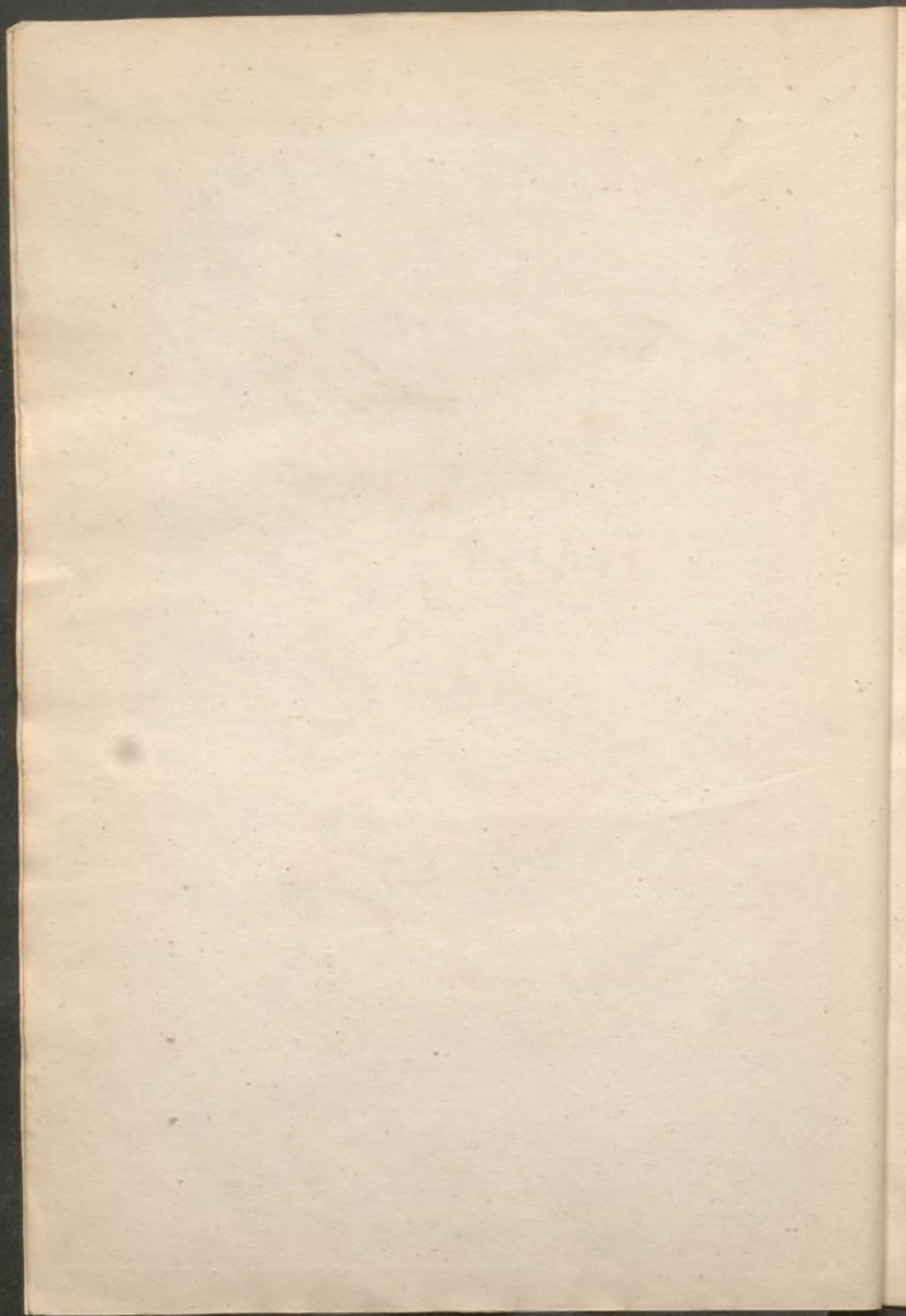
F Madrazo

N.º de la procedencia

Mad. /392



ITALIA.



ITALIA.

ALATI

ITALIA,

ENSAYO DESCRIPTIVO, ARTISTICO Y POLITICO,

POR

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO,

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE SAN FERNANDO,
Y DE LA PONTIFICIA DE SAN LUCAS DE ROMA.

PRIMERA PARTE.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.

—
1857.

ITALIA

ESSAY DESCRITTO, ARTISTICO Y POLITICO

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO

DE LAS ARTES DE LA MANUFACTURA Y DE LAS MINERAS
Y DE SU IMPORTANCIA EN EL COMERCIO

PRIMERA PARTE



MADRID
IMPRESA NACIONAL

1837

63201

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

SEÑORA:

Dois veces he visitado la Italia, y en ambas lo he hecho con el alto carácter de Embajador y Ministro de V. M.:— ¿á quién pues sino á V. M. misma deberé ofrecer como homenaje de respetuosa veneracion algunos recuerdos de mi estancia en aquel país, algunas consideraciones de las que inspira naturalmente á cualquier espíritu generoso, que se entusiasma con la belleza, y que toma interés por la suerte y la dignidad de un noble y simpático pueblo?

Dios ha hecho hermanas en sus altos designios á las dos Penínsulas meridionales de nuestra Europa occidental. El mar que baña sus costas no las separa, sino las reune: el sol brillante que vivifica sus campos, el despejado cielo que sirve á entrambas de corona, las han enlazado desde principios del mundo en análogos y correlativos destinos. Quizá fué una propia raza la que las pobló: quizá fueron idénticas sus primitivas civilizaciones. Roma, que habia de dominar al mundo, saliendo de Italia, vino á España primero que á ninguna otra parte. España á su vez se hizo más romana, se penetró más de su cultura y de sus costumbres que ninguna otra region de la tierra. El primer Cónsul no italiano que gobernó en las Siete Colinas, fué Balbo, el hijo de Cádiz: el primer Emperador extranjero al Lacio, como el mas grande de todos los Emperadores, fué Trajano, el hijo de Itálica. Cuando Ciceron y Virgilio hubieron descendido á la tumba, nadie se levantó á reemplazarlos sino Lucano y los Sénecas, altiva muestra del genio cordobés. Y tambien nació á las orillas del Bétis el insigne Teodosio, último sosten y última esperanza del vacilante imperio, que ya iban á invadir y á desbaratar las espantosas oleadas de bárbaros, empujadas por la Providencia para vengar y renovar al mundo.

Ni son menores ni ménos patentes las relaciones de los dos países en los tiempos modernos. España defendiendo contra la invasion alárabe á la cristiandad, al

catolicismo, cuya cabeza es Roma. Y apenas termina esa obra providencial en esta parte de los mares, salva el Mediterráneo y se presenta en la Península del Apennino, para no abandonarla jamás ó con su poder ó con su influjo. Los Reyes de Aragon se hacen soberanos de Cerdeña, de Sicilia y de Nápoles. Milan reconoce como sus Duques á los Monarcas de Castilla. Pavia y el Garelano son grandes nombres, son grandes páginas en nuestros anales. La bandera española se pasea durante cuatro siglos desde el Po hasta la mar de Otranto; y no deja la Italia en el de 1700 sin haber plantado ántes dos nobles ramas de la dinastía de que V. M. es hoy jefe, una bajo la sombra del Vesubio, otra en los confines de la Lombardo-Venecia.—Y entre tanto que esto sucede en el mundo político, Murillo y Velazquez recogen los grandes pinceles de Ticiano y de Rafael; y la corona artística que habia decorado al Arno y al Tiber, ennoblece tambien al humilde Manzanares y al soberbio Guadalquivir.

No es necesario hablar, ni de nombres ni de sucesos más recientes.

Permítame pues V. M. que crea interesar su ánimo con el libro que ofrezco á sus piés. Si pudiera abrigar la presuncion de haberlo escrito dignamente, ninguna duda me cabria en que fuese un oportuno tributo á la Señora que resume hoy los destinos de España, representa su gloria y augura su porvenir. Mas de cualquier modo que haya de juzgársele, digno ó ménos digno de

aprecio, V. M. debe creer que le coloco á sus plantas con la misma veneracion y con la propia lealtad con que he puesto en otras ocasiones mis sinceros consejos y mi humilde existencia.

Madrid Mayo de 1856.

SEÑORA:

A L. R. P. de V. M.

Joaquin Francisco Pacheco.

LIBRO PRIMERO.

TURIN.

SUMARIO.

PARTIDA DE MARSELLA.—EL 4.º DE MARZO DE 1855.—NIZA.—SU SITUACION.—SU HISTORIA.—VIAJE POR LA GORNISA.—GÉNOVA.—ASPECTO DE LA CIUDAD.—HISTORIA DE GÉNOVA.—SU RIVALIDAD CON TURIN.—CÓMO CONCLUYE.—LAS ARTES EN GÉNOVA.—FERRO-CARRIL Á TURIN.—TURIN.—SU DESCRIPCION.—SU DESTINO.—HISTORIA DE TURIN.—EL MINISTERIO SARDO.—EL CONDE DE CAVOUR.—RATAZZI.—EL REY VICTOR EMMANUEL.—EL PUEBLO PIAMONTÉS.—LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—SITUACION POLÍTICA DE LA CERDEÑA.—CUESTION ITALIANA.—ESPERANZAS Y DIFICULTADES.—LO QUE ES POSIBLE.—CIENCIAS, LETRAS, ARTES EN EL PIAMONTE.

I.

El 28 de Febrero de 1855, á las cinco en punto de la tarde, subiamos en medio de la *Canebière* (1) al coche de posta que nos habia de llevar desde Marsella hasta Niza.

Aunque el tiempo estaba ya admirable—casi podríamos decir una primavera,—ni el Mediterráneo

(1) La *Canebière* es la calle principal de Marsella, que termina en el puerto. Atribúyese á los marseleses el dicho de que si Paris tuviera una *Canebière* se podría parecer á Marsella.

parecia de todo punto tranquilo, como se pone en los meses de verano, ni habia pronto á zarpar en aquel momento para Italia ninguno de los hermosos vapores que seducen por su limpieza y su comodidad á los viajeros más irresolutos. La guerra de Oriente habia causado alguna perturbacion en un servicio que de ordinario es tan perfecto. Por eso me decidia yo á hacer por tierra el viaje de Génova, esperando gozar al ménos de las soberbias vistas que deberia ofrecirme un camino cortado á pico en las vertientes de los Alpes y sobre los abismos del mar.

A las cinco de la tarde en Febrero es casi de noche. Pronto, pues, nos sorprendió esta, miéntras corrimos suavemente atravesando bosques de olivos que traian á mi memoria otros olivos y otros lugares. La Provenza es la Andalucía de Francia; y un hijo de Sevilla no se encuentra de todo punto extranjero en donde saluda á cada paso el rico árbol que sombreó su cuna y que formaba la herencia de sus mayores.

Pero no me propongo describir la Provenza misma. Mi pluma debe correr sobre el papel como corria mi silla de posta el 1.º de Marzo sobre el *mac-adam*. Entónces me llamaba Italia, fin de mi viaje: ahora me llama tambien Italia, objeto de estos apuntes.

Y sin embargo, el nombre de aquel dia, 1.º de Marzo de 1855, en aquel sitio, *la costa de Provenza*, no podia ménos de inspirar sérias y solemnes meditaciones á quien no hubiese olvidado toda la historia contemporánea. Cuarenta años ántes, justos, dia por dia, hora por hora, el proscrito de la isla de Elba,

Napoleon el Grande, habia desembarcado en aquella misma playa, arrojándose de nuevo sobre el trono de San Luis, y logrando ceñirse por segunda vez la corona imperial. Aquellos olivos, aquellos cipreses, aquellas colinas, habian sido testigos de la gran aventura, preñada de tantos sucesos. Como que no se puede desconocer: tras de aquel hecho, y nacidos de aquel hecho, vinieron, no solo Waterloo y Santa Elena, sino despues Louvel en 1820, y luego las jornadas de Julio, y luego 1848, y luego en fin 1852 y la dinastía resucitada del grande hombre. Sin aquel hecho, Dios sabe cuál otro rumbo habrian llevado los destinos de Francia y de Europa.

Todo callaba empero al atravesar yo, sumido en profundas cavilaciones, aquellos célebres lugares. Las colinas, los cipreses, los olivos, estaban mudos: la modesta pirámide alzada para memoria del acontecimiento descansaba en su soledad: los campesinos del contorno se entregaban descuidadamente á sus ordinarias faenas. El hábito de ver todos los dias aquel gran teatro les hacia olvidar lo solemne de la ocasion: era menester que viniese un extranjero para sentirla y recordarla. Mas el extranjero bajaba su cabeza, y humillaba los sentimientos de su pobre orgullo ante la sublime enseñanza de tantas memorias. ¿Quién puede tenerlo, por ventura, cuándo repasa los anales de estos cuarenta años? ¿Qué fuerza se puede creer verdadera fuerza; qué razon, definitiva é inconcusa razon? ¿Quién no concibe por sus lecciones todo lo pequeño de las cosas humanas, todo lo miserable de

nuestra vanidad, todo lo fútil y leve de nuestros deseos y de nuestros cálculos?

«¿Qué se hizo el Rey D. Juan?

»Los Infantes de Aragon

»¿Qué se hicieron?»

.....

Pero la silla corria, los objetos se reemplazaban, nuevos pensamientos venian sucesivamente á desalojar á aquellos más graves pensamientos.—A la caída de la tarde dejábamos atrás á Antibes, plaza fronteziza del imperio francés: ya anocheciendo, pasábamos el Var, que es su límite, por un puente de tablas semejante aunque mucho más largo que el que habíamos atravesado en Behovia: poco despues nos deteniamos en la aduana sarda, que no nos parecia demasiado severa; y de allí á media hora bajábamos del coche en el patio de la fonda de los Extranjeros, que nos habian recomendado como una de las mejores de Niza.

Estaba en Italia por segunda vez: Italia era para mí una antigua conocida, á quien veia con gusto y saludaba con cariño.—No recelaba yo que me aguardasen en ella tantas penas de las que no consienten consuelo porque hieren en lo íntimo del corazon!

II.

Aunque Niza está situada en Italia, según nos enseñan los geógrafos, Niza no es una ciudad italiana: aunque está situada á las puertas de Francia, y ha obedecido varias veces al Gobierno francés, añadamos desde luego que tampoco es una ciudad francesa. Niza es una poblacion de treinta mil almas sin nacionalidad y sin carácter; sin bastante y continuada independencia municipal para haberse creado un ser propio; sin bastante y continuada adhesion á ningun Estado que le haya trasmitido é infundido el suyo; y á la que bastardean y confunden incesantemente los cuatro mil extranjeros, franceses, ingleses, rusos, alemanes, que se amontonan allí todos los inviernos, á fin de guarecerse de la nieve y sentir un rayo de sol.

Niza es, en una palabra, un grande *hôtel*, adonde acude el Norte para asomarse á un balcon y contemplar al Mediodía.

No busqueis, pues, en ella ni tradiciones, ni propias y singulares costumbres que ese movimiento ha borrado: no busqueis arte, que no nace ó no dura en tales circunstancias. Buscad, y los encontrareis, bellos sitios en que descansar la vista, anchas y limpias calles, agradables paseos, casas cómodas, fondas bien

repuestas y alhajadas, una lengua franca que no es la de ningún país, y un numeroso pueblo de todos los oficios y profesiones materiales, cuyos individuos se apresurarán á servirlos, á adularlos y á robarlos.

Una especie de azotea-paseo que domina grandes espacios de mar, una colina-jardín coronada por un antiguo castillejo, y centenares de lindas casas de campo que ocupan toda la falda de la cordillera á cuyo pié se guarece la ciudad, es lo que llama más la atención del viajero cuando llega á Niza, y lo que recorre ó contempla con placer en las primeras veinticuatro horas de su estancia.

El puerto es mezquino, y mediana la contratacion, que consiste en aceite y en frutas. La vida de la ciudad—ya creemos haberlo dicho—está exclusivamente fundada en el hospedaje.

En cuanto á recuerdos, lo primero que trae Niza á la memoria de cualquier español, es que en sus inmediaciones murió Garcilaso, nuestro célebre poeta, asaltando una torre, cuando las campañas de Carlos V.

Y sin embargo, Niza no está desprovista de historia, y de historia interesante.—Los *focenses* que habían fundado á Marsella, extendiéndose hácia los Alpes marítimos y la Liguria, encontraron aquella privilegiada situación, y se apresuraron á echar los fundamentos de una nueva ciudad. Era ya esta importante como punto mercantil, cuando los romanos invadieron las Galias y la sujetaron á su dominio. A poco colocaron en ella uno de sus grandes arsenales, que duró lo que la potencia del imperio de Occidente.

Caido que este fué, pasadas las irrupciones de los bárbaros, y ordenándose la moderna sociedad, el Marquesado de Niza quedó, como tantos otros, un feudo de la corona de Alemania, que se disputaron los Reyes de Francia, los Duques de Milan y los de Saboya. Aun en nuestros dias ha pertenecido á la primera: desde 1814 corresponde á estos últimos, Reyes de Cerdeña tambien, y es una de las más ricas é importantes ciudades en sus Estados de tierra firme.

Pero todo está eclipsado en Niza, volvemos á repetirlo, por la gran concurrencia de extranjeros, que buscan un clima dulce y un aire apacible que respirar, en la larga estacion de las nieves.

Yo tuve la fortuna de encontrar como Cónsul nuestro á un literato apreciable, obligado por los vaivenes de la política á encerrarse en aquel retiro prematuro, y que suspiraba por España desde su voluntario destierro; y tambien la de hallar en mi misma fonda una excelente familia cubana, á la que habia echado de París meses ántes la crudeza del temporal, y que caminaba poco á poco hácia Roma y Nápoles para ver la Semana Santa y una erupcion del Vesubio.

Si el dia anterior habia recordado tánto á mi Andalucía, al atravesar los olivares de la Provenza, en aquel tuve una emocion todavía más fuerte, por más inesperada, oyendo hablar castellano en la mesa del *hôtel* de los Extranjeros. Aun en París y en Bayona, donde es comun, no lo he oido nunca sin que se despierten en mí todos los sentimientos, todos los instin-

tos del amor de la patria. Pero allá, en Niza, en una ciudad subalterna del pié de los Alpes, nada habia más remoto de lo ordinario y de lo usual que ese encuentro con personas españolas; nada que pudiese halagar más suavemente el ánimo que esas palabras del idioma nativo, cayendo de repente sobre el corazón, en medio de lo indiferente y de lo fútil de conversaciones extranjeras.—¡Oh! quien ha dicho que «la patria consiste en la lengua que hablamos», ha dicho de seguro una expresion bien feliz y bien profunda.

III.

El tiempo se nos habia echado á perder cuando partimos de Niza. En vez de la primavera de los dias anteriores, volviamos á tener invierno y crudo invierno, con densas nieblas y con lluvias tropicales. La esperanza de hallar puntos de vista, ó pintorescos ó sublimes, en el camino de Génova, se desvanecia, pues, como una ilusion.

Perdida esa ventaja, no le quedaba á la *Cornisa* más que sus peligros, ó por lo ménos sus temores.

En efecto, correr leguas y leguas, rodeados de tal neblina que apenas distinguíamos el delantero de nuestro coche propio, y saber que íbamos corriendo encima del mar, por el borde de un abismo, sin un

pretil siquiera que nos defendiese, temiendo siempre encontrar con otro carruaje, temiendo siempre el menor espanto de un caballo, el menor descuido de un postillon, porque la consecuencia no podria ménos de ser una caída en ese mar, en ese abismo; todo ello produce en cualquiera, por más que tenga serenidad y aun arrojo, una tension de ánimo que incomoda, que fatiga, que llega á rendir al cabo de algunas horas con su malestar, continuo é insoportable.

Nunca he comprendido tan bien la exclamacion de Ajax en la Iliada, que pedia luz á los dioses aunque hubieran de combatir en su contra, como cuando he corrido á oscuras, durante un dia entero, por el camino que une á Niza con Génova.

Y no era aún solo la oscuridad lo que habia de contrariarnos en aquel dia. Henchidos con la lluvia, bajaban como rios caudalosos los torrentes de los Alpes; y el camino que seguíamos, aunque bien trazado, aunque construido con inteligencia y solidez, parece hasta ahora de muchos de los puentes que le son precisos. Por seis ú ocho veces vadeamos las aguas, y alguna con no poco riesgo, con no poco trabajo. Gracias á la costumbre de caballos y de postillones, no nos vimos arrastrados por ellas: gracias á que la lluvia habia comenzado en los montes aquel dia mismo, no nos vimos obligados á detenernos ó á volver atrás delante de algun torrente.

Muchos pueblos, de ellos varios considerables, atravesamos en aquella costa, que es rica y animada. De ninguno puedo dar razon. Solo me ha quedado él

recuerdo de que pocas veces he viajado veintiseis ó veintiocho horas con más incomodidad moral ni con mayor disgusto.

IV.

El aspecto de Génova no es tan bello ni tan grandioso cuando se llega por tierra como cuando se llega por mar. Su vista desde el golfo, y despues desde el puerto, es una de las más hermosas del Mediterráneo, aun sin olvidar, segun dicen, á Nápoles ni á Constantinopla.

Aquel anfiteatro, que comienza en la rada, en los muelles, en los buques; que se eleva en ancha gradiería de mármoles y flores, de palacios y de jardines; que corona las redondas cimas del Apenino, y las angulosas líneas de fortificación que las cruzan, no deja nada que desear á la imaginacion del viajero, cuando se contempla suavemente circundado de tanta belleza y tanta luz, despues de los afanes de la travesía y de las tristes soledades del Océano.

Llegándose por tierra no hay esa impresion, no hay esa vista. El camino se adelanta por la falda del monte, cortando ó bordeando colinas, y sin ofrecer ningun accidente que no sea comun. La ciudad no se descubre en su conjunto: el anfiteatro no aparece: se

entra en el recinto de Génova sin haber podido contemplarla. Lo único que se abarca es el puerto; mas el puerto desde su propia orilla, en lo interior del panorama, y no gozando de su hermosura imponderable.

Si vais pues á Génova, y deseais gozar de ella, llegad por mar, ó salíos cuando ménos á la mar.

Dentro de sus muros, Génova es otra cosa. Tiene tambien su belleza, su majestad, su esplendor; pero belleza con lunares; pero majestad abigarrada de harapos; pero esplendor matizado con sombras, y sombras bien negras. Tambien en esto se parece á casi todas las ciudades vistosas que se levantan soberbiamente á la orilla de los mares; á Lisboa, á Nápoles, á Bizancio. Solamente Cádiz es tan linda de cerca como de léjos, dentro de su recinto como al verla surgir entre las ondas: solamente Cádiz realiza en un todo la fábula de Vénus que nace de las espumas.

Génova es, por lo general, una aglomeracion, un laberinto de angostas calles con altísimas casas, cortado de trecho en trecho, y á lo largo de la mar, por algunas otras calles hermosas compuestas de palacios de mármol.

Por supuesto, nada hay aquí que nos recuerde á Francia. Si con algo de este lado de Europa tienen relacion las casas y las calles de Génova, así como el aspecto de los genoveses, es con los pueblos y con los habitantes del Mediodía de España, con las calles y casas de Cádiz, con el carácter y el aire de los gaditanos.

Las casas tienen patio y escalera interior: los hom-

bres son, por donde quiera, decidores y alegres: las mujeres del pueblo, aun de las familias acomodadas, llevan mantilla, en vez del sombrero inglés ó de la cófia francesa. Solo que aquí la mantilla es blanca entre las de una clase algo pudiente, y de indiana con grandes floronés, á manera de colchas, entre las de los menestrales y jornaleros.

Si añadís á esto el aire abierto y comunicativo de cuantos encontrais, mujeres y hombres, las conversaciones y los corros en medio de las plazas y á las puertas de las iglesias, los puestos para vender de todo en las calles mismas, el murmullo general que percibís, los ojos negros que os acechan bajo esas mantillas blancas como la nieve, y aún los propios limpia-botas que os llaman y os persiguen delante de los cafés y bajo los peristilos de los teatros; claramente conoceréis que habeis vuelto la espalda al Norte, que os hallais en un país de todo punto meridional, y que los Alpes marítimos que habeis costeadado han sido una prolongacion de Sierra-Morena, y el puerto de Génova es una segunda parte de la bahía de Cádiz.

Verdad es tambien que entre Cádiz y Génova ha habido por siglos muy continuadas y muy íntimas relaciones, y que uno y otro pueblo se hermanaron por su comunicacion tanto como uno y otro clima por su semejanza.—El dialecto genovés es lo que no puede tener analogía con el andaluz; pero á fin de acercarse en algo á los de España, se parece más al catalan que ningun otro de los dialectos italianos.

V.

Recordemos un poco la historia de Génova, y veamos cómo ha venido á ser lo que es.

En los tiempos mas remotos á que alcanzan nuestras noticias, los *ligures* eran un pueblo que ocupó aquella parte marítima de la Galia, aunque tal vez no era galo él propio. Una de sus principales ciudades lo fué desde luego Génova, *Genua*. La situacion convidaba á que se fundase allí. Notable ya á la época de la segunda Guerra Púnica, los cartagineses la destruyeron, fué reedificada por sus antiguos habitantes, y cayó en seguida bajo la dominacion de los romanos. Aun desde aquellos tiempos remotos comenzaba á gozar de la importancia mercantil que jamás le ha faltado en veinte siglos.

Saqueada por los godos, recobrada por Belisario, cayendo alternativamente en poder de los lombardos, de los Exarcas de Rávena, y aun de los sarracenos, Génova perteneció al fin al gran Estado de Cárlo-Magno, como todas las demás ciudades de Francia, de Alemania y de Italia. Constituyóse por aquel tiempo en condado dependiente ó feudal al modo de tantas otras; pero tambien en ella como en tantas otras las tradiciones del antiguo municipio rechazaron esa or-

ganización franco-germánica, é hicieron prevalecer la constitución republicana, de índole y tendencia populares.

Génova, ya libre, sometió á sus leyes toda la Liguria, y comenzó á correr un largo camino, á veces de gloria y siempre de distinción, cuando no de dicha ó de reposo.

Ni se contentaron los genoveses con dominar á lo largo de aquella costa y en la vertiente de los Apenninos: sus galeras exploraron los mares del Oriente y del Ocaso, y su estandarte se aposeñó victorioso en tantas cuantas lejanas playas. El período de las Cruzadas los saludó como rivales de Pisa y de Venecia: Córcega sometida les rindió humilde tributo: de ellos fué, hasta la ocupación por los turcos, el arrabal de Pera en Constantinopla; y presagiando por último lo que habíamos de ver en este propio tiempo, sus naves abordaron al *Quersoneso Táurico* (la Crimea), como han abordado ahora las de Inglaterra y de Francia; sus ejércitos colonizadores se asentaron en aquel remoto país, y lo que es más admirable, lo conservaron contra griegos y contra tártaros por largos siglos, aun en medio de sus interiores vicisitudes.

Pero Génova, que llenaba al mundo con su fama, que le vivificaba con su comercio, que le alimentaba con sus riquezas, (los principales banqueros por todas partes fueron genoveses), era presa dentro de sí de una inacabable anarquía, origen de continuados desastres. En sus sucesivas tormentas, fatigada á veces de la propia libertad, había llegado á darse á

soberanos extranjeros con el fin de que la gobernaran: al Emperador Enrique VII, á Roberto de Nápoles, á Carlos VI de Francia, despues al Marqués de Monferato, potencia más débil pero más próxima. La verdad es que, durante los siglos medios, así se sublevaban como se entregaban y dejaban caer los genoveses; y que necesitados por una parte de reposo, y agitados de otra por un espíritu de insubordinacion é indócil independenciam, en nada sabian fijarse que les asegurara de consuno un poco de estabilidad y un poco de libertad, dotes de gloria y condiciones de ventura.

Los Reyes de Francia entre tanto, cuyas aspiraciones sobre Italia eran permanentes, codiciaban sin descanso á Génova; como codiciaban á Nápoles, como codiciaban á Milan. Luis XII la ocupó por fin, aprovechándose de nuevas disidencias civiles, en los últimos años del décimo-quinto siglo; y semejante conquista parecía que hubiese de ser duradera, cuando sucedió sobre todo á aquel Monarca, el célebre Francisco I, tan ambicioso, tan belicoso, tan poderoso, como el mundo le conoció.

Mas Génova encerraba entónces en su seno un gran ciudadano, en quien se reunia el ódio á la dominacion extranjera, con la modestia necesaria para no tiranizar á su país despues de libertarle. Justamente se puede envanecer aquella ciudad con el nombre y con los hechos de Andrés Doria, que rompiendo el yugo francés, quiso ser tan solo, ántes de Washington, el mas ilustre de los magistrados de su patria.

Tambien España debe recordar con orgullo esos

mismos hechos; como que Doria, á más de noble genovés, fué el egregio Almirante de nuestro Emperador Carlos V.—Y de la propia suerte es un lazo insigne, una relacion gloriosa entre aquella república y la monarquía castellana, el inmortal Cristóbal Colon, hijo natural de la primera, hijo adoptivo de esta segunda, tal vez el más grande de los genoveses, y de cierto uno de los más grandes entre los españoles.

El Estado de Génova, restaurado y ordenado por Andrés Doria, subsistió con alguna más tranquilidad por cerca de tres siglos. Regíanle un senado y un presidente, que desde los antiguos tiempos se llamaba Dux, y que se mudaba cada dos años. Aristocrático hasta ciertos límites, no lo era totalmente como en Venecia, sino que estaba abierto á la influencia y al poder de las clases populares. Por eso quizá no tuvo su gobierno tanta energía; pero quizá tambien por eso no dió al mundo los escándalos de una inquisicion como la veneciana.

El descubrimiento de la América, que arrancó por algunas centurias el comercio al Mediterráneo, amenguó indispensablemente el trato y la riqueza de Génova: la consolidacion de las grandes monarquías amenguó de la propia suerte su poder. Pero ni lo uno ni lo otro se extinguieron del todo, con especialidad en el mar tirreno, y en las escalas de Levante. Fué necesario el gran cataclismo de la revolucion francesa para que poder, riquezas y comercio se hundiesen, juntamente con la nacionalidad que la gran sombra de Andrés Doria habia cobijado y protegido.

La República *una é indivisible* convirtió á Génova en un remedo suyo, con el nombre de República liguriana: el Imperio francés la convirtió en seguida en uno de sus departamentos. Pegada materialmente á él, pero no unida de corazón, se entregó á una escuadra inglesa en 1814. Quizá esperaban sus habitantes restaurar la libertad antigua, sin tener en cuenta cómo la política habia variado, y cuán otros eran los caminos por donde se llevaba la nueva Europa.

Así, todo lo que pudo salvar Génova fué su nacionalidad italiana: la ligur habia desaparecido para no volver. El Congreso de Viena la apellidó Ducado en vez de República, y la adjudicó á la casa de Saboya, que habia de reinar en Cerdeña y en el Piamonte.

VI.

Desde 1814 hasta el dia, habia llevado Génova con impaciencia, con disgusto, una reunion, una accesion, que la rebajaba á sus propios ojos. Su rivalidad con Turin era nótoria: sus relaciones con la casa de Saboya, francesa más que italiana, no se distinguian por lo cordiales. Lo sentimos en 1847, al arribar por primera vez á aquellas costas, y 1849 vino de allí á poco á demostrarlo.

Hoy ha cambiado todo, ó principia por lo ménos á cambiar. Por una parte, Génova comprende sus intereses mercantiles, y se ve con satisfacción el gran

puerto de un estado próspero: por otra, las aspiraciones á una nacionalidad mayor, italiana ó norte-italiana, ahogan los recuerdos de una existencia pequeña y parcial, que se reconoce ya como imposible.

El comercio ha vuelto, y vuelve más cada día, al Mediterráneo. Lo ha traído la colonización de la Argelia: lo ha confirmado la vía del vapor por Egipto: lo acabará de asegurar la apertura del istmo de Suez, ó por un canal ó por un camino de hierro. Esta es una nueva vida, cuyo benéfico influjo han comenzado á sentir los genoveses con la reanimación de su sangre y con la exaltación de su inteligencia. El puerto torna á llenarse de navíos: la *Loggia de' banchi* (Bolsa) rebosa de negociantes y de negocios: al lado de la aduana se han construido ya magníficos pórticos, que encerrarán en tiendas suntuosas los más ricos productos industriales del universo.

El Gobierno representativo que ha llamado á las asambleas del país á lo más notable de Génova por su nacimiento y su saber, y la aspiración italiana que ha ensanchado el horizonte para un porvenir más ó ménos próximo, pero que se mira en Génova como cierto, han contribuido asimismo á una restauración, que no se funda nunca, que no podría fundarse únicamente en adelantos materiales.

Però la gran obra para la prosperidad de aquella ciudad, y al mismo tiempo para la del Piamonte todo, lo que incorpora la antigua república en este nuevo Estado, lo que une á la propia Génova con Turin como á dos gemelos que el uno al otro se completan, es

el ferro-carril que se ha construido en estos años últimos, y por el que, estando ya á cuatro horas de distancia, se han confundido en lo moral como en lo material sus existencias respectivas. El genovés y el turinés han dejado de ser rivales para ser hermanos; y la llanura del pié de los Alpes y la costa del pié de los Apeninos se han encontrado por primera vez partes de un mismo todo, ya natural é indisoluble.

¡Cuánto de esto no sucederá tambien en España así que tengamos líneas tan bien ideadas y construidas, que comuniquen entre sí nuestros grandes centros, ajenos hoy los unos á los otros!

El resultado final es que Génova disgustada, que Génova decadente, que Génova, sombra apenas de sí misma, ántes y despues de 1814, florece en el dia con nuevo vigor y nueva luz; adelanta, espera, y se lisonjea de un porvenir afortunado que le dé toda la vida y toda la gloria posibles en las condiciones naturales al siglo décimo-nono.

VII.

Bajo el punto de vista de las artes, ofrece Génova algo á la admiracion del viajero: en arquitectura, varias iglesias y sus celebrados palacios; en pintura, ocho ó diez notables colecciones, formadas por la opulencia de los últimos siglos, y que se manifiestan

con una facilidad altamente aristocrática en otras tantas galerías.

Hay, sin embargo, que observar una cosa. En esa Italia, emporio de las artes; en esa Italia, donde tantas ciudades aun de segundo y tercer orden produjeron inmortales escuelas, y crearon la reputacion de eminentes artistas; en esa Italia, donde á más de Florencia y Roma encontramos á Venecia y á Siena, á Bolonia y á Parma, á Perugia, á Pisa y á Milan; Génova, una de sus más nobles y más orgullosas señorías, no tuvo jamás escuela artística que le fuese propia, que llevara su denominacion, ni aún recibió siquiera fama y realce de ningun gran pintor, de ningun gran escultor, de ningun gran arquitecto, que fuesen hijos suyos (1). Este es otro punto más de semejanza que ha tenido con nuestra Cádiz española. El genovés fué marinero, fué comerciante, fué corsario, fué tambien y á las veces gran señor; amó las artes y las hospedó en su casa; pero no fué artista.

Hácia el año de 1300, concluyendo el décimo-tercio y comenzando el décimo-cuarto siglo, levantó una vasta catedral *gótica*, la misma que existe y se contempla hoy. Como era rico, la revistió de mármoles griegos, trayéndolos al efecto de Paros. Pero acomodándose á una idea, á un capricho, diriamos más bien, que se hallaba extendido á la sazón en Italia,

(1) Se cuentan á la verdad algunos pintores nacidos en Génova: Ludovico Brea en el siglo xv, Juan y Lúcas Cambiaso en el siguiente, el presbítero Strozzi despues. Pero ni esto constituyó una escuela, ni ninguno de ellos puede siquiera estimarse como de segundo orden. Sus obras son desconocidas y sus nombres poco ménos.

ordenó esos mármoles en listas de colores, alternando á lo horizontal el blanco con el negro. Mal gusto, sin que quepa duda, que empequeñece y quita majestad y severidad á la obra: exagerada ostentacion de riqueza, que daña al conjunto y que echa á perder la riqueza misma.

Cabe de seguro (¿cómo no habia de haber?) la ostentacion, cabe la suntuosidad, en la arquitectura de los templos: el oro puede derramar sus brillos, el cincel puede multiplicar en ellos sus primores: no seremos nosotros quienes llevemos á mal una profusion tan justificada. Mas es necesario que al verter esa riqueza, esa profusion, esa suntuosidad, no se rompa la armonía de lo propio en que consiste, para que no resulte un todo disparatado y heterogéneo, en vez del ordenado ideal á que tiende cualquier artista digno de este nombre.

Búrgos y Toledo tienen nobilísimas catedrales. Sevilla encierra una de las más majestuosas del mundo. El mármol hubiera podido hacerlas más ricas aún; pero si el mármol se hubiese empleado en ellas como en Génova, en Siena, en Florencia, con esas listas alternadas, la majestad y hasta la riqueza propias del *gótico* habrían desmerecido por ese gusto que diríamos pueril, y de seguro valdrian mucho ménos de lo que ahora valen. No donde quiera es lugar de cualquier primor.

Después de la catedral, y aún quizá tanto como esta, es célebre y notable en Génova la iglesia de la *Anunziata*, que corresponde á un convento de padres

franciscos. Aquí la profusion del lujo es mayor todavía, y el oro y los jaspes están amontonados hasta el límite de lo posible. Pero al ménos no hay listas, esas desgraciadas listas blancas y negras; y la iglesia es por otra parte un templo griego comun, semejante á todos los templos griegos del Renacimiento que existen en el mundo, y sin aspiracion ninguna de severidad grave y solemne. No hay pues en su lindeza nada de contradictorio, nada de extravagante. Podeis aprobar ó censurar el género, del que ya hablaremos en ocasion oportuna; mas si lo admitis, con sus proporciones y con su espíritu, nada tendreis que reprochar á la iglesia propia.

La verdad es que los templos de Génova no son ni con mucho monumentos de primer orden. Muy preferibles á ellos no parecen decididamente los palacios, aun amanerados y *barrocos* como casi siempre son. Al ménos hay en éstos cláustros galerías abiertas, escaleras al aire, que respiran ostentacion y majestad. Los nobles de la república se estimaban á sí propios como reyes, y se alojaban con una suntuosidad régia. Tenian á mano el mármol, como que sus galeras llenaban el mar de Etruria y el Archipiélago; y le empleaban cual sí fuese ladrillo para edificar y revestir sus moradas.

Tal vez, repetimos, son estos palacios obras imperfectas á la ley del buen gusto; pero no se puede dudar que la mayor parte de los soberanos de Europa apénas los tienen iguales en riqueza, y de seguro no los tienen iguales en alegría.

En esos mismos palacios es en donde se encuentran las colecciones de pinturas á que hemos aludido. Ignoro si existe en Génova algun museo público del Estado ó de la ciudad; mas ciertamente no hace falta, existiendo tántos de particulares, que se franquean con tal amplitud. Tiziano y Correggio, Rubens y Van-Dick os ofrecerán por donde quiera justo motivo de embeleso. Todas las escuelas italianas y flamencas han contribuido abundantemente á esos tesoros del arte. Solo no hallareis nada ó casi nada de las escuelas españolas; porque el genio español, con excepcion de Rivera, si conocido de fama, es casi de todo punto desconocido en Italia por sus obras.

Seria muy ageno de nuestro propósito, ora el dar una lista de palacios, ora el hacer un catálogo de pinturas: no es una guia de esa Italia lo que queremos escribir. Tampoco tendrian necesidad de ello nuestros lectores, si en alguna ocasion arribasen á Génova. Allí, como en todas las ciudades de la Península, encontrarán en las fondas, en los cafés, en los oficios de diligencias, y si es necesario al volver de cada esquina, numerosos *ciceroni* que lo conocen todo, y lo muestran y explican todo por algunos francos. En aquel país tan visitado de extranjeros, ávidos de examinar y contemplar, podeis estar seguros de que no os faltarán medios para el exámen mas minucioso. Llevad dinero únicamente, porque los italianos están acostumbrados á recibirlo, y tienen gran habilidad para sacarlo.

Otra cosa, que no catálogos ni listas, debe espe-

rarse de nosotros: otra cosa debemos y nos proponemos hacer, tratando de las artes, de su índole, de su historia, de su destino. Pero de nada de esto es ocasion, hallándonos todavía en Génova: Génova, como ciudad artística, tiene una importancia verdaderamente secundaria. Llegaremos á Florencia y á Roma, y procuraremos decir lo que Florencia y Roma nos inspiren.

¶ Cuando hemos hablado en la ciudad que ahora recorreremos de edificios monumentales, no fuera justo olvidar el teatro de Carlos-Félix. Sin ser el de Nápoles ó el de Milan, sin ser como el Real de Madrid, es grande, bien colocado, bien construido, digno de su reputacion de uno de los primeros de Italia. Pero en la época en que yo le he visto estaba descuidado y súpicio, además de mal alumbrado; cosas ambas que son allí harto comunes. El teatro, que es para los italianos más parte de las costumbres que para nosotros ó aún para los franceses, es tambien ménos objeto de lujo que en Francia y en España. Por lo mismo que más indígena y más concurrido, se tiene tambien ménos esmero en sus exterioridades y en su aparato. Se va á él como á una cosa doméstica, familiar; y en él se atiende más al escenario y al palco en que uno se encuentra, que á lo que contienen las otras localidades. Cada círculo se visita, conversa entre sí, y atiende á la ópera, dejando á los otros círculos que hagan por su parte lo propio. Es más tertulia y ménos exhibicion: se piensa en el oido más que en la vista; y no sé verdaderamente si no aciertan más en haber adoptado ese sistéma.

VIII.

Habia renovado mi antiguo conocimiento con Génova, recorrido la calle Nueva, visitado la Anunziatta y la galería del palacio Balbi, asistido al teatro de Carlos-Félix, y dormido en el *hôtel Feder*. Había visto al antiguo Cónsul de España, uno de nuestros agentes de su clase en el extranjero que con más distincion han llevado el nombre nacional; y tambien al que acababa de sustituirle, y que parece llevarle con no ménos decoro. No tenia tiempo ni objeto para una detencion más larga, y debia marchar á Turin sin otra demora.

Algunos años ántes esa excursion habria sido un viaje verdadero; un viaje de cuarenta á cincuenta leguas de posta, con el paso del Apenino, que no era ciertamente ninguna sala. Ahora teníamos un ferrocarril que en cuatro horas ó poco más nos condujese de uno á otro punto, y esto con todas las comodidades de un verdadero paseo.

No soy yo de los que solo encuentran en el camino de hierro cosas que admiren y que entusiasmen. Aparte sus peligros, que algunos son, y ningun-

no de ellos *venial*, el mundo se ha empequeñecido por él, y se van suprimiendo del todo el interés y los placeres del viaje antiguo. Ni se ve ya, ni se aprende, ni se goza, caminando. Mas para el adelanto material, para el arribo pronto y cómodo, el vapor es indudablemente la primera de las invenciones.

Si, por otra parte, mi marcha de Génova á Turin, habia de haber sido como la de Niza á Génova, razon tenia de seguro para bendecir á ese vapor, que sin quitarme vistas me daba comodidad y suprimia casi la distancia. Desde la ribera del mar hasta las orillas del Po, bien se puede llegar en un sueño.

Y luego, este ferro-carril presenta al que viaja largo asunto de admiracion, como al hombre de ciencia no ménos ámplio propósito de estudio. Atraviesa uno de los terrenos más desiguales y montuosos de Europa; y está construido con una solidez, á la par que con una elegancia, verdaderamente monumentales.

Cuando se considera donde está Génova situada, el inmenso muro que á plomo se levanta sobre ella, la anchura de esa propia faja de montes que la ciñe, el desnivel, por último, que se advierte entre la parte meridional y la septentrional de la cordillera, entre la playa del golfo y los llanos de la Italia superior: cuando á pesar de todo se ve intentado y realizado este camino, allanadas tantas dificultades, vencidos tales obstáculos, llevada á efecto por una via férrea la union de Génova y Turin; no puede ménos de reconocerse y proclamarse todo el poder de la moderna

ciencia, todo el adelanto de la moderna industria, de las cuales es este mismo camino una de las más espléndidas coronas.

Al principio costea la falda del monte, busca sus quebraduras, y se adelanta por sus estrechos valles. Serpea al borde de los torrentes, y gira como las aguas, á las que ha dado salida la naturaleza. Mas llega un caso en que esto no es ya posible, y tiene que lanzarse en las entrañas de las rocas, para encontrar al otro lado de sus cimas ámbito y espacio. Me parece que fueron once *túneles* los que sucesivamente conté. Pero no es el número solo, es su longitud lo que sorprende y espanta: en uno de ellos se emplean, contados por relój, ocho minutos. Y no es tampoco esa extraordinaria longitud lo único que allí se vence; es asimismo el desnivel de que ántes hemos hablado, y que se reúne y combina con ella para hacerla más grave y pavorosa. No son puramente dos planicies, dos regiones, son dos niveles como dos climas lo que enlazan esos subterráneos.

Era el 5 de Marzo de 1855. Habíamos tenido en Génova un tiempo de primavera el día anterior, y con un sol y una brisa de primavera habíamos salido aquella mañana. Los valles del Apenino exhalaban el perfume de las flores: la vertiente de sus colinas estaba cubierta de una vegetación frondosa: el aire que respirábamos era templado y apacible. Nada había naturalmente más léjos de la imaginación que el invierno con su manto de rigores: entrados en una brillante aurora de vida, ni ocurría ya siquiera que pu-

diésemos volver á la noche de la muerte. Bajo este sentimiento corrimos por aquellos deliciosos lugares, y nos sumergiamos en los *túneles* á que hemos hecho referencia.

Mas al salir de ellos, cuán otro y cuán diferente era el espectáculo! Desembocábamos en una planicie nevada, como una sábana inmensa que se dilatase hasta muy lejanos horizontes. Por las ventanas del *waggon* nos sentiamos azotar de un viento tan frio como sutil. Ni una flor, ni una hoja se descubrian en aquellos campos: los árboles estaban desnudos, los pájaros sin albergue no hacian oír sus melodiosos sonos. La tierra esperaba aún, y parecia esperar por mucho tiempo, el principio vivificador que quince minutos atrás habiamos dejado tan rico y abundante.

Estaba vencido el muro de la cordillera, y el obstáculo del desnivel sobrepujado: nos encontrábamos, en fin, en la gran mesa del Piamonte. A la par concluian las grandes obras, terminaban las sorpresas, y nos reduciamos á las condiciones ordinarias de un ferro-carril comun.

Yo no conozco los secretos de la ciencia. Pero cuando la he mirado dominar esas dificultades y realizar esos prodigios, he aplaudido con calor sus triunfos y no he puesto en duda ninguna de sus esperanzas.—Los que pronuncian á cada paso en nuestro país la palabra *imposible*, vengán al Piamonte y comprenderán todo lo que puede hacerse con voluntad y con inteligencia, esto es, con espíritu público y con buen Gobierno.

IX.

Aunque envuelto en un sudario de nieve, según queda dicho ántes, el país que atravesábamos era poblado y rico. No habia tierras vacías ni incultas: árboles desnudos, pero al fin árboles, y casas de campo se sucedian por leguas sin interrupcion. Hallábamos aldeas á cada momento: de tiempo en tiempo nos ofrecia el Piamonte algunas de sus conocidas ciudades. Vimos á Novi, célebre por sus sedas; á Alejandría, la gran plaza fuerte de los Estados sardos; á Astí, la patria de Alfieri, el gran poeta trágico de Italia; á Moncalieri, donde la familia Real posee bellos palacios y suntuosos jardines.

Pero todo esto lo veíamos como se ve desde un camino de hierro, á manera de panorama, sin descansar el ánimo, pasando de corrida para descubrir en el instante mismo otra cosa.—Creo haberlo dicho: el ferrocarril no sirve sino para llegar.

Entre tanto nos íbamos acercando á Turin. Los árboles se multiplicaban. Las casas de campo se hacian mas comunes. Comenzaban á dibujarse nuevas montañas en el horizonte. Eran los Alpes, que asomaban ya gigantescos, cubiertos de su nieve eterna, límite y

barrera de Italia. Al pié de ellos, al parecer, pero realmente algunas leguas mas acá, debía abrírnos sus puertas esa misma Turin, la ciudad coronada de la casa de Saboya.

Momentos despues descendiamos del coche en el embarcadero, y yo me encontraba en los brazos de dos íntimos amigos míos, el Ministro y el Secretario de la legacion de España.

X.

La ciudad de Turin que se presenta al viajero, es una poblacion completamente nueva. Os dirán los eruditos que tiene historia, y encontrareis en su ámbito algun raro edificio que ostente apariencia secular; pero fuera de él, y por el aspecto comun, bien podria pensarse que la capital del Piamonte no lleva ochenta años de fundada. Ni las casas, ni las calles, ni la planta, ni los pormenores, nada os dará la idea de un pueblo antiguo.

Las calles, anchas, limpias, bien empedradas, se cortan en ángulos rectos. Las casas son de un exterior regular y uniforme, con un aire comun de bienestar si no de riqueza. Delante de estas, y á lo largo de la mayor parte de aquellas, se dilatan espaciosos

pórticos. Las plazas son extensas y desahogadas. Los paseos interiores y exteriores, agradables y bien ordenados.

No hay muchedumbre de palacios como en otras ciudades de Italia; pero tampoco hay casuchas miserables. No da en los ojos la ostentación del gran lujo; pero tampoco los ofende el repugnante espectáculo de la indigencia. La ciudad material corresponde con el estado social de sus habitantes: es el emblema de un pueblo morigerado, laborioso, donde no se encuentran ni pobreza ni fabulosos caudales, donde son comunes sin excepción los hábitos del trabajo y la regularidad de una vida templada y decente.

Quizá se nota muy luego un poco de monotonía en ese aspecto público, y quizá la haya también en el carácter y en las costumbres de los moradores de esta ciudad.

Si el sistema representativo moderno es la gobernación de las clases medias, ningún pueblo de Europa puede disputar á Turin su adecuada conformidad para ese propósito: porque ningún pueblo de Europa, ni material ni moralmente, es tan por completo *clase media* como el de Turin, en cuanto comprende y abarca su recinto.

No es decir esto que falten de todo punto ni familias aristocráticas, ni monumentos y obras de arte. Pero así como la aristocracia piemontesa no es numerosa ni rica, así también las obras y monumentos de la ciudad carecen de ese sello que en otras de Italia los eleva y los distingue. Hay ciertamente tres ó

cuatro palacios; hay templos dignos de toda devocion; hay un teatro grande y cómodo; hay buenos puentes sobre los dos rios, el Po y el Dora; hay por último estátuas ecuestres en medio de las plazas. No sé sin embargo qué es lo que encuentro en todas esas obras, aun en los palacios mismos, que les dan un carácter por decirlo así plebeyo, *bourgeois*: no sé si es la antigüedad que les falta, no sé si es el cuadro que los encierra, lo que los despoja del aire y el aspecto noble que por su índole podrian tener, y que tienen de ordinario en las demas capitales de la Península.

Exceptuamos de buen grado el palacio ó castillo de *Madama*, bella construccion del décimo-tercio siglo, aunque restaurada y completada por el Renacimiento, que ha grabado sus líneas y proporciones en alguno de sus frentes. Este palacio recuerda en verdad tiempos y sentimientos antiguos; y colocado como se ve en medio de una anchurosa plaza, la comunica un carácter extraño á lo restante de la poblacion. Fué construido en su dia para morada y defensa de los soberanos; mas abandonado desde mucho hace por ellos, hospeda hoy á la Cámara senatorial del Estatuto, y contiene tambien una notable galería de cuadros, donde á la par de venecianos y flamencos, se admira alguna vírgen de Rafael y algun retrato que bien ó mal atribuyen á Velazquez.

Es empero la verdad, y reconocida verdad, que á pesar de ese antiguo palacio y de esa estimada coleccion, á pesar de sus monumentos religiosos y civiles, á pesar de su continuadas mejoras, que se hacen más cada

dia, é indudablemente cada día con más gusto, Turin no es un pueblo artístico, ni llama la atención siquiera como Génova, que ya vimos cuán medianamente lo es. Según hemos dicho antes, el aspecto público está aquí en completa armonía con el espíritu y las tendencias sociales; y ni el uno ni las otras han tomado hasta el momento el camino de lo ideal. Aquí no se han fundado academias sino de matemáticas, de física, de artes industriales: aquí no se han concebido otros estudios que los que contribuyen de un modo directo á la producción de la riqueza, al bienestar de los ciudadanos, á la seguridad ó al engrandecimiento de la nación.

Así, la ciudadela y la universidad entran perfectamente en la índole de este pueblo: el museo egipcio, escogido, lujoso, que pasa por el mejor del mundo, es un heterogéneo adherente, al cual solo visitan los extraños, y que los turineses suelen no conocer ni siquiera de nombre.

Dejamos indicado ya que la ciudad se aumenta de continuo. Por días se levantan nuevas manzanas y nuevas calles, al compás que se van acrecentando la importancia del reino y las esperanzas de un glorioso porvenir. Concorre también de una manera muy directa ese ferro-carril que habíamos recorrido, y que la une con Génova y con el mar. Turin á cuatro horas de la costa, Turin enlazada con su rival antigua, es casi un puerto como ella, y está en comunicación con todas las riberas del Mediterráneo, desde el estrecho de Cádiz hasta Alejandría y Constantinopla.

Quando los otros caminos en que muy activamente se trabaja estén completamente terminados; cuando el de Novara llegue á Milan, y el de Susa llegue á Lyon; Turin, gran centro, Turin en inmediatas y fáciles relaciones con todo el mundo, está llamada de cierto á ser una ciudad importantísima. Sesenta mil habitantes tenia cuando en 1814 se ordenó el nuevo reino de Cerdeña: hoy tiene ciento sesenta mil, que podrán aún duplicarse en no muchos años.

El único contratiempo que le amaga, el único suceso que podria poner un límite á su actual prosperidad, consistiria en que llegara á dilatarse la nacionalidad piamontesa, en que se cambiase en italiana ó norte-italiana, como el propio país espera y augura, y en que á consecuencia de ello el imperio de la casa de Saboya buscase otro centro, otra capital más importante. Milan podria reemplazar, reemplazaria entónces de seguro á Turin; y despojada esta de su corona, repetiria á su vez el ejemplo de Génova, tambien destituida de su antiguo soberano esplendor. Si esto sucediere, si á la vida especial piamontesa hubiese de caber el destino de la ligur, para refundirse entrambas en otra más general y más comprensiva; claro es que en ese caso no podrá quedar á Turin sino su industria, como á Génova no ha quedado sino su comercio. Pero aun los segundos puestos son nobles y dignos en los grandes Estados; y no se deberia desdeñar ninguna de aquellas ciudades de ser la Lyon ó la Marsella de la potencia subalpina.

XI.

Quedó anunciado mas arriba que Turin tiene historia, á pesar de su aspecto moderno. Debemos recordarla aquí, porque es una historia que enseña mucho, y que promete mucho.

Los *taurinos*, tribu de la ingente familia de los galos, habian fundado desde los tiempos más remotos una importante ciudad en la confluencia del Dora con el Po. Libre, próspera, poderosa, su primer contratiempo y aun su primer catástrofe datan de la invasion de Italia por las armas de Cartago. Anibal se presentó delante de ella, apénas habia atravesado los Alpes; ella no le quiso recibir como amigo; y su pronta y completa destruccion señaló una etapa más en la marcha del que habia comenzado en Sagunto, é iba á coronar en Canas su tremenda celebridad de grandeza y de horrores.

Reedificada la ciudad de los taurinos, sometida como la Galia entera á la dominacion de los romanos, llamada primero *Colonia Julia*, despues *Colonia Augusta Taurinorum*, vivió por siglos, juntamente con cuanto la rodeaba, bajo el poder del grande imperio que abrumó con su fuerza y llenó con su nombre el Asia, el Africa y la Europa.

En el sétimo siglo pertenecia Turin á los lombar-

dos, y era cabeza de una de las provincias ó condados de su reino. Aun se dice que por aquella época (602) se fundó la iglesia de San Juan Bautista, que completamente renovada, segun puede suponerse, es la catedral de hoy.

Destruído por Carlo-Magno el reino longobardo, y creada la gran potencia imperial del nuevo César, Turin perteneció á los Marqueses de Susa, señores feudales de la vertiente subalpina. Dominio de esa casa en tanto que subsistió, trasmitióse con sus demás Estados en la de Saboya, que por el siglo undécimo vino á reemplazarla; llegando á ser muy luego su residencia ó su corte en la falda meridional de los Alpes, como lo era Chambéry en la falda occidental y francesa de los mismos Estados.

Desde aquel tiempo, ya remoto, la fortuna de Turin y la de esa casa de Saboya han marchado casi siempre juntas. Y decimos casi y no siempre, porque en el siglo décimo-sexto cayó, aunque por corto espacio, con todo el Piamonte en poder de los Reyes de Francia; repitiéndose una cosa igual á fines del décimo-octavo, cuando las grandes conquistas de la República. Heredero de esta el imperio de Napoleon, conservó á Turin como cabeza de departamento y de division ó distrito militar; pero 1814 y el Congreso de Viena la volvieron á sus antiguos soberanos, á los que de nuevo restauraban, constituyendo en ella la corte de su Monarquía.

Háse dicho ya cuán decadente estaba Turin en aquella época, y tambien cómo ha crecido, cómo se

ha rejuvenecido, cómo progresa desde entónces. Los hados de la dinastía de Saboya parece que cubren y que vivifican á la ciudad: el espíritu del nuevo reino parece que se ha fijado en ella, animándola con todo su vigor.

El Piamonte, país colocado al extremo de Italia, ya al pié de los Alpes, y unido hace seis siglos con la Saboya, territorio francés, casi no tenia de italiano sino la mera consideracion geográfica. Poco, muy poco lo era verdaderamente allí, ora en las costumbres, ora en las tradiciones, ménos en las aspiraciones todavía. Y Turin sobre todo, córte de ese país, pobre, pequeña, echada contra la cordillera propia, quizá era ménos italiana que francesa. Más diversidad habia entre ella y Roma, entre sus hábitos y los de Roma, que entre ella y Lyon, ó entre sus hábitos y los de Lyon. Sus habitantes del pueblo hablaban un dialecto casi incomprendible para los italianos de pura raza, un *patois* parecido al de los suizos meridionales: las personas y clases cultas hablaban un francés, no muy puro de cierto, pero francés al cabo. La familia ducal habia sido, segun los tiempos, española, francesa ó alemana. Y aunque animosa y ambiciosa siempre, aunque remontando su esperanza en vuelos atrevidos para el porvenir, lo que quizá no habia pasado nunca por su idea era la creacion, la constitucion de un verdadero poder italiano, que fuese á una vez cabeza y centro de la Península. Vivía como el águila en sus montes: descubria muy lejanas las llanuras para bajar á ellas. La República de Génova y el Ducado de Milan,

Francia, España y el Imperio, eran vecinos demasiado poderosos.

Ni aun cambió esencialmente tal estado por haberse ceñido esa familia una corona Real, á consecuencia de nuestra guerra de sucesion. Sicilia, que se le dió primero, estaba muy remota: Cerdeña, que obtuvo despues, como poseida desde largo tiempo por los Reyes de Aragon y por los grandes Monarcas Españoles, era, y aun es un poco todavía, más española, catalana ó balear, que no fundamentalmente italiana.

Las conquistas de la República francesa á fines del siglo último, y en los principios del presente las veleidades de Napoleon con respecto á Italia, hé aquí lo primero que influyó en Turin para darle ese espíritu italiano de que careciera. Los piamonteses se dieron la mano con los lombardos; y encontrándose de un mismo origen, comprendieron que debian tener el mismo destino. Las nuevas ideas lucieron para todos; y las ideas, que no otra cosa, son las que viva é indisolublemente reúnen á los pueblos.

Siguió á esto 1814, y la incorporacion de Génova y la Liguria. Siguió 1821, y el ensayo constitucional abortado al mismo tiempo que el de Nápoles. Siguió, por último, el reinado de Carlos Alberto, con sus grandes propósitos, y el movimiento liberal que existe y progresa, aun á pesar de los desastres de 1849.

El movimiento liberal, única é indispensable condicion de la unidad italiana, caso de ser esta posible; como que solo por su aspiracion y su medio pueden combatirse y sofocarse las tendencias municipi-

pales, que han dividido hasta lo infinito, que han entregado á potencias extrañas aquel hermoso y desgraciado país.—Los propósitos de Cárlos Alberto; quien siguiendo, ensanchando las tradiciones de elevacion de su familia, y viendo delante de sí esa bandera no enarbolada por nadie, ó al ménos por nadie que pudiese hacerla triunfar, la cogió con voluntad resuelta y con enérgica mano, y llegó á aventurar y á abdicar despues por ella su misma corona.

Entónces, cuando se abrió el Parlamento sardo; cuando aquel Rey comenzó á usar la lengua de Petrarca en vez de la francesa que habia usado hasta aquel punto; cuando los hombres distinguidos de la nacion osaron mirar como posible un nuevo y extenso horizonte, entónces fué cuando Turin aspiró á la forma italiana que no poseia, y su sociedad trató de modificarse en el sentido de sus deseos.

El Conde de Cavour, hoy Presidente del Consejo de Ministros, tuvo que aprender formalmente el italiano, que no habia hablado nunca, que nunca habia pensado en hablar, para no haber de expresarse en francés en la tribuna de la Cámara.

Evidentemente la obra no está terminada todavía: los hábitos ni se pierden ni se adquieren tan pronto. La buena sociedad se comunica aún más en francés que en italiano. Pero aquel pierde y este gana. Lo oficial se convierte en usual. La trasformacion adelanta y se consume poco á poco. Cuando se está en el camino y se sigue marchando, no puede dejar de llegarse al fin.

XII.

No me era posible, como hubiera deseado, ver al Rey de Cerdeña en mi paso por su capital. Acababa el pobre de perder, sobre otras muchas desgracias, á una esposa tan bella como buena, y á la que amaba entrañablemente.—¡Cuán poco recelaba yo que de allí á algunos meses habia de oprimirme igual infortunio, igual desolacion! — Lo que me contaron entónces de sus penas, despues es, ahora, cuando lo he comprendido y lo comprendo del todo.

Pero ví á los Ministros, y comí con ellos y con el Cuerpo Diplomático en la legacion española. Mi amigo Pastor Diaz sabe hacer las cosas como lo que es; como un hombre de gran talento y de gran mundo, que maneja los negocios con tanta superioridad como desembarazo.

Entre los Ministros sardos, Cibrario tiene merecida reputacion de hombre de letras; y el veneciano Paleócapa de un entendido y celoso promovedor de obras públicas. Las bellas cuánto difíciles líneas de ferro-carril que en pocos años se han construido y siguen construyéndose bajo la direccion de este buen

anciano, le garantizan una de las más apreciables coronas, y enlazan su nombre con la prosperidad y con el porvenir de la nación.

Pero los Ministros políticos, los Ministros de gobierno, eran á la sazón como lo son todavía Cavour y Ratazzi. El primero desempeñaba los departamentos de Estado y Hacienda: este último los de Gobernación y de Justicia.

El Conde de Cavour recuerda, al momento que se le ve, en lo físico, en lo intelectual, hasta en la posición social y política que ocupa, á nuestro célebre Conde de Toreno. Gran señor liberal, como lo fué aquel otro, creyerais mirarle en su aspecto, y creyerais oírle en su palabra. La propia clase de inteligencia, clara, fácil, positiva, incisiva, sarcástica en ocasiones: la propia clase de gustos aristocráticos, combinados con las exigencias del régimen constitucional. Hasta la pasión de la cólera, que algunas veces cegaba á Toreno, oscurece también por instantes, á lo que dicen, la perspicacia del ministro sardo, y le hace cometer errores, que disculpa ó agrava—como queráis—esa circunstancia misma:

La hacienda, ordenada escrupulosamente, le debe su estado próspero: la situación difícil en política que legó al Piamonte la campaña de Novara, le debe á él, en unión con el Conde Máximo Azeglio, el no haber venido á un hundimiento, á una postración, y el prepararse aunque sea con trabajo para mejores días.

Es en resúmen el Conde de Cavour un conservador liberal, que comprende las necesidades actuales, y

que en ningun momento se ha encontrado hasta ahora inferior á ellas.

Ratazzi es á su vez un liberal con instintos gubernativos y conservadores, que ha llevado el espíritu de progreso á los negocios, sin confundirlos en sí, sin desorganizar la administracion pública. Liberalizándola en lo que podia y debia ser, mas no destruyendo la que existe en aquel reino desde la dominacion napoleónica, ha dado un ejemplo de tino y de juicio, que harian bien en imitar los que se llaman por todas partes avanzados ó progresistas, y no suelen ser en realidad en muchas más que agitadores y destructores.

El Conde de Cavour es un noble piemontés, saboyano quizá, una naturaleza del Septentrion; Ratazzi es un plebeyo italiano, una naturaleza del Mediodía. Fino, sagáz, astuto, elocuente; recordando un florentino de la Edad media; capaz de haber pensado por sí propio muchos capítulos de Maquiavelo. El uno y el otro son dignos de comprenderse por la idea y la unidad del fin, así como se completan y perfeccionan por lo variado, por lo discorde de sus dotes especiales.

Al uno y al otro los considera y los apoya el partido italiano constitucional. Al primero le aborrecen más, como es justo, los nobles reaccionarios; al segundo le improporan más los demócratas, como tambien lo es. Uno y otro son acusados por la exageracion que los apellida apóstatas y desertores, como si el estado próspero, como si la ordenada libertad del país

no ofreciesen su cabal apología, su plena y completa justificación.

Muchos hombres del talento, del patriotismo y de la energía de Ratazzi y de Cavour, deberíamos desear como Ministros en todos los países que llamamos constitucionales.

XIII.

Pero no solo es el Ministerio de Víctor Emmanuel lo que hace marchar al Piamonte con seguridad y prosperidad por la via en que le colocó Cárlos Alberto. El Ministerio más digno y más inteligente podría estrellarse en una obra imposible, si las condiciones de que estuviera rodeado no coadyuvasen, ántes bien embarazasen sus propósitos. La posibilidad de que estos se realicen, la facilidad con que se realizan, dependen de algo extraño á ese propio Ministerio, y sin cuya buena disposicion todo su mérito sería ineficaz y vano.

Ese algo lo son, el Rey por una parte, el pueblo por otra.

Cuando el gobierno constitucional consiste de hecho en el predominio de una clase entendida y opulenta, acostumbrada de antiguo al ejercicio del poder; cuando, aun sin pertenecer á esa sola clase, ha entrado

secularmente el mismo gobierno en los hábitos de la nación, formando su vida propia, y desempeñándose de un modo tradicional, regular, por vastos y ordenados partidos; entónces las cualidades personales del Monarca son á la verdad de poco valor, y sus defectos, si los tiene, de escaso ó de ningun daño para la causa pública. Un Rey niño llena el sόlio lo mismo que un Rey en la fuerza de la edad: un Rey demente no opone obstáculo ni embarazo al buen desempeño de los negocios.—Ahí están Inglaterra y su historia que justificarán lo que decimos.

Mas cuando este sistema de gobierno no se halla todavía en las costumbres tradicionales de los Estados; cuando es un ideal teórico que se aplica más bien que un hábito que naturalmente se cumple; cuando no solo su bondad sino aun su existencia están sujetas á encontradas opiniones; cuando los partidos necesarios para su marcha no han recibido la legitimación, la consagración, que solo el tiempo puede darles; en este otro caso, esa personalidad del Rey no es una cosa indiferente y valdía, y su comprensión justa del mismo sistema, y su perfecta buena fe para llevarlo á práctica segun su espíritu, son condiciones que nada puede suplir, porque su falta es el caos, es la destrucción, es el acabamiento de todo.

Los ejemplos en nuestra Europa actual no son necesarios. Se pueden ver con solo abrir los ojos y fijar la vista por cualquiera parte.

Por eso yerran tánto los que se figuran que cabe Gobierno constitucional en esos países con un trono

que le sea enemigo. Lo que puede haber y lo que hay, ya lo sabemos.

El Piamonte ha tenido la fortuna de encontrar Monarcas que conozcan su obligacion, y que deseen cumplirla. Hablamos de los dos que lleva; de Carlos Alberto y de Víctor Emmanuel. Aquel concedió la libertad; este la comprende, la respeta, y la asegura.

Haciendo imposibles los sentimientos reaccionarios, porque los priva de móvil y de centro; inspirando, como es natural, una justa confianza á todas las legítimas aspiraciones; desempeñando sin parcialidad ni bastardo interés las funciones de la soberanía; no separando jamás su causa de la causa general de la nacion, cosa tan fácil en un Rey que es perpetuo como difícil en un Ministro que es transitorio; el hijo del autor del Estatuto continúa sin interrupcion la obra de su padre, y adquiere cada dia nuevos títulos al respeto y al amor de un pueblo, que mira en él el emblema de sus destinos y la bandera de su gloria.

Liberal sin ser débil; ordenado y económico sin ser mezquino; franco y accesible sin decaer de su dignidad; atendiendo á los votos del pueblo sin buscar populachería; cuidando, estimando, fomentando su bello ejército sin que á nadie ocurra que haya de valerse de él con fines anti-nacionales, Víctor Emmanuel es un digno jefe de una noble é interesante nacion, á cuyo buen juicio es esta deudora de no pocos de sus adelantos y de no pocas de sus esperanzas.

Esa nacion, y sus partidos constitucionales, que son ella misma en la obra del Gobierno, le pagan en afecto lo que le deben en seguridad y en órden. El pueblo piamontés, que tenia hábitos de obediencia como de trabajo, que respetaba de antiguo el principio de autoridad recto allí é inteligente, no ha perdido por su nueva forma política esas provechosas disposiciones. Recibió en 1848 un sistema liberal de manos de su Monarca; y ha tenido el buen juicio de no quererlo sustituir con otro, que siendo poco más ó ménos igual en la esencia, habria incomodado y humillado al propio Monarca libertador ó á su dinastía. Encontró una administracion entendida y fuerte, cuyo origen sube al imperio francés; y la ha respetado como cosa útil, como sistema ensayado y establecido, como institucion que prestaba servicios innegables.— Se halló puesto, en una palabra, en un buen sendero; y le aceptó, y le siguió tambien de buena fe, procurando no mirar atrás, cuidando de no comprometerlo por la insana manía de explorar otros ignorados aunque fuesen seductores. Recibió, agradeció, usó lo que se le daba, tan franca y sinceramente como se le daba; y resultó de todo ello una verdadera concordia que hasta aquí ninguno ha roto, y que no parece probable que por ahora se rompa, ni aún se altere.

Así cumplen sinceramente todos con su obligacion en la esfera constitucional: así marcha sin grandes embarazos, sin sacudidas, sin peligros, aquel Gobierno, y se va arraigando en el espíritu, y en el co-

razon, y en las costumbres del país. No es decir esto que no ocurran las dificultades propias de todas las obras humanas: cuando fuésemos ángeles, quizá no podríamos aún eximirnos de sufrirlas. Mas con el elemento de nuestra debilidad y de nuestro error hay que contar siempre: bástanos, y debe satisfacernos, el que se halle reducido á las mas mínimas posibles proporciones.

Queda notado ántes—y apenas era necesario decirlo—que hay, sin duda, demócratas en los Estados Sardos; añadiremos todavía que hay enemigos de la autoridad Real, que hay republicanos por fanatismo, revolucionarios de profesion. ¿Dónde, en qué país faltan en Europa? Pero son pocos é impotentes. El pueblo subalpino, en su gran mayoría, es un pueblo de juicio y sensatez; desoye y rechaza las exageraciones; confia en su Monarca, y le mira hoy con tanto más cariño, cuanto que le ha visto muy desgraciado en su vida interior y doméstica.

Poco tiempo ántes de llegar yo á Turin habia fallecido, como queda dicho, la Reina; buena madre, excelente esposa, una mujer tan bella como santa. Cuantos fueron testigos del suceso me hablaban con admiracion del dolor y del luto verdaderamente universales que lo habian acompañado. Toda ponderacion les parecia poca para dar idea de aquella afliccion, de aquel duelo, de aquella gran lástima. El Rey y el pueblo todo, sin distincion de clases, fueron una sola familia en esa desventura: la ciudad, desde las bañas hasta los palacios, se sintió herida en lo más

íntimo de los corazones, y lloró tan desconsolada como lloraba Víctor Emmanuel.

Cuando esto sucede en un país, nada importan ni nada valen algunas docenas de descontentos.

XIV.

Con veintidos mil millas italianas de superficie entre la tierra continental y la isla de Cerdeña; con cerca de cinco millones de habitantes; con abundosos productos de vino, de aceite, de arroz, y sobre todo de seda; con soldados como los saboyanos y los piamonteses; con marineros como los ligures; con plazas como Alejandría; con puertos como Génova y Spezzia; y todo ello en medio de la Europa, en los confines de Suiza, Francia y Alemania; el Estado de que vamos hablando es una de las primeras potencias de segundo orden en esta parte del mundo, una de las que valen más al presente, una de las que están llamadas á figurar más en el porvenir.

Añádase que por su adopción franca y sincera del régimen constitucional, por el espíritu de expansión con que ha abierto sus puertas á los italianos de todos los países comprometidos en el liberalismo, por sus campañas gloriosas, aunque desgraciadas, de 1848 y 1849, el Piamonte se ha hecho centro de todas las

simpatías y de todas las esperanzas, fáciles y difíciles, posibles é imposibles de la Italia entera.

Esta grave cuestion de las esperanzas italianas es una de las que están llamadas con toda preferencia á preocupar los ánimos, á conmover quizás al mundo. La inteligencia la agita: la política no podrá eximirse de ella. Aplazarla no es acabarla; pero prejuzgar hoy su resolucion, sería indudablemente un temerario atrevimiento. Sería iludirse sin excusa el desconocer lo que la embaraza: sería impropio de hombres de Estado el nó tomar en cuenta lo que empuja á su resolucion.

Hay una gran voluntad, un gran empeño, por conseguir la unidad italiana: brota por todas partes, bulle en todas las cabezas, se enciende en todos los corazones. La policia puede comprimirlo: los Gobiernos pueden desconocerlo; porque es mucho lo que se oculta aun á los Gobiernos mas sagaces, y mucho lo que sujeta, lo que hace disfrazar la persecucion y el terror. Mas quien examina atentamente las sociedades italianas muy luego lo descubre, muy luego lo toca por donde quiera: delante de un desinteresado aquella sociedad no lo vela ni lo recata.—Ahora bien: esa resolucion unánime, esa voluntad de veinte millones de individuos, ¿quién ha de desconocer todo lo que vale, todo lo de que es capaz?

No lo desconocerá, no lo negará de cierto, quien tiene escrito en su blason como lema: «QUERER ES PODER.»

Los obstáculos, sin embargo, son, como hemos

dicho, graves y numerosos. No hablamos aquí ahora del interés del Austria, que ya se supone, pues que la unificación se había de realizar hoy á costa suya; ni del de la Francia, que se ha traído ménos al debate, y que podrá ser en un día tan invencible, si no es mas invencible que aquel otro. La Francia—bueno es notarlo—no querrá naturalmente que en su frontera de los Alpes exista una potencia de primer órden, casi tan ilustrada como ella, casi tan poderosa como ella. No la culpamos porque sea ese su interés, ni porque atienda á lo que su interés le dictare; decimos solo en lo que ese interés consiste. La Francia ha de desear, no puede ménos de desear, que las dos Penínsulas del Mediodía de Europa continúen débiles, como compuestas de varios Estados. Esto es vulgar, elemental: ni hay que demostrarlo, ni que insistir en ello más detenidamente.

Ibamos, pues, á hablar solo de dificultades íntimas, italianas: porque siendo las más duraderas, nos parecen también las más poderosas. Sobre las externas pueden influir mucho las eventualidades de la política general; estas otras se hallan ménos sometidas á sus azares, son más necesarias, son más permanentes.

Y por de contado, que no hablamos tampoco de las que han de oponer los Gobiernos mismos que hoy existen, y que no se resignarán de buen grado á desaparecer, para que se lleve á práctica una idea que ellos deben mirar como destructora y absurda. Entre los Gobiernos de Italia, algunos se encuentran evi-

dentemente á merced de los extranjeros; y 1848 ha enseñado, por otra parte, cuánta y cuán irresistible presión puede ejercer aún sobre los más fuertes la opinión pública, cuando desborda en sus juicios, y se manifiesta en enérgicas voluntades.

Nos contraemos, pues, repetimos nuevamente, á dificultades íntimas, populares, nacidas de la misma naturaleza de las cosas.

Y como primera de ellas, y como punto que merece muy seria atención, señalamos la diversidad de razas que habitan y pueblan aquel suelo, desde la cima de los Alpes hasta los extremos de la Calabria y de la Sicilia.

Vanamente se llaman todos italianos, y hablan dialectos más ó ménos parecidos de un propio idioma. La raza no es una; el origen y la procedencia son diversos; la índole puede decirse que llega á ser contraria. En las orillas del Po habitan hoy, como dos mil años há, verdaderos galos, cruzados con lombardos, con godos, con tribus de la Iliria. En las orillas del Tiber y del Arno ha permanecido casi en su pureza la razalatino-etrusca, que las habitaba desde ántes de la fundacion de Roma. Al pié del Etna y del Vesubio, en las playas de Sicilia y de Nápoles, se conserva de la misma suerte tambien casi pura é intacta la raza griega, que desde los tiempos de Troya ocupó y pobló aquel país. Las ideas, los gustos, los hábitos, todo es distinto en esas tres grandes divisiones. ¿Pensais que puedan amalgamarse y fundirse en un solo Estado tales pueblos, por el solo efecto de una voluntad, qui-

zá no bastante razonada? ¿Pensais que hecha la union por un acto de conveniencia, no la romperá muy luego el efecto natural de la historia y de la costumbre?

Podrá pensarse, podrá decirse que en varias naciones, hoy unas, han sido tambien diversas las razas que las han formado: que el breton no es idéntico al provenzal; que el vasco ó el aragonés son muy semejantes al andaluz. Todo ello es cierto, y sin embargo no nos embaraza. Si las provincias de Francia, si los reinos españoles han llegado á componer esta y aquella gran nacion, si forma un Estado el imperio de Austria y otro gran todo el de Rusia, téngase en cuenta cómo se han formado, cómo han subsistido esos cuerpos ó esas nacionalidades. No fué nunca por la mera voluntad de los pueblos; nunca sin la intervencion de una fuerza ó absorbente ó coercitiva. Es el poder absoluto quien los ha constreñido á ello: es la herencia y la conquista quienes han realizado la obra (1). Cuando no hay ni puede haber presion que una y asimile, ¿se creará que baste el impulso del deseo, para enlazar en un haz solo lo que tanto tiende á disolverse por su distinta procedencia?

Y adviértase tambien que hay algo más en este sentido que esa diferencia de raza y esa oposicion de giros y de hábitos. Hay aquí, en Italia, la tradicion

(1) Eso mismo ha sucedido en Italia la sola vez que fué una, bajo el dominio de Roma. Roma la sujetó como al mundo entero: sin esa fuerza, sin esa compresion, ni aun aquella accidental unidad (que no era solo suya sino del mundo) encontraríamos en su historia.

municipal, que en ninguna parte es más poderosa: hay la competencia de ciudades á ciudades, que en ningun rincon del mundo nos parece habia de ser más tenáz, más duradera.

Creemos haber dicho que el liberalismo combate la vida municipal, y puede llegar hasta extinguirla en lo que tiene de exclusivo é intransigente. En hora buena, pues, que con el espfritu municipal luchase y lo venciese al cabo el liberalismo; pero la rivalidad histórica y secular de importancia, la casi imposibilidad de cohesion que descubrimos entre estas y aquellas poblaciones, no alcanzamos con qué se acallara ni se venciera. Lo queremos decir, aunque con sentimiento, porque es nuestra conviccion profunda: rechaza nuestra mente un Rey de Turin ó de Milan que mande en Nápoles; un Rey de Nápoles que domine en el Piamonte ó en el territorio veneciano.

En cuanto á la capitalidad de Roma, parécenos una ilusion pura, una tradicion de colegio. Roma no debe ser sino la córte pontificia; fuera de ello, no sería sino una república municipal (1).

Mas así como sin negarla (¿quién niega hoy nada en nuestra Europa?) no juzgamos factible la completa unificacion italiana, creemos, sí, que lo es la aglomeracion de varios Estados de aquel país, y el engrandecimiento más ó ménos próximo de los que

(1) Roma no ha sido nunca capital de Italia, sino del mundo. Cuando el Imperio de Occidente quedó reducido á Italia sola, sus capitales fueron Milan ó Rávena.

tienen un gérmen de vida que los destina á ser centros y á atraer á sí los de su órbita. Hay algunos que probablemente deben acabar: hay otros que tienen todas las señales, primero de duracion y despues de absorcion, para robustecerse y engrandecerse con sus colindantes.

¿Necesitamos decir que uno de estos, de los destinados á crecer y convertirse en potencias poderosas, lo es á nuestro juicio la Monarquía constitucional asentada sobre el Po, y que descansa en los Alpes y en el golfo de Génova?

Cuándo se verificará, Dios solamente lo sabe. Estuvo á punto de suceder en 1848, al tiempo de la sacudida general de Europa. Muchas causas, muchas personas contribuyeron á que no sucediese; y no hay necesidad de discutir en este momento de quién ó de quiénes fué la mayor culpa. Pero siempre que los acontecimientos son naturales y están preparados, una ocasion que se pierde es una dilacion no más, y no una frustracion de los destinos.

Dejaremos de hablar, por inútil, de lo efímera que puede ser la existencia de algunos pequeños ducados, resto tan solo de la política feudal ó familiar de otras edades, inconcebibles ó sin razon en la política del siglo presente. Esto no es menester decirlo: toda inteligencia lo adivina, toda prevision lo descubre y lo alcanza. Cosas mas importantes son las que nos deben preocupar. De otra Potencia más grande, más respetable, más necesaria á la vez para la tranquilidad europea, es de la que queremos escribir algunas po-

cas líneas. Podemos fácilmente hacerlo, no solo con imparcialidad, sino aun con benevolencia.

El Austria posee una gran parte de la region septentrional italiana, ya heredada, como Milan, de su antiguo imperio, ya adquirida, como Venecia, en las convulsiones con que comenzó este siglo. El Austria ha guardado este lote con pasion, le ha defendido con energía, no quiso hace cuarenta años ni aun oír hablar de su permuta. Sin embargo, no sé yo si llegará un dia en que le acomode permutarlo y cederlo, cambiando el Po por el bajo Danubio: no sé yo, no quiero examinar tampoco, si una guerra general podria obligarla á que lo cediese. Ambas hipótesis, empero, no son imposibles, no son absurdas: entre esa parte y lo demás de su territorio la cohesion no es tan íntima que no pueda verificarse un dislocamiento. Pues bien: lo que decimos en el instante actual es que la adhesion, la union de esos Estados, y de algo más que esos Estados, con el Piamonte, no ofrece dificultad alguna de las que ántes quedan mencionadas; que todo la va preparando, la va acercando; y que siendo ello así, difícil ha de ser que no ocurra algo, en algun dia, que la determine y la efectúe.

Aquí no hay diversidad de razas: aquí, fuera de Génova y Venecia, donde ya se van perdiendo, no hay grandes tradiciones municipales: aquí no existe la contradiccion de hábitos y de espíritu: aquí no surgirian competencias de capitalidad, de esas que imposibilitan toda resolucion. Las provincias piamontesas podrian adherirse á las lombardas: las

lombardas pueden adherirse tambien á las piamontesas.

Mas el Piamonte no se ha de extinguir, reuniéndose sus elementos al imperio austriaco. Ni lo quiere su pueblo; ni lo consentirian Francia y Europa; ni lo puede desear el Austria misma, por más paradójica que sea esta proposicion. Estará en los intereses del Austria el dominar en Italia, pero no el tener suyo mayor territorio italiano. Ese sería el camino para perderlo más fácilmente, porque crearia una unidad más extensa y poderosa aunque fuese súbdita.

Ahora bien: si el Piamonte no se ha de reunir al Austria, los Estados austro-italianos, una gran parte por lo ménos de ellos, se han de unir en su dia al Piamonte, necesariamente, sin que los ejércitos lo eviten, sin que lo impida la diplomacia. Los ejércitos se resignarán, y la diplomacia lo sancionará, como sanciona al cabo todo lo que es forzoso.

¡Cuándo!—Volvemos á decir que es el secreto de Dios.

Y añadimos todavía más; queremos decirlo todo, si lo hemos dejado entrever ántes: hablando sin interés, como sin pasiones, no hay inconveniente en declarar por completo nuestra idea.—Podrá llegar un dia en que sea el Austria propia quien reporte ventajas de esa union, quien la desee, quien la promueva, quien la facilite. Se conciben por el sentido político tales posibles circunstancias, en que el Austria quiera tener al Sur de los Alpes una potencia que verdaderamente sea tal: en que quiera ver entre ella y el

imperio de los franceses algo más que al Rey de Génova y Turin: en que ceda de buena gana para ese propósito sus plazas del Adige y sus costas del Adriático italiano. El Austria, ya lo hemos dicho, puede extenderse más por el Danubio y cambiar por sus bocas las del Po.

Pero no insistimos en esto, y abandonamos esa idea á sí propia y á su fortuna. La union de que venimos hablando no ha de ser únicamente posible en tal hipótesis. Que ella se dispone, que ella se acerca, es para nosotros cierto, casi como la fe; claro, tanto como la luz. Un dia ú otro dia, por un motivo ú otro motivo, el reino de los Alpes está llamado á ser más, mucho más que en el dia de hoy. Cuando llegue desde Niza hasta Rávena, y además de Génova y Alejandría comprenda y se apoye en Mántua y en Verona, aunque haya perdido la Saboya, provincia francesa; aquel Estado, con cuarenta mil millas cuadradas y con doce millones de habitantes, será un reino de primer orden, tan estable, tan necesario, tan poderoso como lo es la Prusia actual. Su Rey no será el Rey de Italia, pero será la Potencia de Italia.

XV.

No hemos hablado de letras en toda esta seccion de la Italia septentrional. Es que las letras han sido aquí poco más afortunadas, si más afortunadas que

las artes. Para todo ello es necesario adelantarse en la Península.

Silvio Pellico era piamontés, de Susa, pero vivió en Milan. Azeglio vive en el día en Turin como un eminente hombre político, mas creemos que sea de nacimiento lombardo. Gioberti, Ministro de Carlos Alberto, gozó de gran reputacion política y filosófica, pero no literaria. Manzoni es milanés. Tan solo Alfieri ha sido, á nuestro juicio, el gran lucero de aquel horizonte; y sin embargo, vivió en Francia y en Roma, y murió en Florencia. Verdad es que como poeta y como trágico, Alfieri, aun ausente, vale por muchos.

Las verdaderas artes y letras de Turin son las ciencias, como las de Génova el comercio. No lo han tenido hasta ahora todo; mas dejadlos, que todo vendrá. El espíritu de Alfieri renacerá en una atmósfera libre: *Oreste*, *Bruto primo*, *Myrra*, podrán contar dignos sucesores. Ya tienen la elocuencia de la tribuna y de los negocios: ya hemos podido ver en Roma un cuadro de los funerales de Tiziano, que revelaba un eminente artista; y era el nombre de un turinés, *Gamba*, el que á su pié leíamos escrito.

El arte moderno, que no es de origen municipal, vendrá, decimos, nuevamente como consecuencia del grande Estado. Aun si este llegase á comprender la Venecia, la Lombardía, Parma y Bolonia, no será aquel de seguro sino la continuacion de antiguas escuelas bien renombradas y bien insignes.

LIBRO SEGUNDO.

FLORENCIA.

SUMARIO.

VUELTA DE TURIN.—LIORNA.—SU HISTORIA.—PISA.—CARÁCTER DE ESTA CIUDAD.—LA CATEDRAL.—EL BAPTISTERIO.—LA TORRE INCLINADA.—EL CAMPO SANTO.—SANTA MARÍA DELLA SPINA.—HISTORIA DE PISA: SU GRANDEZA Y SU DECADENCIA.—FLORENCIA.—SU SITUACION: SU HISTORIA.—SU ASPECTO Y SU CARÁCTER.—LA PLAZA DEL PALACIO VIEJO.—PASION POR EL ARTE.—LA CATEDRAL.—EL ARTE BIZANTINO Y EL ARTE GÓTICO.—EL ARTE ANTIGUO Y EL CRISTIANISMO.—CÓMO MURIÓ AQUEL.—CÓMO NACIÓ EL BIZANTINO.—CÓMO NACIÓ EL GÓTICO.—POR QUÉ REGHAZÓ ITALIA Á ESTE ÚLTIMO.—EL PAGANISMO CONSERVADO EN ELLA MÁS QUE EN NINGUNA OTRA REGION DE EUROPA.—EXÁMEN DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA.—EL BAPTISTERIO: SUS PUERTAS.—LA CAPILLA DUCAL.—SANTA CRUZ Y SUS SEPULCROS.—LOS PALACIOS DE FLORENCIA.—LA ESCULTURA.—CÓMO ES LA MÁS PAGANA DE LAS ARTES.—PROSCRITA POR EL CRISTIANISMO.—LA ESCULTURA EN LA EDAD MEDIA.—REVOLUCION LLAMADA EL RENACIMIENTO.—QUÉ FUÉ EN REALIDAD.—DEL RENACIMIENTO EN LA ESCULTURA.—CULTO DE LA FORMA.—MIGUEL ÁNGEL, Y SU INFLUJO.—COMPARACION DE LA ESCULTURA NEO-CLÁSICA CON LA ESCULTURA GRIEGA.—NECESARIA INFERIORIDAD DE LOS MODERNOS.—DE LA PINTURA: LA PINTURA EN LA EDAD MEDIA.—GIOTTO.—LEONARDO DE VINCI: ANDRÉS DEL SARTO.—LA PINTURA DESPUÉS DE LOS GRANDES MAESTROS.—CÓMO NO SE HA EXTINGUIDO EL ARTE EN FLORENCIA.—LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS EN LA TOSCANA.

I.

El 8 de Marzo volvia de Turin á Génova por el mismo camino de hierro que algunos dias ántes me llevara á aquella capital; y en la propia noche debia-

mos embarcarnos en el *Capri*, vapor napolitano, que partía para Liorna. El viaje de Niza me había curado de caminar en coche mientras durase aquella estación, y con especialidad por vías provinciales ó secundarias.

Además de esto el *Capri* gozaba y goza de una reputación merecida: el capitán *Consiglio*, que lo mandaba, era tenido cabalmente por uno de los más agradables y urbanos capitanes de la carrera. Y la verdad es que sus buenas dotes sobrepujaban todavía á su opinión: yo he hecho con él, no solo aquel viaje, sino también el de mi retorno á los siete meses, de Civita-Vecchia á Marsella, y no tengo bastantes palabras con que encomiar su esmero y sus cuidados.

A las nueve de la noche zarpaba de Génova el *Capri*, y á las seis de la mañana estábamos delante del puerto de Liorna. En ocho horas, sin gran esfuerzo de máquinas, habíamos salido del golfo y entrado plenamente en el mar tirreno. No era ya la costa sarda, era la toscana la que teníamos á la vista.

Al contrario que Génova, Liorna no ofrece nada notable desde el mar. Está situada en una playa baja, que no consiente ni anfiteatro ni perspectiva alguna. Nada de bello, nada de poético, mucho ménos aún de sorprendente. Grandes muelles que avanzan dentro de las olas, y que forman un puerto cómodo y seguro: después, brazos de mar, canales, que se introducen en tierra, hasta llenar una parte de la ciudad misma.

Liorna es comercio, y comercio, y comercio.

Aquella mañana, al amanecer, habia encontrado en el *Capri* una familia español-americana, que venia de Marsella, y que pasaba á Florencia, á Roma y á Nápoles. Unido con ella desembarqué, deseando no solo renovar mi conocimiento con Liorna, que databa de 1847, sino ver asimismo á Pisa, que en aquella ocasion no habia visitado. Teniamos tiempo para lo uno y lo otro; como que el vapor no debia partir hasta las cinco de la tarde, y á Pisa se llega cómodamente por camino de hierro en el espacio de media hora.

II.

La historia de Liorna, aunque ménos brillante que la de otras muchas ciudades de Italia, no deja sin embargo de tener su interés.

Ya en tiempo de la República romana existia una poblacion inmediata al puerto pisano, la cual llevaba el nombre de *Labronis*. Que de allí se haya derivado Liorna (*Livorno*), que de sus restos haya nacido la ciudad nueva, es cosa que nadie pone en duda, y que en efecto, vistas la situacion y las palabras, no puede racionalmente dudarse.

Mas de aquel puerto romano no han quedado la menor ruina ni el menor vestigio: si, como es probable, existian en él obras de consideracion, todas des-

aparecieron al paso de los bárbaros y al desmembramiento municipal con que fué iniciada la edad media.—Lo que hoy es Liorna reduciase á poco más que una aldea dependiente de Pisa, sin comercio, sin industria, sin muros, sin importancia de ninguna clase. Pisa sí era á la sazón una rica y opulenta ciudad, que inundaba con sus galeras los mares, llevando la primacía cronológica, y aun á veces la de poder á Génova y á Venecia.

Así se llegó hasta el siglo décimo-cuarto. En esa época fué cuando la propia Pisa levantó los muros, y cavó y construyó el puerto de Liorna. Era esta una rival y una sucesora á quien daba vida. Decadente la metrópoli, la colonia, la subalterna, se alzó con su comercio y aspiró á su lugar entre las plazas del Mediterráneo.

Desde entónces Liorna ha prosperado sin tregua ni reposo. Unióse á Florencia, dióse á la casa de Médicis, y participó de su fortuna. Emporio, primero, de aquel Ducado, y después de la actual Toscana; puerto franco, abierto á todo género de mercancías; ciudad tolerante, donde siempre se han permitido todos los cultos, es el lazo de la Italia central con las costas africanas y con el Levante entero. Sobre una base latino-etrusca, hay mucho de berberisco, de griego, de judío, hasta de árabe, en su aspecto y en su existencia. Nuestros antepasados dijeron *liorna* para indicar confusión: eso prueba cuál era ya por aquellos tiempos el carácter de la ciudad de que tratamos al presente.

III.

De esa historia, de esa situación, de ese carácter moral que han hecho los siglos, se deducen el carácter y el aspecto material de la población de nuestros días.

Lo que esta ofrece de más notable al viajero que se pone á considerarla es un cuartel entero, en el que las calles son canales y en el que no se puede salir de las casas sino embarcándose en botes. Creeríais hallaros en Venecia, si ayudara á la ilusión el aspecto de los edificios; y Venecia, la Nueva Venecia, llaman efectivamente á aquel barrio de la ciudad.

Fuera de esto, las calles en lo general son anchas pero no suntuosas. No hay grandiosidad en el aspecto público. En vez de palacios como en Génova, en vez de casas que respiren desde lo exterior bienestar y comodidad como en Turin, las habitaciones de Liorna ofrecen un no sé qué de pequeño y de vulgar, que no satisface, que no inspira simpatía en el que las observa. No son casas de señores; no son casas de propietarios que viven con desahogo; no parecen aun casas de comerciantes, como los de Cádiz, de Marsella ó de Burdeos: son casas de mercaderes, y de mercaderes israelitas. El espíritu de estos es el que sin duda

ha dado allí la palabra y el tono. Las tiendas mismas, que tanto abundan, no se asemejan ni de cien leguas á las tiendas de Francia: nada de arte para presentar las cosas; nada de ostentacion para exaltar sus calidades y su mérito. El mercader hebreo es siempre avaro, aun cuando muestra lo propio que desea vender.

Nada tampoco de monumentos de arte. Una plaza no correspondiente á la riqueza de la poblacion: una catedral bien prosáica y mezquina, para un país en que se hallan tantas suntuosas: una estatua de mármol, por junto, que representa al gran Duque Fernando I, y que está muy léjos de ser irreprochable. Mejores son las cuatro de bronce que le sirven de accesorias, y que representan esclavos africanos.

Lo más notable que posee Liorna es un receptáculo para el agua, construido pocos años há. La ciudad habia carecido de ella por mucho tiempo, y el aumento de la poblacion hacia sentir vivamente su falta. Trájose por fin, como era indispensable, y se pensó en edificar ese gran depósito, donde reposase y se reuniese la bastante para mucho tiempo. Y la obra se hizo con suntuosidad, y es digna de ser examinada y admirada. El *Cisternone*, como le dicen, es un salon inmenso de piedra, enlosado con mármoles, sostenido por elegantes postes, y por dentro del cual corre una galería desde donde se le vé muy cómodamente. Sin aparato de órdenes arquitectónicos, que aquí habrian sido ridículos, es una hermosa obra de arquitectura, útil y bien acomodada á su fin.

Me han contado que ántes de abrir los conductos,

y dejar caer el agua que hoy le llena, la ciudad de Liorna dió un espléndido baile en su recinto al gran Duque Leopoldo. Era oportuna, y pudo ser muy bella la fiesta.

Los alrededores de Liorna están poblados de infinitas casas de campo que animan y embellecen el país. Los comerciantes, los tenderos ricos, los armadores, gustan de descansar y solazarse en ellas en los días de vacacion. Pero no las tomeis por verdaderas *villas* italianas: son casas de campo y nada más. La *villa* es un recinto suntuoso y artístico, del que no tienen ni necesidad ni idea los computadores de Liorna. Es menester que os aparteis algunas leguas para encontrarlo.

IV.

El camino de hierro que conduce de Liorna á Pisa se dilata por medio de lagunas: como que todo el terreno de la embocadura del Arno es bajo y pantanoso. A más de esto, general en cualquier estacion, el mes de Febrero que poco ántes acababa, habia sido de tales lluvias é inundaciones, que llegó á impedir por muchos días el servicio del ferro-carril. Afortunadamente cuando nosotros llegamos á Liorna habia comenzado de nuevo ese servicio. Y sin embargo, durante leguas

fué rodando el tren por medio de las aguas, que cubrían los carriles hasta subir por cima de ellos más de un pié. Así, caminábamos despacio y con zozobra, porque temíamos á cada instante un descarrilamiento.

Mas al fin llegamos á Pisa, de donde volvimos aquella tarde sin haber experimentado ninguna desgracia. Bien valen en verdad los recuerdos de esta excursión, bien valia la vista de Pisa el pequeño susto que habíamos pasado.

Está situada esa ciudad sobre el mismo Arno, á tres leguas de lo que es hoy su embocadura, pero mucho más cerca de donde se encontraba en los antiguos tiempos. Sus contornos hemos dicho ya que son bajos y pantanosos; y sin embargo, el clima de la ciudad no pasa por insalubre, y cuanto terreno se ha robado y se sigue robando cada dia á las aguas, es desde luego productivo y fértil. De aquí que la agricultura la indemniza algo, siquiera sea muy poco, de la falta del comercio, al que debió en otros siglos su prosperidad, y que ha desaparecido completamente.

Pasar de Liorna á Pisa es pasar de un gran movimiento á un gran reposo; casi pudiéramos decir de una feria á un cementerio. Mas es tambien pasar de la prosa á la poesía, del cobre al oro, del oficio al arte. Allí dejábamos los escritorios en su apogeo: aquí veníamos á ver las obras del génio, aunque fuese en su espirante soledad.

El circuito de Pisa es bastante dilatado. Su muro encerró un gran pueblo, grande por el número, más

grande todavía por el espíritu. Ya lo daremos á conocer en el resúmen de su historia. Pero ese pueblo ha doblado largo tiempo hace su cerviz bajo la contraria suerte: siglos de decadencia y de infortunio han corrido sobre él; y la insigne República domadora de los mares se ha convertido en una ciudad subalterna que no llega á veinte mil almas.

A pesar de todo, la muralla subsiste, bien que sus numerosas torres, célebres, históricas algunas de ellas, hayan desaparecido casi enteramente. Será en vano que busqueis la del *Hambre*, en donde murió Ugolino con sus hijos, una de las leyendas más trágicas de la media-edad: de ella no nos queda sino su inmortal recuerdo en la *Divina Comedia* de Dante. Verdad es que el tiempo que desmorona y aun borra las piedras, no acabará jamás con los sublimes versos del primero de los poetas italianos!

Las calles de Pisa son hoy anchas, tristes y despobladas. La yerba crece aun en las más principales. Por medio de la ciudad rueda el Arno sus aguas perezosas y turbias: el Arno, que quizá recuerda todo el inacabable bullicio que otras veces repetian sus ecos, y que se espanta ahora de tanto silencio y tanta soledad como reinan en su alrededor.

En Pisa se encuentran palacios, según es natural. Aunque el período de su apogeo esté demasiado distante para que se conserven de él muchos de esos edificios, como Pisa no vino á tierra de golpe, como vivió y duró largo tiempo espléndida aunque decadente, como conservó los hábitos de suntuosidad de

la época de su riqueza y su fortuna; de aquí es, que en la que llamaron del Renacimiento, cuando, si no se perfeccionó, se vulgarizó al ménos la arquitectura doméstica, hubo en su seno grandes y opulentos patricios, que se hicieran construir esas soberbias moradas, cuales apénas las comprenden y no las edifican los de nuestra edad. Sin poder compararse en este punto á Génova ni á Florencia, Pisa contiene algunas, no pocas, sobre todo en los muelles del rio, bien capaces de excitar la aprobacion, como de despertar grandiosos recuerdos. Tambien allí, como en Florencia y en Roma, ha dejado Miguel Angel su firma en caractéres de piedra, bellos é indestructibles.

Pero lo que conduce hoy al viajero á aquella ciudad, lo que basta para su corona artística, lo que venciendo la decadencia y la desgracia coloca á Pisa en una gran altura para el ánimo de todo hombre de gusto, son los cuatro monumentos que se agrupan en la plaza principal de la ciudad. Podria decirse que previendo la viudez y desolacion de esta, y como si ellos sintiesen y conociesen, han querido reunirse para apoyarse los unos á los otros, y preservarse así de esa universal ruina que los circunda por todas partes. Cuando ménos, es cierto que al examinarlos detenidamente, se eleva de tal modo el alma en la contemplacion de lo bello y de lo ideal, que casi aplaude esa desolacion propia, por la cual los encuentra más solitarios, más imponentes, más religiosos, más sublimes.

Estos cuatro monumentos son la Catedral, el Bautisterio, la Torre inclinada, y el Campo Santo.

La Catedral es un gran templo de mármol, que la doctrina no puede colocar en ningún único y conocido orden de arquitectura, y que, sin embargo, es de gran majestad, es de gran belleza, es más bello y más majestuoso que la mayor parte de los de una región en donde el gótico fué poco conocido ó rara vez empleado.

Es verdad que la edad media, no teniendo la presunción de repetir el clásico, no dando importancia á ninguna servil imitación, no vacilando en ser original cuando le ocurría una idea nueva por el temor de la censura erudita, y siendo también más religiosa como inspirada por un ánimo mucho más cristiano que el nuestro; la edad media, decimos, ora siguiendo las corrientes del arte, ora abandonándolas, saliéndose de ellas algunas veces, levantó catedrales que los modernos no han igualado ni igualarán, á pesar de su vanidad y de su ciencia, de sus estudios académicos y de sus medidas del Partenon.

No hablemos de este siglo, cuyo milagro es la Magdalena de París, mera traslación engrandecida de la Casa-Cuadrada de Nimes; obra sin carácter religioso, que para todo puede servir más adecuadamente que para iglesia católica. Pero aun refiriéndonos á la época tan celebrada del décimo-sexto, de lo que se ha llamado la Restauración de la arquitectura y que ya veremos después como debería llamarse; si bajo ciertos puntos de vista se debe reconocer que hubo en ella un verdadero adelanto, también creemos forzoso confesar que la libertad y la originalidad comenzaron á perder-

se á la par con el espíritu hijo del cristianismo, y que la erudicion apagó muy pronto la llama del genio, encerrándolo en estrechos moldes bien poco acomodados para los edificios de nuestro culto.

Esa Restauracion hizo magníficos palacios, nobles pórticos, lonjas suntuosas; mas sus iglesias cristianas son muy inferiores á las de la edad media, góticas, bizantinas ó libres, aun incluyendo San Pedro, que solo cautiva y aturde por lo grande. La única excepcion que recordamos á este juicio consiste en el templo del Escorial; cuya severidad de líneas, aunque muy dentro del sistema clásico, es tan imponente como majestuosa. Verdad es que el Escorial y su iglesia son la obra de dos genios reunidos, Herrera y Felipe II; y no es fácil que se hayan encontrado en ninguna otra, ni dos inteligencias ni dos voluntades semejantes, así para inspirar y concebir, como para realizar y disponer.

Perdónesenos el haber adelantado estas pocas líneas, sobre lo que en lugares más oportunos hemos de tratar extensamente y de propósito.

V.

La Catedral de Pisa no es de ningún orden arquitectónico de los que se explican en las academias. Por la planta fundamental podeis estimarla del

género bizantino, según sus grandes líneas, según su cruz, según sus naves, arreglado todo á las tradiciones de los siglos medios. Mas en la ejecución de esas propias líneas, en el adorno general de la obra, encontrareis mil accidentes y circunstancias, que proceden sin duda de otro origen. No son pura y castizamente arabescos, como algunos han afirmado,—(de arabescos, más que los italianos debemos entender los españoles);—pero bien se puede asegurar que el arquitecto que los inventaba ó aplicaba, conocia las construcciones orientales, y estimaba las obras de Córdoba ó de Damasco tanto, ó casi tanto, como las de Atenas y de la antigua Roma.

Y lo que tampoco tiene duda es, que obrando de ese modo, apartándose de la corriente usual artística, que por entónces era en Italia el bizantino puro, consultando otras fuentes, y entregándose despues á su ingenio para no copiar de todo punto nada, levantó un monumento más apreciable, más adecuado, más insigne que la Magdalena de que hablábamos poco ha, ó que el San Pablo que se acaba de construir fuera de los muros de la ciudad eterna. Si su ingenio no le llevó al gótico, como principiaba á irse por entónces en otras partes, le hizo construir, de seguro, un bellissimo templo que no tenia modelo á la sazón, y que no se ha copiado después.

La época de su construcción es el siglo undécimo. Comenzóse, según noticias, hácia el 1060, y quedó concluido en el espacio de cuarenta años. Por supuesto que, tanto en lo exterior como en lo interior, está

revestido de ricos mármoles. De mármol es la balastrada que cierra la capilla mayor, y de pórfido las columnas del altar. Añadamos que las estatuas de este son de Juan de Bolonia: que el dibujo de los demás altares es de Miguel Angel: que las pinturas son de Allogri, de Vanni y de Andres del Sarto.

De manera que dos épocas artísticas, grandes é insignes las dos, aunque entre sí muy diferentes, han concurrido con sus obras para hacer hermoso y rico este templo. El, en su origen, es de un período de genio y libertad, superior, bajo ese punto de vista, al de la Restauracion. La Restauracion quizá no hubiera levantado sus atrevidas naves; y de seguro no habria abierto en su fachada aquellas orientales galerías. Bruschetto, si Bruschetto, como dicen, era el nombre del arquitecto, creó y ejecutó lo que no hubieran ideado ni realizado Bramante ni Vignola. Pero luego vino el albor y la luz del moderno arte, con sus grandes pintores florentinos, con sus grandes mosaiquistas romanos, y completó el adorno y terminó los detalles de lo que el primitivo genio concibiera.—Pisa, volvemos á decir, tuvo una de las más originales y de las más ostentosas iglesias de Italia.

A los piés de ella, en frente de ella, se encuentra el otro templo, capilla bautismal de la Catedral, llamado el Bautisterio ordinariamente.

El Bautisterio fué construido en el duodécimo siglo, á expensas de treinta y dos familias de la ciudad. Debian de ser poderosas, y empleaban régicamente sus caudales.

Ya en aquel tiempo el gótico corría la Europa, aunque no tuviese gran fortuna en Italia. El bizantino se sostenía en esta por los motivos que explicaremos después. Pero Pisa, más culta, más adelantada, más artística á la sazón que todas sus otras ciudades, continuaba levantando monumentos que sobresalían por la gracia y la ligereza, las cuales no son en verdad las dotes comunes de aquel orden.

El Bautisterio es una rotonda, que tiene analogía con la Catedral. También está cubierto de mármoles por dentro y por fuera, desde el suelo hasta la cruz que lo termina. También presenta la misma mezcla de orígenes, la propia incrustación del oriental en el cristiano, y no ciertamente con menor belleza. En el interior campean un poco más los órdenes clásicos, pero enriquecidos con adornos que auguran el plateresco de los siglos posteriores. Cuatro hermosas puertas dan entrada á esta capilla: hermosos son también los altares de mármol: la cúpula llena de majestad. La obra del púlpito, de Nicolás Pisano, notabilísima como escultura de animales.—El Bautisterio en suma es una joya que no desdice de la Catedral misma, y que compite por el contrario con esta, como lo lindo compite con lo suntuosamente hermoso.

Damos en seguida un paso más, y encontramos la Torre inclinada, otra obra célebre de arte, que se edificó también en el duodécimo siglo.

Revestida igualmente de mármol blanco; compuesta de siete cuerpos cilíndricos, que rodean otras tantas galerías con más de doscientas columnas; alta

lo bastante para gozar desde su cima de un vistoso horizonte; ilustre por haber servido de observatorio y de gabinete de experiencias al célebre Galileo, que nació en Pisa, y que profesó allí las matemáticas; bella, sólida, ligera á una vez; esta Torre tiene la particularidad que solo comparte con otras dos ó tres del mundo, de no ser vertical, de no ser derecha, de estar ladeada hácia un costado de su base. Si desde lo alto dejais caer una cuerda con su peso, la distancia que quedará abajo entre este y el arranque de la Torre, es de unos quince piés, algo más de cinco varas.

Se ha discurrido y disputado mucho (¿sobre qué no se disputa?) acerca de las causas de esta inclinacion. A mí me parece imposible, viéndola, fijarse en otro motivo que en un hundimiento del terreno, acaecido durante la obra. Tanto no puede ménos de ser así, cuanto que sus últimos cuerpos no están igualmente inclinados, no siguen la direccion de los primeros ó inferiores. Al notar el hundimiento, y al ver que lo construido se sostenia, enderezóse como era natural lo que faltaba por hacer: siguióse la vertical ya verdadera, y resultó una nueva direccion, angulosa, quebrada, y no recta con la primitiva. Es muy posible que si la inclinacion se hubiese verificado construida ya toda la Torre, el centro de gravedad se hubiera perdido completamente, y venido la obra á tierra sin remedio.

Han pasado muchos siglos, y permanece en pié, lo que da una prueba irrecusable de su solidez y firmeza. Sin embargo; á la vista y al ánimo, por lo ménos

á los míos, hace mal aquella desviacion que amaga una caída. La tranquilidad en lo moral, y el reposo sobre las propias bases en lo físico, son en el arte una regla cuando no esencial y absoluta, seguramente muy atendible, de mucho valor é importancia. Los griegos pusieron en su aplicación sumo y especial cuidado, y quizá no contribuyó esto poco para darles la primacía de que gozan. Mas aunque no seamos severos en ella, no creo que podamos llevar la tolerancia hasta complacernos con lo que fatiga al espíritu. Esos esfuerzos de poder, semejantes á las contorsiones de los volatineros, se admiran mucho más de lo que contentan y satisfacen.

VI.

De los cuatro grandes monumentos con que se enorgullece Pisa, solo nos quedan por decir algunas palabras respecto al Campo Santo.

Corría el siglo décimo-tercio; y la cristiandad, digno nombre que tenia á la sazón la Europa civilizada, seguía enviando sus ejércitos á Palestina, para disputar á los árabes y á los tártaros la tierra en que se verificó la Redención. Una cruzada sucedía á otra cruzada; y las repúblicas latinas, Pisa, Génova, Venecia, eran las naturales y obligadas conductoras de los guerreros en sus naves que llenaban el Mediterráneo.

La *señoría* de Pisa tuvo por aquel tiempo un pensamiento sublime. Sus galeras habian de retornar como de ordinario sin carga, desde Joppe á la embocadura del patrio rio. Pues bien: «Vengan cargadas con tierra del Calvario, dijeron; y aquella misma en donde corrió la sangre de Cristo, sirva para recibir los cuerpos de los cristianos redimidos con esa preciosa sangre.»

El pensamiento es de la propia raza de la que fué el de los canónigos de Sevilla, cuando exclamaron al comenzar su catedral: «Fagamos una iglesia tal é tan buena que non la haya igual en el mundo, et que los venideros nos tengan por locos.»

¡Locuras que admira la humanidad: locuras que producen esas obras, ante las cuales se arrodillan los siglos!

De hecho, el pensamiento de los pisanos se realizó cual le concibieran; y su flota trajo del Oriente la más alta y rica mercancía á los ojos de la fe.

Recibida, y á punto de extenderse la tierra, quedaba por hacer la obra del arte. Era menester cercarla y cercarla de un modo digno, como convenia á la ciudad que había fundado el *Duomo* y el Bautisterio, que había levantado la Torre.

Juan el Pisano trazó en las inmediaciones mismas de aquellos edificios un paralelogramo extenso, de cuatrocientos cincuenta piés de longitud por ciento y cuarenta de ancho. Rodeólo de un claustro gótico, que hizo descansar en sesenta y seis gruesos pilares, y cuyos huecos dividió con otros ligeros y con delga-

das columnas. Aunque poco, el estilo ojival había penetrado algo en Italia; y un entendido arquitecto como lo era el *Giovanni*, pudo prodigar abundantemente sus primores, y completar según él una obra tan delicada como bella.

Pero no consiste su belleza en la arquitectura sola. Aquel claustro es un museo. Grandes pintores florentinos, con especialidad Giotto y Orgagna, consignaron sobre sus muros, con nobles rasgos, en inmortales frescos, sus pensamientos religiosos. Hay un juicio final del último, que se estima por una gran página en la historia del arte. Y como si esto no bastara á fin de hacer inapreciable aquel sitio, se han reunido modernamente mas de seiscientos monumentos de escultura en sus espaciosos corredores. Quizá no están allí bien colocados algunos de ellos: quizá no es el Campo Santo de tierra del Calvario donde se debían poner estatuas y fragmentos de semejante clase; mas no podemos ofendernos de todo en nuestra edad escéptica y descreída, y hay que estimar siempre el buen intento artístico, aunque no aprobemos tal vez algun notorio descuido como alguna desgraciada combinación.

La escultura ha sido y es la más pagana de las artes; pero aun reconociendo esa índole, no nos sentimos con valor para condenar al olvido sus obras.

VII.

Después de haber hablado de su gran grupo de los cuatro monumentos, únicamente se puede hablar, tratándose de Pisa, de la iglesita gótica de Santa Maria della Spina, la antigua capilla de los marineros, situada en la carrera del Arno. Nada hay más delicado, más bello, más lindo, que el exterior de esta pequeña iglesia. Parece una miniatura del arte ojival: os da pena de que puedan mancharla las aguas y azotarla los vientos: querríais materialmente cubrirla de cristales, para que no se rompiesen ni aun se ajasen aquellos encajes de granito.

¡Lástima que una capilla tan rica y vistosa por de fuera no tenga por dentro el menor adorno, y se halle reducida á la pobreza, á la desnudez más absoluta!

VIII.

Ocupémonos ya de propósito en la historia de Pisa. Algo hemos indicado, algo hemos adelantado en las observaciones que preceden; pero es necesario hacer-

lo, según nuestra costumbre, con un poco de más orden y detención. Cuando se contemplan monumentos tan bellos y tan grandiosos, es natural curiosidad la de conocer á quien los ha levantado.

Los historiadores antiguos creían á Pisa una colonia de los griegos, edificada cuando la dispersion consiguiente á la guerra de Troya. Es cierto que hubo en Grecia una ciudad del mismo nombre, de la cual se pretendía hija ó dependiente la que recordamos. Pero sea lo que fuere de ello, parece seguro que aun ántes de la fortuna y de la exaltacion del Lacio, Pisa correspondió á la Liga Etrusca, y era una de sus doce grandes ciudades. Su existencia y su civilizacion son pues anteriores á las de Roma.

Aliada de esta en las guerras itálicas, cayendo como el mundo todo bajo su dominacion providencial. Pisa recibió una de las primeras ciudades el ambicionado título de Colonia romana. *Julia Obsequens* se la llamó en tiempo de Augusto. Y en el gran siglo del imperio, fundado allí uno de sus establecimientos marítimos, debió á los Césares grandes obras de esplendor, templos, arcos, teatros, de que hacen largo mérito las noticias de aquella edad. No solamente fué una de las buenas, sino de las mejores entre las poblaciones de Italia.

No podía escapar, de seguro, y no escapó Pisa á la ocupacion y al saqueo de los bárbaros. Godos, lombardos y orientales, se la disputaron como tantas otras. El Estado de Carlo-Magno la absorbió, del propio modo que á la Península entera. Como la Penín-

sula entera, proclamó despues su libertad, apellidando así sus franquicias municipales.

Hasta aquí la historia de Pisa es la de todos los antiguos pueblos italianos.

La de su república en la edad media es más característica y más gloriosa. Pisa es tal vez entónces el primer Estado de Italia: sin tal vez, de seguro, es el más culto, el más artístico, el más comerciante. Contrabalancea á Venecia, sobrepuja á Génova, precede á Florencia y á Milan. Hacia el año 1000 toca al apogeo de su poder. Rechaza á los sarracenos, y les hace que abandonen las costas de la Romanía y de la Etruria: conquista á Cerdeña y á las Baleares: pasa al Africa y se apodera de Cartago.

Por el propio tiempo nacen allí las artes, y se comienzan ó se preparan prodigios que ha de admirar el mundo.

El período de las cruzadas mantiene, si no aumenta, tanto esplendor. Admirablemente se adunan en Pisa el espíritu religioso y el mercantil; y en tanto que unas de sus naves traen á la embocadura del Arno las mercancías del universo, otras conducen, como ántes hemos dicho, la verdadera tierra del Calvario, para que sirva de tumba al pueblo que cree en Dios y adora humildemente su Cruz.

De esta época datan — tambien lo hemos dicho — la Catedral, la Torre y el Bautisterio. En esta época florecen tantos artistas como llevan el apellido ó denominacion de *Pisano*.

Peró la fortuna no es permanente para ningun

pueblo. Génova y Florencia, que podían mirarse hasta allí como hermanas menores de Pisa, cada cual en su esfera, comenzaban á levantarse con la primogenitura, y á eclipsarla bajo su respectiva faz. A aquellas dos sonreía la suerte, que se mostraba para esta otra adusta y desapacible.

Y luego, Pisa cometió un yerro, cuyas consecuencias le fueron fatales. En vez de esmerarse en cuidar su puerto, fomentó el de Liorna, y levantó los muros de esta ciudad. Así fundaba á su lado una rival marítima, que la había de desposeer hasta de su más arraigado comercio.

Decadente ya y con el ánimo abatido, en la misma época en que los poderes feudales eran más osados, y los soberanos se iban haciendo más temibles y absolutos, Pisa tuvo la doble desgracia de llamarlos primero en su ayuda, y de entregarse después á ellos, presa de su codicia ó de su ambición. Los protectores pasaron á ser señores: la fuerza vino, ya de cerca, ya de lejos, á poseer y á disfrutar lo que el genio y el patriotismo habían acumulado.

Florencia, entre tanto, prosiguiendo sus destinos, se levantaba á una grande altura. Florencia, inmediata á Pisa, dueña de Liorna, quiso redondear y completar su dominación. Y sin embargo, el hecho no fué fácil: la desgraciada Pisa resistió cuanto humanamente era posible, y rechazó más de una vez á enemigo tan rico y poderoso. Si la suerte la condenó al fin á esta servidumbre, no sin haber obedecido ántes á los Duques de Milan y á Felipe II de España;

el mundo todo no pudo ménos de compadecerla, celebrando á una su resolucion, su constancia, sus nobles y enérgicos esfuerzos por la independenciam y la libertad.

Pisa y Florencia, lo propio unidas ahora que separadas ántes, habrian continuado padeciendo la anarquía, á no darlas algun alivio la dictadura y el gobierno de los Médicis. Sin duda fué este ilustrado y reparador: aseguró ya que no otra cosa un decente reposo, y cubrió con artes y con riqueza lo que quitaba á los pueblos de poder. Mas para el alivio, para la resurreccion aun comercial de Pisa, era ya tarde. Venecia dominaba la primera en el Mediterráneo, Génova marchaba en pos de ella, los portugueses habian doblado el cabo de Buena-Esperanza, y conquistado á Méjico los españoles. Como si la naturaleza misma quisiese completar estos fallos de la suerte, el mar se retiraba de Pisa, cegábase el antiguo puerto, y el Arno no podia ya recibir gruesas naves en su fondo.

Hasta su escuela artística la habia abandonado tambien. Allí, más que en ningun otro punto, se habia dado á la inteligencia consideracion y gloria: allí, más que en ningun otro punto, el génio creador habia hecho, durante siglos, brotar las primicias de su verdadero renacimiento. En el undécimo, duodécimo y décimo-tercio, los adornistas pisanos son los primeros escultores de Italia, los precursores de la orfebrería florentina; sus pintores indican tambien la aurora de un arte que habia de resplandecer tan alta á la venida de Giotto. Pero el génio seguia las huellas de la

suerte. Giotto y Orgagna se fijaban en Florencia. La escuela naciente de esta ciudad heredaba y continuaba la de su rival y predecesora. Cuando faltó la riqueza, cuando faltó el comercio, lo que quedaba de arte tendió asimismo sus alas, echando sin duda una mirada dolorosa á los monumentos insignes que allí habia levantado, y á que tal vez no debia encontrar iguales, siquiera por la originalidad, en ninguna otra de las regiones de la Península.

Pisa debia pues extinguirse, y se extinguió en todo lo que habia tenido de grande y de ilustre. Quedóle lo que queda á un cadáver: su memoria, sus despojos. Quedáronle las obras de ese mismo arte, que no perecen en un día, y que el Gobierno moderado, ilustrado de Toscana no puede consentir que perezcan. Quedáronle su apacible clima y sus tierras fértiles, que no la dejarán convertirse en un desierto. Quedóle, en fin, su historia, que es siempre importantísima, aun para los restos más miserables de una gran ciudad. El pueblo que la ha tenido no se confundirá nunca con el que carece de ella, ni en sus ideas, ni en sus gustos, ni en sus aspiraciones, ni en sus obras. Puede ser un señor arruinado; pero es siempre un señor y no un pechero vulgar. Por entre los desgarros de su camisa se le han de conocer la nobleza de su cuna y la distincion de sus sentimientos.

IX.

Vista, recorrida, admirada Pisa, regresamos, como queda dicho, á Liorna, para continuar nuestro viaje á Civita-Vecchia. Más pronto y más cómodo por mar que de cualquiera otra suerte, ni nos pasó por la idea abandonar nuestro camarote del *Capri* y la agradable compañía del capitán *Consiglio*.

Yo conocia además á Florencia. En 1847 habia vuelto de Roma por Siena y aquella ciudad, y venido á embarcarme por Émpoli á la misma Liorna donde ahora me encontraba. Y como á falta de otros géneros de memoria me ha dado Dios admirablemente la de los lugares; de aquí es que Siena y Florencia, el rudo y trabajoso camino de Acquapendente y el pintoresco del valle del Arno, estaban frescos y vivos en mi espíritu, como si los acabase de tener delante de los ojos.

Por ello, y juzgando que podrá complacer á mis lectores, voy á consignar sencillamente algunos de los recuerdos que he conservado, y á razonar algunos de los juicios que formé en mi anterior viaje á Italia. Nada lo repugna, y todo me convida para hacerlo. Ni la naturaleza ó el arte han podido variar en estos ocho años; ni debo creer que aun el mismo aspecto

público de Florencia se haya alterado ó modificado gran cosa. Cuando, por otra parte, me he puesto á escribir sobre Italia, no juzgo que será un despropósito el resumir en este libro todo lo que pienso de aquella region: regular es que los que me han favorecido hasta ahora, leyéndolo, y encontrando en él algo interesante, me quieran aún acompañar en noticias y juicios que tal vez no ceden á los anteriores.

X.

Está Florencia situada en la ribera del Arno, el propio río que corre por Pisa, y sobre la una y la otra de sus márgenes; contándose desde ella hasta su embocadura en el mar diez y ocho ó veinte leguas españolas. Llégase en la actualidad á sus muros por un camino de hierro que en Liorna toma su principio: ántes de su construccion, la via comun serpeaba por el valle del mismo Arno entre campos que parecian jardines.

La historia de esta ciudad no es tan antigua como la de Pisa, como la de Génova, como la de otras insignes poblaciones de Italia; ó si por ventura pretende igual antigüedad, está más cubierta de tinieblas, es más insegura, ménos legible para nosotros. Hasta fines de la república romana, ó no existió Florencia, ó por lo ménos no existió importante. Sila, el dictador, fué

quien la rodeó de muros: el imperio quien la extendió, la engrandeció, la hizo un Municipio rico y floreciente.

Desde esta época hasta la de Carlo-Magno, su suerte es parecida á la suerte comun. Saqueada por todas las tribus de bárbaros que en Italia se suceden unas á otras, si comprenden sus anales algun hecho propio y especial, es el de nuevos y particulares saqueos, debidos á la enemistad doméstica, por decirlo así, de los fiesolanos. Rivalidad, odio de vecinos, mayores á veces que la cólera de enemigos extranjeros.

Carlo-Magno, al recorrer la Italia en su viaje á Roma, reparó en las ruinas de Florencia, y se interesó por su prosperidad. Reedificada y repoblada á su mandato, guarecida y garantida por él de la malquerencia que la habia azotado varias veces, fué dotada asimismo de un gobierno consular, municipal, bajo el que quedó como una verdadera república, dependiente del nuevo imperio. A esa situacion, á ese gobierno municipal, debió Florencia quietud y ventura si no gloria: con él se aumentó su poblacion, con él tomó crecimiento su riqueza, con él comenzaron á existir sus familias patricias y á edificarse sus primeros palacios.

Llegóse así, exento el pequeño Estado de fuertes sacudidas, ya que no obtuviese ni gran poder ni gran celebridad, hasta la época del siglo décimo-tercio. En aquella se suprimieron los cónsules, se creó un Consejo de Ancianos, y el espíritu público tomó mayor ensanche y un vuelo más atrevido. Comenzó la rivalidad con

Pisa, que habia sido más poderosa hasta allí: comenzó el esplendor entre los primeros pueblos ó principados italianos: comenzó tambien en mayor escala la discordia, y llegó á aparecer la guerra civil en el seno propio de la república. Fué un período de anarquía el que verdaderamente se inauguró entónces; pero de esas anarquías activas y fecundas, que no producen la muerte, sino que engrandecen al mismo tiempo, aumentando la virilidad, y dilatando el poder y el nombre de las sociedades que trabajan.

Dante, el más insigne poeta de los nuevos tiempos, ha consagrado é inmortalizado en su *Comedia* los recuerdos de estas luchas, de las cuales fué él propio enérgico autor y desgraciada víctima.

Güelfos y gibelinos se dividian la Italia toda: güelfos y gibelinos se disputaban tambien á Florencia, como á las demás ciudades del interior, que tomaban siempre partido ó por los Emperadores ó por los Sumos Pontífices. Solamente las repúblicas marítimas no eran ni gibelinas ni güelfas; solamente Pisa, Génova, Venecia, tenían bastante patriotismo para no pensar sino en sí propias, y bastante poder para no verse obligadas á depender de otro.

En el siglo décimo-cuarto, Gualtiero, que llevaba el título de Duque de Aténas y mandaba un ejército al servicio del Rey de Nápoles, se apoderó de Florencia que le habia llamado, y tiranizó por algun tiempo la república. Mas este fué un accidente que duró poco. Las propias facciones rivales se unieron contra la autoridad extraña, y derrocándola, se restauró el Consejo

de los Ancianos. Salvo que continuó como ántes la lucha interior, y que los partidos siguieron llamando en su ayuda á los *condottieri* que devastaban la Península, y guerreando como hasta allí de palacio á palacio, de calle á calle.

Entretanto la familia de los Médicis iba engrandeciéndose en consideracion y riqueza. Estas circunstancias ocasionaron primeramente su destierro, impulsado por un patriotismo suspicaz y por la envidia que corroe los Estados republicanos; mas después, no habiéndola vencido la persecucion, llegó un instante en que esa persecucion misma puso el complemento á su gloria, y perfeccionó y legalizó su poder. Si Alejandro VI, el emprendedor Pontífice, se arrogó como derecho soberano el de nombrar un *Gonfaloniero* que rigiese á Florencia, Fernando el Católico, el célebre Rey de Aragon, de Sicilia y de Nápoles, el árbitro de Italia despues de las victorias del Gran Capitan, destruyó por la fuerza aquella otra fuerza, y restableciendo el antiguo senado, colocó á los Médicis, Juan y Juliano, al frente de él, como directores, como príncipes del Estado florentino.

Mas esto no fué todavía seguro y estable, á pesar de que Leon X, Médicis él propio, y Clemente VII lo apoyaron con su gran influencia. En 1527, ocupada y saqueada Roma por el ejército tudesco-español, la república quiso eximirse de la autoridad del Papa, y ordenar de otro modo su gobierno. La verdad fué que destruyeron instantáneamente lo que existía, pero que no pudieron asegurar nada. El Pontífice hizo al cabo

las paces con el Emperador; y como condicion ó parte de ellas, un sobrino de aquel, á quien se dió por esposa una princesa de Austria y el título de Duque de Toscana, fué puesto de comun acuerdo en el trono, á la sazón vacante. Así, el dominio de los Médicis, fracasado en dos ocasiones, parecia perdido sin remedio cuando lo derrocaba la ciudad, y el Imperio y la Iglesia levantaban otro.

Tal era, sin embargo, la inestabilidad del tiempo á que aludimos, que á los pocos años Lorenzo de Médicis asesinaba públicamente al Duque; y el senado y el pueblo confiaban una especie de dictadura á Cosme de Médicis, hijo de Juan, jóven entónces de diez y ocho años, y á quien Florencia y el mundo han apellidado despues Cosme el grande, Cosme el Padre de la Patria.

No podemos extendernos en estos apuntes; pero la gloria de Florencia, muy alta hacia algunos años como cabeza artística de la Península, recibió bajo el reinado de este gran príncipe todavía mayor realce. En cuanto á su poder, habia pasado el tiempo de que figurase en primera línea el de las repúblicas italianas, agitando y llenando ya la Europa Carlos V, Francisco I y Felipe II. Venecia propia visiblemente decaía. Mas Florencia representó un papel decoroso en el mundo, y esto era todo lo posible. Dos princesas florentinas, Catalina y María de Médicis, se sentaron en el trono de Francia como mujeres de Enrique II y Enrique IV.

La dinastía de aquel grande hombre, de Cosme, se extinguió por fin despues de ese brillante período;

y el Emperador de Alemania, de quien la Toscana habia sido creacion y feudo, reivindicó el derecho de otorgar nuevamente su investidura. No nos cumple entrar en estos pormenores, ajenos á nuestro libro: no nos compete referir cómo, por un acuerdo europeo, se concedió la soberanía de aquel Estado á Francisco de Lorena, el mismo que fué despues Emperador, esposo de la célebre María Teresa de Austria; ni cómo la dinastía de nuestro Felipe V agitó aún, si no dominó, á mediados del siglo décimo-octavo aquellas regiones. Solo añadiremos para terminar esta noticia histórica, que la revolucion francesa creó el reino de Etruria, el cual fué dado á una infanta de las Españas; y que la restauracion de 1814 volvió á entronizar á la familia austro-lorenesa en la persona de uno de sus archiduques.

Así ha seguido y así sigue Florencia: así ha seguido y sigue el gran ducado de Toscana por espacio de cuarenta años, sin otra interrupcion que la brevísima de 1849, cuando proclamó la república de Güerrazzi y quiso unirse á la que existia en Roma.

XI.

Florencia es una hermosa ciudad. Ni muerta como Pisa, ni prosáica como Liorna, ni de estrechas calles como Génova, ni monótona y *bourgeoise* como Turin.

Es antigua y es alegre: es aristocrática, y tiene un aire de gala y de fiesta popular. Sus palacios parecen exteriormente castillos, como que se construyeron en tiempo de las guerras civiles, y han servido de hecho de fortalezas; y sin embargo, hay en el aspecto público cierta extremada limpieza, cierta delicada coquetería, un no sé qué, que la impide ser triste ni ser hosca. Su nombre le conviene admirablemente; es la flor de Italia, y es la ciudad de las flores. Yo he estado en ella en Diciembre, en la estación más cruda del año; y todos los días, y á todas las horas, se nos presentaban lindas y aseadas jóvenes á ofrecernos ramilletes vistosos y fragantes.

Añadamos con este motivo que las mujeres lindas son comunes hasta no más, en Florencia lo mismo que en todo el valle del Arno.

Dícese también que Florencia es una ciudad barata, en donde se encuentran por corto precio las comodidades de la vida. No lo niego ni lo disputo. Mas por lo que á mí toca, puedo asegurar que en ninguna parte las he encontrado más caras; que en ninguna he sido robado más escandalosamente, aun incluyendo á Londres en 1851 y á París en 1855.—Verdad es que en 1847, cuando mi paso por Florencia, viajaba con coche propio y con criados, y llevaba pasaporte de embajador. Un embajador es objeto de ganancia para todo el mundo, y á quien todo el mundo saquea sin remordimiento.

Pero sobre todo, lo que principalmente es Florencia, es un gran museo que los siglos han ido forman-

do: no un museo encerrado en galerías más ó ménos suntuosas, como las de tantas otras ciudades, sino un museo público, inmenso, al aire libre, compuesto de la ciudad entera, patente á todas horas al ciudadano y al extraño, cuyos salones son las calles y las plazas de la misma ciudad. Como puede mejor calificarse á Florencia, es como el epílogo y el resúmen del arte italiano, desde sus más remotos albores en los siglos medios hasta el lleno de luz que precedió y acompañó á la Restauracion. Recorred sus calles y fijad la vista en las doscientas estátuas que encontrareis en ellas: entrad en los templos y en los palacios, y considerad desde lo que llaman bizantino hasta lo que está firmado por Benvenuto Cellini y Rafael; y os convencereis de que con Florencia sola podeis conocer ese arte de que hablamos, así como suprimiendo á Florencia no lo hallareis abundante y reunido en ningun otro punto, para repasar sus destinos y resumir su historia.

Así Florencia vive y Florencia vivirá. Aunque llegase un momento en que le negara sus favores la fortuna: aunque un trastorno no imposible en la época que atravesamos ó hácia que nos dirigimos destruyese el Gran Ducado de Toscana: aunque la capitalidad de los pueblos etruscos se confundiese con cualquier otra capitalidad, y fuera á fijarse en otra parte, en Milan ó en Roma; ese museo, clavado en la tierra, identificado con el pueblo florentino, que nunca podria del todo arrancarse de allí, y que no sentiria que se destruyese la moderna civilizacion;

ese museo garantizará por siempre á aquel recinto privilegiado lo que ya hacian justo y plausible su escogida situacion y todas sus naturales ventajas. Como ha subsistido y subsiste Aténas, atravesando los tiempos y venciendo á la mala suerte, en tanto que Tébas y Esparta desaparecieron de sobre la haz de la Grecia; así tambien tenemos la conviccion de que Florencia subsistirá, para trasmitir á las edades futuras los primores de otro arte, quizá no ménos digno de ó admiracion ó de estudio que el arte griego. Hay ciudades á las que dan los hados esta hermosa prerogativa, y que cuando dejan de ser centros políticos, continúan siéndolo de otro órden de cosas, tal vez más alto y seguramente más duradero. Si no son capitales de Estados, son fanales de la inteligencia y coronas de la humanidad.

XII.

Para enumerar y describir con alguna detencion los monumentos y tesoros artísticos que encierra Florencia, sería necesario emplear y llenar un grueso volumen. Claro está que no puede ser ese nuestro propósito, aun cuando nos creyésemos, que no nos podemos creer, capaces de desempeñarlo. Tampoco es, tampoco ha de ser el de publicar desnudas listas, pues ya

queda dicho que no escribimos una nueva guía de Italia. Es solo nuestra idea el presentar resúmenes de las impresiones que hemos recibido en aquel célebre país; hablar del arte que tanto ha lucido en él, no como profesores sino como meros hombres de gusto; juzgar ordinariamente de las cosas en globo y por síntesis fecundas, aunque descendiendo alguna vez á tal ó cual pormenor, cuando en los pormenores y en los detalles creyésemos ver particular importancia.

Que este designio nuestro ha de ser tanto más difícil cuanto más nos abrumen el número y el mérito de las obras, no puede ménos de aparecer claro, de estar patente para todos. Que pocas veces ha de serlo tanto como al hablar de Florencia, es cosa que se desprende tambien aun de la idea comun de esa ciudad, y de lo propio que hemos dicho algunos párrafos más arriba. Dispénsennos, pues, nuestros lectores, ora si notasen alguna vacilacion en lo que hubiéremos de decir, ora si no llenásemos su espectacion en lo que dijéremos.

Ya hemos indicado alguna cosa con relacion al carácter de la ciudad. Ya hemos dicho que sus calles y sus plazas no son tristes y sombrías sino nobles y suntuosas, á pesar de la arquitectura exterior de sus palacios, que los haria pasar por fortalezas. Ya hemos dicho tambien que hay en esas plazas y en esas calles doscientas estátuas ó grupos; y no ciertamente estátuas de decoracion, sino obras de superior órden, debidas á los más eminentes artistas.

Pero todavía es necesario ver la plaza en que se

levanta la Catedral, el *Campanile* y el Bautisterio, la plaza del Palacio Viejo, las galerías de los Médicis, la *Loggia de Lanzi* ó de Orgagna, para comprender la exactitud con que hemos dicho que es un inmenso museo público la ciudad toda, y que en ninguna parte de Italia se ha ostentado más ni más régiamente el arte moderno desde Giotto hasta nuestros días.— Hay en Europa plazas más grandes, hay puntos de vista naturalmente más hermosos; pero ese aire de gabinete, bajo la bóveda del cielo y á la luz del sol, no creemos que lo haya igual en el mundo. El génio de la belleza artística no se ha sentado más de lleno, ni ha dejado señales más profundas en ninguna otra ciudad ni extranjera ni italiana.

No necesitamos decir que ese perfume de gracia y de hermosura es plenamente sentido por los hijos de Florencia, de todas clases y de todas condiciones. El florentino nace y se educa en el sentimiento de lo que distingue y embellece su patria: se entusiasma por aquellas *loggie* cuando jóven; estima aquellas galerías en su edad viril; se apega á ellas en su ancianidad; y no las abandona muriendo, sin dirigirles una mirada de inefable cariño. Estátuas, grupos, obeliscos, arcos, son una parte de la existencia pública y de la existencia de cada cual. La historia de esos mármoles está confundida con la historia común: la gloria de ellos entra á componer la gloria de Florencia, y anima desde el primero al último de sus ciudadanos.

Y este sentimiento no es solo del día, no es solo de nuestra edad, aunque el gusto artístico haya ido

acrecentándose en ella como un río que se adelanta en su curso: desde muchos siglos há se envanecía Florencia con sus artistas, y glorificaba apasionadamente sus obras. Giotto, Orgagna, Ghiberti, Beato Angélico, Leonardo de Vinci, Fra Bartolomeo, Miguel Angel, Benvenuto Cellini, Andres del Sarto; hé aquí una aristocracia que estimó siempre, á la par que la de su senado y de sus príncipes.—No hay que decir si sigue ahora envaneciéndose con su memoria, y si la pone más alta que la de los Soderini ó de los Pazzi.

¿Quereis oír una prueba de ese amor al arte, de ese entusiasmo, de esa religion popular por sus obras?

Corria la época de la Restauracion, que era tambien, segun hemos indicado, una triste pero vigorosa época de contiendas civiles. Acababa de terminar Miguel Angel su estatua de David; y la república, ufana de poseerla, la habia hecho colocar en la plaza del Palacio Viejo. Mas de allí á poco ocurrió uno de los sangrientos combates que desgarraban al pueblo florentino. El palacio, ocupado por una faccion, era embestido con furia por la faccion contraria. Los defensores hostilizaban con todo género de medios á los asaltantes: muebles, piedras, cuanto tenian á la mano, volaba á caer en la plaza lanzado de lo alto de los muros. Uno de esos muebles ó de esas piedras, arrojado torpemente, vino á dar sobre la estatua de David, y rompiendo uno de sus brazos, le hizo caer en dos ó tres trozos al suelo. ¿Qué creéis que sucedió? Un grito general, acorde, instantáneo, se levantó en el punto de las dos parcialidades enemigas; y dos

jóvenes de la sitiadora, de la que ocupaba la plaza del combate, se arrojaron en el mismo instante, sin reparar en ningun peligro, á recoger y conservar los preciosos fragmentos de la estátua.

Los dos bandos aplaudieron tambien unánimemente su bizarría: al grito comun de dolor sucedió otro grito de admiracion y de gloria. Todos, á un igual impulso, suspendieron sus tiros, para que pudiese lograrse el generoso fin: todos aplaudieron la magnánima resolucion de aquellos artistas, que artistas habian de ser uno y otro; y la tradicion ha guardado y legado á la historia el recuerdo del hecho, y tánto esta como aquella os dirán sin vacilar los nombres de Salviati y de Jorge Vasari, como de dos personas universalmente reconocidas por beneméritas del arte y de la patria.

¡Gran pueblo es aquel donde eso sucede, y donde de ese modo se estima!

XIII.

La catedral de Florencia es una de las mayores y más insignes entre las célebres de Italia. Comenzada en el siglo décimo-tercio concluida en el décimo-quinto, es obra de los arquitectos más notables

que por espacio de doscientos años habitaron ó visitaron la capital artística de aquella Península.

En cualquiera otro país de Europa que no fuese Italia, una catedral edificada en todo aquel período—del 1290 al 1460—habría sido necesariamente una obra gótica. Era de seguro el tiempo en que esa grande y bella arquitectura llegaba al apogeo de su esplendor, y cubría el mundo con sus nobles creaciones, los templos de Leon y de Sevilla, de Colonia y de Milan. Mas el gótico no progresó en Italia, en la Italia central y verdadera: aunque conocido, no se aclimató entre el Po y el Tiber; no entró en Florencia, como no entró en Roma. Las tradiciones del arte clásico rechazaron esa invasion de otras artes venidas del Norte y del Oriente. Lo que se ha llamado el bizantino se perpetuó con más ó ménos fortuna, con más ó ménos gusto, con más ó ménos elegancia, hasta la también llamada Restauracion, de fines del siglo décimo-quinto y principios del décimo-sexto.

Por lo demás, tan bizantino es en buena ley el órden arquitectónico que dominaba en Italia en la media edad, como gótico el que se seguía en España, en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en Flándes. Nombres verdaderamente arbitrarios son este y aquel: calificaciones convencionales, que importan poco cuando son bien conocidas y apreciadas las cosas mismas; sin embargo de que tengan su peligro, porque pueden producir y han producido de hecho falsas y equivocadas ideas, atribuyendo á obras de arte orígenes inexactos, y de ahí caracteres y condiciones

que no son los suyos propios.—Pero no tenemos empeño en borrar ni una ni otra palabra, como no tenemos autoridad para sustituirlas más adecuadamente. Sépase solo, y no se olvide cuando se las use, que si el gótico no fué inventado ni usado por el pueblo de Alarico, el bizantino pudo sí emplearse, y se empleó de seguro, mas no procedió como un arte natural é indígena de Constantinopla.

Allí le hubo, como en todas partes; pero no en todas partes porque procediese de allí.

El bizantino es la derivacion del arte clásico, del arte romano, despues de una larga y necesaria época de decadencia, inspirado en esta reaccion por la idea católica, que ya llenaba, que ya dominaba pacífica y soberanamente al mundo. La combinacion de este espíritu religioso con aquella *única* procedencia, con aquella *sola* conmemoracion artística, produjo esas nobles pero pesadas formas; así como su combinacion con los géneros ú órdenes orientales, dió nacimiento á las ligeras y esbeltas del sistema ojival.—Lo uno y lo otro es evidente á nuestro modo de entender.

Permítasenos dos palabras acerca de ello. Si fuere acaso una digresion, será ciertamente una digresion artística, de las que caben en el plan de nuestra obra.

Cuando el cristianismo, siquiera tolerado, pudo manifestarse públicamente y comenzó á edificar sus iglesias, la gran arquitectura de los siglos de Augusto y de Trajano se hallaba en una decadencia visible. Esa arquitectura, además, en lo respectivo á tem-

plos, habia sido inspirada por ideas y por necesidades muy diferentes, cuando no digamos contrarias, á las de nuestra santa religion. Ni se sabian, pues, construir los bellos monumentos paganos de la artística antigüedad, que siempre ha admirado y que siempre admirará el mundo; ni las proporciones y la forma de aquellos templos, adonde no entraba la muchedumbre, y que se elevaban solo para colocar una estátua y un ara en que sacrificase el sacerdote, eran ya á propósito para satisfacer los instintos, las costumbres, las exigencias del culto cristiano. No se podia repetir lo antiguo, al ménos con su majestad y su grandeza; y era menester otra cosa que lo antiguo para llenar los nuevos objetos, las nuevas prácticas.

Así, nació en el momento propio algo bastardo á la vez que original—bastardo para el arte, original por la idea—que separándose de las debilitadas tradiciones de los siglos clásicos, no distinguiéndose por la realizacion de una belleza de que no era tiempo, y atendiendo en cambio á las primeras y naturales inspiraciones de la nocion cristiana, llenó del modo posible lo que se apetecia en aquel instante, una casa de oracion y sacrificio, y bastó á una sociedad que en sus jóvenes fervores renegaba de todas las pompas de la materia, á fin de ocuparse solo en el destino eterno y en la salud de los espíritus.

Esta situacion, ese carácter de la arquitectura cristiana, no debieron variar gran cosa por el triunfo de la iglesia bajo Constantino el Mayor. Si este pudo

hacer levantar un arco como el que lleva su nombre, fué porque existia otro anterior que despojar, el de Trajano, cuyos ricos adornos cabia fácilmente que se aplicaran á la desigual decoracion del nuevo. Mas ni los arquitectos de aquella época sabian, repetimos, edificar un Panteon como el de Agripa; ni hubieran querido los que de ellos fuesen cristianos trasladar el pórtico, la bóveda, las elegantes proporciones de este á las iglesias que sacaban de las Catacumbas, y que venian á colocar á la luz del sol, contraponiéndolas por primera vez á los templos de Jano, de Júpiter Capitolino, de Vénus y de Roma.

La iglesia cristiana, pues, aun después del triunfo del Evangelio, no debió ni pudo ser otra cosa, en el antiguo mundo, en la sociedad romana, que un edificio grande y capaz; donde se tomase algo del anterior templo, porque no podia ménos de ser así, no habiendo otro elemento arquitectónico; donde se tomase sin gracia, porque era sazon de plena decadencia y no de gusto; donde se atendiese á las ideas más elementales y más fáciles de materializar del propio cristianismo, como lo fué por ejemplo la adopcion de la forma de Cruz; y donde se cuidase por último de atender á las nuevas necesidades, haciendo entrar un pueblo numeroso, que ántes no entraba mas que ahora habia de asistir á las ceremonias apartando los sexos entre sí, y separando por último á los neófitos de con los verdaderos fieles.

Tal es sin ningun género de duda la basílica cristiana de los primeros siglos; que hasta el nombre de

basílica tomó por parecerse más á las que de antemano se llamaban así, que á los templos de las vencidas divinidades. Esa es su procedencia, ese es su carácter necesario. El origen de la arquitectura *clásica* no se puede desconocer en ella: hasta aquel punto no habia otra; y ni inventa por lo comun el entendimiento cuando puede deducir, ni prescinde de lo que conoce en lo que tiene relacion con lo que conoce. Pero las obras de aquella arquitectura, decadente ya en todos los géneros, habian de serlo mucho más en uno nuevo y bastardo, sin modelos adecuados que imitar, y que se proponia satisfacer exigencias muy ajenas á su primitiva, á su genuina índole.

Si se conservase íntegra, pura, sin restaurar, alguna de aquellas basílicas, seguro es que nos presentaria la mas extraña aglomeracion de decadencia y de infancia; los restos de un arte que muere y los gérmenes de ideas que brotan, enlazados tosca y confusamente en extraña y singular combinacion.

¿Sucederia de otro modo en Constantinopla? Lo que no podia verificarse en el antiguo mundo, ¿se realizaria á la voz de Constantino en aquella ciudad?—Francamente, no lo creemos, no lo estimamos posible. Constantinopla naciendo se abigarraba con los adornos de Roma decrépita: despojaba al orbe, pero no inventaba un arte. No llega á tanto el poder de un Emperador. Está en sus manos la riqueza; no lo está la invencion, no lo está el génio. Era menester que muriese el arte antiguo, y que se fecundasen poco á poco las ideas generadoras del que lo habia de

reemplazar. Y Constantinopla, es menester reconocerlo, no se levantaba con la intencion de destruir el ingente imperio romano, epílogo y resúmen de la antigüedad toda, sino con la de defenderle, con la de sustentarle, con la de asegurar su fuerza y su duracion.—Si la Providencia dispuso otra cosa, é hizo servir para otra cosa á aquella ciudad, obra fué ello de la Providencia, y de ningun modo propósito ó consejo de los hombres.

Así pues, de la manera que va dicha, corrieron los primitivos tiempos de la sociedad cristiana, los tiempos del gran celo, de la fe enérgica y victoriosa. Mas era claro que esas condiciones no podian ser perdurables. Las ideas artísticas habian de tomar nuevamente su justo y necesario vuelo; porque el arte es humano, y nada humano desaparece del mundo. La decadencia habia de dejar de ser pura decadencia, mera negacion, para convertirse en algo positivo, siquiera fuese de ménos belleza material que lo conocido en épocas pasadas. Los gérmenes de ideas y de sentimientos habian de tener su desarrollo y su lozanía. La combinacion de uno y otro origen se habia de verificar en una forma fecunda. Cuando el cristianismo, después de haberse asentado en el trono, se asentó en la humanidad entera: cuando poseyó tranquilamente los ánimos hasta los confines del orbe culto: cuando no quedó en pié resto del paganismo que lo contrastase, y á quien pudiese servir el arte clásico: cuando vino, en una palabra, la madurez del tiempo, ese gran elemento de todas las innovaciones, de to-

das las perfecciones; natural y necesario fué que él emplease lo propio que habia despreciado y conculcado, y que echase mano para su uso de todas las formas esenciales de la inteligencia,—del arte, de la filosofía, de la política, de cuanto comprende la razon y ejecuta la voluntad.

En este período que se dilata por lo que llamamos la edad media; en este período en que domina sin rival la idea cristiana, y en que la concepcion artística, rediviva, es inspirada y llevada por el espíritu católico; dos tipos diversos de arquitectura nacen, se desenvuelven, y llegan á la cumbre de su esplendor en el seno de la sociedad de nuestros mayores. El primero es ese de que hablábamos, y á que malamente se ha apellidado *bizantino*, pues que no procedió del Bósforo, aunque en el Bósforo tambien existiera: el segundo, cronológicamente al ménos, es el que con igual ó mayor impropiedad se ha denominado *gótico*, pues que ni aun habia ya godos en el mundo cuando comenzó á despuntar y á cultivarse.

Volvemos á decir que el *bizantino* es la inmediata derivacion, el recuerdo activo del *clásico-romano*, inspirado por la idea cristiana, y sin otro origen artístico de extraña procedencia; al paso que el *gótico* es la derivacion lejana, debilitada, de aquel primitivo elemento, y no solo movida por esa idea religiosa, sino fecundada poderosamente por la gallardía de las artes orientales.

¿Dónde, cómo nacieron el uno y el otro?

El *bizantino* debió nacer por todas partes en donde

habia recuerdos del greco-romano: como que es la reaccion contra su decadencia, como que es el verdadero *renacimiento*, homogéneo y análogo con los universales albores de la nueva civilizacion que surgia. Por todas partes, en efecto, se le halla: por todas se le sorprende tímido apareciendo, se le encuentra después desenvuelto y ostentoso. La decadencia no consistió en él, como algunos malamente aseguraron: la decadencia habia tenido su largo período, ageno de todo punto á esa forma. Cuando tocó á su fin, cuando la negación se convirtió en fuerza y la postracion en voluntad, bajo el soplo enérgico del espíritu cristiano, entónces el genio artístico, brotando por donde quiera, se apoderó de cuanto se hallaba á su alcance, y ordenó con tales elementos, con tales datos, la única obra que de ellos se podia derivar. Habia trasformado cristianamente al arte antiguo, romano y griego; como el Maestro de las Sentencias trasformaba la filosofía de Aristóteles. Debia esto verificarse, y se verificaba, por donde quiera que aquel habia existido: más, en donde sus tradiciones fuesen más numerosas ó más vivas. Pero desde los mares de Astúrias hasta los mares de Constantinopla, todos los países podian poseerlo, y todos reivindicarlo como propio.

El *gótico* fué, como tambien queda dicho, otra cosa. El *gótico* tuvo un elemento que en nuestra Europa antigua no era de seguro tradicional. El *gótico* recibió el sello de una nueva índole, no conocida por nuestros antepasados hasta esos propios siglos medios

de que hablamos en estos instantes. En él está clara la marca del Oriente; ora venida por conducto de las cruzadas, ora por conducto de los árabes españoles, ora traída en fin por la una y la otra procedencia. En él se descubre la estrella del genio, creador cuanto imitador, que rompía del todo con las tradiciones del paganismo clásico, y que no amalgamando lo heterogéneo sino encontrando lo simple y lo armónico, producía en fin un arte original, como llegó á serlo por aquellos tiempos la filosofía escolástica, como lo llegó también á ser la sociedad entera.

El *bizantino* y el *gótico* son dos grandes páginas en la historia del arte. Hijas del cristianismo son las dos: sin el cristianismo no hubiera existido ninguna de ellas. El *bizantino* es más rudo, más tosco, á la par que es el conservador de las tradiciones *clásicas*. Tiene mayor afinidad con el mundo y con el arte paganos. En cuanto por un órden de arquitectura puede simbolizarse un período social, podríamos decir que él simbolizó al imperio de Carlo-Magno: es la imitación cristiana, *franca* (1), del arte antiguo, como este es la imitación cristiana, *franca*, del imperio de los Césares.—El *gótico* es más bello, más esmerado, más lujoso, más ideal. La tradición clásica ha desaparecido de su forma y de sus proporciones. A la vez, también se ha transformado el orientalismo para entrar á componerle. No vienen allí enteros los recuerdos de lo uno y de lo otro, como hemos visto que sucede en la

(1) *Franca* decimos y no francesa. El valor de la palabra *franco* en la edad media es bien conocido.

catedral de Pisa. Llegado á un punto de sencillez admirable, tiene además algo de sutil como el escolasticismo de la época; de brillante como su caballería; de vago, de atrevido, de anárquico, como su feudalidad. Jamás arquitectura alguna ha sido mejor el emblema de su tiempo.

De ningun modo pueden pues extrañarse los destinos que cupieron á uno y otro orden. Como fué natural que el *bizantino* brotase por donde quiera en los pueblos de recuerdo romano, así tambien fué natural que el *gótico*, introducido por cualquier parte en Europa, la invadiese con la mayor prontitud, y destronara á aquel sin dificultad y sin tardanza. Era más bello en la esfera del arte puro; como era símbolo de mayor progreso en la esfera social. Despues de Carlo-Magno habíamos de pasar por el feudalismo, para que cumpliese sus destinos la moderna civilizacion.

XIV.

Pero hemos dicho tambien que esa marcha general de la Europa, que esa adopcion del gótico sustituyendo al bizantino encontró dificultades, y falló poco ménos que completamente en Italia. Y hemos añadido, al decir esto, que las tradiciones del arte clásico, nunca extinguidas por entero en aquel país, rechazaron la

invasión de otras artes de procedencia extraña, y garantizaron á lo que era mas romano por su origen contra la acción de lo que venia del Norte ó del Oriente.

Lo hemos dicho, y lo pensamos con toda reflexión.

La civilización antigua, *pagana*, en la inteligencia filosófica de este nombre, así como procedió de Italia para ocupar y animar lo restante de Europa (exceptuando la Grecia), así tambien echó más hondas raíces y se encarnó más en la vida de aquellos pueblos, que en la de cualesquiera otros de esta misma parte del mundo. Era allí indígena lo que fuera de allí era importado: no pugnaba allí con nada lo que fuera de allí tenia que borrar recuerdos y que destruir habi- tudes. En el galo, en el español, en el germano, existian anterior y primitivamente otros elementos, que la potencia del pueblo-rey habia tenido que comprimir, que su civilización habia tenido que borrar.

Si esto era general en todo órden de ideas, en las correspondientes al arte resaltaba aún más notoria esa primacía de la Italia. Verdad es que el arte no habia nacido en su seno: verdad que sus primeros albores habian despuntado en Grecia, y que en Grecia se habian cogido sus mas fragantes coronas. Mas al cabo, él debia adelantos á la Italia, gloria á la Italia, de Italia habia procedido para llenar el mundo; y natural era que en recompensa legítima hubiese cubierto á la Italia de sus más ricos dones. Italia entera podia mirarse como su santuario.

No era fácil, pues, ni que desapareciese del todo el elemento antiguo en la vida de Italia; ni que el arte clásico cediese allí su lugar á otro completamente ajeno de su influencia. ¿Cómo no habia de suceder esto con el arte, cuando en la propia esfera religiosa duraban y se defendian las tradiciones paganas, con una insistencia que nos admira y nos confunde?

Quizá será nuevo y extraño para algunos de los que nos lean; pero lo que decimos es completa verdad. Los eruditos lo saben respecto á los pasados siglos: los observadores pueden comprobarlo en el siglo presente.

En ninguna parte del antiguo mundo duró la adoracion de los dioses lo que en las mismas cercanías de Roma: allí, donde estaba el centro de la doctrina cristiana; allí, donde se habia fijado la Cátedra de San Pedro, y enseñaban y aun dominaban sus sucesores los Sumos Pontífices.

Ya no habia paganismo ni en España, ni en las Galias, ni en la Alemania meridional; y en Italia se conservaba y resistia. Carlo-Magno habia constituido el nuevo imperio de Occidente: se habia predicado la fe de Jesus en las márgenes del Vístula: corría el siglo noveno de la Iglesia; y en la propia campaña de Roma, al pié de los montes de la Sabina, se sacrificaba á las divinidades de Numa, como en los primeros tiempos de la gran ciudad.

Y ¿por qué no lo hemos de decir todo? Para el filósofo imparcial aunque benévolo, el cristianismo práctico de los diversos pueblos de Europa se dife-

rencia por accidentes y matices especiales, que en nada alteran su unidad ni su santidad, y que proceden sin ninguna duda de la variedad de razas y de la distinción de civilizaciones de esos propios pueblos. Nada, repetimos, tiene ello de grave ni de extraño: ningún válido argumento se puede deducir de ahí en contra de la Religión misma: cabalmente por eso es y se llama *Católica*, porque puede regir en todo el mundo, conservando fijo é incólume lo que debe serlo, acomodándose en lo accidental y secundario á las opuestas índoles de tantas y tan variadas sociedades.— Pues bien: los que con ese espíritu alto é imparcial hubieren observado el cristianismo del pueblo italiano, comparándole por ejemplo con el del francés ó del español, ó nos equivocamos mucho nosotros, ó habrán advertido que conserva una tintura de tradición artístico-pagánica, difícil de definir, pero apreciable y fácil de comprender para el hombre de sensibilidad, de erudición y de gusto.

Donde las personas aun distinguidas juran por Baco (*per Bacco*), no es extraño que las clases vulgares se apasionen por una estatua griega como por una *Madonna* de Rafael.— Verdaderamente Rafael, aunque sea anticipar sobre pensamientos á que no hemos llegado, tomó las estatuas griegas como punto de partida para elevarse al ideal de sus vírgenes.

Mas volvamos á nuestro propósito, del que nos alejábamos impensadamente.—Italia, cubierta de obras del arte clásico: Italia, confundida en su ser con las tradiciones de ese arte: Italia, no habiendo

dejado nunca de tenerlo á la vista, no pudiendo separar de él sus ojos que le hacian inclinar hácia él su espíritu, aspirando por hábito á copiarlo aun en las épocas en que ménos lo sabia copiar; Italia admitió, produjo tambien el bizantino, que, ya lo hemos dicho, en cuanto arte procedia de él únicamente, pero rechazó el gótico que rompía con el lleno de sus tradiciones, y cuya belleza era antipática á todas sus costumbres, á todos sus gustos. El bizantino, vencido y justamente vencido por donde quiera, porque el gótico era más bello y ménos romano, se defendió con porfía y con éxito en Italia, prolongó su existencia por dos ó tres siglos más que en ninguna otra parte, y no concluyó hasta la reaccion plenamente pagánica del décimo-quinto, que la ligereza ha llamado el *Renacimiento*, y sobre la cual hablaremos con detencion en el lugar correspondiente.

Hé aquí por qué cuando se construian en toda Europa catedrales como las que hemos citado, de Sevilla, de Colonia y de Milan, como las de Toledo y Estrasburgo y Westminter, en Florencia se elevaba en lugar de ello un templo bizantino, noble y grandioso sí, pero que está muy léjos, á nuestro juicio, de valer como iglesia cristiana lo que valen aquellas otras.

XV.

El exterior de la catedral de Florencia es sumamente rico y ostentoso. La república prodigó sus caudales, y revistió el gran templo con mármoles blancos, rosados, negros y verdes. Pero tenemos que repetir aquí lo que dijimos hablando de la catedral de Génova: esos diversos colores ordenados á listas disminuyen la seriedad y la majestad monumentales, y dan un aire de tela á lo que no debe perder su carácter de mármol. La combinacion de colores que cabe artísticamente en un gran edificio, y con especialidad en un edificio religioso, no es ni puede ser esa igual y simétrica alternativa.

Ménos rico, ménos lujoso que lo exterior, es lo interior de la iglesia. La esperanza se encuentra por consiguiente chasqueada al entrar en su recinto; como que se aguarda mucho más, partiendo de lo que fuera se vé. Está desnuda de monumentos y de adornos;—desnuda sobre todo á los ojos de quien va de España, y recuerda sus opulentas catedrales. Y si bien saca belleza de su magnitud, que es mucha; de sus líneas, que son imponentes; de su cúpula, que es atrevida y aun adornada; falta siempre algo, bastante, de lo que hiciera concebir ese ostentoso aspecto externo,

con sus bellos jaspes, con sus régias puertas, con la delicada galería que le sirve de corona.—Parece una regla de buen gusto que todo templo, construido más que para admirarse en lo exterior, para adorar dentro de él á la Divinidad, deba ser más rico en lo que es su objeto preferente; y nos causa por tanto una sensacion incómoda cuando encontramos olvidado tal principio, convertido en principal lo accesorio, y reducido á mera obra de público ornato lo que primero que á este debió atender á otras y más dignas consideraciones.

En un país tan azotado de catástrofes como Florencia, hasta la catedral misma ha tenido que ser teatro de alguna desgracia de ese género. El viajero instruido recuerda al atravesarla la conjuración de los Pazzi, referida por Alfieri en una de sus inmortales tragedias. Allí fué, en el propio templo, donde corriendo el siglo décimo-quinto, y gobernando el Estado los hermanos Julian y Lorenzo de Médicis, se llevó á fin la conspiración fraguada para asesinarlos, y á que ha dado nombre aquella distinguida familia. El fanatismo político no reparaba en lugares para sus obras de venganza ó de libertad; y nada por consiguiente se ofreció más cómodo ó más fácil á los conspiradores que el deshacerse de sus enemigos, cuando debían encontrarse al parecer más descuidados é indefensos. — Julian, de hecho sorprendido, cayó víctima de la alevosa fiereza; pero Lorenzo pudo, más afortunado, salvar su vida con un extraordinario arrojó, y tomando el pueblo parte por él, fracasó la

conspiracion y perecieron los conjurados mismos, y, lo que sucede en tales casos, se afianzó y exageró el propio poder que habian querido destruir por tan violentos y reprobados medios.

Al lado de la catedral, pero no unido materialmente á ella, se levanta su torre ó campanario, *il Campanile*, cuya altura excede de doscientos cincuenta piés, que tambien está revestido de mármol, y al que decoran estátuas y relieves de renombrados autores. Es una obra del décimo-cuarto siglo, cuyo plan dió el célebre Giotto, y que varia y embellece sin duda la plaza y la ciudad. No llega, sin embargo, á la Torre de Pisa ni en extrañeza ni en gusto arquitectónico; como tampoco cabe compararla con nuestra Giralda de Sevilla en otro género de primores. Lo francamente *bizantino*, cuando se trata de gracia y de esbelteza, es impotente para luchar ni con los órdenes orientales ni aun con el puro y clásico romano.

XVI.

Al modo de Pisa, Florencia tiene tambien su Bautisterio. Es aquí como allí una pequeña iglesia, puesta á los piés de la catedral, y donde ha procurado reunirse todo lo que el arte podia hacer de más bello y encontrar la riqueza de más ostentoso. Después de

levantar lo grande; querian aquellos republicanos levantar á su lado lo lindo: después del aderezo, la joya de más galanura y de más valor.

La catedral habia sido la obra del Estado; el Bautisterio fué la obra del gremio de los comerciantes.

No hay que decir si se prodigaria el mármol en esta célebre capilla. No hay que decir si el pavimento y las paredes de mosaico, si las columnas de granito que adornan el interior ostentarán delicadeza y hermosura. Las de pórfido, que están á una y otra parte de la entrada principal, fueron regaladas por los pisanos á los florentinos, con motivo de haberse encargado estos de custodiar la ciudad de Pisa, en tanto que hacian sus habitantes una expedicion á las Baleares, corriendo el siglo duodécimo.

Pero lo mas notable, lo mas acabado y artísticamente bello que el Bautisterio ostenta; lo que está fuera de línea como obra de concepcion y de trabajo, son las tres puertas que le dan entrada, y á las que calificaba Miguel Angel de puertas dignas del Paraiso. Nada hemos visto ciertamente que con ellas se pueda comparar: nada, que ni en el pensamiento, ni en el dibujo, ni en lo delicado de la obra, pueda pretender el serlas semejante, ora entre las labores de la edad media, ora en las de la edad presente, y aun en los propios admirables restos de la antigüedad clásica.

La época de estas puertas es el siglo décimo-quinto, en el que la decoracion del bronce, esa escultura cristiana, habia llegado á una perfeccion tan grande. Fueron sus autores, de la una Andres el Pisano; de

las otras dos, indudablemente más bellas, un joven de veinticuatro años tan solo, llamado Lorenzo Ghiberti. Este se llevó la palma en el concurso á que se habian sacado las obras, aun concurriendo tales artistas como Brunelleschi y Donatello, cuya fama llenaba el mundo: realizó, excedió, lo que habian hecho esperar sus bocetos ó ensayos; y como si despues de haber consagrado su genio á una obra tan sublime, no pudiese ó no debiese hacer más, no conocemos y no creemos que haya quedado otro monumento alguno de su piadoso talento y de su trabajo incomparable.

Verdad es que las dos puertas del Bautisterio bastan superabundantemente para su gloria y para el orgullo de su patria.

XVII.

No puedè ser mi ánimo el recorrer ni aun las más notables iglesias de Florencia. En una ciudad de tantos tesoros y tantos recuerdos artísticos, lo notable llega á ser comun, y esos templos que merecen detenido exámen se cuentan verdaderamente por docenas. Háse menester mucho tiempo para verlo y apreciarlo todo; y vuelvo á repetir que apenas bastaria un grueso libro para dar razon de las sensaciones que

se conservan ó se quieren conservar como interesantes.

Con especialidad en materia de pintura, quien no ha visto á Florencia, sus iglesias y sus museos, difícilmente llega á comprender ni la grandeza ni mucho ménos la historia de las escuelas italianas. Aun la propia Galeria de Madrid, quizá más rica que ninguna otra en particular, no suple, no llega, no era posible que llegase al conjunto reunido de todos aquellos.

Mas yo prescindo por ahora de la pintura, de la que con especial propósito hablaré despues; y voy á añadir algunas pocas palabras acerca de los templos que llamaron mi atencion, y á los cuales no me perdonaria el dejar de hacer referencia. Es uno la Capilla Ducal, panteon de los soberanos de Toscana, unida ó que forma parte de la iglesia de San Lorenzo: es el otro la célebre *Santa Croce*, Santa Cruz, que tambien podria llamarse el Panteon florentino, como que contiene las tumbas de la mas elevada aristocracia, de la que constituye la imperecedera nobleza de la ciudad.

La Capilla Ducal, ya lo hemos dicho, se abre detrás del coro de la iglesia de San Lorenzo. Construida en el décimo-séptimo siglo, no hay ni puede haber en ella ni bizantino ni gótico: es una obra del clásico restaurado, y obra hecha ciertamente con más gusto del que ya solia haber por entónces. Destinóse-la, tambien se ha dicho ántes, para enterramiento de la familia soberana de los Médicis; y un individuo de esa propia familia fué el que la ideó y suministró

su plan.—Aquellos Príncipes eran artistas como repúblicos; concebían como gobernaban.

Lo que le da un carácter oportuno, severo, grandioso; lo que la hace, aun más de cuanto se podía esperar, solemne y severa; lo que imprime á su vista en el ánimo pensamientos conformes á su objeto; es, mucho más todavía que los detalles, aunque estos sean adecuados á tal fin, la gran elevacion de su bóveda, comparativamente con todas sus otras dimensiones. Aquella cúpula de granito que se sublima tan alta, cobijando, coronando, los monumentos de mármol negro que por todas partes os rodean, infunde en el espíritu más audaz la verdadera conciencia de su pequeñez, de su nada, ante el Supremo Señor que ha de recibirle y de juzgarle. El efecto es completo: la mansion de los difuntos llena su fin; no creemos que pudiera hacerse más con los recursos de la clásica arquitectura. Y no hablaremos de su riqueza, que es grande; porque cuando un monumento exprime una idea y la exprime bien, los pormenores no le elevan nunca á mayor importancia. Todo lo que debía perderse aquí á esa riqueza era que no dañase, que no desfigurase el conjunto. No lo daña ni lo desfigura en efecto: su ostentacion tiene algo de pesado que nos abruma, algo de duro y de inflexible que nos postra.

Pasemos ahora á la Santa Cruz, de la que hemos anunciado que no es un panteon de reyes vulgares, sino el panteon de los Reyes de la inteligencia.

Santa Cruz fué comenzada en el siglo décimo-ter-

cio, como la catedral, al propio tiempo que esta, por el mismo arquitecto que esta. Pero las obras y restauraciones posteriores le han dado otro carácter: nadie descubre ya la forma del puro bizantino en que primitivamente se la concibió; modificóla Vasari después, y la redujo al molde del Renacimiento. Siempre ha quedado y es una noble é interesante iglesia; pero su justa celebridad nace hoy ménos de ella misma, de su construcción y proporciones, que de los monumentos sepulcrales que contiene, y que han levantado la piedad ó el orgullo del pueblo florentino.

Dante, Miguel Angel, Maquiavelo, Alfieri, con otros de casi igual nombradía, Príncipes por lo ménos al lado de esos Monarcas, tienen allí sus soberbias cuanto veneradas tumbas. La rivalidad, la enemistad, la envidia, que los contradijeron, que los persiguieron, que amargaron su existencia en tanto que fueron vivos, han ido callando, perdiéndose, extinguiéndose delante de sus sepulcros. Solo ha durado, solo ha crecido la admiración que cada siglo lega con usuras al siglo siguiente; solo han quedado el espíritu, el sentimiento noble y nacional, que cada día se envanece más ufanamente con esas colosales figuras, con esos gloriosos nombres. Desde Vasari hasta Canova, todo el arte ha querido pagar su tributo y deponer su ofrenda á los piés de memorias tan altas.

Sobre la tumba de Maquiavelo, la justicia de sus conciudadanos ha escrito: «*Tanto nomini nullum par elogium.*» Sobre la de Dante, el arrepentimiento ha escrito también su verso: «*Onorate l'altissimo poeta.*»

Y el mundo ha encontrado merecidas una y otra inscripcion; y el viajero que las halla y las lee, baja respetuosamente su cabeza, y une en espíritu las suyas á esas palabras, que ha consagrado al genio un pueblo capaz de comprenderle.

Sin embargo, los restos de Dante no reposan en el soberbio sarcófago. Dante, mezclado á las luchas intestinas de su patria, expelido y prófugo de ella, murió entre las amarguras del destierro. Solo en Rávena habia encontrado quietud, estima, proteccion. Las contiendas de güelfos y gibelinos eclipsaban el resplandor del primer astro de la edad y de la Italia, por no decir de la Europa toda; Florencia, ó desconocia ciega su luz, ó la rechazaba en sus pasiones de cólera y de sangre. Florencia consintió en que se apagara léjos de su seno el lucero más insigne de su corona. Cuando después se arrepintió de sus bárbaros rigores, aquella otra ciudad, madre por adopcion del proscrito, no quiso consentir á su vez en que Florencia poseyese sus despojos. Por mil ocasiones se le han pedido con tanta humildad como instancia; siempre los ha negado Rávena con tanta resolucion como energía. Descanse muerto, ha dicho, en donde halló vivo respeto y amistad.

Así, borradas si no olvidadas como hoy deben estarlo las antiguas discordias, entrambas poblaciones ofrecen al inmortal poeta el tributo de cariñosa veneracion que puede complacerle y desenojarle. Rávena le guarda en su modesto sepulcro: Florencia le levanta uno insigne, aunque vacío, y escribe en él sus pala-

bras propias. Y el triunfo de Dante es tan completo como universal; porque el mundo todo se adhiere con sus sentimientos á esa doble admiracion, y repite con un acento que ni se acaba ni se cansa: *Onoriamo l'altissimo poeta!*

XVIII.

¿Qué hemos de decir de los palacios de Florencia, despues de lo que ya hemos indicado? ¿Qué no serán esos palacios en una ciudad emporio de las artes, en donde hasta las plazas son verdaderos museos?

Se ha dicho que exteriormente todos ó casi todos ellos semejan fortalezas, como que fueron construidos en tiempo de luchas, y para las mismas luchas. El Palacio Viejo, con especialidad, comenzado á fines del décimo-tercio siglo, por el propio arquitecto que levantaba la catedral y Santa Cruz, Arnolfo di Lapo, es un verdadero castillo de la edad média, al que no falta nada de lo que solia constituirlos entónces, ni aun una torre elevadísima que se levanta en el centro de él. Fabricado de duras piedras, almenado, sin más adorno que su severidad propia, parece desafiar al tiempo y presidir á los destinos de una ciudad, que no debe perecer miéntras subsistan la civilizacion y las artes.

No tiene ese aspecto el Palacio Pitti, actual residencia de la familia soberana. Es este de origen mucho más moderno, y fué construido en época en que eran ya ménos belicosas las costumbres. Así corresponde á los órdenes de la Restauracion, es semejante á los palacios comunes de Italia toda, se halla decorado con gusto, se recorre con placer; y sin embargo, no daría fama á Florencia á no ser por el rico y escogido museo que contiene.

Más originales, más característicos, más notables como monumentos de arquitectura, contribuyendo con mayor ventaja á exornar la ciudad, son por una parte la *Loggia d'Orgagna*, apellidada así del nombre del artista que la levantó; y por otra lo que llaman *Reali Uffizi* ó Galería de los Médicis, construccion del Renacimiento, que se debe como tantas otras á Jorge Vasari.—Todo esto constituye verdaderamente el primer museo florentino, ora abierto y al aire libre con bellos arcos y con amplios corredores, ora conteniendo salas magníficas donde se encierran riquísimos tesoros de lo más escogido del arte. Todo esto encanta y embelesa el ánimo: todo esto, aún sin contar con esos tesoros que en rigor podrian perderse, asegura á la capital de la Toscana un rango que nunca perderá entre las capitales antiguas y modernas de la humanidad artística.

XIX.

Tiempo es ya de que nos ocupemos en esos propios tesoros á que más de una vez hemos aludido: tiempo de que demos cuenta de nuestras impresiones delante del bronce, del mármol, de las telas animadas. La arquitectura es quizá la más noble de las artes; pero no constituye el arte todo. Nos están llamando con mucha razon Miguel Angel y Benvenuto Cellini, Giotto, Leonardo de Vinci, Andres del Sarto y Rafael, á más de los restos del antiguo, de las obras de la escuela de Praxitéles, cuando no de Praxitéles propio.

Quizá bastaria con que dijésemos que en Florencia se hallan la Niobe, el Apolino, la Vénus llamada de Médicis y el Fauno danzante: que se hallan tambien Moisés y David, Perséo, el grupo de las Sabinas, y la Vénus de Canova; la Virgen del *Sacco* de Vanucci, la de la *Seggiola* de Rafael de Urbino, la adoracion de Jesus por su Santísima Madre de Correggio. ¿Quién no conoce, de reputacion siquiera, esas estatuas, estos cuadros? ¿Quién no sabe que, segun la opinion comun, despues de haberlos visto, hay poco que admirar en Italia?

Sin embargo, esa mera nomenclatura no nos satis-

faria hecha á nosotros, y podria no satisfacer escuchada á nuestros lectores. Tal vez aguardan de nosotros más, una cosa diversa; y más, una cosa diversa queremos ciertamente someter á su juicio. Insertar listas no es ni explicar ni apreciar las artes. Como hemos hablado acerca de un período de la arquitectura, así debemos seguir hablando de ella cuando ocurriere, y en este momento de sus hermanas.

Comenzaremos por la escultura, que es la gran riqueza del antiguo y la parte flaca del ingenio moderno; por la escultura, que no se comprende bien sino en la clásica region que vamos explorando; por la escultura, que comprendida, sentida, es el mayor deleite, el más sensual á lo ménos, del hombre de nuestros dias de delicado y exquisito gusto.

Lo cual consiste en una cosa que indicamos ántes, y que ahora debemos desenvolver y explicar: en que la escultura es la más sensual á su vez, la más fundamentalmente pagánica de las artes todas.

La verdadera escultura de que aquí hablamos procede del amor á la forma, y se inspira únicamente de su adoracion. Teniendo por objeto la belleza, esto es, una clase de belleza como las demas artes, esa clase especial de belleza á que ella se consagra no consiste ni puede consistir en grandes combinaciones de expresion ni de composicion, ménos en grandes inspiraciones de ideas, mucho ménos, en fin, en grandes armonías de objetos, de colores, de sonidos, de pensamientos sublimes ó fantásticos. Ni lo compuesto ni lo difícil, ni el cielo ni el universo caben en su cuadro. Es

este infinitamente más estrecho que el de la arquitectura, que el de la pintura, que el de la música. Su objeto indispensable, su materia obligada, es la forma de la humanidad. Aun los afectos de la humanidad misma no caben en ella sino cuando son simples á más de ser individuales, cuando la forma puede fácil y naturalmente expresarlos sin caer en la caricatura. Saliéndose de ahí, cayéndose en esta, dándose á la exageracion, muy luego se viene á la perversion del gusto y á la muerte del arte propio.

Los griegos, á muy poco de haberlo cultivado, tocaron al límite de sus perfecciones. Dotados de una sensibilidad más exquisita que los demas pueblos, comprendieron mejor que ninguno y amaron más que ninguno la belleza de esa forma humana. Quizá dependia esto de que su raza era más bella en sí que las de otros países: quizá de que la templanza y suavidad de su clima les consentia descubrir y admirar fácilmente aquella propia forma. Como quiera que ello sea, es lo cierto que el pueblo griego se apasionó por el hombre corpóreo; lo ensalzó, lo divinizó, y sacó á un mismo tiempo de él su religion y su arte.

De modo, que cuando hemos dicho en dos ocasiones que es pagánica la verdadera escultura, la del arte antiguo ó que se deriva del arte antiguo, no hemos llegado á todo lo que podíamos decir: era una verdad, pero una verdad incompleta. Profundizando en la metafísica de las artes, bien cabe asegurar que la escultura, aquella escultura, es el propio, el primitivo, el griego paganismo.

Por lo ménos hubo una relacion íntima y esencial, una armonía tan indestructible como necesaria entre la una y el otro. La adoracion y el amor apasionado de la forma se enlazan irremisiblemente: un mismo principio, un propio espíritu les dieron el ser. De aquella, si fué ántes, no pudo ménos de venir el segundo: de este, si la precedió por acaso, no pudo ménos de derivarse la primera, cuando no existía para impedirlo el freno de una religion celeste y espiritual.

Por esto se explica que la escultura hubiese llegado en Grecia á tan alta perfeccion; y que solo en la civilizacion helénica y en las que la han copiado haya existido esa escultura de la forma humana, en todo su apogeo, con todo su desarrollo.

Si lo pudiérais dudar, echad una mirada sobre los monumentos índicos, egipcios y babilónicos. Ni en el Gániges, ni en el Tígris, ni en el Nilo, encontrareis ese arté de que vamos hablando. Como no se adora la forma, el ingenio no produce más que mónstruos.

La arquitectura y la música son de todas las civilizaciones, en lo que tienen de esencial, siquiera se diversifiquen segun ellas en sus accidentes. La pintura lo puede ser en cuanto no retrate el desnudo del hombre, respecto al cual procede y se deriva de la escultura misma. Pero esta, la escultura, mirada no como adorno y accesorio, sino como objeto principal del arte, ni pudo tener su nacimiento, ni ha podido ejecutar sus obras verdaderamente maestras, sino donde se adoraba á Vénus y á Júpiter, esto es, á la belleza humana, al poder humano, á la humanidad material,

externa , corpórea , cual se la ve con los ojos , cual se la toca con los sentidos.

Por eso es que la suprema expresion del arte griego , en lo mas íntimo , en lo mas esencial , no consistió en el templo ni el cuadro , consistió en la estátua. Apéles y Parrasio en la pintura , los autores del Partenon y del templo de Teséo en estos monumentos insignes , dejaron grandes obras , que han podido causar la admiracion del género humano durante siglos y siglos. Pero ni la pintura ni la arquitectura pronunciaron entónces su última palabra. Después de Apéles han venido Rafael y Correggio , Velazquez y Murillo , que encontraron nuevas expresiones de belleza pictórica , las cuales , estamos seguros de ello , no son de ménos valer que las del egregio artista contemporáneo de Alejandro. Creemos por el contrario , y quizá en alguna otra parte diremos la razon , que si las obras de este hubiesen llegado hasta nuestros dias , aún puras intactas , y hubiera podido realizarse un cotejo , por los modernos que nó por el antiguo habria quedado la palma del triunfo. Y en cuanto á las obras de arquitectura , el mismo hecho está á la vista de todos. Aun prescindiendo del adelanto que tuvo este arte en Roma , y del que trataremos en su lugar oportuno , poned la catedral de Colonia ó de Sevilla al lado de los templos de Aténas , un arco de la media edad al lado de los Propiléos ; olvidaos de las preocupaciones clásicas ; juzgad imparcialmente ; y vereis cómo es bella , cómo es más bella la obra del décimo-quinto siglo , aunque convengais en que es de diferente belleza

que la del siglo de Pericles. Es decir, que la pintura y la arquitectura griegas no apuraron el tipo de lo hermoso: que esas artes, susceptibles de ser grandemente modificadas por la inspiracion de otras ideas entónces desconocidas, no se unieron de un modo tan íntimo y necesario con aquella sociedad y aquella civilizacion, pura, primitiva y espontáneamente pagánicas, que puedan aspirar al título de su adecuado emblema. Este se halla en la escultura, en la estátua, volvemos á decir: en la estátua llevada por el genio ateniense al punto de perfeccion absoluta; en la estátua, que no podia mejorar, y que habia de decaer en cualesquiera otras civilizaciones.

Recorred, sinó, conmigo los museos de Florencia, pues que en Florencia nos encontramos ahora. No es necesario salir de allí, ir á Roma para ver el Apolo, ni á Paris para contemplar la Vénus de Milo. En Roma encontrareis mucho más, pero no encontrareis mejor. Tenemos aquí el Apolino y el Hermafrodita para concebir y admirar la gracia: la Vénus *Callipige* como modelo eterno de belleza en la diosa mujer: el Fauno de los platillos, perfeccion de lo ideal en el género grotesco: la Niobe, muestra sublime del dolor sin desfigurarse la forma, como el arte griego lo concebía. Después de aquello no era posible más: la pasion y el culto de esa forma habian llegado al límite de lo posible. Toda la civilizacion helénica, no nos cansaremos de repetirlo, está simbolizada en aquellos mármoles.

XX.

Así no se puede extrañar que el cristianismo ardiente y fervoroso proscribiese las obras de la escultura, ó las mirase al ménos horrorizado, desde el instante de su aparicion. La escultura epilogaba la griega idolatría, era el culto de la forma; y el cristianismo se presentaba para enaltecer sobre esta al espíritu. No que el cristianismo desconociese que el hombre tiene tambien cuerpo, sentidos materiales, y que como dones de Dios debe ordenarlos y no anonadarlos; mas así como la religion precedente habia sublimado el elemento corpóreo, así él venia con el encargo y el destino de ponerlo en segunda línea, y aun nada ofrecia de extraño que exagerase un poco su mision en aquellos primeros momentos, en que tenia que combatir y que destruir.

De manera que lo que hemos dicho en otro lugar con respecto á la arquitectura, se cumplia, pero más absolutamente aún, con relacion á la estatuaria. Aparte de que cundiese y triunfase el cristianismo en un periodo de artística decadencia, es necesario reconocer que debia ser adverso, intolerantemente adverso á la antigua escultura; que debia mirar con horror unas obras que deificaban la forma; y que primero que am-

nistiar á ese arte habian de correr siglos y variar grandemente las costumbres.

Existe una leyenda de la edad media, en la que se refiere que los diablos azotaron á San Gerónimo porque se deleitaba leyendo ó recitando los bellos períodos de Ciceron. ¿Qué no hubieran hecho, segun aquel espíritu, si se hubiese complacido el Santo en admirar el Apolino de Praxitéles, ó al ménos el Laocoonte y el Gladiador moribundo?

Algunas toscas imágenes del Redentor ó de la Virgen María no contradicen de ningun modo esta regla general. Aun por ellas mismas se ve que se huye de la forma, en lugar de seguirla y estudiarla. Y no obstante ese esmero, y no obstante el espíritu que las animó, sábese que hubo por largo tiempo sectas cristianas que desaprobaron y condenaron esas imágenes propias.

Pero los tiempos pasaban, y la idea del arte, que segun hemos dicho se eclipsa pero no se extingue, volvia á renacer en una distinta civilizacion. Cierto que la estatuaria antigua, con su desenvoltura procaz, con su carácter pagánico, con su perfeccion que de él se derivaba, no podia resucitar ó progresar al ménos en tanto que inspirase á aquella idea el espíritu cristiano aún omnipotente; mas otro género de escultura, decoroso, modesto, reducido en sus aspiraciones, postergado en su línea, no aspirando jamás al papel del antiguo, podía y debia surgir, si no como compañero, al ménos como accesorio de las otras cristianizadas artes. Y en ninguna region, es preciso confesarlo, se

había de sentir más naturalmente este impulso de nuevo nacimiento, que dondè quedaban más recuerdos, más tradiciones, de la escultura antigua; que donde sus obras no habían jamás desaparecido de los ojos, porque no había sido posible aniquilarlas ni borrarlas.

Brotó, pués, el género escultural en esta época, y fué todo de adorno y de decoracion. Ni se hizo para llenar como principal objeto el templo ó el gabinete; ni pudo ser centro de una atención exclusiva, de un culto sensual y profano. En vez de que la iglesia se levantase solo para aposentarla, embutióse como pudo en sus galerías, en sus frisos, en sus arcos, en sus puertas. Complacióse tambien aglomerándose en los retablos y en los sepulcros; pero aun allí mismo conserva ese carácter de subalterno y accésorio. No se erige una estátua artística, mucho ménos ¡qué horror! una estátua desnuda: se ordenan composiciones sacadas del Antiguo ó del Nuevo Testamento; cuando más, se agrupan animales, se inventan y crean monstruos. El dibujo puede ser correctísimo, y sin embargo se vé con toda claridad que no es el culto de la forma á lo que ese dibujo se consagra: las formas están cubiertas por las vestiduras: el individuo desaparece en el conjunto de la composicion. Es la idea lo que siempre domina; es el alma y no el cuerpo lo que ha estudiado y procurado expresar el artífice. Hasta en los medios, en la materia de que ordinariamente se vale, hay contradicción entre esta escultura y la de los siglos clásicos: la antigüedad empleaba los már-

moles de Páros ó de Carrara; la edad media emplea la piedra comun, la madera y el bronce.

¿Quereis ver un acabado ejemplo de este arte cual lo concibió el cristianismo? Sin salir de Florencia podeis encontrarlo. Id al Bautisterio, y contemplad las puertas de Lorenzo Ghiberti.

XXI.

No sé yo si el génio y el espíritu de aquel cristianismo puro hubieran podido hacer más. Sé que á mediados del siglo décimo-quinto esa escultura decoratoria, en armonía completa con las otras artes, sus hermanas, con la arquitectura bizantina ó gótica, con la pintura de Giotto y Fra Angélico, llenaban digna y convenientemente su fin, ora consagradas á Dios y á su culto, ora consagradas á la humanidad y á su historia. En el Bautisterio de Florencia se habian fijado las puertas que acabamos de recordar: en la catedral de Sevilla se habia elevado el retablo que admiramos después de cuatro centurias: en la de Búrgos existian ya los sepulcros que desesperan á los artistas modernos. Aun descendiendo de esas obras monumentales á otras de más uso y de ménos importancia, los plateros florentinos y los armeros milaneses fabricaban pequeños milagros de labor y de paciencia, en

corazas y en puñales, en muebles y en copas. Bien ántes de Benvenuto Cellini se habia llegado á la perfeccion en este género de trabajos.

Mas en ese mismo período, á fines del décimoquinto siglo, hé aquí que un movimiento general, un conato de modificacion, de trasformacion más bien, y trasformacion grave y profunda, viene á inspirar un nuevo principio á todas las artes que se conocian en Italia. Quizá no era esta la primera vez en que se habia iniciado: quizá en los adornos del Bautisterio de Pisa podriamos descubrir anteriores tendencias al mismo propósito; pero malogrado en aquella ocasion, comprimido por el espíritu cristiano de la época, surgia otra vez y surgia poderoso, ahora que ese espíritu no duraba con el propio aliento. Fuese en fin la que fuese su causa, procediera de la marcha natural de nuestra civilizacion, ó dependiese de la caida del imperio griego y del aflujo de sus ciencias y de sus letras hácia las regiones occidentales; lo cierto es que una reaccion clásica en las ideas y una tendencia clásica en las artes, despuntaron á la vez en Florencia más precisamente que en ningun otro punto, é imprimieron nuevas y pagánicas direcciones á los caminos por donde marchaba la humanidad.

No queremos decir, no decimos de seguro, que reflexivamente y de deliberado propósito se corriese al paganismo por tal innovacion: mucho ménos que ese nuevo paganismo fuese una resucitada fe, para oponerla á la creencia católica. Lo que acontecia era un desusado apasionamiento, un fervoroso cuanto re-

pentino estudio de las cosas antiguas, clásicas, paganas,—de las ciencias, de las letras, de la filosofía, de las artes; y un correlativo abandono del principio cristiano y tradicional, que en esas diferentes esferas de la inteligencia habia durante siglos inspirado al mundo. Constituia ello si se quiere un paganismo externo, intelectual por entónces y no moral, que no penetraba aún en las honduras del corazon, ni afectaba en nada al fondo de las creencias ortodoxas; pero que tocaba é influa de cierto en las concepciones de la mente y en las aficiones del ánimo; que realizaba el influjo y la importancia de los sentidos, deprimiendo la ingénita actividad y la supremacía del alma que el cristianismo nos enseña; y que sublimaba, en fin, como en los siglos clásicos, la forma material, posponiéndole las altísimas nociones del espíritu, que hasta allí la habian vencido y la tenian dominada.

A esta revolucion, que no ocurrió como ninguna de golpe, con todo su desarrollo, con todas sus consecuencias, pero que iniciada y comenzada fué infiltrándose y progresando en la sociedad, hasta venir á términos muy ajenos á nuestros actuales estudios; á esta revolucion, concretada á las ciencias y á las artes, se llamó por sus apologistas el Renacimiento ó Restauracion de las unas y de las otras. Algo en efecto renacia, algo en efecto se restauraba. Pero no eran las ciencias ni las artes mismas, que no estaban muertas de seguro, sino bien vivas y florecientes á la sazón. Lo que renacia, lo que se restauraba en realidad eran el espíritu y el gusto griego, en contraposicion

al espíritu y al gusto de los pueblos norte-occidentales; la verdad y la belleza del viejo paganismo, en contraposición á la verdad y á la belleza del periodo cristiano puro.

Fué en efecto el antiguo, el greco-romano, lo que desde aquel momento se tomó como tipo único del arte: fué el antiguo lo que exclusivamente se aspiró á imitar: fué la forma lo que atrajo á sí con toda preferencia la admiración de los artistas. No se abandonó, ya lo hemos dicho, la fe cristiana; pero desconociendo la ilación, se abandonaron sus consecuencias, se abandonó el espíritu con que ella animaba al arte propio: no se restableció el culto de los dioses; pero se restableció con pasión cuanto se enlazaba con ese culto mismo, de la suerte que hemos explicado más arriba. El *neo-paganismo* se contuvo en límites que eran necesarios (¿cómo había de ser de otra suerte?); pero existió real y verdadero; mas levantó su cabeza autorizada, y dentro de esos límites lo invadió y lo dominó todo.

La arquitectura gótica cedió su lugar á la que copió la griega; que después de haber levantado el Escorial y San Pedro, vino por todo término á la Magdalena de Paris. La escultura de Ghiberti cedió su lugar á la de Miguel Angel, para concluir en la de Canova. La pintura de Perugino y de Leonardo de Vinci, aunque adelantemos al decirlo algunas páginas, cedió su lugar á la del propio Buonarroti y de Rafael, para acabar en este siglo en la de David y de Ingres.

No hemos hablado, cuando nos ocupábamos en la

arquitectura de Florencia, de los efectos de ese gran trastorno, porque en aquella ciudad no hay ningun templo verdaderamente de primer orden del sistema greco-romano restaurado. La catedral es bizantina, y Santa Cruz no puede pretender tan alta calificacion. Resolviamos, pues, y aplazábamos el juzgarla en este terreno, para cuando examinásemos á San Pedro de Roma. Y en Roma tambien, donde están los frescos de la capilla Sixtina, y las *Loggias*, y la *Escuela de Aténas*, y la *Batalla de Constantino*; en Roma tambien podremos emitir nuestro humilde juicio respecto á su accion en la pintura, respecto á los adelantos ó no adelantos que ese espíritu nuevo hubiese producido en esta bella arte. Mas en su particular accion sobre la escultura, de la cual venimos hablando, y tal vez en consideraciones comunes á las artes todas, cuales se desprenden del cambio, de la trasformacion general, no hay motivo ninguno para que no le consagremos algunos momentos, al tratar de Florencia, y en el instante presente.—Hemos dicho que fué en esa ciudad, si no donde tuvo su origen, por lo ménos donde apareció, donde se ostentó la nueva idea artística, grande y poderosa, partiendo de allí á la conquista del mundo: hemos dicho que en pocos otros lugares, si en alguno acaso, podremos encontrar reunidas más obras maestras, ya del espíritu cristiano de Donatello y de Ghiberti, ya del espíritu clásico de los innovadores de la décimo-quinta y décimo-sexta centuria. ¿Por qué, pues, no hemos de aprovechar esta ocasion, dando al asunto la amplitud que reclama su impor-

tancia, y elevándolo, si nos es posible, á lo que exigen de nosotros la moderna crítica y la verdadera filosofía?

XXII.

Continuemos, pues, hablando de esta gran revolución, y considerándola en su origen y su conjunto. A riesgo de ser acusados de metafísicos, nos es forzoso insistir en la metafísica del arte. Sin metafísica nada se levanta del rásero de la tierra.

Dudábamos poco hace si el espíritu cristiano puro, prosiguiendo en las vias de los siglos medios, hubiera podido adelantar más para la perfeccion de sus obras artísticas. Eran tan bellos sus templos, tan bellas sus decoraciones y cinceladuras, tan bellos sus frescos y sus cuadros, que con fundamento puede nacer esa cuestion, refiriéndose solo á la línea en que se habia caminado hasta allí. La perfeccion en la esfera del arte toca á sus términos bien pronto: ni tarda tánto en llegar, ni es tan indefinida con mucho, como en otras esferas de nuestro ingenio. Nada inventó Grecia que superase al Partenon ó á las obras de Fídias, cuando Fídias hubo concluido sus obras y el Partenon estuvo levantado.

Pero si es limitada la perfeccion artística, la acti-

vidad artística no lo es. Si cabe duda en que siguiendo las antiguas tradiciones hubiesen ya mejorado las obras, no puede caberla en que el movimiento, la marcha habian de continuar, siguiéndolas ó no siguiéndolas, acertando ó errando en el camino. Ni el entendimiento humano, ni sus facultades creadoras, reposaron ni reposarán jamás. Nuestra ánima corre siempre tras de la belleza, cual puede en el instante concebirla; y como está en nuestro destino el no contemplarla ni gozarla completa en este mundo, cuando la hemos hallado y considerado bajo un punto de vista, aspiramos y nos afanamos por otro nuevo que nos la ofrezca mejor, ó por lo ménos de distinto modo. La belleza absoluta es la Divinidad, y su posesion la bienaventuranza. Lá entrevemos desde lá tierra, ciertamente, pero no la podemos disfrutar sino en el cielo.

El arte, pues, expresion de ese afecto, se agita y ha de agitarse de continuo. Sucédele con la belleza, que es su fin, lo que á la ciencia, expresion de la mente pura, con la verdad que es el suyo. Como que la belleza y la verdad son dos aspectos parciales y limitados del Supremo Señor de los seres, del propio modo que el arte y la ciencia son dos necesidades del alma humana, creacion de tan inefable Ser.

Hay sin embargo la diferencia que indicamos más arriba. En la esfera del arte se llega al término más pronto, y después la agitacion es más estéril: en la esfera de la ciencia se adelanta más poco á poco, y se va aumentando de continuo el caudal de verdades, cuyo imposible complemento sería la verdad.—Expli-

que quien pueda y quiera esa distincion entre lo que se halla unido por tantas armónicas relaciones: no hemos de filosofar nosotros sobre todo, porque lo hagamos alguna vez en lo que comprende el plan de nuestra obra.

Lo que debemos consignar en este instante, como consecuencia de los dos principios que hemos asentado, á saber la limitacion de nuestras expresiones de belleza dentro de un período, de una línea, y la instabilidad, la agitacion, la necesidad de cambio, respecto á lo que sentimos y poseemos como bello; es que apurados los tipos que lo son realmente en la esfera donde el ánimo trabaja, ó se viene á decadencias y corrupciones, que principian por lo amanerado y exagerado para concluir en lo nulo ó monstruoso, ó hay que abrir esa esfera misma á ideas de distinto origen, de extraño y variado género, que renueven y fecundicen los antiguos elementos de la agostada invencion.—Quienes no hayan pensado en esto, los que no lo conciban y lo sientan como una ley fundamental de todas las artes, ni comprenden á nuestro juicio su esencia, ni pueden explicar ni apreciar su historia de un modo plausible y racional.

Si no lo ha formulado así entre sus reglas la teoría comun, si no lo ha proclamado entre sus hechos la crítica ordinaria, tanto peor para esa teoría y esa crítica: habrán dado la medida de su sagacidad y de su alcance, no advirtiéndolo ni refiriéndolo lo que era tan evidente.

No digais, pues, jamás: «este es el límite de lo

posible: este es el modelo invariable de lo bello, lo que debéis copiar y repetir sin ninguna alteracion.» La filosofía condenará tales calificaciones; porque, como se ha dicho, nuestra capacidad no llegará nunca al bien absoluto, y un impulso á la par, que no podremos resistir, nos impelerá mal de nuestro grado ó por buenos caminos ó por caminos deplorables. Mientras tengamos mente hemos de buscar la nueva verdad: mientras tengamos afectos hemos de buscar la nueva belleza.

Alguna modificación, pues, parecia necesaria en las artes hácia fines del siglo décimo-quinto. O se habia de venir á un amaneramiento, á un *barroquismo*, á una decadencia forzosa; ó era indispensable respirar otro ambiente que el ya gastado y pesado que venia respirando por algunos siglos la Italia.

¡Lástima, por lo que respecta á la arquitectura, que el gótico, jóven aún, y en el que cabia, creemos, ulterior y mayor desarrollo, no se hubiese aclimatado en sus más insignes regiones! ¡Lástima, por lo que respecta á las otras artes, que en la nueva línea á que se acudió, en el esmerado estudio de la forma, no hubiese habido un poco de más mesura, un poco de más templanza, para contenerse más en lo cristiano, en lo necesario, en lo justo!

El espíritu del verdadero cristianismo no está obligado á proscribir la materia, ni la forma que es su vestido y su expresion, para darlo todo á la idea, á la contemplacion mística ó incorporeal. El espíritu del verdadero cristianismo, poniendo á Dios en los cielos,

no ha lanzado de la tierra al hombre, ni ha desconocido que se compone de cuerpo como de alma. Si vino á derrocar y á sustituir una religion y un culto puramente materiales, no aniquiló esa materia aunque la destronase: dejóla su lugar conveniente, y hasta la engrandeció dentro de sus debidos límites, enseñando que el Hijo de Dios se habia hecho hombre, y vistiéndose nuestra corpórea naturaleza.

Consecuencia del cristianismo fué sin duda la sublimacion de todo lo espiritual, así como la maceracion y el abatimiento de la carne. Pero como en toda consecuencia de guerra, ya está dicho, sus alcances pudieron ser exagerados. Aun al crearse el bizantino, aun al empuñar Giotto su pincel, era factible que no se hubiese atendido á la forma cuanto cabia en una adecuada ponderacion. Sin salirse del principio y del espíritu cristianos, podíase de seguro volverla á dar más estima, haciéndola entrar un poco más que hasta allí, como elemento de vida y de novedad, en las artes espirituales llegadas á su apogeo.

No censuramos, no condenamos, pues, la Restauracion artística del siglo décimo-quinto, porque hubiese inclinado sus ojos hácia la forma y ocupádose con interés de su belleza: á algo habia de volverse, y legítimo era cuanto natural que tomase semejante rumbo. La censuramos, la condenamos solo, porque de tal suerte los inclinó á ella, que no fué una modificacion sino un cambio fundamental lo que de allí produjo; porque volviendo la cara á la materia, volvió al espíritu la espalda; porque paganizó de todo

punto el arte, como queda indicado en varias ocasiones. Y esto, tal extremo, semejante trasformacion, de ningun modo era necesario para que el arte mismo viviera y adelantara: ó si reflexionando sobre datos más extensos, y combinando causas que en el momento presente no es ocasion de combinar, hallásemos que lo era, encontraremos igualmente que pertenecia á un género de *necesidades*, que no deben disculpar con cobarde blandura, sino condenar con justa entereza la crítica y la historia.

Lo cierto es que si ese nuevo camino se hubiese adoptado en cualquiera otro país que no fuera Italia, es probable que se hubiera procedido en él con más mesura. ¿No comprueban irrecusablemente este juicio los Cristos crucificados de nuestro Montañés, que de seguro no vió en su vida una estatua griega?

Pero Italia, se ha repetido varias veces ya, siempre fué más clásica por sus recuerdos que todo el resto de la Europa; pero Italia, si llegaba á entrar en semejante senda de reaccion, habia de dar pasos más avanzados que ninguna otra de sus regiones. Donde el gótico casi no habia podido introducirse, no hablemos de dominar, porque lo rechazaba la tradicion antigua, el arte antiguo ó su imitacion más bien debia brotar poderosa, tan luego como cualesquiera circunstancias favoreciesen á este género de ideas ó de necesidades. Dormia, que no estaba muerto el espíritu clásico; y era natural que en las del mil y quinientos se levantase con lozanía y con vigor.

XXIII.

Sucedió también entónces, como sucede ordinariamente en el mundo cuando se verifican los grandes trastornos, que un genio colosal, de especiales condiciones, de extraordinario poder, de influencia que la buena crítica vacila en calificar si útil ó si desastrosa, vino á apoderarse de la modificación que estaba en el ánimo de todos, y á imponerla el sello particular de su ánimo.

La modificación, pues, anunciada desde la mitad del siglo décimo-quinto, se hizo hombre á los dos tercios de este, y se llamó Miguel Angel Buonarroti. Ella fué la paganización de las tres nobles artes: porque aquél genio, capaz de dominarlas las tres, era de todo punto una naturaleza pagana.

Miguel Angel habia nacido en Chiusi, pequeña ciudad de la Etruria, inmediata al lago Trasimeno. Dedicado al estudio y á la profesion de las artes, su mirada de águila las comprendió todas, y sus hombros de gigante pudieron llevar el peso de todas. En la arquitectura, en la pintura, en la escultura, donde quiera elevó su nombre, por lo ménos al igual de los nombres que sonaban más altos y más gloriosos. Rival de Bramante, rival de Benvenuto Cellini, rival de

Leonardo de Vinci, de Andres del Sarto, de Corregio, de Rafael, ejerció sobre cada cual de ellos, sobre todos ellos, sobre la generalidad de su siglo, aquella influencia que aseguran la enérgica superioridad de carácter y la indisputable universalidad de conocimientos.

El no imitaba á los demás. Espiritu más completo y más sintético, á la par que voluntad más poderosa, los obligaba por el contrario á que le imitasen. En una edad que no era aún de crítica sino de instintos, quizá reunia él más que ningun otro así esta como aquella dote. Sabido es que la literatura y la poesía le eran tambien familiares, y los versos que escribió con motivo de su estatua durmiente de Italia (4) hacen ver tanto como sus frescos de la capilla Sixtina que habia mucho de Dante en su naturaleza, si no era Dante propio resucitado, fabricando en mármoles y colores lo que primero habia escrito en pergaminos.

La Providencia le concedió una larga vida—noventa años;—y él la empleó, como queda dicho, en imponer con indestructibles rastros su sello personal. Corriendo sin descanso de Florencia á Roma, abarcó

(4) Hé aquí estos célebres versos:

«Grato m'é il sonno, e piú l'esser di sasso

Mentre che il danno é la vergogna dura:

Non veder, non sentir m'é gran ventura;

Peró non mi destar... ¡Deh, parla basso!»

Los cuales podrian traducirse:

«Dulce me es el dormir, en piedra y talla,

Mientras que el mal y la vergüenza dura:

No mirar, no sentir, es mi ventura;

Pero no me despiertes... Sigue y calla!»

y dominó las dos capitales artísticas de Italia; y en una y en otra dejó larguísimas huellas de esa acción profunda, consagrada al más fervoroso culto, pero también á la paganización más completa de las bellas artes.

Miguel Angel no se distinguía por la delicadeza ni por la gracia. Rafael y Correggio le eran superiores en esas dotes. Pero concebía mejor que ninguno la fuerza, y se apasionaba más que nadie por lo puramente material, por lo absolutamente exterior. Quizá por eso mismo, porque iba más allá que todos en el sentido de la nueva tendencia, porque traía y derramaba más lo que al arte cristiano había faltado, al paso que por su universalidad de doctrina y por su entereza de carácter, los acabó de arrastrar á todos en su empuje, é imprimió al movimiento general esa marca á que venimos aludiendo. ¡Es gran cosa la fuerza, y se admira mucho á la fuerza, en ciertos estados de las sociedades!

La verdad es que desde la época de Giotto, ningún artista había sido tan completo, y ninguno había ejercido un poder tan extraordinario. Mas el del siglo décimo-quinto venía á destruir la obra, no levantada pero asegurada, por su antecesor, el del siglo décimotercio. Este había seguido la tendencia que encontró; y cristianizando y espiritualizando siempre como sus mayores, había levantado el arte, sublimándolo cuanto por entónces pudo concebir la idea: aquel, por el contrario, si bien no ménos artista, acababa de exhumar el espíritu del clásico paganismo, restauraba y

exaltaba la supremacía de la forma, y apasionado de su belleza daba para siglos el triunfo á lo más material, á lo más externo de nuestro ser.

Hé aquí lo que sucedía bajo el patrocinio de los Sumos Pontífices, y con aplauso unánime de la Italia y aun del universo entero, que lo apellidaban *Renacimiento ó Restauracion*.

¡Así debía estar escrito!—para expresarnos como se expresan los orientales.

XXIV.

Veníamos hablando especialmente de la escultura, cuando hemos tenido que ocuparnos en esas consideraciones que se refieren á las artes todas. Contraigámonos á la escultura otra vez.

Después de haber dicho que la antigua, la clásica, fué el paganismo griego, el paganismo primitivo y puro; después de haber mostrado cómo le era y le debía ser adverso el espíritu de la Religión Católica; después de haber tenido en cuenta lo que este espíritu consintió respecto á esa bella arte, lo que nació en su tiempo y bajo su influjo; debemos decir cuál fué para la misma el resultado del Renacimiento, y consignar nuestras impresiones de Florencia, en donde encon-

tramos tantas obras célebres de Miguel Angel, de Benvenuto Cellini, y aun del moderno Canova.

Por demás está el advertir que en el sistema y en las aspiraciones de la escultura, cuando se llamó restaurada, entró, como no podia ménos, el abandonar poco á poco la obra menuda, de aderezo y de detalle, en la cual notamos que tánto sobresalian los artistas florentinos de fines de la media edad, para competir con las obras griegas, elevándolas colosales de mármol y de bronce, que aun representaron frecuentísimamente héroes clásicos y asuntos mitológicos.

Sin hablar de las estátuas, por decirlo así, oficiales ó de soberanos, que pocas veces son verdaderas obras artísticas, porque pocas hay un Velazquez para inventarlas y dibujarlas; Florencia está adornada por donde quiera de otras muchas, que son más que de decoracion, que se han hecho en indudable rivalidad con el antiguo. Los propios Miguel Angel y Cellini, que hemos citado tantas veces, Juan de Bolonia, Ricci, Bandinelli, las han dejado de gran celebridad en aquellas plazas-museos: en el palacio Pitti hay alguna Vénus de Conova, mas célebre aún por el modelo que se le supone. Decir que todas estas estátuas, que estos grupos son obras de talento singular, y que ofrecen mucho á la admiracion, no sería sino una vulgaridad comun, tánto más inútil y excusada, cuánto que es imposible fuera de otro modo. El mundo entero no aplaude por un siglo y otro siglo sino lo que tiene indisputable mérito.

Pero si colocados en la esfera del puro arte com-

paramos esas obras con las real y verdaderamente griegas que se conservan en la *Tribuna* (1), con el Apolino, con la Vénus de Cleoménés, con el Fauno,—no obstante haber restaurado el propio Miguel Angel estas dos: Miguel Angel se atrevia á todo;—en el momento se echará de ver la diferencia que las distingue, y el talento de los imitadores se encontrará mucho más bajo que el génio original de los maestros. Y la razon es sumamente clara: los escultores de los recientes siglos han tenido que colocarse en condiciones facticias para luchar con el arte clásico, y no han podido arribar por consecuencia á lo que hacia espontáneamente aquel en sus condiciones sencillas y naturales. Inspirándose, pugnando por la inspiracion del espíritu antiguo, lo cierto es que han perdido del cristiano, y que no han adquirido, como no podian adquirir, el que estudiaban: el neo-paganismo no ha igualado ni igualará jamás al paganismo verdadero. No hará una Vénus ni un Júpiter como los que nos quedan de Grecia, los que no creen ni pueden creer en el hijo de Saturno ni en la hija de las ondas.

No es el arte una cosa mecánica; no es un oficio que se desempeña puramente con las manos. Para expresar una gran belleza, es menester creer en ella, amarla, adorarla. ¿Sabeis por qué pintó nuestro Murillo esas glorias que no ha igualado ninguno? Porque Murillo recibia la Comunion ántes de comenzar cada uno de sus lienzos.

(1) Llamán la *Tribuna* al saloncito de uno de los Museos de Florencia en donde se han reunido las obras de arte mas capitales y admirables.

De aquí que no toda época sirve igualmente para todo. Cada cual es más propia para tal arte, ó para tal ramo del arte; así como se niega á tales otros, á pesar del talento, del celo, de la voluntad, de los que á ellos se dedican.

Y es que esas creencias, que esos entusiasmos ardientes, religiosos, que en cada punto son necesarios para llegar á la perfección, no dependen del mero deseo, ni vienen ni van á medida de los caprichos. Mucho más fácilmente se puede perder lo que se tenía, que adquirir lo que no es de la persona, lo que no es de la ocasión, lo que no es del tiempo.

Los artistas del décimo-quinto siglo, y á su cabeza Miguel Angel, se enamoraron de la forma, y corrieron tras del espíritu pagano. Mas ni ellos querian, ni les era posible, volver de todo punto á la religion, á las creencias de los antiguos griegos. Paganos puros y legítimos no pudieron ser: nada vuelve del todo, y lo muerto no habia de resucitar. ¿Qué resultó? Que fué, si no perdida, amenguada al ménos la idea cristiana como inspiradora ó reguladora de las artes; y que el nuevo paganismo, norma de estas, no fué suficiente para realizar los prodigios del paganismo clásico.

Fué un *neo-paganismo*, volvemos á decir, facticio, convencional, que se parece al del siglo de Pericles como esa Vénus de Canova se parece á la de Milo, que está en el Louvre.

La escultura clásica moderna, aun la de los primeros maestros, puede satisfacer á los ojos, pero está muy léjos de llenar el corazón. Y no es esto que ya

que la hay, queramos aniquilarla: es un gran lujo de ostentacion y de sensualidad, que entra muy bien en nuestros enmuellecidos hábitos sociales; es un principio de suave deleite, del que no tenemos resolucion para privarnos. Nos agradaremos con ella, la celebraremos como un contentamiento de los sentidos. Pero no se espere que pasemos, ni que ella pase de ahí: no se repetirá en nuestros días, de seguro, la historia de Pigmalion y de su estátua.

XXV.

De la arquitectura bizantina, de la escultura neoclásica, del movimiento general de las artes y de lo que se ha llamado su Restauracion en el décimo-quinto siglo, hemos hablado con la detencion correspondiente: de la pintura en su particular, creemos que muy pocas y solo indirectas palabras. Y sin embargo, Florencia contiene tantos cuadros como la ciudad que más en este mundo; y puede enseñar ó explicar la historia de este arte mejor que ninguna otra de las capitales de aquella Península.

Hablemos de la pintura pues, en lo que tiene de propio: salvo el detenernos en el punto de la Restauracion, como hicimos tambien respecto á la arquitectura, á fin de continuar su exámen en Roma, que será momento más oportuno.

Aparte de los museos que podemos llamar modernos, de los Oficios (*gli Uffizi*) y del palacio Pitti, y aparte tambien de las iglesias y de los palacios particulares que contienen tan ricos tesoros de este género, hay en Florencia, en la Academia de Bellas Artes, una verdadera coleccion histórica de cuadros, la única quizá que se encuentre en el mundo: no histórica por los asuntos que representa, como la de Versailles, sino porque da la completa série de la pintura italiana, desde sus albores en el siglo noveno hasta su perfeccion en los fines del décimo-quinto.

Curioso, instructivo, filosófico, es seguir la marcha y el desenvolvimiento del arte en toda la extension de la edad media; el considerar cómo se auna y se concilia con el espíritu religioso del tiempo, cómo progresa apoyado en él y sin rasgar semejante union, cómo viene hácia la forma sin reconocerla nunca por absoluta soberana.

Entre el arte de Apéles y de Zéuxis, completamente perdido quince siglos há, y el arte moderno cual le conocemos y le ejecutamos hoy, el período intermedio se llena dignamente con esa galería, que nos ha conservado y ordenado el buen gusto de los florentinos.

Es un hecho singular, por más que lo expliquen bien circunstancias harto comprensibles, que la rama ó seccion del arte cuyo espíritu moria con la civilizacion antigua, la escultura, haya legado á los siglos modernos tantas páginas de su gloria; y que otra rama ó seccion que no estaba destinada á morir, porque su

íntimo y generador espíritu se hermanaba con la Religión cristiana, apenas nos hubiese dejado una sola obra, en la que pudiéramos ver materialmente su índole y sus condiciones. Tenemos mil estatuas griegas, y entre ellas veinte de primera línea; y no conocemos más pinturas de todo el antiguo mundo que las muy secundarias de Pompeya, que no son á la verdad, que no pueden ser de la más alta clase, ni del más alto mérito.

Mas cualquiera que haya sido en este particular el caprichoso fallo de la suerte, no por eso es ni ha de ser ménos exacta nuestra aseveracion acerca del carácter de la pintura. Por su índole, por sus medios, por lo que inspira y representa, por lo que emprende y alcanza, ella se aviene siempre mucho más, infinitamente más que la escultura con el genio espiritual del cristianismo. La pintura ha podido ser, y ha sido de hecho, un arte verdaderamente cristiano; la escultura, ya lo dijimos cien veces, era pagánica por su naturaleza propia.

La pintura, más que de la forma, se ha inspirado de la composicion, de la expresion combinada de afectos, del hecho, de la idea; ha podido atender y satisfacer al alma, á la mente, tánto como á los sentidos, más que á los sentidos. La pintura ha empleado el color, la luz, las sombras, y no solo los contornos esculturales. La pintura, en fin, ha tenido como objeto el universo, templo de Dios, y no únicamente el cuerpo del hombre, palacio de su orgullo.

No quiere decir esto que la pintura deba prescindir

dir de la forma; pero la forma es en ella una parte y no el todo, como en la escultura lo es.

Por eso pudo haber y hubo pintura, y pintura notable, desde los primeros momentos en que apareció la idea artística dentro de la sociedad cristiana. Jamás, terminada que fué la muerte del antiguo mundo, y comenzado que hubo á nacer la civilización moderna; jamás fué enteramente tosca y desaliñada la obra de los pintores. Admiran las tablas de los noveno y décimo siglos, conservadas en el museo de que vamos hablando. Con sus fondos de oro, con su seco y descarnado dibujo, con sus colores poco brillantes, ofrecen siempre la representación de un ideal, en que se confunden lo cristiano y lo artístico. Ni es la imitación del arte clásico, ni necesita de esa imitación para desenvolverse en su propia esfera y elevarse á una grandiosa altura.

XXVI.

Giotto fué el genio de aquel período, de aquella situación, como ahora decimos, de aquellas escuelas puramente cristianas. Nacido en el siglo décimo-tercio y en una humildísima condición, afirmase que su instinto le hizo encontrar el dibujo, del cual nunca había recibido lecciones. Lo cierto es que llevado á Floren-

cia, se elevó muy luego á la primacía de las artes, pintando frescos que sorprenden aún, á pesar de todos los adelantos posteriores; suministrando planos ó interviniendo en la construcción de monumentos insignes como la catedral de aquella ciudad; y dirigiendo también él propio obras tan colosales como la del *Campanile* de la misma iglesia. Giotto tenía una índole de talento suave y delicada. Admira la candidez, la pureza, la virginidad, diríamos, de su estilo y de sus composiciones: lo simple, lo natural, lo tranquilo de los afectos que retrata. No despreciaba la forma, pero la amaba velada y etérea. La proporción y la armonía brotaban en su ánimo, y corrían espontáneamente de su pincel. Era un Rafael de Urbino venido dos siglos ántes, ménos los adelantos mecánicos de esos dos siglos, y ménos también la imitación del Buonarroti, que desfiguró al príncipe de la escuela romana.

Aquella á que pertenecía Giotto había tenido su origen en Pisa, esa hermana mayor de Florencia, desheredada por esta como Esaú por Jacob. Cimabúe, siguiendo al sol naciente, la había trasladado de una á otra ciudad: Giotto acabó de fijarla con las obras de su genio. Después de él se habría necesitado un inmenso trastorno para que Florencia perdiese su corona.

¡Lástima que no hubiese vivido más! Los noventa años de Miguel Angel se habrían empleado mejor por quien tenía un espíritu más recto, y un gusto evidentemente más puro.

XXVII.

Después, bastante después de Giotto, y tocando ya á la revolución artística ó haciendo parte de ella, hay en la escuela florentina de pintura dos nombres eminentes, á más de muchos otros que brillarian como tales en cualquiera region ménos privilegiada. Son estos nombres los de Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto. El primero nacido á la mitad del siglo décimoquinto; el segundo, bastante más hácia su fin.

Leonardo de Vinci, de quien tenemos en Madrid un duplicado del retrato de la *Joconda*, cuadro de justa celebridad europea:—Andrés del Sarto, de quien tambien tenemos varias tablas, aunque ninguna quizá de primer órden.

Uno y otro son bastante conocidos. La regularidad y pureza de líneas del primero no consienten á nada que las exceda, y dejan á muy poco que las iguale. La sencilla gracia del segundo rivalizaba con la del propio Correggio, á quien de seguro aventajaba en valentía.

Yo confieso que tengo una predileccion, quizá una debilidad, por las pinturas de Andrés del Sarto. Escogemos amigos entre los artistas de quienes admiramos las obras, como entre los ingenios de quienes

leemos los libros, como entre las personas comunes con quienes tratamos en sociedad. A veces no sabemos explicarnos nuestras simpatías: á veces no las perdemos, aun reconociendo ventajas en otros artistas, en otros ingenios, en otras personas. Pues bien: eso me sucede á mí con Andrés del Sarto entre todos los pintores de Italia. Comprendiendo el genio de Giotto, admirando la fuerza de Miguel Angel, confesando y respetando la perfeccion de Rafael, me detengo y me complazco más delante de los frescos ó de los cuadros de este *Vantiicchi* (llamado del *Sarto*, porque efectivamente era hijo de un sastre de Florencia), que de seguro, aunque altísimo, no les es igual en nombre y reputacion.

Mas por supuesto que para conocerle es necesario ir á Florencia misma. Sucede con él lo que con Velazquez, que se ha de examinar en Madrid; lo que con Murillo, que es forzoso visitar en Sevilla; lo que con Rafael propio, á quien no se comprende sino en las Cámaras de Roma.—Andrés del Sarto pintó lienzos para Francisco I, que se los remuneraba espléndidamente; y pintó otros lienzos, y frescos tambien, para los conventos de Florencia, que solo le daban por ellos algunas *liras*, tal vez un saco de arroz. Pues si quereis admirar al gran artista, si quereis contemplar sus grandes obras, acudid á las iglesias de Florencia, y no penseis en los palacios adonde ha ido á parar lo que se pintó para el Rey de Francia.

Ved sobre todo la *Madonna del Sacco*, la que se pagó con un poco de harina, y que encontrareis en un

córredor del convento de la Anunziata. Es fama que Miguel Angel y que Tiziano la visitaban diariamente mientras vivieron en Florencia; y si tanto el uno como el otro eran grandes conocedores, aquel, con especialidad, no se distinguia por lo cortés ni lo benévolo con los que cultivaban sus propias artes. La Virgen del Saco es una de esas pinturas, como el San Antonio de la catedral de Sevilla, que dominan al espíritu más remiso, y no dan lugar sino á una reverente admiracion. Delante de ella, hay títulos para proclamar cualquier simpatía en favor del que pudo concebirla y supo ejecutarla.

XXVIII.

Pasados Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto, la pintura no progresó más en Florencia. Puros aquellos artistas en las líneas; acertados aunque modestos en la composicion; bellos en el colorido, aunque no tanto como los de la escuela veneciana; ni llegaron á las epopeyas de Rafael; ni tuvieron idea de la pintura del ambiente, que solo realizó la gran escuela española.

Era ya el tiempo de la invasion materialista y pagana, de esa Restauracion de la que tanto hemos hablado ocupándonos en otras artes. Su tendencia, que

estaba en la sangre y en la atmósfera, lo vencía todo y lo arrastraba todo consigo. Verificábase aquí también la propia transformación que en la escultura y en la arquitectura, no tan grande ni completa por especiales condiciones, pero no ménos real, no ménos cierta en el fondo. La cándida virginidad de Giotto, la modestia de Leonardo y de Vanucchi, cedían el puesto al desnudo, procáz, material, insolente de Miguel Angel. La forma pura y cristiana se escapaba al cielo, quedando en su lugar la mera forma terrena.

Entraba pues esta arte en el nuevo y general camino. Miguel Angel, esa gran figura que en todas partes encontramos, allí en Florencia, y más que allí en Roma, la empujaba por tan peligroso rumbo. Rafael se levantaba en seguida con su cetro, llevando la capitalidad de las márgenes del Arno á las del Tíber. Sus destinos ulteriores, en esa Roma, es en donde deben examinarse.

Tres siglos habia durado pues el esplendor de la escuela florentina desde Cimabúe y Orgagna. Siendo la primera en antigüedad, toda vez que se cuenta como su principio la de Pisa, también lo fué en el número de los artistas y en el mérito de sus obras. Creemos ciertamente que ni la lombarda, ni la de Perugia, ni la de Venecia, pueden disputarle la primacía. Si esta última, como dijimos ántes, llegó á aventajarla en el color, en todas las demás cualidades así ella como las otras le son muy inferiores.

Ninguna la igualó en el espíritu cristiano é ideal: ninguna, hasta aquel momento, en la composición de

los grandes asuntos: ninguna en el respeto á la forma, en cuanto la forma debia atenderse y respetarse, sin llegar á posponerlo, mucho ménos á sacrificarlo todo á ella. Y cuando se pensó de otro modo, y cuando llegó esa revolucion artística, de Florencia salió tambien el que más altamente habia de representarla.

De todo se sigue cuánta riqueza pictórica no debe haber en aquellas iglesias, en aquellos palacios, en aquellos museos. Los pintores florentinos son, como de ley, los más abundantes: todos están coleccionados con amplitud. Mas como ni el gusto ni la riqueza han faltado de siglos acá en Toscana, tambien las otras escuelas peninsulares ofrecen dignos objetos á la admiracion de los que los visitan. Tiziano, Correggio, Pablo Veronés, todos los romanos y perusinos, todos los venecianos, todos los ferrareses y boloñeses, aún los mismos flamencos, han contribuido con sus obras á completar aquellos tesoros.

Hay una Virgen del Rosario de Murillo, y dos retratos de Velazquez, de su misma mano.

Estos retratos están en unas salas del principal museo, destinadas exclusivamente á los de pintores, hechos por ellos propios. Curiosa coleccion, que se compone de más de doscientos, y en que el ánimo embebecido descansa algunas horas con placer.

XXIX.

Las artes no se han extinguido nunca en Florencia. Si la marcha de las cosas no permitió que continuara siendo capital artística del mundo: si ha debido recibir por consiguiente de otras partes la inspiración que ella diera en siglos anteriores; por lo ménos no se ha helado en su corazón la chispa del genio, no ha muerto ni aun se ha eclipsado su inteligencia como la de otros países. Ghirlandajo, Beato Angélico y Fra Bartolomeo son altas figuras, aun en tiempo de Miguel Angel y de Rafael,—(Fra Bartolomeo casi se confunde en sus obras con las de la primitiva manera de este): Allori, Angelo Bronzino, Vanni, Cristóforo, Vasari, Carlo Dolci, son nombres célebres, que llenan el período posterior á Buonarrota. Otros, quizá de no ménos nombradía, han llenado el que se extiende hasta nuestra edad. La escultura igualmente,—en cuanto la escultura, lujo caro, es compatible con las modernísimas sociedades,—la escultura no ha dejado de producir estimables obras en la patria de Cellini y de Donatello. Bartolini, muerto poco há, una de las reputaciones que han seguido de cerca á las de Thorwaldsen y de Cánova, era florentino, y en Florencia estudió y vivió.

La verdad es que hay ciudades, que ora por su historia, ora por los monumentos que encierran, ora por cualquier distinta causa que no hemos de investigar aquí, llegan á formarse una tradicion, á inspirarse una vida artística, de las que es muy difícil cuando no imposible privarlas. Diríase que aquel espíritu lo maman los niños con la leche, lo respiran los adultos con el aire. Aun cuando decae la instruccion, el instinto queda y no se extingue. Algo tiene de esto Sevilla entre nosotros: quizá más que todas las ciudades de Italia, quizá tanto como Roma misma, posee ese carácter la de Florencia.

Ha contribuido aún á conservárselo la índole de su gobierno, durante todo el siglo último y la mayor parte del que corre. Los grandes Duques de Toscana han sido soberanos prudentes, que quizá más que ningunos otros realizaron con frecuencia el *desideratum* de la gobernación paternal. Estado pequeño y sin aspiraciones en medio de la presente Europa, dirigido con filosofía y tolerancia, tan ageno á luchas de toda clase como estuvo sujeto á ellas en los anteriores siglos, ha visto deslizarse sus dias en abundante paz, y ha podido dedicar sus ocios á lo que tanto contribuye á hacer la vida más dulce y más suave. Caía tal vez en afeminacion y en molicie; pero esto no era ciertamente causa para que sus artes se extinguieran, en el giro sensual que traian de antemano.

No concluiremos este punto de nuestra narracion sin hacer mérito de una industria exclusiva de Florencia; y que siendo tal industria, y mecánica, se ele-

va algunas veces hasta las verdaderas condiciones del arte propio. Hablamos de la incrustacion de piedras duras, la cual no se hace sino allí, y en la que no son concebibles ni mayor gusto ni más delicadeza. No hizo más Rafael de Urbino con su pincel en los adornos del Vaticano, que hacen diariamente en aquel singular mosaico los obreros de esta ciudad, venciendo dificultades superiores á toda ponderacion.

XXX.

No solo las artes, sino las letras y las ciencias han tenido tambien sus templos, y dispensado sus coronas en las márgenes del Arno. La série de nombres que podemos recordar en estas líneas no desmerece en nada de la que resulta de nuestros anteriores apuntes. Muy grandes son Giotto y Miguel Angel; pero no valen ménos Dante y Petrarca.

Dante es la figura más colosal de las letras italianas, por no decir de las letras europeas, en todo el curso de los siglos medios. Su poema es la enciclopedia de esas letras mismas, ideada y realizada por la inteligencia más sublime. En su fondo, no conozco nada que pueda comparársele sino las Partidas de Don Alonso el Sábio y las obras de Santo Tomás. En su forma, le podriamos hallar semejanza, si existiese, con

un templo bizantino que fuera inmenso, mayor aún que el San Pedro del Vaticano. El corte severo, igual, monótono de sus tercetos, el carácter brusco, rudo, valiente de sus ideas y de sus narraciones, todo tiene gran analogía con el de las naves y las bóvedas de ese orden, que nos admira más que nos complace, que nos abruma más que nos eleva, que representa tan bien, según dijimos, el primer período de la sociedad cristiana, ántes de que la agitase la feudalidad, mucho ántes de que pudiese venir la moderna civilización. Grande fué el destino del siglo décimo-tercio, que daba á luz tales producciones, miéntras se decoraba con la catedral de Búrgos y con las pinturas de Giotto.

Los contemporáneos de Dante, estimándole, admirándole, le contrariaron y le persiguieron. Lo cual consistió en que él no era solamente un poeta, un sábio, sino tambien un hombre de acción y de lucha, mezclado con furiosa cólera en las revueltas de la política. Mas si ellos le hicieron mal, un mal transitorio, él se vengó crudamente, clavando sus nombres en la picota de donde no serán arrancados miéntras el mundo durare. Alguna compensacion de sus desventajas ha de tener el genio, cuando le comprime, le veja, le maltrata el poder: sean de éste las horas, los dias, los años; á aquel le queda la inmortalidad; el porvenir seguramente es suyo.—Hemos dicho ya que Dante murió en el destierro; pero hemos dicho del propio modo que Florencia y la Italia entera han doblado la rodilla ante su sombra coronada, y han repetido unánime-

mente su noble exclamacion: « *Onorate l'altissimo poeta!* »

Petrarca es una noble y bella figura, sin ser gigantesca como la de Dante. Su instruccion era igualmente vasta; pero su alma rebosaba más de ternura y de amor que de ódios religiosos ó políticos. Las obras en que puso mayor esmero, obras de controversia teológica, no las conoce la edad presente; han pasado con el espíritu del tiempo en que fueron escritas. Pero conoce, como conocerán los siglos futuros, las canciones y los sonetos que han inmortalizado la belleza de Laura y las sombrías arboledas de Valclusa, y que durarán mientras durare el idioma italiano y la memoria del décimo-cuarto siglo.

Boccacio en la novela, Maquiavelo y Guicciardini en la política y en la historia, continúan esta tradicion de talento que se eleva hasta el genio, de buen gusto que alcanza hasta la sublimidad. No debe extrañarse que el idioma de Italia se llame *il toscano*, cuando tales escritores ven la luz en Florencia y publican sus páginas de oro en aquel privilegiado recinto.—Tambien fué el *ático* el primero de los dialectos griegos, y el que dominó y eclipsó á todos los demás, luego que hubo escrito en él sus tragedias Sófocles, y pronunciado Demóstenes sus arengas inmortales.

Natural era, pues, que existiese en Florencia, como ha existido y existe, la Academia de la Crusca, que es la conservadora de la pureza italiana. Allí, donde el pueblo se expresa culta, noble y delicadamente, es donde son naturales y pueden ser provechosos esta-

blecimientos de esa índole. El buen gusto popular es la mejor garantía del buen gusto académico.

No repetiremos los nombres de los grandes artistas que una y otra vez quedan mencionados: no repetiremos los de Cosme, el Padre de la Patria, ni de Lorenzo el Magnífico, los primeros de entre los Médicis. Nos contentaremos con citar á Américo Vespuccio (Vespucci), el gran navegante, que tuvo la fortuna de imponer el suyo á las tierras del hemisferio occidental; á Galileo, que Florencia reivindica también como su ciudadano, el gran descubridor del movimiento de nuestro globo; á Volta y á Galvani, que se han inmortalizado con bellos y útiles descubrimientos de física.—Y para completar, en cuanto nos es posible y bajo todos aspectos este resumen, permítasenos citar por último al célebre y desgraciado Savonarola, cuya historia trágica se enlaza tan naturalmente con la de un pueblo que se batía de continuo en las calles, y asesinaba en las iglesias á sus soberanos.

Por fortuna todo eso pasó. Florencia recuerda con orgullo sus anales, y se envanece de sus grandes hombres; pero su genio, su destino, no la llevan en el día ni á repetir los unos, ni á coronar á los otros con el martirio ni aun con la persecucion. Rica por la naturaleza y por el ingenio, favorecida por su clima, animada por sus tradiciones de arte, espera sin desaliento en la corriente de un dichoso porvenir, arrullada por las ondas del Arno y por el suave murmullo de las arboledas de sus *Cascine*.

LIBRO TERCERO.

ROMA.

SUMARIO.

DE LIORNA Á CIVITA-VECCHIA.—CIVITA-VECCHIA.—EL CAMINO Y LA CAMPAÑA DE ROMA. SU CARÁCTER.—LLEGADA Á LA CIUDAD. EL VATICANO.—LA PUERTA CAVALLEGGERI.—LA PLAZA DE SAN PEDRO.—SITUACION DE ROMA.—SU ASPECTO GENERAL.—EL AGUA DE ROMA.—LA PLAZA DEL POPOLO.—EL CORSO.—LOS PALACIOS.—LOS PALACIOS PONTIFICIOS.—MI RECIBIMIENTO. EL CARDENAL ANTONELLI. PIO IX.—LAS IGLESIAS DE ROMA.—EL PALACIO DE ESPAÑA.—ANTIGUO PODER DE LOS ENBAJADORES ESPAÑOLES.—MONSERRATE.—LOS PASEOS.—LOS TEATROS.—EL ARTE DRAMÁTICO Y LOS ACTORES.—LA MÚSICA TEATRAL. VERDI.—EL PUEBLO Y LA SOCIEDAD DE ROMA.—OJEADA SOBRE LA HISTORIA ROMANA.—LOS REYES. LA REPÚBLICA.—EL IMPERIO.—CATACLISMO DEL SIGLO QUINTO.—ROMA EN LA EDAD MEDIA.—EL PONTIFICADO.—REVUELTAS POR MÚCHOS SIGLOS.—RENACIMIENTO DE ROMA.—ROMA EN LOS SIGLOS ÚLTIMOS.—CONSECUENCIAS.—CARÁCTER DEL PUEBLO ROMANO.—DEL GOBIERNO ECLESIASTICO EN LO TEMPORAL.—TEMORES Y PELIGROS.

I.

Desde Florencia hasta Roma se puede llegar por varios caminos. Es el más largo el que pasa por Arezzo, Foligno y Perugia. Es el más directo el que va por Siena y Radicófani. Es, por último, el más breve el que se hace por mar, embarcándose en Liorna y

desembarcando en Civita-Vecchia. En mi viaje de 1847 habia yo recorrido la segunda y la tercera via: esta propia direccion, la última, seguia ahora, pues no habia pasado de Pisa, como queda dicho en otro lugar.

La travesía desde el puerto toscano al puerto pontificio es breve y ordinariamente cómoda. Basta con una noche, con una docena de horas, para ella; y en esa parte del mar tirreno, ni se encuentran golfos undosos, ni corrientes bravas. Se sigue el canal de Piombino entre esta ciudad y la isla de Elba, y se descubre algun tiempo después, cuando lo consiente la atmósfera, el peñon de Monte-Cristo, nido en efecto de contrabandistas, á que ha dado celebridad europea la lozana imaginacion de uno de los primeros narradores franceses.

Saludámoslo nosotros en la noche del 9 al 10 de Marzo. Pocas horas después, al amanecer de este dia, entrábamos en el puerto de Civita-Vecchia, y echábamos el ancla entre sus viejos y poco formidables castillos. Sobre el más grueso de todos veiamos ondear á una vez la bandera blanca de San Pedro y la bandera tricolor de Francia.

A los pocos minutos llegaba á recogerme el Cónsul español en la limpia y pintada falúa del Legado de Su Santidad, esto es, del Monseñor que gobierna en lo civil aquel territorio.

Civita-Vecchia es una fundacion de Trajano, un puerto construido por aquel Emperador insigne. Para Roma llegada á su apogeo, no bastaban ya ni Ostia, que está á la embocadura del Tíber, ni Porto d'Anzio,

ensanchado y favorecido por Neron. Este que se creó nuevo, colocado un poco más al Norte, en la dirección de las Galias y de España, vino á completar los puntos de salida que necesitaba sobre el Mediterráneo la ciudad de los Césares. Corrieron después los tiempos: cegaron á Ostia las propias arenas del rio: Porto d'Anzio y la *villa* de Neron fueron devastadas, no quedando apénas sino su ruinas; y Civita-Vecchia sola, atravesando edades y sufriendo infortunios, vió unido siempre su destino al destino de la capital, y duró como ella, aunque abatida y decadente como ella, por todo el período de sus largas tribulaciones.

Llegados los siglos modernos, Urbano VII levantó sus actuales muros, que no han servido jamás para defenderla de nadie; y Benedicto XIII concedió á su puerto la franquicia que desde entónces ha gozado, y á que debe lo que en el dia es. Ciudad mercantil y pescadora, de unas ocho mil almas, que vive desahogadamente, que progresa aun en medio de la atonía de los Estados romanos, y que progresaria mucho más si la circundase un país productivo, y no el desnudo y estéril que la rodea.

Civita-Vecchia contiene en su puerto la marina pontificia, que se compone de dos pequeños vapores, aptos solo para el objeto á que se consagran,—vigilar la costa é impedir el contrabando. En el dia ella propia, la ciudad, está ocupada por una guarnicion francesa, dependiente del cuerpo expedicionario que guarnece á Roma. Es el lazo de comunicacion entre Marsella y esta capital; y se concibe bien que no pue-

dan abandonarla, que la custodien, y aun que la fortifiquen, en tanto que hayan de aposentarse en el castillo de Sant-Angelo.

II.

De Civita-Vecchia á Roma hay cuarenta y ocho millas de desierto. La Via Aurelia que se sigue para atravesarlo, va dilatándose primero por la propia orilla del mar, en una playa baja y pedregosa. De trecho en trecho se encuentran viejas torres, construidas en los pasados siglos para defender el país de los piratas de Berbería, y que solo sirven ahora para vigilar ese contrabando á que aludimos poco hace. A la izquierda y tierra adentro vienen á perderse ramales de colinas, mustias y despobladas tambien. No se ven casas, no se ven árboles, no se ve más vegetacion que algunas pocas malezas, no se ve durante horas un palmo de terreno sembrado, ni una señal de animacion y de vida.—Así se corren dos postas, hasta llegar á Palo, pequeña poblacion de pescadores, con una mala posada y un miserable castillejo.

Pasado Palo, abandonada la orilla del mar, empieza á mudarse el aspecto del país; pero se continúa siempre por una region desierta, agostada y silen-

ciosa. Se suben y se bajan montecillos, y se vuelven á subir y bajar. Aumentanse los matorrales, y principian á verse pinos coronando las alturas. Las heredades, que todas son dehesas de pasto, están divididas entre sí por muy toscas vallas de maderos: algunos bueyes de cuernos larguísimos, como no los hay en ninguna parte del mundo, algunos búfalos de aspecto feroz, pacen desparramados por esas propias heredades. Mas la severidad, la tristeza de aquellos campos vacíos, son siempre las mismas: el silencio no se interrumpe sino por alguna silla de posta, que conduce á algun ruso ó á algun inglés. Nada indica, nada revela á vuestros ojos la cercanía de una populosa ciudad. Y tampoco creais que pueda tomarse aquel desierto por el de una naturaleza vírgen, que pueda confundírsele con otro de la Tartaria ó de la América: no; en la tierra que se conculca, en el aire que se respira, se conoce que es un cementerio de muchos siglos al que vamos á arribar, que son sus muertas y heladas avenidas aquel camino que huellan nuestras plantas.

La línea azul de las montañas de la Sabina se destaca ya en el horizonte: los cipreses del Monte-Mario descubren sus altas y movibles puntas: la cúpula gigantesca de San Pedro comienza á asomar, á perderse, á asomar otra vez, más allá de desigualdades que se repiten como olas. El camino continúa abordando estas desigualdades mismas; y no como se acostumbra hoy en los pueblos modernos, por medio de pendientes curvas y suaves, que si lo prolongan lo facili-

tan tambien, sino dirigiéndose rectamente á los puntos donde se propone llegar, teniendo los niveles en poco, procediendo, en fin, como se podia proceder en los tiempos de la primitiva Roma. Todo se armoniza en aquel cuadro; todo concurre á inspirar los propios sentimientos. Bien se ve que se pisa el polvo de férreas generaciones, que pudieron pasar, pero que dominaron y encadenaron ántes al mundo por la invencible energía de su carácter.

¡Cuánto recuerdo, cuánto pensamiento, cuánta meditacion, no abruman la mente al paso que se adelanta en aquel recinto, que se penetra más hondo en aquella sublime soledad! Es á una vez la tumba del mundo antiguo y la cuna del mundo moderno lo que va á elevarse ante nuestros ojos: del mundo antiguo, que se extinguió, y sobre el que queda como losa sepulcral la ruina del Coliseo; del mundo moderno, que apenas nacido se derramó por la tierra, que jóven llegó á sus últimos confines, que adulto llenó largos siglos con su gloria, que viejo quizá al presente, se estremece, vacila, y busca hasta por ignorados senderos una renovacion tan difícil como indispensable. Tambien dejó este los pedazos de su cuna en las Catacumbas, y ha erigido sobre ellas como monumento de triunfo la ingente basilica del Vaticano.

Pero la solemnidad, la severidad, la abrumante grandiosidad de lo primero, refleja sobre lo segundo, y le imprime su aspecto de desolacion: el sello de lo que pasó y no es, labra y vence con sus profundísimos sulcos al más leve sello de lo que dura y de lo que

vive. Y lo labra y lo vence tanto más, cuánto que eso que subsiste siente en sus venas fatiga y cansancio, no obstante de que conserve como infalible una divina promesa, y de que lo sostenga una inefable esperanza. Entre el sepulcro, pues, y la cuna, aquel oscurece á esta, cuando esta apénas echa sobre aquel sus amortiguados resplandores: es el sepulcro lo que más ocupa los sentidos, lo que llena más con sus tristezas el alma, lo que imprime en el cuadro el tono y el carácter general.—Vais, no podeis dudarlo, vais principalmente á un inmenso cementerio cuando os dirigis á Roma; y si cupiera que lo olvidáseis por un instante solo, todo os lo iria repitiendo, todo os lo haria nuevamente conocer, en las seis horas de camino que empleais desde Civita-Vecchia hasta el viejo muro y la puerta humilde de la antigua reina del orbe.

III.

No la habeis descubierto ni contemplado desde ningún punto de vista favorable: no os ha ofrecido su pintoresco panorama, que hacen tal las colinas y el río, los campanarios y los cipreses, la hondonada del Campo-Marcio, los jardines del Pincio y las propias ruinas de Porta-Salara. Nada de esto aparece al viajero que llega de la mar. Ha visto solo, volvemos á decir, la cúpula de San Pedro, primero cual si fuese

una pequeña rotonda; después, hallándose de golpe bajo de ella, como una mole colosal que le confunde y le abrumba. Está á su pié y no descubre la poblacion. La pasa, la deja á un lado y hácia atrás; y todavía va descendiendo, se va introduciendo por hondos callejones, que al fin terminan en el recinto de los Papas y en la vieja puerta Cavalleggieri.

Aquí, en esta puerta, fué en donde murió el Condestable de Borbon, general al servicio de Cárlos V, asaltando á Roma en 1527; por aquí fué por donde penetró, no obstante su muerte, el ejército tudesco-español que mandaba, y que ocupó y saqueó la ciudad, como se ocupaban y saqueaban en aquel tiempo.

Tambien fué por aquí por donde se dirigió á ella el general Oudinot en su primera tentativa, corriendo el año 1849. Aquí, donde los soldados de la república cayeron de repente sobre las tropas francesas que avanzaban con un desdeñoso descuido; donde rompieron sus columnas, haciéndoles un número de prisioneros no poco considerable.—El caudillo francés de este siglo no fué tan desgraciado como su antecesor del décimo-sexto; pero la Roma de nuestros días se mostró más animosa ó más afortunada que la de aquella otra época; y más consecuente con las belicosas tradiciones de sus inmortales antepasados.

Quando se llega á la puerta Cavalleggieri y se la ve tan pobre, tan desnuda y tan sola, apénas se concibe que sea la de una célebre capital. Pero cien pasos después se entra en la plaza de San Pedro, y queda confundido el ánimo bajo el peso de tanta grandeza.

Aquellas dos inmensas columnatas, cuádruples y semicirculares; aquel monolito egipcio coronado por la cruz; aquellas dos fuentes, verdaderas montañas de agua, que nunca reposan; aquella colosal fachada del mayor templo de la cristiandad; aquella soberbia cúpula, más alta que las más altas torres; todo presenta un conjunto de magestad abrumadora, aunque fría y triste, que nos da á conocer cómo hemos llegado al término de nuestro viaje, cómo estamos ya en la antigua cabeza del mundo, siempre altiva y soberana siempre.

No es lo que teneis delante la suntuosidad rica y mundana de la plaza de la Concordia de Paris: no es la belleza artística, casi de salon, de la plaza de los Oficios de Florencia; no es un emblema de poderes terrenales, de galanas cortes, de sociedades ostentosas, de pueblos que agitan al orbe con su vanidad, con su atrevimiento, con sus placeres; es una cosa grave y seria como nuestra Religion, imponente y eterna como su Pontificado. Esta plaza sería un absurdo donde quiera que no fuese en Roma, en la moderna Roma; y nada vereis en esa Roma moderna tan propio, tan natural, tan justamente emblemático como esa plaza.

Pero no es tiempo todavía de que nos detengamos en su exámen. No podemos hacer ahora más que contemplarla ligeramente, sentir las primeras y confusas impresiones que ella inspira, y lanzarnos en el dédalo de calles, malas, súcias, estrechas, tortuosas, que nos han de conducir á la parte de la ciudad en que están

las fondas, y en que tambien se encuentra el palacio de nuestra nacion.

Antes, sin embargo, tenemos que atravesar el rio, encajonado por viejas y ruinosas casas, y pasar el puente de Sant-Angelo, bella construccion de Adriano, aunque renovada en los tiempos modernos, bajo el pié del castillo del mismo nombre, que no es otra cosa que el mausoleo de aquel Emperador. La edad media aspilleró sus gruesos muros; y los Sumos Pontífices hicieron de él su ciudadela, en una época todavía más que la presente de disturbios y de azares. Desde entónces están asentados en su mole inmensa los cañones que dominan la ciudad, yalzada por cima de ellos la bandera de San Pedro y San Pablo. Hoy, al entrar nosotros en Roma, esa bandera siempre subsiste: mas á su lado vereis elevada otra, no blanca sino tricolor; y tanto esta última, como el aire de los centinelas que mirareis pasearse á lo largo, os recordarán, como á nosotros nos recordaban, que no es Camilo, sino Breno, quien se aloja en el dia de hoy dentro del Capitolio.

IV.

La Roma de nuestra época se dilata por los dos lados del Tíber. A una y otra parte rodéala una vieja muralla, construida en el circuito de la banda izquier-

da por Aureliano ó al ménos por Honorio (1), y en el de la banda derecha ó *Transtévere* por los Sumos Pontífices de los siglos décimo-quinto y décimo-sexto. Como medio de defensa, parece que ni la una ni la otra puedan sostener muchos días un sitio formal y regular: esta sin embargo resistió en los años últimos por bastantes semanas á las baterías francesas, y prolongó otro tanto tiempo los supremos y desesperados instantes de la república de Mazzini.

Pero la Roma poblada y habitada no llena el recinto que comprenden los muros: apénas si ocupará su tercera parte. Agrupada en la planicie que se extiende por la orilla del rio, y que fué el Campo-Marcio de la antigua república, ha dejado para huertos y jardines, para ruinas y para iglesias, casi todas las cimas de los siete clásicos montes, y aun muchas de la cañadas ó valles que los separaban. Aquel sitio más bajo, más igual, y de consiguiente más cómodo, fué el postrero que conservó casas para la plebe en la decadencia de los medios siglos: las alturas correspondían entónces á los nobles, á fin de guarecerse y de hostilizarse entre sí. Y cuando después comenzó la repoblacion de la ciudad, y se edificaron sus actuales palacios, asentado como ya lo estaba el poder de los Pontífices, tambien bajaron su cabeza las grandes fa-

(1) Los arqueólogos están discordes acerca de la muralla actual. Consta que Aureliano levantó una, y que Honorio la reparó ó levantó otra. ¿Fué lo primero ó lo segundo? ¿Ocuparon el mismo sitio, ó era mayor la más antigua? Canina cree aquello, Nibbi cree esto otro. Yo encuentro muy difícil que si la obra de Honorio y la de Aureliano fueron diversas, no haya quedado de esta el menor vestigio.

milias patricias, y construyeron sus moradas en lo llano, reservando solo aquellas mismas alturas para *villas* de recreo, ó cediéndolas á las órdenes religiosas, para capillas, para conventos, para hospitales. De hecho, la ciudad moderna ocupó solo ese Campo de Marte á que hemos aludido, con las pendientes del Capitolino y del Quirinal: el Palatino, que fué la cuna de la antigua Roma, el Esquilino, el Aventino, el Viminal, el Celio, únicamente contaron y únicamente cuentan con algunos raros y pobres moradores. No era ya el espíritu de Rómulo el que animaba desde siglos á sus descendientes: no fué el águila que anida en las puntas de las rocas lo que ya debió servirles de símbolo ni de emblema.

Nótese y sépase, sin embargo, que los célebres *montes* que acabamos de nombrar, distan mucho de ser eminencias cuales las hace concebir esa palabra: aun llamándolos *colinas*, como se acostumbra también, puede darse de ellos una bien inexacta, bien exagerada idea. Nótese y sépase que la mayor parte de los desniveles de Roma son semejantes ó poco mayores que los desniveles de Madrid, aunque algunos sean más bruscos y todos estén sobre el mismo plano. La subida al palacio Pontificio en el Quirinal no es más áspera que la de nuestra calle de la Montera: la subida al convento de la *Trinitá de Monti*, en el Pincio, por la bella escalera de mármol que se encuentra en la plaza de España, tiene apenas ciento veinte escalones, la altura de un quinto piso: la célebre Roca-Tarpeya, continuacion de la colina del Capitolio, frente al Pala-

tino, no está mas elevada que las casas comunes que se descubren á su pié. — Verdad es que por algunos puntos de Roma, el suelo de sus valles puede haberse levantado; tal vez los mismos escombros que reunió y acumuló la destruccion, han servido para rellenar sus huecos: mas en otros indisputablemente no ha sido así, porque lo patentizan con evidencia antiguas construcciones, cuyas desnudas bases aparecen bien á nuestra vista. Si el arco de Septimio Severo está enterrado tres ó cuatro varas bajo el piso de hoy, el de Tito y el de Constantino se ven descubiertos del todo, y prueban cuál era el nivel de la Via-Sacra en las épocas en que fueron levantados.—Siempre es necesario deducir, como advertiamos ántes, que las *colinas*, que los *montes* de la ciudad eterna fueron pequeñas desigualdades y no más; bastantes para dar variacion al aspecto de la llanura; bastantes para evitar las inundaciones del Tíber, que hacian á aquella pantanosa y mal sana; bastantes, por último, como elemento de fortificacion hace dos mil y quinientos años, cuando los latinos y los etruscos, separados tan solo por el propio rio, se acechaban y trataban de continuo de sorprenderse, para quitarse los unos á los otros los ganados que constituian su riqueza. Si los nombres empleados para calificarlos fueron importantes, es porque entónces tenian importancia las cosas mismas: si quedaron, aun pasadas estas, fué como sucede tantas veces en el mundo, por la primacía y por el hábito de nombrarlos. Así adquirieron una reputacion histórica que seduce á los incautos y á los

jóvenes, y hace sonreír al viajero cuando ve delante de sus ojos la pura, la simple verdad.

Pero dejemos por ahora esos *montes*, adonde volveremos para examinar ruinas. Dejemos los muros, que solo nos podrían llamar bajo el propio aspecto, como mera obra de arte. No salgamos en este momento de la ciudad verdadera, de la ciudad habitada, de la que se extiende desde la plaza del Vaticano á la pendiente del Pincio y de la puerta del Pueblo (*del Pópolo*) á las ruinas del Coliseo (*Colosseum*).

V.

El aspecto general de la población es en Roma hosco, súcio y desagradable. Parece que os halláis á mil leguas de Turin y aun de Florencia; en otra region, con otro pueblo, con diferentes hábitos. Os repele aquí por todas partes una miseria perezosa: os da en rostro el descuido y la falta de aseo, unido con la ociosidad y la indolencia. Lo mismo os parecerán los edificios que sus habitantes; lo mismo las calles que la generalidad de los que vereis pasearlas: la limpieza, el esmero, las exterioridades del bienestar, no se encuentran sino como excepcion. Dícese que Nápoles es más súa todavía; pero al ménos es animada, alegre, bulliciosa: Roma es fea, súa y oscura, y á más de todo eso, es triste tambien.

Sus calles son estrechas por lo comun, y tortuosas en su mayor número; mas no es de ahí de lo que proceden su lobreguez ni su repugnancia. Sevilla las tiene más estrechas y más torcidas aún, y todas sin embargo respiran cuidado cuando no primor. Florencia las tiene negras por el color de sus palacios, y todas sin embargo son risueñas, cuando no ostentosas. Consiste la semejanza en que el romano, á más de pobre, es abandonado y perezoso de suyo: consiste en que allí ha llegado á realizarse una cosa, que sin verla no concebiria la mente; tener mucha agua, más agua que ningun otro pueblo, y no servirse de ella para estar limpio, sino al contrario, para ensuciarse y enlodarse más.

Es excusado decir cuán léjos están de ser universales estas observaciones. En Roma, como en todo país, hay millares de familias que aprecian en lo que deben el aseo, y que contrastan por lo esmerado de él con la muchedumbre de las clases populares. No recae, pues, sobre aquellas nuestro juicio ni nuestra censura. Tanto más dignas de encomio son, cuanto más se separan del hábito y de la flaqueza común. Pero ellas propias se indignan y se lamentan continuamente al ver el aspecto de su ciudad, y al compararlo con el de otras, que teniendo ménos recursos para policía, se ven libres con todo de aquellos perpétuos y organizados muladares.

Es justo asimismo declarar que no todos los barrios de la poblacion ofrecen igual, repugnante y desaseada vista. Desde el *Gheto* de los judíos á la plaza

de España es notable la diferencia. Verdad es que parece imposible un *mas allá* al cuartel de esos pobres hebreos; y la plaza de España, por el contrario, y todas las calles que se le avecinan, habitacion ordinaria de los ingleses, han experimentado el saludable influjo de viajeros ricos, y que no saben vivir sin limpieza y sin comodidades.

Decíamos más arriba que es en Roma abundantísima el agua. La antigua ciudad, la imperial cabeza del universo, llegó á contar catorce acueductos, que llevaban con amplitud á su seno cuanta era menester para una poblacion de millones, y para unas costumbres como las que habian hecho levantar las Termas. Aturde verdaderamente la imaginacion el cálculo de la que debería emplearse, cuando de esos catorce acueductos solo hay existentes y en servicio tres; y cuando el agua de estos tres sube á tanta cantidad, y se desperdicia en tan anchurosas fuentes, que casi más que este nombre merecen el de arroyos, el de rios.

De montañas hemos calificado en otro lugar á las dos de la plaza de San Pedro. Cuéntase como un hecho seguro que cuando las vió hace algunos años el Emperador de Rusia, después de considerarlas por cuatro ó seis minutos y de manifestar cómo le complacian, advirtió que ya habian corrido bastante, y que podia suspenderse lo que estimaba un juego de aguas preparado para las grandes ocasiones. Completo fué su asombro cuando supo que siempre habian corrido y habian de correr de la propia suerte: que

aquello no era accidental ni un obsequio á su persona, sino el estado normal de las fuentes mismas, un espectáculo perpétuo, de todos los dias, de todas las noches, desde que se construyeron acá, que van pasados algunos siglos.

Y sin embargo, estas fuentes, y la de la *Barcaccia* en la plaza de España que semeja á una canoa, y las mitológicas de la plaza Navona adornadas con grupos del Bernini, y las de la plaza Farnesia con sus grandes pilas antiguas de pórfido, y muchas otras más tan notables como éstas, todas son pequeña cosa comparadas con la de Trevi en la falda del Quirinal, ó con la de San Pedro *in Montorio* en la cumbre del Janículo. Cada una de esas dos lleva más caudal por sí sola que todo el que se recibè en Madrid: en cada una de esas dos se derrama y desperdicia más que lo que sirve aquí para el abasto de doscientas mil almas. Las cascadas en que se vierten de contínuo, no tienen parangon sino con verdaderos torrentes.

Y añadid á esto el que además de abundantísima es excelente el agua de Roma. No digamos las de París ó de Lóndres que son cieno, mas aun la propia de las faldas del Guadarrama no llega á la pureza ni á la suavidad de la que allí se conoce por *acqua vergine*. Los señores del mundo trajeron cuanto habia en él de exquisito para sí, con grandes costos, de largas distancias, y por medio de obras colosales; y todo lo dejaron por herencia á sus descendientes, que de seguro no lo hubieran ni aun imaginado, no teniéndolo en su casa propia. ¿Cómo, si no, habíamos de

encontrar tanta y tan buen agua en una poblacion donde se bebe mucho y muy mal vino, y donde no se comprende que aquella sea indispensable para la limpieza?

VI.

Entre las calles de Roma es la principal, sin duda alguna, la del Corso.—Entrando en la ciudad por la puerta del Pópolo, obra de Miguel Angel, adonde viene el camino de Viterbo y Siena, se desemboca en la plaza de aquel mismo nombre, que es ciertamente bella, más que bella, ostentosa, monumental, coronada por el Pincio con su eterna guirnalda de rosas y de cipreses, adornada en su centro con uno de los más vistosos obeliscos que el Nilo envió de tributo al Tíber. Pero así como la plaza del Vaticano es severa y melancólica, así esta posee un carácter de noble y expansiva alegría. Parece escapada de Florencia, transportada aquí de las márgenes del Arno; salvo el aire oriental de los cipreses, que no son florentinos, y que no se hallan en abundancia sino en la misma Roma.

Dos elegantes templos, de igual arquitectura y de idénticas proporciones, se levantan en esa plaza al frente de la puerta; y de entre los dos, y de á cada

uno de sus lados, parten tres calles en direccion divergente ó de abanico, rectas las tres, y con mayor anchura y más aseo que las comunes de toda la ciudad. Es aquel punto de partida el capital y el más interesante de esta: si correspondiese en su interior á tal vestíbulo, seria una de las primeras del universo.— La calle de la izquierda, llamada del Babuino, conduce á la plaza de España, otro de los sitios más notables: la de la derecha, que se apellida de la Ripetta, conduce al puerto ó muelle interior, denominado del propio modo, y por sus prolongaciones al célebre Panteon de Agripa: la del centro, en fin, es el Corso de que hablábamos, que corre por más de una milla de longitud, y que va á terminar en la plaza de Venecia, ya en las inmediaciones del antiguo Foro, al pie del monte Capitolino.

Sin tener una gran anchura, sin ostentar una elegancia ni un lujo que en Roma no pueden encontrarse, el Corso es una calle realmente agradable y vistosa, que ofrece por su animacion, por sus edificios, por su variedad, hasta por sus aceras (las únicas en la poblacion donde nos hallamos) un cómodo y entretenido paseo. Afeábale mucho pocos años há la circunstancia de que se abriesen para el exterior todas las puertas de sus tiendas; mas la república de 1849 corrigió este defecto, y ni existe ya el estorbo para los que pasan, ni ofende su vista lo que no se encuentra de siglos acá en ninguno de los pueblos cultos de Europa.

Hay en el Corso una docena de iglesias, general-

mente de buen gusto, y alguna grandiosa, como la de San Cárlos; hay una veintena de palacios, ó quizá más, de los que son muchos históricos ó suntuosos, como el de Rúspoli, el de Chigi, el de Sciarra, el de Doria, el de Torlonia, el de Venecia:—éste, que perteneció á la célebre república, y hoy al imperio de Austria, parece con sus muros desnudos, con sus almenas, con sus torres, un verdadero castillo de la media edad. Hay por fin hasta uno de los más insignes y más enteros monumentos que nos dejaron los tiempos antiguos, cual lo es la columna Antonina, rival de la de Trajano, y modelo como esta, y á la par de esta, de la de Napoleon, con que se envanece la plaza Vandóma de Paris. Toda de mármol, y esculpida desde la cima á la base de bajos relieves que representan las glorias de Marco Aurelio, ocupa el centro de una elegante plaza cuadrada (*Piazza Colonna*), la cual se abre al lado del Corso, y forma con uno de sus frentes su prolongacion y continuacion. Mas no es la estatua del mismo Príncipe la que ocupa hoy la cúspide del monumento, como no es tampoco la de Trajano la que descansa sobre el suyo; San Pablo ha sustituido á aquel, como San Pedro ha sustituido á este: cuando el Imperio cedió la ciudad al Sacerdocio, los Apóstoles reemplazaron en semejantes puestos á los Monarcas.

El Corso es el centro del comercio, y contiene las mejores tiendas de Roma. Mas ni el comercio está en auge, ni las tiendas se distinguen por su brillo. Sucede allí á la contratacion lo mismo que á la industria:

es pobre, sin ánimos, sin espíritu de invencion. Roma, que cuenta tantos artistas, apénas tiene artesanos: Roma, que cuenta banqueros, apénas tiene tiendas. El pueblo, ya lo dijimos, es indigente, perezoso, súcio: las clases medias no tienen ni necesidades ni costumbres de gasto: la aristocracia se surte para todo del extranjero. Es comun encargar á Nápoles los guantes, las sillas á Génova, el calzado y las ropas á Paris. No queremos decidir ahora si se hace esto porque falta surtido, ó si falta surtido porque se hace esto: el hecho es exacto y nos basta. Como igualmente es verdad, segun decíamos, que las buenas tiendas están en el Corso; pero tambien que son ménos buenas y en más escaso número de lo que se podia esperar en una corte tan importante. No digamos con Madrid ni con Barcelona; pero ni con Cádiz, ó con Sevilla, ó con Málaga, ó con Valencia cabe comparar á Roma bajo este aspecto.

Tambien es el Corso, y lo ha sido durante siglos, centro de las diversiones del Carnaval, de las mascaradas, de las carreras de caballos, de la fiesta de las luces (*mocoletti*). Pero no anticipemos las ideas, y reservemos para su lugar oportuno lo que debe tenerlo determinado.

VII.

Citábamos ántes, al recorrer el Corso, algunos palacios dignos de consideracion; mas no se crea que son solo estos ni el mayor número, ni los más interesantes de la ciudad. Roma está cuajada de palacios, como está cuajada de iglesias. A cerca de cuatrocientas llegan las últimas; y aunque yo no he oido nunca cuántos sean los primeros, estoy seguro de que no han de faltar muchos, si es que no exceden de la propia cifra. No hay barrio, no hay plaza, no hay calle, dónde no los encontréis á cada paso. El Sumo Pontífice tiene dos para su morada, el Vaticano y el Quirinal: el Estado ó el Gobierno tienen muchos ocupados con sus dependencias: la aristocracia de primero, segundo y tercer orden, que es sumamente numerosa, los cuenta con igual abundancia: algunas legaciones los poseen tambien, como la nuestra por ejemplo. Hay palacios convertidos en cafés: palacios que son casas de huéspedes: palacios en fin, que en medio de su ostentacion arquitectónica y primitiva, repugnan por lo abandonados que están, y dan la más triste idea del caudal de sus dueños y de los hábitos de sus moradores.

¡Ya sé vé! hubo un tiempo en que á cada Pontífice se aumentaba la aristocracia romana con nombres

que habian sido hasta allí oscuros ó desconocidos, y que querian elevarse al igual de los Colonnas, de los Orsinos, de los Máximos. Los hermanos, los sobrinos del nuevo sucesor de San Pedro eran condes, marqueses, hasta príncipes; y una parte de la riqueza del Estado y aun del mundo, iban por medios más ó ménos decorosos á su poder. Unid la vanidad artística á esa vanidad nobiliaria, recordad que en Roma no faltaban ni espacio ni arquitectos, observad tambien que los monumentos antiguos ofrecian inmensidad de mármoles sin tener que pagarlos ni que buscarlos en las canteras; y concebireis cómo se levantaron en dos ó tres siglos esos centenares de soberbias moradas, que tal contraste han hecho con la verdadera situacion de la ciudad. Cuatrocientas iglesias, quinientos palacios y diez mil miserables casuchas, de las cuales ni una sola decente, ni una sola limpia, ni una sola blanca; tal ha sido el conjunto de su poblacion, como la hicieron sus circunstancias especiales, desde la vuelta á ella del pontificado hasta bien entrada la verdadera época moderna.

Demás está, por seguro, el advertir que hoy no suceden tales cosas. Los Sumos Pontífices son de bastante tiempo acá ejemplares en la no dispensacion de gracias á sus familias. El nepotismo, hecho histórico, ha quedado en la historia únicamente. La aristocracia no se extiende por medios censurables. Lo que trajeron costumbres de otras épocas, tambien esas épocas lo han llevado consigo: Roma no pudo entónces liberarse de su influjo; pero no ha quedado sometida á él

desde que lo rechazó y lo anatematizó la opinion pública. No solo en el día de hoy, sino de ciento cincuenta años al presente, hay en Roma mucha más severidad, y se nota mucho ménos abuso en materia de creaciones ó promociones nobiliarias, que lo que ha habido y subsiste entre nosotros. Por cada conde ó cada duque romano que se haya creado en este siglo, es seguro que se habrán creado cincuenta condes y diez duques españoles. En la clase de príncipes no creemos que haya recientes más que el de Drago y el de Torlonia.

Subsisten los palacios todos, porque levantados no era fácil que dejaran de existir. Subsisten y quedan en la situacion que dejamos expresada: la mayoría de ellos deslustrados por una indispensable decadencia; otros varios sosteniéndose con decoro; algunos, suntuosos y magníficos como cuando más. Generalmente los Príncipes Doria-Pamphili, Colonna, Borghese, Piombino, Rospigliosi, Orsini, Corsini, Barberini, y algunos otros, son riquísimos propietarios, que pueden rodearse y de hecho se rodean de un esplendor poco ménos que régio. Torlonia, príncipe nuevo como queda dicho, al mismo tiempo que banquero y negociante, goza de una reputacion á la que nada se puede añadir, porque sus riquezas y su fausto son conocidos y se celebran en todo el mundo.

Hé aquí pues los verdaderos palacios de la actual aristocracia de Roma; los que no solo ofrecen una clásica portada, una magnífica escalera, una larga sucesion de salones, sino que están habitados por familias

tan insignes como opulentas, adornados con tanta esplendidez como gusto, y encierran en sus galerías tesoros de arte, que reunieron los siglos décimo-sexto y décimo-sétimo, y que goza y aprecia el décimonono.

Si amais realmente ese arte; si sentis la belleza de unas líneas nobles y puras; si os embelesais ante el dibujo de Rafael, ante los colores de Tiziano, ante la gracia de Correggio; si no podeis apartar la vista de un bello torso ó de un lindo busto antiguo, al mismo tiempo que os complaceis en la suntuosidad y comodidades del lujo moderno; contemplad en el palacio Farnesio el edificio propio, obra de Sangallo y de Miguel Angel; subid la escalera del palacio Braschi donde suelen alojarse los Monarcas que van á Roma; recorred la galería del palacio Colónna que hoy habita la embajada francesa; y id por último á pasar horas y horas en las salas del palacio Borghese, del palacio Doria, del palacio Sciarra, del palacio Corsini, del palacio Barberini.

VIII.

Entre los palacios del Estado son ciertamente notables el que llaman de la Cancillería, construido todo con mármoles del Coliseo, en el cual estuvo última-

mente la asamblea de los Representantes, y fué asesinado el ministro Pellegrino Rossi; el de la Consulta, en el monte Quirinal, frontero al que habitó Pio IX los primeros años de su pontificado; el de Monte-Citorio, donde residen los tribunales de la ciudad; y los del Capitolio, hoy museos verdaderos, edificados por Miguel Angel, sobre el lugar mismo de la antigua y primitiva fortaleza de Roma. Estos últimos, que son en realidad tres, forman una plaza, á la que se asciende por suaves graderías, y que decoran los colosos griegos de mármol que llevan aquel nombre, y la estatua ecuestre de Marco Aurelio, uno de los más bellos restos de la buena escultura latina.

Pero más célebres y más importantes aún son los propios palacios del Vaticano y del Quirinal, en donde han tenido y tienen su habitación los Papas. Si ellos en sí propios no son insignes como obras de arte, lo son de seguro por su magnitud, que algo es; por las obras de arte que encierran, y mucho más todavía como residencia del sucesor de San Pedro, del Vicario de Jesucristo, del Sumo Sacerdote, centro y cabeza de la cristiandad. El Vaticano, sobre todo, simboliza la Iglesia Católica, é infunde en cuantos profesan su fe la respetuosa admiración que no puede ménos de consagrarse al Pontificado.

Lo moral es aquí, tiene que ser aquí, mucho más grande que lo material, por grande que esto fuese. Para un católico, aquella es la morada del ser humano á quien debe una veneración más humilde y al mismo tiempo más filial. Para un católico, aquella es la

morada de la única persona á quien besa el pié sin degradarse. Doblando ante ella su rodilla, humillando su frente, lo que hace es una sublime protesta de fe y de esperanza, que le une en espíritu con todos sus hermanos del mundo: aplicando el ósculo, lo que hace es dar el de caridad y fraternidad á cuantos creen en el Evangelio, más aún, á cuantos fueron nacidos del primer padre, y rescatados por la sangre de Jesucristo sobre la montaña del Calvario.

Pio IX habita el Vaticano en el día de hoy. Vivió, como se ha dicho, en el Quirinal allá por los primeros tiempos de su pontificado; pero se trasladó á aquel otro, y ha permanecido en el mismo desde su vuelta de Gaeta. Ha hecho bien. El Vaticano, segun acaba de indicarse, tiene una significacion católica á que no puede aspirar el de Monte-Cavallo. Quien viva en este, puede ser el soberano de Roma; pero solo quien viva en aquel aparecerá del todo como Pontífice del universo á los propios ojos del universo. Santa María la Mayor ó San Juan de Letran pueden ser las catedrales de esa Roma misma: solo San Pedro es la catedral del mundo. Allí pues, en el extremo y casi fuera de la ciudad eterna, comunicando con ese San Pedro únicamente, es como se concibe al que aspira al doble carácter de sucesor de los Apóstoles y de sucesor de San Gregorio Magno.—Yo he visto, yo he conocido á Pio IX en una y en otra mansion; y si en aquella, como en esta, le he encontrado bueno siempre, simpático siempre, confieso que su majestad aparece más alta en la segunda, porque todo contribuye aquí á en-

salzarla de sobre la tierra, y á colocarla en los nobles y dignos espacios de la imaginación y de las tradiciones.

El Quirinal es una buena construcción, pero no una construcción de primer orden ni de suntuosa belleza. El Vaticano es un aglomeramiento de construcciones amontonadas, sin un plan primitivo, sin un aspecto general que le ennoblezca y distinga, pero con accesorios y pormenores que son soberbios, que tocan el límite de lo grandioso. Allí están los museos del antiguo, únicos en el mundo; allí están las epopeyas de Rafael, que no son menos únicas ni menos célebres.

Pero de las artes antiguas y de las artes modernas hemos de tratar más adelante de propósito; y no queremos, ni repetir las cosas, ni dividir en distintos lugares lo que merece tan atenta consideración.

IX.

Era el 17 de Marzo, una semana después de mi llegada á Roma, cuando debía presentarme de oficio á Su Santidad y entregarle las credenciales de la Reina de España. Ya de antemano había visto al cardenal Antonelli, y tenido con él la conferencia preliminar de costumbre.

El cardenal Antonelli, á quien no conocí en 1847, porque entónces no se habia elevado tanto en la política, ni aún era cardenal segun presumo; el Cardenal Antonelli podia ser á la sazón una persona de cuarenta y ocho años, alta, enjuta, morena, de pelo crespo y negro, de facciones grandes y angulosas. Nacido en Terracina, ciudad de la ribera de Nápoles, hay algo en efecto en él de napolitano y de riberiego. Su familia es rica y de buena posicion social: un hermano suyo es conde y director del banco de Roma. El es por sí de excelentes maneras, y trata los negocios en una forma agradable. Hombre de mundo, que no de teología; diácono solo, no obstante de ser cardenal; fino y astuto tal vez, pero envuelto siempre en un exterior cortesano, que no le permite herir á nadie ni aun con su entereza misma cuando le es necesario ser entero.

He tratado durante seis meses al cardenal Antonelli, en dias mejores y en dias peores, y nunca he tenido la menor queja de él, á pesar de nuestra delicada situacion. Hay todavía más, y sin indiscrecion ni embarazo puedo decirlo, porque no descubro ningun secreto que sepa: paréceme, tengo la persuasion íntima, de que vió con disgusto el rompimiento de la Santa Sede con España; y de que si hubiese estado completa ó exclusivamente en su mano, no habria tenido lugar esa triste interrupcion de relaciones.

Mi recepcion por el Sumo Pontífice se verificó segun la fórmula ordinaria. Los Suizos tomaron sus alabardas, y los Guardias Nobles formaron su zaguanete

en los grandes salones del palacio. Su Santidad me recibió afable y bondadoso, como siempre lo es: su bella y noble fisonomía me pareció tan serena como algunos años ántes. El cabello se le había encanecido más: el rostro, las manos, el cuerpo, se me figuraban asimismo más abultados; habíase embastecido desde 1847 sin duda alguna. Yo le hablé en español, porque recordaba que lo sabía; y él me contestó, quizá con más facilidad que en aquel otro tiempo, en este mismo idioma. Es que tal vez lo ha hablado más desde que es Pontífice, y sobre todo desde su estancia en Gaeta. Lo posee con inteligencia, y lo usa correctamente y con desembarazo, aunque con un acento catalan ó semejante al catalan, bien claro y perceptible.

Pasada la primer ceremonia, me hizo sentar Pio IX, y me habló con la efusion que le es característica. Su interés por nuestras cosas españolas, su paternal afecto hácia la Reina, brotaron y se expresaron tan natural como vivamente. Era el mismo que habia yo conocido en pasadas circunstancias. — ¡Oh! ¿Por qué ese afecto y ese interés no pudieron ser bastantes para lo que en aquel momento, sin duda alguna, deseábamos todos?

Mas esto no es de la ocasion actual: hablamos de nuestro viaje y no de nuestra mision política; de Roma propia, y no de las cuestiones del Gobierno de España con el Jefe supremo de la Iglesia.

X.

Dejamos dicho más arriba que son cerca de cuatrocientas las iglesias de Roma. Para un pueblo de ciento sesenta mil almas, es esto demasiado, si ese pueblo se ha de medir por la regla de los demás. Pero el carácter de Roma es tan excepcional y tan raro, que dado 'él no puede extrañarse el gran número de sus edificios religiosos: se extrañaría más bien que no fuesen tantos como son. En la córte eclesiástica del catolicismo, lo eclesiástico no puede ménos de ser natural y comun: de cuanto hay de religioso por el mundo, es consiguiente que haya algo, y aun que esté la cabeza, allí donde reside el Sumo Pontífice.

Yo no he visto todas las iglesias de Roma, ni conozco sino una sola persona que las haya visto; — un apreciable compatriota nuestro, que formó ese propósito, y que lo llevó á cabo con singular constancia. Pero cuarenta ó cincuenta de ellas gozan de una merecida reputacion, ó por su construccion misma ó por las obras que contienen: ningun viajero que perciba la belleza artística, y que goce contemplándola; ninguno que sienta en su ánimo el fervoroso celo de la Religion de Cristo, puede prescindir de dedicar á su exámen algunas horas, algunos dias, algunas semanas tambien.

No hablamos de San Pedro, el primer templo por lo grandioso de la cristiandad, la catedral del orbe, como queda dicho en otra parte; ingente monumento de las artes humanas, que á un tiempo nos abrumba y nos eleva, y en el que suple la inmensidad del todo y la belleza de las partes á lo que se puede echar de ménos como carácter del conjunto:—no hablamos de San Pablo, esa dudosa muestra del ingénio de nuestros dias; eléctica y desigual como éste es, que reúne el aspecto exterior de una fábrica, las naves de la basílica de una edad, y las capillas del templo de otra, y que á pesar de todo es bello y suntuoso en su propia extrañeza:—no hablamos de San Juan de Letran, en donde se reúnen el bizantino y el barroco, con su capilla Corsini que es un diamante, y su capilla Torlonia que es la imitación de un diamante:—no hablamos, en fin, de Santa María la Mayor, templo jónico y basílica á la vez, donde hay también una capilla Borghese, no ménos joya que la Corsini que acabamos de citar, y en cuya iglesia, de la cual es ó ha sido canónigo el Rey de España (!), se empleó, y se conserva el primer oro traído por Colon de las Indias Occidentales. A estas iglesias les basta su nombre, y apenas si es necesario recordarlas, porque están en la idea de todo el mundo. Pero hay otras muchas, que sin ser como iglesias tan insignes (era imposible que lo fuesen), ocupan un lugar bastante elevado ó en la línea de las artes ó en la historia de la Religión, para interesar los sentidos, para arrastrar el ánimo, para cautivar la inteligencia. Hay otras mú-

chas que no son colosos de la Religión misma como esas que hemos mencionado, pero que nos complacen tanto como ellas ó poco ménos que ellas, en sus más reducidas pero no ménos admirables proporciones.

Teneis Santa María de los Mártires, que es el propio *Panteon* de Agripa, el único templo de griega arquitectura que se conserva intacto, y al que no se ha hecho más que poner unos pequeños y desatinados campanarios sobre el fronton de su fachada:—teneis Santa María de los Ángeles, suntuosa cruz que Miguel Angel ordenó en el salon de unas Termas antiguas. Aquí y allí, en una y en otra veis á la fe cristiana asentada sobre el propio arte clásico, no imitándole tan solo como se hizo después en la Restauracion, sino aprovechándole para su uso, cual le encontró dispuesto para usos bien diferentes. Es este, en verdad, el derecho de conquista ejercido de lleno y con crudeza: es el triunfo de la nueva ley, que ha barrido los ídolos de aquellos espacios, y ha levantado la Cruz del Redentor sobre el lugar de la espirante idolatría. Esa idea lo domina aquí todo: ante esa idea que (lo confesamos) es grandiosa para nuestra mente, todas las críticas, todos los defectos de detalle se borran y desaparecen como el humo.

Teneis las iglesias de San Sebastian y Santa Inés, con sus interesantes catacumbas, ese otro monumento de los siglos de fervor y de verdadera gloria, que tanto dá que pensar á quien es á un tiempo cristiano y filósofo. Teneis la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, que la tradicion atribuye á Elena, madre de Constantino.

Teneis la iglesia de la Virgen del Pópulo, edificada segun otras tradiciones sobre la tumba de Neron, y para poner término á los espantos que la sombra de este causaba en la ciudad. Teneis el San Cárlos, de que hemos hablado, como ornamento del Corso: el San Luis de los Franceses, célebre por sus pinturas: Santa María de la Paz, donde se conservan frescos de Rafael: la Minerva, única si débil muestra del gótico en la capital del orbe cristiano: el Jesus, tan suntuoso como debia serlo la primera iglesia de la célebre Compañía que tanto ha agitado al mundo: San Pedro in Montorio, á cuyo lado se conserva el famoso templete de Bramante, mirado como la perfeccion de las formas clásicas: San Onofre, que guarda el sepulcro de Torcuato Tasso, una de las más altas y más dignas reliquias del ingenio moderno. . . .

Sería imposible referirlas todas, ni aun como una mera lista, segun acabamos de hacer. Las hay en todas las plazas, en todas las calles, en todas las colinas; y donde ha habido tanta devocion y tanta ostentacion, tanto mármol, tantos arquitectos, tantos pintores y tantos escultores, claro es que han de ser y han de encerrar, como decíamos ántes, purísimo embeleso para los hombres devotos, y no ménos justa admiracion para los hombres de delicadeza y de gusto.

XI.

Nuestra España tiene tambien sus iglesias en Roma, así como tiene su palacio. Aparte de que ninguna nacion de la cristiandad ha contribuido tanto como ella para las obras capitales, porque ninguna fué á un tiempo tan rica y tan dadivosa, y pocas tuvieron en Italia tanto poder y en Roma misma tanto influjo; aparte, decimos, de lo que contribuyó y ha seguido dando para San Pedro, para Santa María la Mayor, para todas las obras católicas; ella por sí, ó individuos de ella, construyeron y fundaron más de una docena de templos, alguno de los cuales depende de su Embajada todavía, y adquirió y levantó tambien un bello palacio, de donde han tomado su nombre la plaza y el cuartel más limpios y más distinguidos de aquella ciudad.

Severo, si no lindo, en el aspecto exterior, es notable ese palacio por su escalera, quizá la mas alegre de Roma; por su salon del trono, soberbiamente decorado, y en el que se admira un retrato de nuestra Reina como Federico Madrazo los sabe pintar; por la série de otras salas, ya de comodidad, ya de recibo, todas de exquisito gusto y algunas de verdadera riqueza. Y sin embargo este palacio no puede llamarse

en el día más que decente, si se le compara con lo que fué en otros tiempos, cuando albergaba á nuestros grandes Embajadores, ora de la dinastía austriaca, ora aun de la dinastía de Borbon.

Verdad es, volvemos á decir, que ninguna potencia fué más que la nuestra formidable en Italia é influyente en Roma, durante tres ó cuatro siglos. Desde el tiempo de Alfonso V de Aragon, los Monarcas españoles, con interrupciones brevísimas, poseyeron el reino de Nápoles, y tuvieron, puede decirse, á vista de Roma sus ejércitos. Tras de los nombres de Fernando el Católico y el Gran Capitan vinieron los de Carlos V y el Condestable de Borbon: después el de Felipe II y sus descendientes: despues el de Felipe V y su hijo Carlos III, Duque de Toscana, de Parma y de Placencia, Rey luego de Nápoles ántes de serlo de España. Posible es que con tales antecedentes no nos amase Roma; pero nos respetaba y nos consideraba, porque le dábamos dinero y le infundíamos temor.

Ningun Representante de potencia extranjera ejercia allí la verdadera autoridad que se habia reconocido al Embajador de España. Aparte de su veto para la eleccion y de su influjo en el Gobierno del Sumo Pontífice, tenia atribuciones propias de un poder cuasi soberano. En el barrio ó cuartel que rodeaba su palacio, competíale á él, y no á los Gobernadores de la ciudad, el derecho de buen gobierno y de policia: él tenia á sus órdenes una numerosa fuerza pública, que mandaba el conserge del mismo palacio, llamado *sargento*; y como era consecuencia natural, surgian de

continuo disputas entre él y los propios Gobernadores ocasionando desórdenes y escándalos que ciertamente no se conciben en ningun país con presunciones de culto. Un escándalo de por sí era el propio hecho de que tuviese jurisdiccion en la ciudad el Enviado de una potencia extranjera; mas su irregularidad misma hace ver lo que habria sido y sería esa potencia, para quien se llevaba hasta allí la consideracion y el sufrimiento.

Y no se crea que hablamos de tiempos remotos. Algo de esto duró hasta la invasion de Roma por los franceses en 1796: las viejas armas que habian servido para esa compañía española (ordinariamente compuesta de suizos) se han conservado en las cuevas del palacio hasta 1849, en que las recogió por necesitarlas en su apuro la república de Mazzini. Muchas personas que viven en el dia han oido llamar y han llamado *sargento* al conserge del palacio.

En cambio la incuria y el abandono de Gobiernos y de Representantes nos han hecho perder después, no solo esas ventajas realmente insostenibles ante toda idea de buen orden, sino aun algunas otras que conservan varios pueblos extraños, y que como ellos y ántes de ellos tuvimos nosotros. El abandono y la incuria; que se conciben bien en medio de las revueltas que hemos padecido en todo este siglo, y con los gobernantes y enviados de corto ánimo y de poco español carácter que hemos tenido en el palacio de Madrid y en el palacio de Roma

Por lo que hace á iglesias, aunque son varias to-

davía las que ponen sobre sus puertas las armas de Castilla y Leon, Monserrate es la única que siempre se ha conservado como verdaderamente española, y dependiente por tal de la embajada. En esta háse reunido con su primitiva fundacion, que era de catalanes y aragones, la de Santiago, que traia su origen del décimo-tercio siglo, y era de castellanos y gallegos. Hoy constituye un establecimiento rico y bien administrado, servido por sacerdotes urbanos y piadosos, y que presta grandes servicios á nuestros compatriotas pobres, cuando acuden á aquella ciudad en demanda de sus intereses. La iglesia es pequeña pero lindísima: supuesto el carácter de la arquitectura romana, no son posibles más bellas y regulares proporciones. El oro que la cubre, los altares que la adornan, y hasta el aire español que tienen en ella los oficios divinos, todo es sumamente agradable para quien conserva el recuerdo de su patria donde quiera que está, y goza con lo que la representa como se ufana en lo que la distingue (1).

(1) La iglesia de Monserrate, bellissima en su interior, no habia sido terminada jamás por de fuera: la parte superior de su fachada era un tosco embrion, que provocaba el disgusto y la censura de cuantos ponian en ella los ojos. Quedó así en los momentos de su construccion, y nada se habia intentado en tres siglos para concluir-la.—El autor de este libro la ha hecho terminar por el entendido arquitecto Sarti, siguiendo el propio gusto de la iglesia; y no solo ha perfeccionado de esta suerte una obra que lo merecia, sino que ha dejado una prueba al ménos de su interés por los establecimientos españoles de Roma.

XII.

Roma, pueblo eclesiástico; Roma, cementerio de tan potentes generaciones; Roma, severa y triste, no tiene paseos ostentosos como Paris, deliciosos como Florencia. Saliendo léjos, bien léjos de la ciudad, las grandes líneas del paisaje son bellas, sérias y aun sublimes; pero dentro ó en las inmediaciones de sus muros hay pocos sitios de dulce sombra y de apacible recreo. La tierra es polvo de tumbas ó lava volcánica: los horizontes están cubiertos por todas partes con paredes que jamás concluyen: el ciprés que levanta por cima de ellas sus agudas puntas, eleva de cierto el ánimo, pero con una severa y melancólica elevación.

Hay dentro y fuera de las murallas de Roma muchas *villas* tan ricas como frescas y agradables; pero las *villas* no son del público, no son de los extranjerros, son únicamente de sus dueños ó de los amigos de sus dueños. Una hay inmediata á la puerta del Pópolo, al pié de los propios muros, que por costumbre de siglos estaba de continuo abierta para solaz y desahogo comun: hermoso parque semejante á nuestro Retiro de Madrid, noble y concurrido paseo, en donde la aristocracia y la plebe romana se confundian todas las

tardes con el fin de extranjeros que acuden á la ciudad eterna. Pero desde la restauracion de 1849 la ha cerrado el Principe Borghese, privando á todos de aquel inestimable espacio. Dicese que en los últimos momentos de la república hubieron de cortar algunos árboles para la necesidad de la defensa; y ese hecho, más ó ménos justificado en sí, pero propio solo de pocas personas, lo hemos pagado después cuantos no tuvimos la menor parte en que se cometiese, como si fuésemos culpados de él mismo, ó siquiera hubiésemos podido evitarlo.

Solo ha quedado pues como verdadero paseo la colina del *Pincio*, que se alza perpendicular sobre la plaza del Pópulo, y en que se ha formado un bellissimo jardín, adornado desde 1849 con bustos de los hombres célebres de Italia. Jardines la cubrieron tambien en los tiempos de la Roma antigua; y tambien como ahora estuvo abierta á la multitud para respirar un aire embalsamado, y acariciar la vista con un panorama sorprendente. La ciudad que se extiende á los piés, el Tíber que atravesándola serpea lento entre ruinas, la verde llanura que á su largo se dilata cubierta de blancos edificios, el Monte-Mario con sus cipreses que del otro lado se eleva, y la gran cúpula de San Pedro, tan alta como aquel monte, por cuyas ventanas suelen penetrar cuando va á ponerse los rayos del sol; todo causa un efecto mágico, de los que pocas veces se encuentran, ó que no se encuentra tal vez en ninguna otra capital de nuestra Europa. Lástima que esa colina, que ese jardín, sean demasiado

pequeños para el público que á él concurre; y que á fin de buscar mayor espacio sea forzoso alejarse millas y millas y correr interminables callejones, hasta salir á las llanuras de *Tor di Schiavi* ó á los montecillos de *Tor di Quinto*.

XIII.

No hay verdaderamente en Roma ningún teatro de primer orden. El de *Apolo* y el de *Argentina* (*Torre Argentina*) no son más que medianos, y súcios y oscuros además, como por lo comun todos los de Italia: los restantes, hasta seis ó siete, todavía son inferiores ó más pequeños. Y sin embargo, las diversiones escénicas, como creemos haberlo dicho, están de todo punto incorporadas en las costumbres vulgares del pueblo italiano: todo el mundo concurre allí á la comedia y á la ópera: todo el mundo tiene su cuarto de abono en esta ó en aquella localidad: todo el mundo va al teatro y recibe en el teatro sus visitas, como va á la iglesia y como las recibe en su casa. No es un hecho nuevo ni excepcional, y de consiguiente se ejecuta con sencillez y sin aparato. Se sabe que con ello no se va á lucir; y de consiguiente no se pone para él ni afectación ni aun esmero en los adornos.

En Roma, como en toda Italia, el teatro no es

permanente. Lo hay desde Navidad á Carnaval, que es la principal temporada: lo hay después de Pascua, y en los meses del otoño. Para aquella el abono en los palcos *nobles* es una verdadera cuestion de Estado, que resuelve el Gobernador de la ciudad: no se da á quien lo quiere y segun lo quiere, sino al que tiene derecho con sujecion á las reglas establecidas. Un Embajador y un Príncipe pueden pedirlo entero ó para todas las noches: un Ministro plenipotenciario ó un Duque romano puédenlo obtener medio ó de una noche sí y otra no: las demás personas de clase no tienen opcion sino á un cuarto, es decir, de cuatro noches una tan sola. En cuanto á las familias de ménos categoría social, deben de contentarse con palcos de otros pisos, y de hecho, aunque sean ricas, los toman sin repugnancia.

Ordinariamente en Roma suele haber grandes actores y grandes cantantes. Moriani, Ronconi, Varessi, la Frezzolini, no solo han ganado allí su reputacion, sino que teniéndola han hecho las delicias de aquella sociedad. Tambien la Ristori ha declamado allí frecuentemente, y está casada con un Marqués romano. En la última temporada de primavera, una jóven de poca edad, llamada Clementina Cazzola, ha comenzado en el teatro *Valle* á conquistar laureles que juzgo llegarán á ser tan abundantes como frondosos. No me pareció ni más inteligente ni más perfecta la célebre Raquel cuando la ví en sus primeros tiempos, que quizá han sido los mejores de su carrera; ni me lo ha parecido la Teodora Lamadrid en estos propios, en que

sobresale tanto, y en que tanto nos envanecemos con su mérito.

Por regla general los italianos son buenos actores. Es una raza de ingenio y de chispa, que sabe sentir la pasión, y amoldar convenientemente la fisonomía para expresarla. Son igualmente aptos para lo bufo y para lo sublime, é interpretan con igual felicidad á Alfieri y á Goldoni. Añadid á ello que ponen un gran esmero en el conjunto de sus obras escénicas, excediendo de seguro á los españoles, é igualando á los franceses en esta perfección.

En cambio su literatura dramática (aparte la ópera en que tienen la primacía) ha sido siempre y continúa inferior á la de otros pueblos europeos. Ni en el género novelesco y libre nos igualaron á nosotros; ni en el trágico de caracteres llegaron á Shakespeare; ni en el de la imitación antigua pudieron elevarse adonde los grandes autores franceses. Goldoni no es Molière como ni Tirso; y Alfieri con toda su grandeza no es todavía Corneille ni Racine. La suerte que no lo concede todo á una nación, dejó en este punto inferiores á los que sublimaba en tantos otros.

Hoy por hoy, la literatura dramática se surte en la Italia central de traducciones francesas. En Florencia brota aún alguna mediana imitación: en Roma no hay nada nuevo, absolutamente nada. El genio de Alfieri, que dió allí tan nobles y copiosos frutos, no ha dejado ningún vestigio que recuerde su energía. Vanamente el palacio de España, que prestó á aquel insigne piemontés sus vastos salones para la ejecución de *Ores-*

tes ó de *Mirra*, los ofrecería de nuevo á quien quisiese evocar otras clásicas sombras, las únicas que allí se comprenden por la tradicion y por el carácter: falta quien las evoque, quien las traiga á luz, quien repita en inmortales palabras los altos pensamientos y las severas sentencias del poeta de Asti. Si la facilidad de hacer versos no ha acabado ni acabará nunca en aquella region, el levantado espíritu que los hace grandes, nobles, dignos de la musa trágica, duerme al presente en un profundo sueño, bajo el poder del narcótico que han derramado en sus sienas tanto contratiempo, tanta decepcion, tanto infortunio.

XIV.

Aun la música misma no brilla en Italia como en otros momentos ha brillado. Vive Rossini, es verdad; pero calla de un cuarto de siglo á esta parte, habiéndose puesto la última joya á su corona con el sublime *Guillelmo Tell*. Bellini fué arrebatado muy jóven á la esperanza del mundo, sin que le reemplazara nadie en los suaves y melancólicos gemidos de un alma despedazada de ternura y amor. Donizetti, que casi llegaba al genio por el talento, bajó tambien á la tumba, con la fácil variedad, con el arte de asimilacion que era su dote. Verdi, el sucesor de ellos todos, reside en París, y escribe para la ópera francesa, sometiéndose

á las necesidades facticias de este anti-musical espectáculo.

Verdi es sin duda un compositor de gran mérito. Ha sabido hallar nuevas y verdaderas melodías, y ordenado sobre todo grandes masas de sonos, en combinaciones armónicas de un efecto colosal. No tiene la fácil abundancia de Rossini, su espontaneidad y su gusto seguro: no tiene de Bellini la sensibilidad ni la dulzura: no tiene quizá la flexibilidad ni el saber de Donizetti; pero posee más que todos el talento de agrupar contrastes, y de dar una interesante extrañeza á los acompañamientos y á los mismos cantos. Sus solos pueden á veces ser débiles: sus piezas concertantes son sublimes.

Se ha dicho que Verdi es un corruptor, y que el paso que ha hecho dar al arte es un paso de decadencia. No lo disputamos. Pero es un corruptor de genio, como Góngora; y esa decadencia en que él camina está llena de grandiosidades. Es la accion de un espíritu eminente, que tiene necesidad de lo nuevo, y que no encuentra un nuevo fácil, un nuevo de la línea que hasta allí se seguía, después de los espíritus que le precedieran. Entre caer en lo repetido, en lo vulgar, en lo amanerado, ó abrirse otros caminos que sorprendan, aunque no sean tan limpios ni tan puros, el artista superior no vacilará. No vaciló Lucano escribiendo la *Farsalia*, después que Virgilio había escrito la *Eneida*: no vacilaron Caravaggio ni Rivera pintando en el género fuerte, cuando creyeron agotado el género suave.

Y luego, las armonías de Verdi, aunque llenas, completas, abundantes, no son nunca difíciles de comprender ni de sentir. Si sus melodías no tienen de ordinario la ternura que otras, no por eso les falta gracia, ni frecuentemente suavidad y delicadeza. Recordad á *Nabucco* y á *Luisa Miller*; y pensad si no es cosa de risa que se llame corruptor por rebajarlo á quien ha escrito aquellas grandes páginas en lo trágico y en lo épico: recordad á *Macbeth*; y pensad asimismo si ha podido hacerse mucho en lo fantástico que sea más extraño ni más terrible.

Verdi es poco apreciado en Francia, en donde por una parte no se le ha cantado bien, y por otra tampoco hay verdadero sentido músico; en donde se estima más á *Roberto el Diablo* por el baile satánico del acto tercero que por el sublime terceto del acto quinto. Pero lo es mucho para los italianos como para los españoles, pueblos de organización más exquisita, á quienes las armonías exaltan el cerebro, y hace palpitar como ardiente calentura *il canto che nell'anima si sente*. Italia y España le han tejido su corona, y ménos aún por el voto de los profesores que por el sentimiento instintivo de la multitud. Lo cual, á nuestro juicio, no perjudicará de ninguna suerte á su gloria futura, ni rebajará su nombre como grande artista, como artista de genio. En la más voluptuosa y más popular de las artes, como lo es la música, el voto de los pueblos es el más autorizado y el más seguro, como que es el ménos prevenido, el más sano, el más imparcial. A los compositores *sabios* puede reco-

mendarlos la corriente caprichosa de la doctrina: á los compositores populares los recomienda quien no puede equivocarse;—ese universal sentimiento que se vé dominado por sus melodías, esos universales afectos de placer ó de terror que ellas infunden, esos involuntarios *bravos*, esas irresistibles lágrimas que ellas arrancan.

Cuando esto sucede, ninguna duda cabe en que el maestro es un gran maestro, por más que la crítica erudita se empeñe en discutir sus composiciones, y pretenda que las lágrimas ó que los aplausos no han tenido razon.

XV.

Roma, en lo personal, se compone de una numerosa aristocracia, y de un pueblo de clérigos, de curiales, de hombres de estudio, de artistas, de menestrales y de indigentes. Verdadera clase media, que se extiende por una suave gradacion, como sucede entre nosotros, en Inglaterra, en Francia, en Alemania; que toque á las primeras clases populares y al mismo tiempo á las aristocráticas; que siendo el centro del saber, de la riqueza, de la industria, comprenda todo lo que vale, y se haga estimar y respetar en lo que vale;

eso no lo hay en Roma, y lo hay muy poco en la mayor parte de los Estados de la Península italiana. Los elementos de la clase media allí están, como no podía ménos de ser; pero la clase no ha nacido, no se ha organizado aún. Esos elementos son todavía plebe pura. Entre esta y la nobleza corre un abismo que no se franquea tan fácilmente.

Son tradiciones seculares, son consecuencia de una larga historia, son restos de la antigua organización, no solo política, sino social, lo que lo causa. Pasarán, sin duda, pero se necesitan muchos años para que pasen.

Así, en Roma hay dos sociedades completamente distintas; que no se conocen, que no se tratan, que no se enlazan como en los pueblos modernos por lo que corresponderia á la una y á la otra; que, como es natural, cambian sentimientos hostiles en vez de sentimientos benévolos. La aristocracia desdeña y desprecia al pueblo: el pueblo envidia y aborrece á la aristocracia.

Entre estas dos sociedades se reparten los veinte mil extranjeros que concurren á Roma, ó que pasan por ella en cada Carnaval. Los que llevan cartas para Torlonia, y son presentados por las legaciones de sus países, acuden á hacer más variadas las reuniones de los Príncipes romanos, y los bailes de ese mismo Torlonia, que tiene un palacio especial destinado solo para ellos: los que no tienen ó no quieren emplear aquellos recursos, están reducidos al trato de los artistas ó del *mezzo cetto*, que es franco y agradable,

pero al que falta, en sus maneras como en sus costumbres, dignidad y distincion.

La verdad es que este peca por sus accidentes demasiado fáciles; y que aquellos, por lo comun, ceremonioso, acompasado y frio. Es bulla de buen tono, más que sociedad verdadera, lo que se encuentra en los palacios de Roma; y claro está que no puede ser de otra suerte, cuando esas reuniones las forma la casualidad cada año, habiendo venido del mundo todo, y debiendo esparcirse de nuevo por todo el mundo, la mayor parte de los que concurren á ellas.

Sin embargo, para los jóvenes cuya felicidad está en bailar mucho; para las personas que la hallan en correr de salon á salon, de palacio á palacio, en saludar Princesas, Embajadores y Cardenales, para los que tienen toda el alma en los sentidos, y cuya mente dormita en un inefable reposo; la sociedad aristocrática de Roma es una de las primeras sociedades, aun sin tomarse el trabajo de buscar y de hallar en su fondo lo que siempre se halla en toda reunion de humanos séres, alguna inteligencia que se comunice con vuestra inteligencia, algun corazon que simpatice con vuestro corazon.

XVI.

¿Qué hemos de decir, por lo demás, del mismo pueblo romano, de su raza y aspecto físico, de su inteligencia, de sus aptitudes, de sus costumbres, de su carácter actual? ¿Quién no conoce en el mundo su historia, la primera de las historias; su destino, el más insigne y el más contradictorio de los destinos? ¿Quién no concibe lo que debe ser, teniendo en consideración lo que ha sido de veinte y seis siglos á esta parte, desde que Rómulo trazó con el arado la cerca de la ciudad primitiva, hasta que han entrado los franceses en su seno por la brecha de San Pancracio y ha vuelto Pio IX de su destierro de Gaeta?

Hay efectivamente ese tiempo (dos mil y seiscientos años) que algunas millaradas de aventureros dirigidos por un hombre audaz, de insigne y de misteriosa procedencia, se asentaron en la cima palatina, frente á la ribera del Tíber, y levantaron una población de tierra que llamaron Roma. Rodeados de los latinos, de los sabinos, de los etruscos, pueblos antiguos y nobles, con cuyos despojos comenzaron á vivir, todo parecia augurar que muy luego serian sometidos y morigerados por aquellas poderosas sociedades; expiándose el escándalo de un establecimiento

que se fundaba en el robo y en la usurpacion, con la justicia que debía caer sobre los salteadores y los ex-poliadores. Y sin embargo, esos actos mismos de ferroz y criminal audacia fueron á los que debió la ciudad primero su existencia propia, y después su dilatacion y su grandeza. El rapto de las Sabinas le trajo la alianza de este otro pueblo, la union de Tazio con Rómulo, y el reinado de Numa, en que se entronizaron la religion y la ley. Después de ese reinado, la primitiva índole de los hijos de la Loba se levantó y ennobleció sin perder su carácter de audacia; y el pueblo á quien habia destinado la Providencia para Señor del mundo, pudo marchar con erguida frente á la realizacion de tan alto destino.

Asombra el considerar cómo y con qué presteza se engrandeció Roma. No lo concebíamos de seguro, si no tuviésemos delante de nuestra vista las modernas ciudades de la América Septentrional. Tambien como en estas, si no era aquel un país vírgen, se hallaban cerca de su cuna y poco adelantadas en su vida propia las naciones del centro de la Italia. Tambien como en estas sucede, era aquella época una de las de juventud que tienen algunos pueblos, en que crecen y crecen como espuma, siendo á la par más fuertes y más duros que el pórfido ó el bronce. Llevan el lucero del porvenir en la frente; y todo camino es llano para ellos, toda altura les es accesible; no hay término á que no toquen, no hay propósito que no consigan.

Roma, pues, como hemos visto, fué en su principio gobernada por Monarcas:—*Reges habuere*. Pero

aquella monarquía en nada era semejante á las grandes del mundo oriental: como todas las de Grecia y de Italia, podia más bien llamarse una república de municipales institutos, con un primer magistrado semi-hereditario, semi-electivo, que se ceñía en la frente una diadema. La administracion era compartida con este por el Senado; el soberano poder pertenecia á los dos en union con el pueblo. Así es que cuando fueron arrojados los Tarquinos, no hubo que hacer otra cosa para instituir la libertad que reemplazar al único Monarca con dos Cónsules, y limitar la gobernacion de estos á solo un año en lugar de la vida. La existencia republicana estaba hecha; porque cuanto habia de monárquico en la anterior era solo un accidente bien pequeño.

Por ese tiempo Roma era ya una gran ciudad, dado que no fuese una ciudad suntuosa. Servio Tulio, penúltimo de sus reyes, habia levantado y fortificado su recinto; el cual contenia bien las tres cuartas partes de lo que encierra el presente, siendo mucho mayor que la porcion habitada hoy. Aquellos dos siglos de adolescencia se habian llenado con próspera fortuna: el astro de Rómulo eclipsaba á los de todos los pueblos comarcanos.

Cerca de quinientos años duró la República, que asombró al mundo y que lo dominó, al mismo tiempo que se agitaba interiormente con una calentura incesante. Ni podríamos ni debe esperarse de nosotros que resumamos aquí su historia, que contemos sus vicisitudes, que intentemos dar siquiera la seca lista

de sus hombres eminentes. ¿Quién no lo conoce todo ello? ¿Quién no ha aprendido esa historia; quién no ha meditado sobre esas turbulencias; quién no ha visto pasar delante de sí en larga procesion esas centenas de grandes hombres, de héroes, de criminales, que forman el principio necesario de toda moderna historia, y el primer elemento de toda clásica educacion? ¿Quién no ha inclinado su frente delante de Bruto el antiguo, tenido lástima de Coriolano, llorado con Virgilio, honrado á Cincinato y á Camilo, admirado á Régulo, aprobado á Fabio, envidiado á los Escipiones, simpatizado con los Gracos, horrorizándose ante Mario y Sila, sonreídose al contemplar á Pompeyo, espaciado su ánimo con Ciceron, confundídose ante César, y dado un triste adios á la libertad romana al lucir los puñales de Caton y de Bruto el filósofo?

Los hados entre tanto se habian cumplido. El poder y la autoridad de Roma llegaban desde las selvas de la Germania á los desiertos de la Libia; desde los mares de la Lusitania y de la Armórica hasta las fronteras párticas del Eufrátes. El orbe doblaba su cabeza: el Capitolio era la corona del universo.

Lo hemos dicho en otra ocasion, y no podemos ménos de repetirlo aquí.—«Entre los pueblos grandes y dignos que nos presenta la historia, vivo trasunto de la humanidad, ninguno puede señalarse que, ni en la grandeza de su destino, ni en la elevacion y dignidad de su ánimo, se deba comparar con el antiguo pueblo de Roma. Otros más simpáticos, más virtuosos, más interesantes á nuestro moderno corazon, los en-

contraremos por donde quiera: que abrumen la imaginación, que subyuguen el entendimiento, difícil es que ni en lo pasado, ni en lo presente, ni aun en lo porvenir, se halle alguno semejante al que se dió á sí propio la soberbia calificación de pueblo-rey. Desde su origen creyóse predestinado á dominar al mundo; y el mundo fué estrecho para su poder y para su gloria. Duro y agreste en sus primeros siglos; áspero y severo siempre, aun despues de recibir las civilizaciones griega y oriental; no cediendo, no doblándose, no parándose nunca en su camino; no olvidando nunca su propósito; de granito ó de bronce para resistir las oleadas de la suerte, y para asentarse con firmeza donde quiera que llegaba; está magistralmente dibujado por el más insigne de sus poetas en aquella tan arrogante como conocida expresión:

« *Tu regere imperio populos, romane, memento:
» Hæ tibi erunt artes.....* » (1)

Dios, diremos por última vez, le habia suscitado con el propósito de hacer uno al mundo; y él llenó su destino, esclavizándole, para dejarle después por heredero de su civilización, ya que no lo fuese de su gloria.

(1) Sobre el origen, progreso y estado actual de las ideas y las instituciones liberales en España.—Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid.

XVII.

A la República romana siguió el Imperio de los Césares. Augusto venció á Bruto y á Casio, venció después á Antonio, sojuzgó á los cántabros, enfrenó á los partos y á los germanos, y dió al orbe la paz en que debia nacer el Hijo de Dios. Augusto encontró la ciudad de Roma de tierra y la dejó de mármol. Augusto encontró en Ennio la literatura latina, é hizo brillar á Horacio y á Virgilio. Augusto trajo los escultores de Grecia, ya que no podia levantarlos del limo del Tíber, y vió construir el Panteon de Agripa, que admiramos hoy al cabo de veinte siglos de revoluciones incesantes.

La historia de los Emperadores es por regla general la de una série de mónstruos coronados, si se exceptúa la centuria de Trajano y de los Antoninos. Pero esos propios mónstruos solian ser hombres de gusto artístico ó sensual: amaban por lo ménos á Roma cual se ama á una heredad que se posee; y saqueando el orbe, embellecian con sus despojos á esa misma Roma, como daban á sus habitantes pan y espectáculos. Nerón, por ejemplo, que persiguió á los cristianos y á los filósofos, que asesinó á Séneca porque enseñaba la virtud estóica, que degolló á Lucano porque canta-

ba la libertad, y crucificó á San Pedro porque predicaba á Jesucristo; Neron incendió la vieja Roma, á fin de edificarla con una riqueza que la mente apenas concibe, y que los siglos no habian presenciado hasta allí ni presenciarán de seguro otra vez. El palacio de Neron, la *Domus Aurea*; como se le llamó entónces, ha sido quizá la primera entre las maravillas del mundo.

Vespasiano elevaba poco después el Coliseo, que aún ostenta su ingente ruina para admiracion del mundo; y Tito daba su nombre al arco, modelo de pureza que descuella en la mitad de la Via-Sacra.

Siguióse el español Trajano, el primero de los Emperadores todos, bajo cuya dominacion tocó la ciudad al apogeo de su grandeza, como el Imperio al de su poder. En aquellos tiempos en que Tácito podía escribir con plena libertad sus *Anales*, las águilas romanas habian pasado el Eufrátes, el Rhin y el Danubio; y Roma, corona verdadera del mundo, veia levantar en medio de sus seis millones de almas la gran columna que se ostenta aún, tipo eterno de belleza, y el arco no ménos insigne, que fué expoliado ó derribado para construir y adornar con sus restos el de Constantino; conservado con mayor fortuna hasta la edad presente.

Llegada así á su plena madurez, consérvase la ciudad poderosa é incólume por espacio de un siglo, y comienza en seguida á declinar. Fatígala su grandeza propia: corroe sus entrañas el abuso de sus anteriores cualidades: la trae á debilidad y decaimiento

la postracion del espíritu que la diera vida y esplendor. El cristianismo que cunde en su seno, y que mata la antigua sociedad, acaba, como es consiguiente, con la más adecuadâ forma en que esa sociedad habia podido existir y resumirse. De cuándo en cuándo viene un grande hombre que aplica sus fuerzas á sustentarla, y que le dá algun lustro de vida; pero ese hombre pasa, pero es arrollado ese obstáculo, y la corriente de decadencia sigue su curso hácia el mar de la destruccion, que es su destino, que es su fin.

Aureliano teme ya, en prevision, por la seguridad de Roma, y la ciñe de un muro que la defiende de enemigos aún no vistos, solamente adivinados. Constantino, para salvar el Imperio, abandona la ciudad, y llevâ su corte á la antigua Bizancio, en las orillas del Bósforo. Teodosio, español como Trajano, y grande como él, hace milagros de actividad y de energía, para contener el carcomido edificio que amenazaba desplomarse. Honorio, su hijo, vuelve á murar á Roma, sea que repare y fortifique la que hiciera Aureliano, sea que levante una nueva cortina, más reducida ya, porque ha menguado mucho aquella en extension y en poblacion.

Se han nublado del todo los horizontes. El huracan sopla de todos los ámbitos del cielo, y la desolacion cae en diluvio sobre la tierra. El mundo se venga del romano poder: la púrpura de los Césares va á desaparecer en girones llevadâ por los aires. Lo que no hizo Aníbal, conduciendo á los africanos, los iberos y los galos, lo va á hacer Alarico, acaudillando las tri-

bus de sus godos. Después lo repetirá Genserico con los vándalos. Después, si no lo hace Atila con las hordas de hunos venidas de la Tartaria, no será el sucesor de César, el Emperador quien se lo impida; será el Sacerdote, el sucesor de San Pedro.

El Oriente se ha emancipado, se ha separado del todo de Roma: el Occidente, las Gálias, la España, Africa, la Italia misma, está dividido por cien pueblos—ejércitos que lo devastan todo, y que poseen lo que huellan con sus piés. Los últimos Emperadores se guarecen en los pantanos y detrás de las murallas de Rávena. Roma gime en su horfandad, y llora las elegías de su muerte. Los Reyes godos nombran y destituyen sus Césares de burla. Hasta que al fin parece demasiado larga la irrisión, y cae del flaco trono que se hunde un miserable Augústulo, parodia en el nombre, caricatura en la dignidad, del que venció en Filípos y en Accio á la vieja República y al espíritu consular de Casio y de Bruto. La antigüedad habia espirado completamente.

XVIII.

Pero no se habia levantado aún el mundo nuevo. Era el caos del cataclismo lo que envolvía en su manto á toda la tierra. El mundo nuevo se agitaba en su cuna como Hércules, no sin despedazar con sus ma-

nos las serpientes que caian sobre él para apretarle, para ahogarle.

Los hérulos, y después de ellos los ostrogodos, y después de ellos los lombardos, fueron señores de la Italia septentrional, invadiendo á oleadas el Centro y el Mediodía de la Península. Los orientales por su parte, esto es, los Emperadores griegos, no solo conservaban su aspiracion sobre esta, y en particular sobre la ciudad eterna, sino que desde los puertos del Adriático, desde Rávena y Bríndis, hacian extenderse á sus generales, cuando les ofrecia lugar para ello la suerte, y miraban como un gran timbre el de mandar siquiera fuese por pocos momentos en la colina del Capitolio, ó nombrar un Patricio, un Senador, un Duque que gobernara á su nombre en la ciudad, cuasi desierta á la sazón. Belisario y Narsés principalmente la ocuparon hácia la mitad del sexto siglo, ahuyentando los ostrogodos de Totila; y Justiniano, aquel extraño Monarca que dió un brillo galvánico á la deslustrada púrpura de los Césares, y que dotó al mundo con el gran resumen de la legislacion de Roma, pudo con más razon que ningun otro desde Teodosio llamarse su Emperador verdadero, pues que la habia conquistado y habia podido defenderla con sus armas entónces victoriosas. Providencia debió de ser que no fuese solo un déspota de Bizancio, sino uno que dominaba en las Siete Colinas, quien ordenase y diese como norma inmortal al mundo los pensamientos de Cayo y Ulpiano, y las tradiciones del antiguo derecho de los Decemvros.

Hacia el siglo octavo, y como consecuencia de aquella larga anarquía que habia dejado sin base á todos los poderes civiles, comenzaron á ejercerlo en su propio nombre los sucesores de San Pedro. Lo habia tenido últimamente Pipino, Rey de los francos, porque los romanos mismos se lo habian ofrecido, á fin de que los amparase contra el lombardo Astolfo que asediaba la ciudad; y aquel bárbaro, como todos los del tiempo, deslumbrados por la grandeza tradicional de Roma, ansiaban su posesion con el mayor interés, y se jactaban de gozarla con la mayor ufanía. Pero Pipino, despues de ahuyentar al Rey del Po, y habiendo de volver á sus Estados de la Gália, dejó al Sumo Pontífice el exarcado de Roma, segun se le decia entonces, y autorizó una potestad que hasta allí habia sido de influjo, y que se pretendió de derecho en adelante. Quizá no se la deslindaba bien aún, en la confusion de aquel siglo, y en la coexistencia de todas las ideas nuevas y de todas las ideas tradicionales; mas allí podemos al cabo señalar su origen, de allí brota, de allí se desenvuelve en medio de contradicciones, de allí parte débil y disputada hasta quedar al cabo admitida y ostentosa.

Sin embargo, ese mismo poder no se supone aún verdaderamente supremo, y exento de todo Soberano temporal. Carlo-Magnó constituye á poco el nuevo imperio de Occidente; y aunque es en Aquisgran, en Alemania, donde va á residir, coronase en Roma, llámase Rey de romanos, para que se le tenga por Rey del mundo, y considera al Papa como su padre espiritual,

pero no como una potencia temporal independiente. Esto sucede en el año 800, al comenzar el noveno siglo; y aún en el siguiente, en 936, el Emperador Oton depone al Pontífice Juan XI, llevando hasta ese punto los fueros de una autoridad que ni se contesta ni se resiste. Muy léjos se está aún, por las ideas, del tiempo en que otro Pontífice hace arrodillarse ante sí á otro Emperador, y le pone materialmente el pié sobre el cuello en señal de prepotencia y de soberanía.

En el propio siglo noveno y en el décimo, los sarracenos invaden por varias veces las playas de Roma, y saquean alguna la ciudad. Roma no puede ni expellerlos de Italia, ni aun rechazarlos de sus muros. También es impotente para ello el imperio de los sucesores de Carlo-Magno. Débese á la república de Pisa su expulsión: débese á esta el rechazarlos hasta las costas de Africa y España, ocupando para ello las Baleares, y apoderándose de Cartago, asiento de un teniente de los Califas. Pisa salva á Roma y á todo el país latino, incapaz de salvarse á sí propio.

Las aspiraciones de los Pontífices, las de los Emperadores, y las municipales republicanas, nunca hasta entónces bien muertas, más vivas entónces que jamás, se mezclan y se contrastan en Roma por el largo espacio de los siglos siguientes. Ya es el Emperador quien triunfa, y sitia al Papa en el castillo de Sant-Angelo: ya es el Papa quien fulmina desde el Vaticano, quien excomulga al César y levanta los pueblos contra él. Y de tiempo en tiempo, en medio de esa lucha de güelfos y gibelinos, levántase un

Crescencio á fines del décimo siglo, que proclama la libertad y el consulado; un Arnaldo de Brescia en el duodécimo, que tambien reina independiente en Roma; un Nicolás de Rienzi, por último, en el décimo-cuarto, que se instituye Tribuno de la plebe, y gobierna con ese carácter, á pesar de la aristocracia feudal que ya existia, y de los Vicarios de los Papas que cada vez llevaban más altas sus aspiraciones.

Los Pontífices, por sí mismos, residian entónces en Avignon. El Ródano habia desposeido transitoriamente al Tíber: las aguas venidas de los Alpes reflejaban el brillo de la tiara, en vez de las aguas caidas del Apenino. Francia, que no Italia, aposentaba al Jefe Supremo de la Iglesia.

Pero esto no duró sino setenta años, que los romanos apellidaron la cautividad de Babilonia. Gregorio XI volvió al Vaticano en el propio décimo-cuarto siglo, y la autoridad pontificia apareció desde entónces ménos contrastada, más reconocida por todo el mundo. Los Colonnas, aunque de mal grado, se sometian á ella: los Emperadores y los Reyes la miraban como igual á la suya propia: muchos Estados la tuvieron por Soberana y le pagaron tributo y le rindieron vasallaje. Las dependencias de la Iglesia fueron ya como las del Imperio mismo: Nápoles, Inglaterra, Aragon, se reconocieron sus feudatarios: los Césares la hicieron guerra tal vez, pero no pretendieron tratarla como señores. Desde los tiempos de San Pedro, hasta el siglo décimo-quinto, habia corrido en verdad toda la escala de lo posible.

XIX.

Entónces se levantó Roma de entre los sudarios que la envolvian. No se alzó llena de juventud como veinte y tres siglos ántes, ni aun de madura virilidad como en los tiempos de Augusto y de Trajano; pero despertó al cabo de aquella postracion, de aquella muerte, y rodeó su cabeza, que soportaba la triple corona de oro, con la corona de laurel de las artes llamadas á su seno. Su decrepitud se atavió con vestiduras de jóven, y una nueva y ostentosa majestad vino á cubrir las arrugas de su frente, y á disimularlas con esplendores de bien diversos géneros.

Roma, en el siglo décimo-quinto, contenia treinta ó cuarenta mil almas, albergadas en humildes chozas y bajo el cañon de toscas fortalezas, en que se habian convertido los antiguos monumentos. El Capitolio, el Coliseo, las Termas, el castillo de Sant-Angelo, todos los demás sepulcros eran, ó habian sido, castillos feudales de los Colonnas, de los Orsinos, de los Gaetanos, de los Máximos. Contábanse muchas iglesias con el mérito de la antigüedad, pero sin ningun carácter de belleza artística. No habia otros palacios sino esas propias torres que acaban de indicarse. No existia, ni

habia existido arte alguno. Un templo como los de Pisa, de Siena, de Florencia, no se podia encontrar ni señalar en estas orillas del Tíber. Las escuelas de pintura y de decoracion estaban en Perugia y en Florencia propia. La antigua corte del mundo era uno de los más tristes, de los más pobres, de los más atrasados pueblos de Italia.

Pero esa ya incontestable soberanía pontificia comenzó á levantarla en el décimo-quinto siglo. Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, un mal hombre pero un gran Papa, trabajaron con éxito para su nueva elevacion. Vinieron despues Julio II y Leon X, no solo contemporáneos del *Renacimiento* científico y artístico, sino tan imbuidos ellos propios en su tendencia y en su carácter como los pintores, los escultores, los arquitectos de la época misma. Las escuelas de Perugia y Florencia se trasladaron aquí en las personas de sus más insignes representantes, Miguel Angel y Rafael. Julio Romano demostró que podia haber un gran artista nacido al pié de Capitolio. Crecieron como espuma las nuevas iglesias: crecieron como espuma los nuevos palacios: el Vaticano recibió su complemento en aquellos adornos insignes que tanto admira el mundo: San Pedro comenzó á edificarse con el dinero y al ruido de los aplausos de la cristiandad: una nueva poblacion de mármol se alzó en medio de las quinientas ruinas del antiguo y de las mil casuchas de la edad media. Los treinta mil habitantes del cuatrocientos, los cuarenta mil del quinientos, debian ser ciento cincuenta mil al siglo siguiente.

No repetiremos el asalto ni el saqueo de Roma por las tropas de Borbon en 1527, pues que ya le hemos mencionado otra vez: recordaremos solo que en los claustros de San Juan de Letran se conservá una lápida con el nombre de unos cuantos capitanes españoles que salvaron á aquella basílica de la desgraciada suerte comun. Si un ejército del Rey de España ocupaba por fuerza la ciudad, eran españoles, al ménos, los que ponian un límite al desastre, y salvaban cuanto era posible en aquellos momentos de desolación y de exterminio.

Después de esa época, que coincide y tiene relaciones tan íntimas con el infausto suceso de la *Reforma*, la capital del mundo cristiano mejora sus costumbres, y ve constantemente en su sòlio á grandes príncipes y á dignos sacerdotes, que la honran y que la ensalzan. El neo-paganismo se templa en sus ardores, al propio tiempo que la santidad y la pureza difunden su luz desde el Vaticano, y que el instinto de lo bueno y de lo justo se hacen lugar en la gobernación y administración de aquel país. San Pio V es el jefe de la liga católica que da al mundo la victoria de Lepanto. Sixto V es un prelado de la estofa de los Jimenez de Cisneros. Los Urbanos, los Benedictos, los Clementes, son insignes Papas, á quienes deben nobilísima recordación la ciudad, la Europa, el mundo todo.

Así se llega hasta los dias de la Revolucion francesa. Ocupaba entónces el trono Pio VI, un venerable anciano, mártir de las invasiones y las guerras de Italia, que lo destruyeron todo, que dejaron gérmenes

para el porvenir, mas que de pronto nada hicieron sino confusion. Mártir fué tambien Pio VII de la política imperial de Napoleon el Grande, que si mereció este nombre por sus talentos y por algunas de sus obras, quizá tambien le mereció otras veces por los errores á que se entregó, y por las no ménos notables ligerezas que en supremas ocasiones señalaron su conducta.

Roma, agregada entonces al imperio francés, recibió título de reino, y fué adjudicada como dote al que nació en el tumulto de las Tullerías, para extinguirse en soledad á las orillas del Danubio.

En 1814 volvió Pio VII á sus Estados de Italia. El Congreso de Viena los reconoció y garantizó á los Sumos Pontífices. Y si 1848 proclamó en ellos la libertad y 1849 la república, la intervencion de Austria, Francia, España y Nápoles restauró pocos meses después la autoridad de Pio IX, é hizo volver al Vaticano al Sumo Sacerdote escapado del Quirinal, y acogido y guarecido por las murallas de Gaeta.

Verdad es que desde entónces la bandera tricolor ondea sobre el castillo de Sant-Angelo y tambien en los fuertes de Civita-Vecchia; en tanto que la dorada y negra de la casa de Abspourg se mece con igual arrogancia plantada sobre las torres de Ancona.

XX.

Con la historia que acabamos de reseñar, no debe dudarse lo que es, lo que puede ser el Pueblo Romano. Hemos dicho ya que los antecedentes son mucho para cualquier pueblo; que el que tiene tradiciones no alcanzará, por más que quiera, á borrarlas ni á confundirse con el que de ellas ha carecido. Será, repetimos, un gran señor arruinado; pero siempre y necesariamente un gran señor.

Este de Roma, en que nos ocupamos al presente, es ante todo una bella y noble raza. La Italia, y los campos del Tíber en particular, llevan en esto la primacía á todas las regiones de Europa. Si en Francia encontráis una gran nación, si en Inglaterra una gran nobleza, si en España un gran pueblo; aquí entre los Alpes y el Mediterráneo no podeis ménos de ver esa superioridad física del individuo, que se enlaza con los tiempos clásicos, y que contribuye á explicar algunos de los hechos, algunas observaciones que quedan consignadas en los presentes apuntes. Degradado por quince siglos de infortunio y de malestar, abrumado por tanta desgracia y tanto envilecimiento como han caído sobre él, el Romano ofrece todavía la recordación memorable de aquellos hombres enérgicos que se pu-

sieron al frente de Italia, destruyeron á Cartago, sujetaron la Grecia, dominaron el mundo. Al volver de cada esquina, en el rincón de cada taller, sobre las varas de cada carro de heno, os hallareis con una fisonomía que os parecerá arrancada de las más célebres medallas, descendida de los más característicos bustos del Capitolio. Aquella frente, aquella nariz, aquella boca, ya las habeis visto en los retratos de los Gracos, de los Brutos, de los Escipiones. Es su misma sangre, son sus propios hijos, los que fuman descuidadamente en los Montes y se tienden al sol en el Transtévere.

Lo propio diremos de las mujeres romanas. Su talla es elevada, ancha su cintura, fuertes sus facciones, grandes sus pies. Teneis la repetición de las matronas antiguas, Porcia, Julia, la misma Popéa: líneas fundamentales nobles, rasgos verdaderamente esculturales, y ninguna lindeza pequeña y de pormenor. Eso buscadlo ahora en Siena y en Florencia, como los antiguos lo iban á buscar á Corinto y á Cádiz: eso no lo busqueis en Roma, porque de seguro no podreis encontrarlo allí.

Sigue lo moral; y en lo moral, si las revoluciones han labrado una huella mas profunda, no creais que han borrado del todo la primitiva, la de los hijos de la Loba y del Aventino.

«Yo soy Romano,» «yo soy Romana de Roma,» dicen todavía con orgullo los habitantes de la antigua ciudad; y al decirlo así, indican un mundo de presunciones, porque expresan un mundo de recuerdos.

Y sin embargo, ellos, á la par que arrogantes, son bajos, cobardes y supersticiosos: os llamarán *eccellenza*, os besarán la mano, se pondrán de rodillas delante de vosotros, porque les deis algunos *paolos*, algunos *bayocos* siquiera; y al mismo tiempo llenarán de amuletos sus casas y sus personas—(cuernos por lo comun)—para libertarse de los maleficios que podreis hacerles, si sois por acaso *gettatori*. Todo lo cual consiste en que no son nacion de muchos siglos acá; en que han estado y vienen sometidos por otros tantos siglos á las ideas puramente monásticas, y al gobierno clerical, que degradan y humillan á los pueblos.

El gobierno clerical—(entiéndase bien que no decimos la monarquía pontificia)—es necesaria y fundamentalmente malo: las ideas del convento, aplicadas á la sociedad civil, la desnaturalizan y la pervierten. Ni la índole del cuerpo administrador y gobernante debe ser heterogénea con la índole esencial de las naciones; ni los sentimientos y las prácticas que son excepcionales por sí mismos pueden dejar de traer malos resultados, cuando sirven de norma y de espíritu para lo que no es excepcional sino general, universal, comun.

Nosotros respetamos la Iglesia como sus hijos obedientes que somos; veneramos á sus ministros; estimamos en lo que valieron y aun valen á las Ordenes Religiosas. Nosotros creemos que la monarquía pontificia ha sido una necesidad y un bien para el mundo; que á ella debe Roma su actual existencia; que los romanos no son en justicia árbitros de acabarla y

suplantarla, porque ellos, ménos que ningun pueblo del mundo, son dueños de su ciudad. La Roma antigua, en sus restos, pertenece al orbe que la levantó: la Roma moderna pertenece á la cristiandad, que la ha edificado. El Pontífice, racional é históricamente, no puede residir sino en ella; y como no debe ser súbdito de ningun especial imperio, capellan de ningun especial monarca, de aquí que es indispensable sea Soberano de Roma.—Pero todo esto que aceptamos y proclamamos con conviccion, todo aquello que estimamos, que respetamos, que veneramos con sencillez, no puede modificar nuestro juicio acerca de los inconvenientes de los gobiernos clericales, y de lo perjudicial que es el espíritu de convento, animando, inspiando, dirigiendo una sociedad civil compuesta de millares, de millones de familias.

Todo esto me parece vulgar. Lo he desenvuelto, creo haberlo probado en otra ocasion (1), y no me propongo insistir nuevamente en ello. Lo he dicho entonces y lo indico ahora, no por un ánimo hostil hácia nada, ni hácia nadie, sino porque no hay razon alguna contra los fueros de la verdad, que toda puede decirse, que toda merece conocerse.

El Sumo Pontífice, Soberano de Roma, ha podido tener un Gobierno civil para las cosas temporales de aquella ciudad, como un Gobierno eclesiástico para las cosas eclesiásticas del mundo. Esto dice la razon, y esto es posible que nos lo muestren las edades veni-

(1) Lecciones indicadas anteriormente.

deras. Ese era tambien el anhelo del desgraciado Pellegrino Rossi, y de cuantos intervinieron con patriotismo y con virtud en el malogrado, bastardeado movimiento de 1847. ¿Quién sabe si adoptada esa idea cuando debió y pudo adoptarse, no hubiera dado buenas consecuencias á la Roma presente, y preparado una Roma futura más tranquila y más próspera que la que columbra confusamente nuestro espíritu? ¿Quién sabe si la clase aristocrática, cansada ahora de su nulidad, si la clase acomodada, aburrída hoy de su impotencia para todo como no se vista el traje de abate, si lo comun del pueblo, en que cunden sin contrapeso posible las ideas revolucionarias; quién sabe si todas no ofrecerian con su racional participacion en los negocios públicos, que no les estarian cerrados, alguna base más duradera y más segura que los cuatro mil franceses del castillo de Sant-Angelo, y los diez mil austriacos de las Legaciones y de Ancona?

Pueden ser ilusiones de nuestra idea; pero confesamos de buena fé que hemos temblado mil veces al contemplar á Roma por el porvenir de Roma misma. Y, ¿sabeis por qué hemos temblado más? Porque es imposible no interesarse por aquel Pueblo, que conserva restos tan insignes de grandeza en medio de su abatimiento y su postracion; y porque tambien nos era imposible no interesarnos por un sacerdoté tan digno, tan bueno, tan simpático, tan amable como Pío IX.

LIBRO CUARTO.

LAS RUINAS DE ROMA.—EL ARTE ROMANO.

SUMARIO.

EL FORO DE ROMA.—SU IMPORTANCIA.—SU HISTORIA.—SU ASPECTO Y ESTADO ACTUAL.—LA VIA-SACRA.—QUE LOS ARCOS SON ROMANOS.—EL ARCO DE TITO.—EL MONTE PALATINO.—LA CASA DE ORO.—EL COLISEO.—SU DESTINO.—SU ESTADO ACTUAL.—LOS TEMPLOS.—EL DE LA FORTUNA VIRIL.—EL DE VESTA.—EL PANTEON DE AGRIPA.—SU DESCRIPCION.—LOS SEPULCROS.—DE AUGUSTO.—DE ADRIANO.—DE CAYO SEXTIO.—DE CECILIA METELA.—LA VIA APPIA Y SU RESTAURACION.—LA COLUMNA DE TRAJANO.—EXÁMEN DEL ARTE EN ROMA.—SU NATURALEZA.—SUS ADELANTOS.—LA ARQUITECTURA SUPERA Á LA GRIEGA.—NO ASI LA ESCULTURA.—CÓMO NACE ESTO DE LA ÍNDOLE DE LOS DOS PUEBLOS.—CONSIDERACIONES GENERALES.

I.

Quando el viajero se acerca y entra en Roma, lo primero que ve es la cúpula de San Pedro y la inmensa mole del Vaticano: cuando se levanta, después de haber descansado una noche, lo primero porque pregunta, lo primero que pide le enseñen, es el Foro.

¡Como que el Foro de Roma es el primer sitio histórico del mundo!

La pequeña, la naciente ciudad de Rómulo se había asentado sobre el Palatino: amamantado él á su pié por la Loba con su hermano Remo, según referia la fama, no había querido apartarse de aquella cuna simbólica de su futura suerte, ni aun para buscar en otra más eminente colina la seguridad que daban por aquellos tiempos lo escabroso y lo elevado. Tazío á su vez y la gente sabina, que ocuparon como enemigos el Capitolio cuando querian vengar el robo de sus mujeres, se quedaron en él después de haber ajustado las paces, y convenido con los primitivos romanos en no formar sino una sola nacion. Entónces se tomó naturalmente para ejido y mercado comun la cañada estrecha y pantanosa que corria entre uno y otro monte, verificándose en ella las reuniones, las contrataciones, las fiestas de entrambos pueblos, ó más bien de entrambos barrios. Fué la primer plaza de la ciudad, el centro de sus diversiones y negocios; y como debía suceder en una poblacion rural, infante y guerrera, también el centro de su política.

Engrandeciése poco á poco, si no en extension en dignidad, y lo decoraron y magnificaron los siglos. Nunca fué—era imposible—un terreno vasto; pero desde luego fué un recinto insigne. Las pendientes de una y otra colina se cubrieron de templos, de basílicas y de curias: las calles que desembocaban en él abriéronse bajo de arcos triunfales: al encharcado suelo de los tiempos primitivos reemplazóse por so-

berbios pavimentos de losas: en medio de su ámbito, estrecho como era, se levantaron altares, se erigieron estatuas. Como que allí dictaba sus leyes el pueblo-rey; allí se reunían sus comicios y se agrupaban sus tribus ó centurias, aun encaramándose en los mismos tejados de los templos; allí sonaba la voz de sus oradores, el mandato de sus Cónsules, el fallo de sus Pretores y Jueces, el veto de sus Tribunos. En aquel lugar fué en donde se proscribió á Mario, y en donde abdicó Sila la dictadura; donde se quemó el cuerpo de César, entre las contradictorias exclamaciones del espíritu patricio-republicano que fenecía y del espíritu democrático-imperial que caminaba á su apogeo; donde se clavó la cabeza de Ciceron, en aquellos mismos *Rostros* en que su saber y su elocuencia habían sido el orgullo de Roma y el encanto y la admiración del orbe.

Aunque despojado por el imperio de su carácter político, el Foro continuó embelleciéndose en la nueva época, como se embelleció toda la ciudad. Restauráronse los antiguos templos viejos ó mezquinos: levantáronse otros más suntuosos: multiplicáronse las basílicas, los pórticos y las curias. Al pié del Capitolio, y sirviendo de entrada á una de las vías que llevaban á su cumbre, se elevó el arco de Septimio Severo, uno de los más nobles que nos ha dejado aquella edad. Sobre el Palatino, en fin, comprendiéndolo todo, y aun dilatándose más allá de sus límites, la *Domus Aurea* de Neron, el más rico y suntuoso palacio que hubo jamás en el universo, apareció á modo de co-

rona encima del célebre valle, completando un espectáculo que ni en lo material ni en lo moral ha tenido semejante en la tierra. Los godos, los vándalos, los hunos, en el siglo quinto; los propios romanos después, en sus miserables y anárquicas luchas, saquearon y maltrataron ese Foro. También la nueva Religión hizo horrorizarse á los fieles de aquellos templos, y los mutiló con frecuencia, ó para afrentarlos ó para conságrarlos á su propio culto. El conjunto, empero, por lo general sobrevivía á tantos desastres, y parecía ufanarse aun en medio de la decadencia. Por el siglo sétimo adornábalo un Exarca con la columna del Emperador Focas: en los siguientes, hasta el undécimo, todavía era mirado como uno de los lugares que mejor se conservaban de la ciudad. Solo á fines de este pusiéronle fuego los normandos que seguían la bandera del Pontífice Gregorio VII, combatiendo contra la plebe romana en una de sus revueltas, entónces tan comunes. Las llamas consumieron lo que el poder y la riqueza habían levantado: la gran obra de la civilización desapareció en medio de aquellos actos de barbarie, tan pequeña como estúpida. Habíanla respetado los que renovaban el mundo, y la destruyeron los que se agitaban tan oscura como estérilmente!

Desde entónces el Foro fue un desierto. Entre sus rotos mármoles creció el amarillo jaramago y se deslizó la verde lagartija. Y cuando después comenzaron á mostrarse como tristes sombras los míseros y desgraciados descendientes de los romanos y de los sabi-

nos, el recinto de ese antiguo Foro les sirvió para apacentar y vender algunas docenas de bueyes, y se llamó ignoblemente *Campo Vaccino* lo que había tenido el nombre más alto y servido para los más insignes hechos de la antigüedad.

II.

Hemos subido la colina del Capitolio, dejado á nuestra izquierda la iglesia de Ara-Cœli, en donde estuvo el gran templo de Júpiter, y extrañado encontrar unos palacios modernos, risueños, elegantes, allí donde la imaginacion nos anunciaba algo severo, imponente, magestuoso, como lo indica aquel clásico nombre. Nos ha disgustado instintivamente que Miguel Angel sustituyese con lindos museos la vieja *arce romana*, que resistió á Breno y que salvó Camilo. Verdad es que si el arquitecto de la Restauracion ha empequeñecido la cosa, los modernos romanos han ridiculizado todavía más el nombre, llamando *Campidoglio*—campo de aceite—á lo que dijeron *Capitolium*, de *Caput*, cabeza, sus antepasados, y á lo que dice *Capitolio* con esta ó con la otra terminacion todo el mundo.

Pero hemos subido y vencido en fin la colina. Tenemos ya el Capitolio mismo y la Roca Tarpeya á

nuestra espalda. Desde aquella altura miramos la pendiente y el valle meridional. Es el Foro lo que encontramos á los piés: es la Via-Sacra la que parte de ese propio Foro en direccion del Monte Celio: es el Palatino lo que se eleva á nuestra derecha. Ya no hay aquí nada de la moderna Roma: son los restos de la antigua lo que únicamente hiere nuestros ojos en ese campo vacío y desolado.

Ruinas, destruccion, escombros, nos cercan por todas partes, á medida que vamos descendiendo. Columnas en pié, columnas caidas, mármoles despedazados por donde quiera. Aquellas tres magníficas, que soportan un bello fragmento de arquitrave, corresponden al templo de Júpiter Tonante, edificado por Augusto. Aquellas ocho unidas de una manera análoga, é igualmente bellas, pertenecen al de la Fortuna Capitolina, antigua construccion, restaurada en el siglo tercero de nuestra edad. Aquel monton, por último, de destrozos de toda especie, aquellos fragmentos de todo género de mármoles, de adornos, de estatuas, de toda clase de riquezas confundidas entre sí y visiblemente calcinadas por el fuego, son los restos del templo de la Concordia, que edificó Camilo, donde pronunció Ciceron su Catilinaria, y que varias veces restaurado servia aún en el duodécimo siglo de iglesia católica, segun las noticias que nos quedan de una época tan oscura y decadente.

Acabamos de bajar, en fin, y nos encontramos en el llano, en el Foro. A nuestro frente se levanta la columna de Focas, que erigió Esmeragdo, Exarca de

Italia, á principios del siglo séptimo. No es ya este un monumento comparable con los de Marco Aurelio ó de Trajano: en esa nueva edad no sabian, no podian hacerse táles de propósito. Mas la riqueza de Roma era tanta aún, que no ofreció dificultad alguna al escoger entre mil aquel hermoso mármol, ni el decorar con su elevacion votiva ese célebre Foro que venían decorando catorce siglos. Habia gusto para aprovechar los tesoros del arte, si no habia ya genio para crearlos.

Dejamos á nuestra derecha los restos de la basílica y de la curia Julias, los de los templos de Cástor y Polux, de Minerva, de Vesta (en donde se conservaba el fuego inextinguible),—todo ello al pié del Palatino. Dejamos á nuestra izquierda el arco de Septimio Severo, que se conserva íntegro aunque más bajo que el nivel actual, y las ruinas de la basílica Fabia y de la curia Hostilia, que servian de límites al Foro. Hollamos el sitio que ocupaban los Rostros, esto es, la tribuna desde la cual se hablaba al pueblo. Pasamos sobre la entrada de la Via-Sacra, en donde existió el arco de Fabio, vencedor de los Allobroges; y nos encontramos delante del templo de Antonino y Faustina, soberbio resto del arte en el siglo segundo, con sus grandes columnas monolitas de *cippollino*, con su cornisa esculpida de grifos y de candelabros, con sus adornos, en fin, de todo género, ejecutados con admirable é inestimable limpieza.—Roma habia querido honrar esta vez la memoria de un Soberano piadoso, ya que tantas otras habia deificado á mónstruos, ó por lo ménos á insignes criminales; y el genio co-

ronó esos sentimientos de gratitud, levantando á la bondad uno de los más hermosos trofeos que adornaron la capital del mundo.

Seria imposible recordarlo ni anotarlo todo. Nos limitamos á mencionar lo que ha dejado vivas y patentes señales. Nos limitamos á ofrecer á nuestros lectores la consideracion de las grandes ruinas que existen, sin penetrar debajo de ellas ó á su lado, para descubrir otras ruinas que borró del todo el transcurso de los tiempos.

Lo cierto es que no hay allí un pedazo de piedra que no sea parte de un monumento histórico; que no hay allí un grano de arena que no haya correspondido á alguna maravilla del arte. Once siglos de fortuna, de riqueza, de poder, emplearon todos sus esfuerzos en levantar aquel pequeño recinto hasta donde no ha llegado ningun otro de las edades pasadas, hasta donde no llega ninguno de la edad presente. Todo ello desapareció. El ánimo se inclina, se humilla todavía á su presencia: se humilla más aún, porque las ruinas dan más enseñanza que los monumentos propios: pero la planta conculca estremecida aquellos míseros restos, que son polvo, humo, nada; y en el silencio que los rodea, la mente no puede ménos de oír la voz del oráculo cristiano, que se levanta elocuentísima gritando desde sus escombros: ¡vanidad! ¡vanidad! ¡todo vanidad!!!

III.

Más allá del Foro, y partiendo de él, se dilata como hemos dicho la Via-Sacra, que costea el Palatino y conduce al Coliseo ó anfiteatro de Vespasiano.

Gierra aquel espacio por la derecha la pendiente del Palatino propio, con sus cimientos inmensos de la *Casa Aurea* de Neron: por la izquierda se descubren restos no ménos grandiosos de templos y de basílicas. Allí estaba la de Constantino, la mayor que hubo en la ciudad, de la que se conservan tres espaciosas naves con altísimas bóvedas de ricos casetones. Allí estaban y quedan tambien considerables restos del doble templo de Vénus y de Roma, que levantó con la mayor suntuosidad Adriano, y cuyos planos habia preparado y diseñado él mismo. Al pié de este templo las columnas caídas y los fragmentos de columnas son innumerables.

Por el centro de todo, sobre la direccion y el espacio mismo de la Via-Sacra, el Arco de Tito, bien conservado, restaurado pocos años ha con un esmero y una inteligencia dignos de elogio, ostenta su bello conjunto y sus no ménos acabados y elegantes pormenores.

Los Arcos han tenido fortuna en la destruccion de Roma. Sea porque presentaban una mole menor y relativamente más sólida que la de los templos, sea porque no estando consagrados á un culto vencido, sino tan solo á la gloria histórica de la ciudad, no pudieron ser objeto de horror para los cristianos vencedores; es lo cierto que, habida consideracion al número de los unos y de los otros, los primeros han durado más y subsistido sobre todo mejor conservados que los segundos. No es esto decir que permanezcan intactos; pero sí que han quedado por lo general sus grandes líneas y sus adornos capitales.—En cuanto á su número, tres se cuentan desde el Foro al Coliseo, en donde ningun otro monumento subsiste en pié,—el de Septimio Severo, el de Tito y el de Constantino: otros cinco ó seis se hallan esparcidos por diferentes lugares de la ciudad, entre ellos el de Druso, hácia la antigua puerta Capena, y el llamado de Jano cuadrifronte, que dió quizá la primera idea para el célebre de la Estrella de Paris.

Pero no salgamos del Foro ni de la Via-Sacra. Los tres de esta region son indudablemente los principales; y entre todos ellos es el de Tito el que satisface más no solo al arquitecto que mide líneas, sino al hombre de gusto que goza y se encanta con su pureza.

El Arco fué una invencion romana, un paso que hizo dar este gran pueblo á la griega, clásica, arquitectura. Ni los artistas atenienses y jónicos lo conocieron; ni la infantil sencillez de sus obras, y el carácter un poco estrecho de su civilizacion, les permitieron

adivinarlo ni inventarlo. Hay en la idea generadora del Arco más elevacion, más comprension, mayor grandeza que las que tenian aquellos: era menester para concebirlo haber levantado más los ojos al cielo, ó extendíolos más por el orbe. El es una corona á que justamente debió aspirar el pueblo que conquistaba al mundo, después de haberse llamado á sí propio su señor y su rey.

Pero el Arco solo no constituyó de suyo un nuevo arte. No se hacen artes nuevos cuando se quiere: ni habia tal diferencia entre el período romano y el período helénico que sus expresiones, bajo este punto de vista, pudiesen ser completamente diversas. El Arco, pues, modificó y enriqueció la griega arquitectura, pero no creó otra. Y entrando en su esfera como un elemento especial, completando aquel arte mismo, pudo ajustarse más ó ménos, separarse ménos ó más, de los accidentes que constituian su verdadera índole; preferir la sencillez ó la redundancia; optar entre lo puro y lo elegante por la forma, ó lo recargado y exagerado en los accesorios. Aquello se ofrecia á la eleccion como más natural, más primitivo, más griego, de un gusto más delicado y permanente; por esto otro, y siguiendo esto otro, podia venirse á la decadencia y á la corrupcion con una facilidad deplorable. Supuesto el género artístico de que no se salia; supuestos sus principios generadores, sus límites necesarios, sus tendencias y caracteres sensuales; la belleza simple, limpia y espontánea habia de cautivar el ánimo y de acariciar la imaginacion, más suave y

apaciblemente que cualquier otra belleza rebuscada y premiosa.

Encanta, pues, volvemos á decir, el Arco de Tito, con sus sencillas líneas, con sus fáciles adornos, si ricos en el estilo no recargados en el número ni en la expresion. Sucédenos con él lo que con una bella estatua de las que se atribuyen á Praxitéles, lo que con la sublime oda de Safo, tan puras y tan frugales, tan simples y tan perfectas; que la inteligencia y el corazón conciben y abarcan de una vez, que complacen á un tiempo por su conjunto y por sus partes, en que no es menester ni apénas análisis ni mucho ménos fatiga para verlo, para sentirlo, para admirarlo todo. Y no decimos por eso que el análisis sea imposible, ni que deje de aumentar los goces, indicando las perfecciones múltiples de esa belleza sencilla y natural: decimos solo que ese análisis, si lo quereis hacer, será tambien pronto, fácil y sencillo, exento de laboriosas investigaciones y de procedimientos intrincados, libre de una necesidad é intensidad de atencion que sea trabajo verdadero, y que disminuya, por consiguiente, cuando no extinga el placer artístico.

Aquí no habeis menester, no es posible ese trabajo. Las columnas son de nobles proporciones; bien cortada la curva semi-circular; claros, ordenados, ejecutados con perfeccion los relieves. Veis á Tito que triunfa, á la Victoria que le corona, á los hebreos que vienen en cautiverio; veis los despojos históricos de su templo, que han caido en poder de los dueños del mundo. La inscripcion misma es concisa, sencilla y

perfecta en su natural sencillez: así es como hablan los grandes hombres cuando han ejecutado las grandes cosas.

SENATUS. POPULUSQUE. ROMANUS.

DIVO. TITO. DIVI. VESPASIANI. F.

VESPASIANO. AUGUSTO.

Ni el Senado y el pueblo de Roma, ni Vespasiano el dichoso Emperador, ni Tito el domador de Oriente, necesitaban más. Sus nombres en aquel monumento de triunfo constituían una verdadera y suficiente epopeya.

IV.

Los Arcos de Septimio Severo y de Constantino no tienen tal pureza artística ni tan delicado gusto como el del vencedor de Jerusalen; pero son soberbios, vistosos, dignos de la grandeza del imperio y de la ciudad. Este último particularmente, por su conservación y su magnificencia; por su magnitud, que en las obras de arquitectura es siempre un elemento de importancia; por la indudable perfección de varias de sus partes, y por el aspecto noble del todo, es uno de los restos de la antigüedad que más satisfacen y más cautivan en Roma, y que atraen más á sí al hijo de los pasados bárbaros, que huella el polvo elocuente de su clásico, imperecedero recinto.

Luego, en frente de él, se conservan las ruinas de la *Meta Sudante*, extraordinaria, colosal, montañosa fuente, en donde se refrescaban los gladiadores durante las sangrientas luchas de aquellos fabulosos espectáculos; y junto á él se alzaba el Coloso de Neron, estatua de bronce dorado de cincuenta varas de altura; y á la derecha de él nos amenazan aún los restos del palacio de los Césares, grandes como una ciudad; y á la izquierda de él, y también á su lado, se eleva la mole del Coliseo, uno de los emblemas más adecuados y más justos del ingente imperio, con toda su epicúrea ferocidad, con toda su abrumadora grandeza.

Ya vendremos al Coliseo, que es uno de los restos capitales de Roma, tan apreciable para el historiador como para el cristiano; que levantó sojuzgado el mundo; y que empapó la sangre de los mártires: pero séanos lícito detenernos algunos momentos en ese mismo Palatino que hemos citado tantas veces, á cuyo pié fueron encontrados Remo y Rómulo, en cuya cumbre fundaron y cercaron la primitiva ciudad, y que Neron redujo á un solo palacio, á una sola casa, la primera sin duda entre las maravillas del orbe.

Roma habia mirado siempre como santo el lugar de su cuna: si el Capitolio contenia la fortaleza de la ciudad, el Palatino guardaba para sí la mansion de su aristocracia. Allí vivió Augusto, el fundador del imperio, aunque en una modesta sencillez: allí vivieron Tiberio, Calígula, Cláudio, sus inmediatos sucesores: allí habia comenzado el reino de Neron, á quien amaba la plebe de Roma, porque era el más fiel re-

presentante del espíritu democrático-imperial, que se resumía á la sazón como se ha resumido siempre en estas dos ideas, igualdad y servidumbre.

Pero Neron, ébrio de poder, sin conciencia que le enfrenase, con los gustos refinados de un fabuloso lujo, con el instinto de lo material, de lo sensualmente bello; Neron, que veía el universo postrado á sus pies y que no comprendía la antigua grandeza moral romana, quiso reemplazar aquella grandeza con otra que él sintiese, de oro y mármoles, y reunir en las orillas del Tíber lo elegante de Corinto, lo suntuoso de Alejandría, lo soberbio de Persépolis y de Babilonia. Neron quiso hacer una Roma de planta, cual no hubiese existido ciudad alguna en la tierra; y como medio sencillo para ejecutar su propósito, comenzó por pegar fuego á la que existía. Este hecho de un soberano que incendia su capital habitada por dos ó tres millones de hombres, á fin de alzar, de fundar otra que sea más bella, es el epílogo más perfecto de toda la civilización antigua: el grito de horror que levantó en la conciencia universal, es la justificación más completa del nuevo Evangelio, que poco ántes se había sancionado en el Calvario.

No fué posible á Neron el arder completamente á Roma: pero se consumieron algunos de sus cuarteles; desaparecieron varias de sus *regiones*; y el Palatino en especial, convertido en un monton de escombros, pudo ser ocupado todo entero, y aun mucho más allá de sus límites, para consagrarle á la habitacion de los soberanos del mundo. Cuál, y de qué condiciones sería

el edificio que lo cubrió, decláralo bien fácilmente el nombre que desde luego le fué dado; la Casa de Oro, *Domus Aurea*. Mucha debia ser en efecto su suntuosidad, cuando así la calificaban los romanos, que tantas cosas suntuosas habian hecho y habian visto.

Las columnas de sus pórticos eran tres mil: sus jardines eran parques: de un estanque interior, cuentan los historiadores que parecia un mar rodeado de pueblos. Ese Coloso de que hemos hablado, de altura de cincuenta varas, consagrado al sol y representando á Neron mismo, se hallaba colocado en un vestíbulo de la Casa propia. Así, cuando el Emperador entró á habilitarla, pudo mostrarse satisfecho en medio de sus fantásticas aspiraciones, y exclamó, segun cuentan, que estaba por último alojado como convenia al dueño del mundo.

Y, sin embargo, él no terminó la obra. Oton, Vitelio, Vespasiano, Tito, Domiciano, tuvieron que consagrarla su atencion y sus riquezas. Aun redujéronla tambien, creyendo que era demasiado grande, y no abrigando ellos los titánicos pensamientos de su primer autor. Pero reducida y todo, los tesoros del orbe venian á encerrarse en aquel espacio; los más célebres artistas consagraron su vida á embellecerlo; el mundo lo pudo admirar, y de hecho lo admiró por siglos, aun después de los saqueos de Alarico, de Genserico y de Totila, que atentaban contra las artes, pero que vengaban al género humano.

Hoy no queda un muro en pié, no hay una columna derecha, no se conserva un arco completo. Son

ruinas y escombros, y nada más. Ruinas que aturden, escombros que no se removerán totalmente nunca. Ruinas y escombros, de los que solo se encuentran en Roma; con su inmensidad que abruma el ánimo, con su elocuencia que lo desgarrá.

«Los que fueron palacio son ejemplo»
ha dicho uno de nuestros más grandes poetas al contemplar ese espectáculo (1); y nosotros lo hemos repetido cien veces, recorriendo á pié la Via-Sacra, y lleno el corazón de indescifrables emociones.

V.

El Coliseo es algo más que un monton de escombros. Es una ruina más entera, más conservada, donde si hay tanto que meditar, hay asimismo mucho que ver, mucho que admirar todavía.

Fué construido este monumento por Flavio Vespasiano. Alzáronlo los esclavos judíos traídos por Tito de Jerusalem, y sirvió para echar los cristianos á las fieras en la gran persecucion de Diocleciano. ¡Tan unida está la grandeza de la antigua Roma con la servidumbre del mundo! ¡Tan opuesta, tan contraria fué su soberanía á la idea cristiana que habia de regenerarlo!

(1) Quevedo.

Tambien el Anfiteatro como el Arco es una invencion romana. Los griegos tenian el edificio semicircular ó teatro, en que daban sus representaciones escénicas; pero la lucha, la carrera, los combates personales, todos los espectáculos análogos los ejecutaban ellos en el campo libre. Ni aun idearon el verdadero Circo. Buscaban un lugar rodeado de colinas, y en estas se colocaban los espectadores. Todo descubre en la Hélide un gran sentimiento de la belleza, sí, pero una gran infancia en los recursos artísticos que empleaban para su expresion y adoracion.

Roma fué quien doblando el teatro, suprimiendo la escena en él, ó convirtiendo en tal escena el centro del círculo ó de la elipse, halló el Anfiteatro, tan á propósito para los grandes juegos, para los sangrientos ejercicios que amaba con frenesí. Roma fué la que abrió dentro de sus muros, ó tocando á ellos, media docena de Circos, en alguno de los cuales se colocaban sentados cuatrocientos mil espectadores; y la que levantó ese Coliseo—*Colosseum*—en donde cabian cien mil, bajo los arcos de un palacio suntuoso.

Las naciones modernas no han hecho nada semejante. Han alzado Circos é hipodromos mezquinos de lienzo y de madera; plazas de toros un poco más monumentales, porque hay en ellas piedra, hierro, columnas, pero en las que solo caben ocho ó diez mil espectadores, apiñados con estrechez é incomodidad. Roma, que se creia eterna, y que se sentia señora del mundo, dispuso los lugares de sus diversiones como los de su majestad y de su gloria: capaces de

albergar al propio mundo, fuertes para durar siglos de siglos.

El Coliseo es una elipse de seiscientas varas de circunferencia y de setenta de altura,alzada en cuatro pisos ú órdenes, y edificada de piedra completamente en lo exterior y en lo interior. Por de fuera ostenta la solidez y la elegancia de las artes dórica, jónica y corintia, decorándose con sus nobles columnas y capiteles, abriéndose en sus espaciosos arcos. Por dentro, rodeando la gran arena de los combatientes, se alza la inmensa gradería, los palcos—si podemos decirlo así—para los espectadores, nuevas columnas, nuevos arcos, corredores amplísimos, con no ménos suntuosa ornamentacion. Cien mil personas, ya lo hemos dicho, podian asistir al espectáculo y contemplarlo cómodamente.

Un alto y fuerte muro, llamado *Podium*, rodeaba en todo su circuito la arena, de modo que las bestias feroces no pudieran saltarle. Sobre él, como en un lugar de privilegio, se levantaban los primeros balcones, los del Emperador y de su familia, los del Senado, los de la magistratura, los de las Vestales tambien.—Las Vestales, tímidas vírgenes, genios vivientes de Roma, cuya mision era conservar el fuego sagrado, que no podian conocer hombres, y que presenciaban sin embargo con frente serena aquellas implacables carnicerías.

Porque no creais, aun los que habeis corrido de fiesta en fiesta de toros, que teneis una idea del gran espectáculo romano. El nuestro es una niñería delica-

da comparativamente con aquel. Nosotros vemos lidiar cada tarde seis ú ocho toros en la plaza de Madrid, y repetirlo veinte veces al año: la corrida, distraccion sublime ó bárbara — como gustéis, — es un accidente no más, en medio de nuestras ordinarias ocupaciones. Pero los goces del Anfiteatro y del Circo eran para los romanos del Imperio la vida usual y comun, la vida de todas las estaciones, de todos los instantes. Repartíanles pan los Emperadores, saqueando si era preciso para ello al Egipto, á la Sicilia y á la España; y juntamente con el pan les daban fiestas, para las cuales ponian en contribucion á las naciones bárbaras y á las fieras de la Numidia. Y aun no solo los bárbaros, sino tambien los romanos mismos, los hijos de Numa, se alistaron entre los gladiadores; así como las romanas, las hijas de Lucrecia, descendieron á la arena desnudas de vestido y de pudor. Cuando no descendian, poblaban á lo ménos las gradas, y clamaban como los hombres y con más ferocidad que los hombres.

Ebrio de sangre aquel pueblo; apénas bastaban rios de sangre para darle placer, conmoviendo sus sentidos. Parece inconcebible cuanto se nos ha dicho de sus costumbres; y sin embargo, eso mismo inconcebible es la verdad. Por cien dias contínuos duró el espectáculo á la consagracion del Coliseo, en tiempo de Tito; y dos mil gladiadores y cinco mil bestias murieron en aquellas fiestas tan solo. No hablamos de los espectáculos comunes: no hablamos de los mártires cristianos, que en ocasiones tambien ascendieron á millaradas.

¿Cómo no habían de venir el cristianismo y Atila después de aquella gran depravación?

El Coliseo fué en la edad media una de las fortalezas feudales de Roma: después fué convertido en hospital: después se comenzó á sacar del mismo piedra y mármoles para construir palacios. En vano Miguel Angel, el gran artista, obtuvo del Papa Julio II una bula de excomunion contra todo el que atentase á aquel monumento: el despojo continuó con más ó ménos publicidad, con mayor ó menor audacia, y no ha sido limitado, enfrenado, sino en el presente siglo. El Coliseo no está pues entero, volvemos á decir; pero la elipse interior permanece completa, de la exterior se conserva la mayor parte, y una mitad de él se levanta aún en toda su altura, no faltándole sino los adornos que lo remataban. El hombre de arte puede examinar, comprender y restaurar fácilmente la obra: el hombre de gusto puede complacerse con sus bellezas: el hombre de reflexion puede abismarse en sus cavilaciones, contemplándola: todos la admiramos, humillando nuestra frente y el orgullo de nuestra edad. No; nuestra edad no ha hecho, y no hará nada que le sea semejante: nuestra edad no es tan feroz, pero no es tan grande tampoco.

En la arena del Coliseo se ven hoy los altares de una Via-Crucis, y se celebran de cuándo en cuándo fiestas religiosas. Es verdaderamente aquel el campo más regado de sangre cristiana de todo el universo.

VI.

Podríamos continuar un largo itinerario de ruinas. Más allá del Palatino encontraríamos las del Circo Máximo, ese que daba asiento á los cuatrocientos mil espectadores: más allá las de las Termas de Caracalla, donde se bañaban á la vez cinco mil personas: volviendo á entrar en la poblacion, las de los teatros de Pompeyo y de Marcelo, en cada uno de los cuales cabian treinta mil para ver el espectáculo. Pero nos fatigaríamos y fatigaríamos á nuestros lectores; tanta y tan continuada grandeza nos obligan á tomar algun reposo: más que ningun otro sentimiento abrumba y postra el de la admiracion. Séanos permitido el pasar sobre lo que puede hallarse en cualesquiera libros de Roma, y limitarnos tan solo á dos categorías de monumentos en que no cabe olvido al recorrer aquella ciudad insigne: sus Templos y sus Sepulcros, las moradas de sus dioses y las tumbas de sus ciudadanos. El arte, que es inspiracion divina, no se pudo aplicar á ningunos otros objetos con más inconcusa justicia ni con más elevada razon: los que lo amamos, los que nos apasionamos por él, no podemos ménos de fijar nuestras miradas y de consagrar nuestra contemplacion en esas y á esas que debieron ser sus predilectas obras.

Entre muchas docenas de Templos, de los cuales se conservan ruinas, vamos á decir únicamente algunas palabras, consultando la brevedad, sobre el de la Fortuna Viril, quizá el más antiguo de Roma; sobre el circular de Vesta, tan conocido y tan célebre; y sobre el Panteon de Agripa, que lo es todavía más, y que merece serlo en tanto que sea apreciada la belleza y palpite contemplándola nuestro corazón.

El Templo de la Fortuna Viril fué construido por Servio Tulio. Pobre y pequeño en su origen, como de una época anterior á las artes romanas, fué reparado y restaurado cuando ya habian venido á las orillas del Tíber las más puras y delicadas de Grecia. Si este Templo respira en todo su sencillez, tambien en todo respira igualmente su elegancia. Un cuadrilongo doble en su longitud respecto á su anchura, un peristilo de columnas jónicas y estriadas que circuye tres de sus lados, una cornisa de claros y nítidos adornos, dos frontones triangulares en fin; hé aquí el resumen exterior de esta preciosa joya de la arquitectura simple y primitiva. Nada de arcos, nada de curvas en ella: el arte no se ha desenvuelto ni para modificarse ni para corromperse; es la simple imitación de los Templos de Aténas, el gérmen típico de la Magdalena de Paris, el paso precursor de la Casa Cuadrada de Nimes.

Servio Tulio le habia consagrado, como queda dicho, á la Fortuna Viril, la Fortuna justificada, la propia de los grandes hombres, la digna de los grandes pueblos. La república, que tambien daba culto á

aquella divinidad, mantuvo la dedicacion al restaurarlo. Pasaron los tiempos; cayeron los ídolos; el Templo, como de costumbre, se convirtió en iglesia. Y sin embargo, la Providencia ha querido que no se olvide su originaria advocacion, permitiendo que exista al lado de él un edificio tambien histórico, que recuerda el poderío de esa fortuna legítima é inteligente. Hablamos de la casa de Rienzi, el Tribuno del siglo décimo-cuarto, uno de los hombres más enérgicos, más audaces, más maravillosos de la gran ciudad.

No léjos tampoco de ese Templo de Servio Tulio, se halla bien conservado uno de los muchos que se consagraban á Vesta en el recinto de las Siete Colinas. Mas aquí la antigüedad es menor: el arte ha dado evidentemente grandes pasos: la riqueza de los fundadores ha llegado al apogeo, segun lo demuestra la esplendidez de la obra. Tenemos la forma circular, que Grecia no conoció ó no adoptó, y que es en Roma el emblema de la dominacion del mundo: tenemos el mármol, que los primitivos romanos no empleaban, y que tan vulgarizado se vió por el imperio; tenemos el pórtico completo, rodeando todo el edificio, compuesto de veinte columnas corintias. — La suerte ha querido conservárnoslo, haciéndolo dedicar en los bajos siglos á Nuestra Señora del Sol; y justo es que se lo agradezcamos como uno de sus más apreciables favores.

Pero el gran monumento de la arquitectura religiosa romana, el tesoro artístico legado por el siglo de Augusto á los siglos subsiguientes, es el Panteon de

Agripa, tantas veces nombrado en esta obra, y sobre el cual, aunque sea de un modo breve y sumario, nos es preciso decir algunas palabras. No nos perdonarian nuestros lectores, ni nos perdonaríamos nosotros el callar de todo punto acerca de él.

VII.

Dominaba Augusto en la ciudad y en el orbe, y era Cónsul por tercera vez su insigne amigo Marco Agripa. Era la época en que, al decir de aquel Emperador, la Roma de tierra se convertía en Roma de mármol: en que los palacios, los Templos, los edificios suntuosos de todas clases, comenzaban á reemplazar los sencillos y pobres de la antigua república. Agripa ayudaba eficazmente á Augusto en ese propósito; y las artes, traídas de Grecia, le debían más que á ningún otro patricio, que á ningún otro senador, animación y valimiento.

El fué el primero que edificó en Roma unas Termas, levantándolas en la llanura apellidada de antiguo Campo de Marte; y para surtir las con ostentosa profusion, trajo á la ciudad el caudal de agua que llamaron vírgen, y que, conservando en el día ese propio nombre—*acqua vergine*,—es la más estimada aun

después de diez y ocho siglos , y de las grandes obras de Neron, de Vespasiano y de Trajano.

Concluidas las Termas, pensó Agripa que debía solemnizar su apertura con un sacrificio, con un Templo. De aquí el que mencionamos ahora, consagrado en los principios á Júpiter Ultor; llamado *Panteon* después, ora por su forma circular y su bóveda que remedan la del horizonte y del cielo, ora porque se destinó en seguida á otras muchas divinidades, quizá á todo el coro celeste del paganismo. Estimado desde entónces como una maravilla artística, vanamente han caído sobre él los siglos y sus injurias: maravilla sigue siendo después de mil ochocientos años, sin decaer en su fama ni en su renombre ni aun por las propias vicisitudes de las artes.

Su pórtico, que ya hemos mencionado más de una vez, es sin duda alguna el más bello pórtico que nos ha dejado la antigüedad. La capa negra que lo envuelve hácele mas severo sin menguar lo perfecto de su forma. No es posible una entrada más imponente, dentro del cuadro de la clásica arquitectura, que la que se abre bajo aquellas diez y seis columnas de granito oriental, de una sola pieza, coronadas por capiteles corintios que sirven de modelos al mundo. No es posible un fronton de líneas más proporcionadas, ni que se armonicen más bien con el conjunto del edificio. Cuando ese pórtico descansaba en su alta gradearía; cuando su fronton veíase coronado con las estatuas de Júpiter, de Marte y de Vénus; cuando sus paredes estaban revestidas de mármoles de todo género,

con la ornamentacion de buen gusto que se reconoce á las obras contemporáneas; cuando otras estatuas, las de Augusto y Agripa, llenaban los nichos laterales vacíos ahora; cuando el bronce y el oro completaban la sencilla á la par que suntuosa decoracion; bien se concibe por cierto que quedase embargado el ánimo al contemplar este magnífico peristilo, que se deshiciesen en su encomio aun los escritores de aquella edad tan acostumbrados á grandes obras, y que andando los siglos hubiese querido copiarlo Miguel Angel, para ponerlo delante de San Pedro, como copió las proporciones interiores del Panteon mismo al levantar su sorprendente Cúpula.

Pasando del pórtico al Templo ó á la iglesia se sostiene la admiracion, y no decae la percepcion de lo sublime. Es una rotonda completamente circular, cubierta con su bóveda tan atrevida como elegante. Frente al ingreso hay una principal capilla redondeada en el muro; tres otras análogas se abren á cada lado: de antiguo hubo allí altares, en la misma forma que los vemos hoy. Dos columnas estriadas del órden corintio y de jaspes preciosos, se elevan delante de cada cual de esas capillas: dos pilastras idénticas forman sus extremos: sobre todas descansa y corre una gran cornisa de mármol blanco; siguiendo por cima un ático con nichos, donde debieron contenerse esculturas preciosas. La bóveda, en fin, hasta el centro, por el cual penetra la luz, está dividida en siete órdenes de casetones, en los que debió derramar su espléndido lujo, grana, azul y oro, la riqueza del potente Imperio.

Mas la descripcion es pobre para inspirar ó para transmitir el sentimiento de tan gran belleza. El que aquí se percibe es vivo, completo, sin nada que lo amengüe ni bastardée: es el que resulta de una armonía noble, de una perfeccion ostentosa, de un acabamiento general tan delicado como puro. Repítese lo que ya dijimos, hablando del Arco de Tito, cuando pasábamos por el Foro: que nos seduce y nos encanta una sencillez que es gran lujo, una suntuosidad que no llega á convertirse en fatiga ni en abrumamiento; que se complace la vista y que reposa el ánimo; que se llenan la mente y el corazon; que el gusto encuentra uno de sus ideales.—Hasta el espíritu cristiano queda satisfecho en aquel Templo, mejor que en muchas iglesias construidas para él de propósito: porque, de una parte, la cúpula eleva los pensamientos al cielo; y de otra, esa misma pureza y perfeccion que hemos consignado, se adunan de un modo admirable con lo que tiene de puro y de perfecto sobre las demás una Religion anunciada por los ángeles, y predicada por los apóstoles.

Rafael, el eminente artista de la Restauracion, pidió y obtuvo ser enterrado en la Rotonda. Concíbese bien, y se aprueba su deseo, cuando se recuerda el genio que le animaba, y se le compara con el de ese Templo célebre. Debía, sin duda alguna, descansar aquella delicada naturaleza en el más armonioso y perfecto monumento que nos dejara un arte, que tanto pugnó él por resucitar.

VIII.

Los romanos, nacion religiosa, debieron dar gran importancia á los Sepulcros de sus padres. En la seriedad, en la gravedad, en la alteza de pensamientos que distinguieron y caracterizaron al pueblo de Numa, no podia ser cosa fútil la mansion del eterno reposo, en que se habian de colocar los restos de sus soberbios ciudadanos. Después, si el epicureismo y la molicie invadieron la ciudad, acompañólos el lujo más desenfadado y petulante, llevando sus aspiraciones hasta mas allá de la muerte. De lo uno y lo otro ha procedido que los restos sepulcrales de Roma, no solo sean obras de arte, sino que se eleven tal vez á verdaderas maravillas.

El Mausoleo de Augusto era tal, que sobre sus ruinas existe hoy un circo ó teatro descubierto: el de Adriano, despejado de la ostentosa vestidura de mármol que lo cubria, es el castillo de Sant-Angelo, la ciudadela de la moderna Roma. Dos mil hombres pueden alojarse dentro de sus muros; y cincuenta cañones están asestados sobre ellos para defender ó para contener la ciudad.

Por todo se puede formar idea de lo que llegaron á ser en suntuosidad y en extension aquellas últi-

mas moradas. Esas que hemos referido eran monumentos colosales, con lujosas capillas, con soberbios jardines, cuales no se conciben en nuestra edad presente; y añádase que sólo para conservar un poco de polvo, como que los romanos tenían la costumbre de quemar los cadáveres, colocando en la tierra no más que sus cenizas.

Y no debe creerse que sólo los Emperadores levantarán esos magníficos monumentos. Cayo Sextio, un desconocido cualquiera, alzaba para su tumba la elegante pirámide de jaspe que desafía hoy los siglos, como mil y setecientos años há, junto á la puerta de San Pablo: Cecilia Matela, una dama, hacia construir para la suya la gran torre circular de mármol blanco, que también se conserva casi íntegramente, no obstante haber servido en los bajos tiempos de castillo feudal á los Gaetani ó á los Colonnas.

Sobre todo, si quereis ver y admirar Sepulcros, salid de la presente Roma y dirigios por la Via Appia, suntuoso camino que llevaba de la ciudad hasta el puerto de Bríndis. Perdeos en ese Cementerio, en esa Necrópolis, no parecido á ningun otro; y recorred durante millas y millas esa calle de tumbas, de que habían hecho los romanos el gran vestíbulo de la capital del universo. Los trabajos verificados seis ó siete años há bajo la direccion del célebre arqueólogo Canina, han descubierto y puesto en claro toda su inapreciable riqueza. Despues de doce siglos de abandono, de ruina y de confusión, la antigua vía, tal como fué, ha sido vuelta á la luz del cielo, y patentizada á los ojos de

los hombres. Desde el muro de Honorio y el Arco de Druso, que casi forma su puerta, hasta las inmediaciones de Albano, teneis explorado un espacio de casi cuatro leguas castellanas, cubierto todo él de esa no interrumpida série de Sepulcros. Apénas si podreis contar cien pasos desde el uno al otro: muchas veces están mas inmediatos, y llegan á tocarse entre sí. Grandes y pequeños, soberbios y humildes, pero todos dignos y artísticos, presentando el embrion de toda clase de formas y los restos de toda clase de ornatos.—Calle noble, santa, magnífica á la verdad; calle á la que no tienen nada que contraponer nuestras grandes ciudades modernas: calle ciertamente romana, y que probaria por sí sola que aquella fué, que aquella debió ser la cabeza del mundo. El pueblo que así piensa y así obra es sin duda alguna un pueblo de soberanos.

Ya que no podais ir á admirar y á meditar en aquel sublime desierto, buscad siquiera el libro en que lo ha copiado y lo ha restaurado Canina, y aturdíos como me he aturdido yo contemplando la grandeza de aquellos hombres.

IX.

Pero los mas importantes Sepulcros de Roma no son aún los de la Via Appia, como no lo son tampoco el de Augusto ni el de Adriano. Más originales, más

suntuosos que todos, lo son el de Trajano y el de Marco Aurelio, que, aunque despojados de sus cenizas, se levantan coronándola en medio de la antigua población. Estos sepulcros son las dos incomparables Columnas de que ya hablamos en el libro precedente, y acerca de las cuales, de la de Trajano sobre todo, nos es necesario añadir algunas palabras.

La Columna de Trajano es uno de esos monumentos que solo elevan los grandes siglos, que admiran sin poderlos igualar los siguientes, y que quedan como tipos eternos de belleza para una larga serie de generaciones.

Trajano, á imitación de algunos de sus predecesores más insignes, habia construido un nuevo foro, esto es una nueva plaza, en aquella capital llegada á su apogeo, y que contaba seis millones de habitantes. Nuevos templos, nuevas curias, un sin fin de monumentos del mejor gusto adornaban aquel recinto de privilegio, y demostraban la perfeccion de las artes y la inteligencia del Soberano. Lo que aquella debió ser nos lo demuestran, aun sin necesidad de las noticias contemporáneas, los soberbios restos que pueblan su ámbito todavía: las restauraciones de los modernos arqueólogos lo han llegado á presentar en todo su material relieve. Pues bien: en medio de ese foro mismo, como alto emblema de triunfo y de la majestad del imperio, y como tumba, ó base de la tumba en que habian de descansar las cenizas del grande hombre que lo personificaba, levantaron el Senado y el pueblo romano lo que debia encumbrarse

sobre todo y eclipsarlo á todo, constituyendo con ello una de las maravillas de la ciudad.

Casi doscientos palmos de altura se alzaba este monumento, inclusa la estatua del Emperador que lo coronaba: unos ciento y treinta tiene la Columna sola, compuesta de treinta y cuatro trozos de mármol blanco: su diámetro por la parte inferior es de más de diez y seis, y por la parte superior es de quince. En torno de ella corre una faja espiral, en la que están representados los triunfos de las guerras dácicas; relieves preciosísimos como arte, documentos no ménos preciosos como historia. La gran base está adornada con águilas, guirnaldas y trofeos, y ha servido como toda ella de modelo para la que Napoleon erigió en Paris después de sus campañas de 1809.

Afortunadamente esa Columna existe. Solo ha desaparecido la estatua, que tenia una bola en la mano, y en ella los restos del Emperador. Si las cenizas de este se han perdido; si las han llevado los vientos, vergüenza y deshonor será para el orbe culto que le debió tanto, para la ciudad de qué fué personificación y gloria. Mas el arte al ménos no ha tenido que llorar la pérdida de la gran Columna, que hubiera sido irreparable, y la cual se ostenta por el contrario, al cabo de diez y siete siglos, tan noble y tan digna de admiración como el día en que fué descubierta y consagrada. Ella, el Coliseo, el Panteon y el Arco de Tito, constituyen un grupo de monumentos envidiados siempre y no repetidos nunca por la civilización moderna.

No sucede así con el foro que la rodeaba. Templos, basílicas, pórticos, bibliotecas, estatuas ecuestres, el arco mismo de Trajano, todo ha desaparecido. Solo resta un vasto espacio, sembrado de trozos de otras columnas mayores y menores, caídas y de pie, que hacen resaltar más con su aspecto de desolación á la que ha querido conservarnos la Providencia para que meditemos y admiremos.

X.

Hemos recorrido y examinado las principales ruinas de Roma: no todas de seguro, que sería obra de muchos meses y materia para muchos volúmenes. Bástanos empero con lo visto, á fin de formarnos una idea de la grandeza de la ciudad, y estimar convenientemente su arte arquitectónico. Esa grandeza y ese arte de los que tanto nos hablan los analistas, nada pierden ni aun para la imaginación por el examen que acabamos de hacer de sus escombros y de sus restos.

Sabido es que Roma debió su cultura al ingenio de Grecia. Absorbiendo, dominando, civilizando al mundo por la gobernación y por las armas, lo cual era su destino, recogió y adoptó de todos los países conquistados cuanto podían darle para su gloria y su

bienestar. A Aténas le tocó ofrecerla su filosofía, á Corinto su culto de lo bello; y Roma recibió y aprovechó la una y el otro, salvo el infundir y ostentar en aquella el espíritu práctico á que su instinto la llamaba, y el apasionarse en este otro por lo que era grande más que por lo que era delicado, á lo que la llamaba también su propia índole.

No encontramos pues un arte nuevo en su historia; no le encontraríamos de hecho en la exploración de ruinas, pasando del Iliso al Tíber. Ni era posible esa diversidad fundamental cuando permanecía una misma en su fondo la civilización; ni hubo siquiera aspiraciones de intentarlo, como las ha habido vana y estérilmente en épocas más que de crítica, de orgullo. El romano, repetimos, no tuvo ni la presunción de inventar nuevas formas, ni aun la de exceder á la raza helénica en el genio de las artes. El romano fué siempre un rey, que creyó suyo el mundo, y que le poseyó de una manera régia.

Y sin embargo, también lo hemos dicho en más de un lugar, si el arte no varió en sus principios al aposentarse en Roma, tuvo sin duda un desarrollo, dió un paso, se modificó en su marcha, diferenciándose no poco, aunque dentro de su esfera típica, del arte griego, cual le habían encumbrado Aténas, Éfeso y Corinto. El Panteón no es el templo de Teséo; el de Vé-nus y Roma no fué de seguro el de Diana. Ni aun puede decirse que las diferencias entre unos y otros se redujesen á lo que necesariamente lleva consigo el transcurso de los años, — progreso ó degeneración,

dentro del círculo en que se mueve el humano ingenio. No; hay algo más, hay una diferencia más grande en este tránsito, que si no constituye esencial diversidad del arte mismo, indica bien cuál otro nuevo elemento, cuál espíritu no conocido hasta entonces concurría á su concepción y á su creación.

El objeto y la índole del arte griego son la más pura, pero la más sencilla forma de la belleza. Ningun otro le igualará en lo delicado; mas ningun otro se ostentará tan simple, y por decirlo así, tan infantil. Es una flor espontánea, que apenas debe nada á los cuidados y á los afanes del jardinero. La naturaleza la ha hecho brotar en un clima de predilección: el hombre se encanta con ella, y ni aun concibe que meditando y trabajando pueda hacerla más doble y más vistosa.

Recordad el Partenon, traed á la memoria el templo de Teséo, contemplad en Roma el de la Fortuna Viril, que corresponde como aquellos al arte helénico puro, al arte primitivo. Observad sus proporciones y sus líneas: meditaed sobre la sencilla y fácil forma que constituye su tipo permanente. La columna recta, el fronton triangular, la planta cuadrada, todo ello en óbvias y agradables combinaciones, que rechazan la idea del esfuerzo, que hacen reposar tranquilamente el ánimo, satisfaciendo los sentidos con seguridad y delicada nitidez. ¡Oh! Sin duda alguna ese arte, que así descansa en lo más primitivo, en lo más espontáneo, en lo más natural, es hermano gemelo del que copiando y adorando la forma del hombre,

ofreció á nuestros ojos la Vénus y el Apolino que encontrábamos en las galerías de Florencia, tan bellos, tan sublimes, en esa tranquila, desesperante naturalidad!

¶ Pero Roma no podia contentarse con esto. Si era pagana cual la Grecia, y adoraba como ella la forma, por lo que le era imposible romper el círculo de su arte, levantaba más sus pensamientos, y no se reducía á la espontánea sencillez con que su predecesora se habia contentado. Roma era el resúmen del mundo antiguo; pero además, aun desde la época de Augusto, llevaba en sus entrañas varios gérmenes del mundo moderno: las ideas de Roma, bajo cualquier aspecto que se las mire, se elevaban á lo que no pudieron ni concebir, ni mucho ménos intentar los clásicos pueblos de la Hélide. El arte, pues, en las manos de sus hijos ó de sus súbditos, habia de dilatarse aunque no se trasformara: á la delicada y graciosa forma griega, habia de acompañar otro principio de más grandeza, de más comprension, de un carácter más filosófico.—Quizá perderia la flor en lo suave como en lo espontáneo; pero ganaria por medio de ese cultivo en lo noble y en lo arrogante.

¶ Por eso encontramos efectivamente en la arquitectura de Roma la línea circular que los griegos no conocieron, y todas las necesarias consecuencias de este principio bello y fecundo. De él nacen el Arco, el Anfiteatro, la Rotonda con sus cúpulas. El Arco es romano; y Roma levanta el de Tito que existe, y el de Trajano que pereció, dejando larga memoria y abun-

dantes restos de gran belleza. El Anfiteatro es romano, y Roma levanta el Coliseo, primero, imperial modelo entre todos los anfiteatros del orbe. La planta redonda para los templos es romana: y Roma levanta el Panteon, el más digno, el más severo, el más religioso recinto, si es posible usar esta palabra, que erigió y consagró el mundo pagano para la adoracion de sus deidades. Lo cual consistia en que la elevacion, la grandeza de la idea, casi tocaban, ó se aproximaban por lo ménos, á la verdadera espiritualidad, desconocida hasta entónces, y que solo habia de traer de lleno el principio del cristianismo. Así, el valor de la forma pura y sencilla reducíase y se amenguaba, cuando no ante el espíritu celestial propio del Evangelio, ante la panteística consideracion del orbe, tan natural en aquel pueblo predestinado para dominarlo.

Véase y estímesese pues lo que forma el carácter especial de esa gran página del arte antiguo, que, aunque destrozada, tenemos presente. Es el segundo, ulterior paso del sistema griego, adelantando cuanto le es posible dentro de sus necesarias condiciones. Es la perfeccion de ese sistema, bajo el punto de vista de la filosofía de Aristóteles y de Zenon. Dentro de ella, el genio no puede adelantar más: para salir de ahí, ha de ser preciso que venga una civilizacion distinta, y que lo engendre, y lo produzca, y lo anime una diversa idea. En el período de la forma, si no cabe nada más delicado que los monumentos del tiempo de Pericles, tampoco cabe nada más completo ni más suntuoso que los del tiempo de Augusto y de Trajano.—

Por eso creemos que aun después de haber meditado sobre las ruinas de Aténas, puede y debe el hombre amante de lo bello ir á meditar entre las de Roma, al pié de la gran Columna, bajo los pórticos del Coliseo y la religiosa cúpula del Panteon. Mucho nos encanta la pura rosa natural en los raros países donde crece espontánea; mas no sería justo abandonar por ella la magnífica rosa de los jardines.

XI.

Hemos hablado hasta aquí principalmente de arquitectura. Pero aunque la arquitectura sea la más noble de las artes, como indicamos en otra ocasion, cierto es, y tambien lo dijimos, que no constituye de por sí el arte todo. A su lado se elevan en cualquier tiempo la pintura, que es la más bella; la escultura, que es la más sensual; la música, que es la más voluptuosa. Los genios de todas son análogos: el espíritu de donde proceden es uno propio. La contemplacion y el amor de lo que embelesa y encanta los sentidos, de lo que cautiva y arrastra al ánimo; hé aquí su índole, su verdadera esencia. El mundo antiguo hizo hermanas á todas las Musas; y el mundo moderno ha aceptado por su parte una ficcion tan racional y tan filosófica.

Las artes, sin embargo, no marchan siempre en una misma línea respecto á sus progresos y á su perfeccion. Hay épocas y épocas para cada una de sus ramas: hay accidentes que les son favorables ó contrarios en la índole especial de los tiempos y de las culturas. Cada cual de ellas tiene sus caractéres que les son propios, y por los que se adelanta ó atrasa, progresa ó decae, correlativamente con la vida de los pueblos. Diremos más: y es, que no hay ningun período en la historia, en que alguna de ellas no haya tenido, y no haya debido tener la primacía sobre las demás; como que no hay ninguna situación moral é intelectual del mundo, que no pueda emblematizarse y resumirse mejor por una que por otra de esas artes mismas.

Recordarán nuestros lectores lo que dijimos en uno de los libros precedentes: que la escultura resumia mejor que ninguna el carácter, el espíritu, la esencia del arte primitivo, del arte pagánico espontáneo, del arte griego. Las razones de esta opinion las dimos tambien al emitirla, y nos parecen tan óbvias que no creemos necesario insistir en ellas.

Pues bien: trasladados á la época romana que, aunque material y pagánica como la griega, tiene ya sus distintos y especiales accidentes, lo que sobresale y predomina en esa época en la esfera del arte, lo que expresa mejor las ideas de lo bello, cuales Roma las concebía, lo que puede servir de epílogo á su artística civilizacion, no es á nuestro juicio la escultura como en la Hélide, sino más bien la arquitectura y sus obras. Si el arte griego, paganismo juvenil y puro,

está epilogado por la Vénus de Milo ó la de Florencia; el genio romano, paganismo especial, reflexivo, filosófico, debe estarlo ciertamente por el Coliseo ó el Panteon.

No extrañarán de seguro lo que decimos quienes conozcan á entrambos pueblos, el griego y el romano, y hayan meditado sobre entrambas civilizaciones. Comprenderán, por el contrario, muy bien que el arte de Aténas, más primitivo y simple, más admirador de la forma material, de la forma humana, hubiese de tocar á su apogeo representando dioses y ninfas; miéntras que el arte de Roma, animado por un espíritu más viril, más profundo, y tambien más práctico y más útil, debiera de levantarse más en lo que corresponde á otras esferas, no exclusivamente limitadas á la humana forma. El primero es más popular; el segundo es más filosófico. El primero es una flor de Mayo, que se abre, y prodiga á los ambientes sus perfumes; en el segundo, con la belleza de otra flor más consistente si ménos perfumada, entran tambien las aspiraciones del fruto, cuando no entren las ideas de su posesion y de su goce.

Así es que los templos de Roma, los monumentos todos de Roma, en la buena época de sus artes, pueden compararse, y no ceden en la comparacion, á los templos y monumentos de Grecia: la arquitectura ha progresado, segun dejamos dicho. Mas si nos trasladamos de ella á la escultura, el progreso no se sostiene, y la desigualdad y la decadencia son notorias. Teneis en Roma algo, mucho, que contraponer á las

moradas de los dioses de Grecia ; pero no teneis nada que contraponer á los dioses mismos del ingenio helénico.

No es esto decir que no se encuentren en Roma importantes restos de escultura : precisamente en escultura más que en nada es Roma el primer museo del mundo. Ya hablaremos de ello con detencion cuando recorramos las galerías del Vaticano. Pero toda ó casi toda la gran escultura que del antiguo se conserva, y que puebla esas inmensas galerías, si perteneció al pueblo-rey fué por el derecho de conquista, y de ningun modo por el de creacion propia. Doquiera que veais una estátua de primer orden , creed que no es en la orilla del Tíber en donde se ha hecho, ó que no es al ménos por un romano ó por la inspiracion romana por quien se ha hecho. Griego es el Apolo del Belvedere, griega la Vénus del Capitolio, griego el Sófocles de San Juan de Letran , griegos los Colosos de Monte-Cavallo, griego el gran torso de Hércules, tan estudiado por Miguel Angel y por Rafael. Quizá es romano el Laocoonte, inspirado á mi juicio por los inmortales versos de la Eneida ; pero perdónesenos nuestra irreverente audacia , si al considerar la agitacion que domina en ese célebre grupo , y al comparar el dolor que expresa con el dolor de la Niobe, creemos descubrir en su concepcion un principio de decadencia , á que no se habria dejado llevar ningun gran artista del siglo de Pericles.

Sea de esto lo que fuere, es indudable, como decíamos en otro lugar , que la escultura llegó á perfec-

cionarse á poco de haber aparecido en el mundo; y que el espíritu griego, apurando su esfera toda, no dejó nada que hacer, sino meramente copiarla, á los pueblos que le debian seguir. Copiáronla, en efecto, los romanos; pero no les fué posible hacer otra cosa, quedando inferiores á sus maestros, como sucede á todo el que se limita á copiar. No alcanzaron aquí lo que alcanzaban en arquitectura: no les sirvió su especial espíritu para dar novedad á lo que con ese espíritu no tenia contacto. De ellos fué lo comprensivo, lo grande, lo suntuoso: y de ahí que levantaron el Arco, que inventaron el Anfiteatro, que perfeccionaron el Templo. Mas no fué su lote lo puro, lo delicado, lo gracioso; esto pertenecía ya al ateniense, para no perderlo nunca: por eso no le igualó, ni mucho ménos le destronó el romano en el relieve, en el grupo, ni en la estátua.

A cada uno de los grandes pueblos que se suceden en el mundo suele señalar la Providencia un destino y una corona: no debe ciertamente quejarse el que, habiendo recibido primero la de la dominacion universal, mereció tambien en diferente esfera esa otra, que ciñeron sobre sus Siete Colinas tantos monumentos insignes como hemos recordado en estas páginas.

En esta parte de la obra se trata de las relaciones que se establecen entre el espíritu y el cuerpo, y de la influencia que el uno ejerce sobre el otro. Se afirma que el espíritu es independiente del cuerpo, pero que puede actuar sobre él de diversas maneras. Se menciona que el espíritu puede ser sensible a las impresiones del cuerpo, y que puede producir en él movimientos y acciones. Se discute también la cuestión de si el espíritu puede ser afectado por el cuerpo, y se concluye que sí, en ciertos casos.

Se menciona también que el espíritu puede ser sensible a las impresiones del cuerpo, y que puede producir en él movimientos y acciones. Se discute también la cuestión de si el espíritu puede ser afectado por el cuerpo, y se concluye que sí, en ciertos casos.

Se menciona también que el espíritu puede ser sensible a las impresiones del cuerpo, y que puede producir en él movimientos y acciones. Se discute también la cuestión de si el espíritu puede ser afectado por el cuerpo, y se concluye que sí, en ciertos casos.

LIBRO QUINTO.

EL VATICANO.—LAS ARTES RESTAURADAS.

SUMARIO.

IMPORTANCIA DEL VATICANO.—SU HISTORIA.—LA PLAZA.—LA IGLESIA.—EL PALACIO.—CARÁCTER DE LA PLAZA.—ES UN VESTÍBULO PARA EL TEMPLO.—SU EXCELENCIA.—LA IGLESIA.—VARIACIONES EN SU PLAN.—DESIGUALDAD DE MÉRITO.—SU GRANDEZA.—CÓMO NO PARECE TÁNTA Á PRIMERA VISTA.—POR QUÉ.—SUS PORMENORES Y ADORNOS.—SUBIDA Á LA CÚPULA.—EL PALACIO.—SU CARÁCTER.—LOS MUSEOS.—DE LA ESCULTURA.—LA ESCULTURA MODERNA.—ALVAREZ.—CANOVA.—DE LA PINTURA.—CÓMO VINO Á ROMA.—BUONARROTA Y EL JUICIO FINAL.—RAFAEL.—JUICIO SOBRE RAFAEL.—SUS CUADROS.—LA VIRGEN DE FOLIGNO.—LA TRANSFIGURACION.—SUS FRESCOS.—LAS LOGGIAS.—LAS CÁMARAS.—LA ESCUELA DE ATÉNAS.—EL ARTE DESPUES DE RAFAEL.—CÓMO ESTE ES EL MAESTRO DEL MUNDO.—DECADENCIA DEL ARTE EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII.—POR QUÉ LA PINTURA VIVIÓ MÁS.—ADELANTOS FUERA DE ROMA.—VENECIA, FLANDES, ESPAÑA.—NUESTRA ESCUELA DESCONOCIDA EN ITALIA.—EL RETRATO DE INOCENCIO XI Y EL HIJO PRÓDIGO.

I.

Si el Foro de Roma fué la cabeza del mundo antiguo, el Vaticano lo ha sido por largo tiempo de la cristiandad, y lo es en el día de hoy de la Iglesia Católica. Si el primero fué un gran centro de las artes clásicas en el período de su mayor pureza y su mayor

suntuosidad, desde Augusto hasta los Antoninos, el segundo lo fué igualmente de las artes restauradas en el de su mayor esplendor, en la época de los Julios y de los Leones, de los Pontífices Médicis y Borgheses. Si aquel oprime y sojuzga nuestro ánimo por su gloria y sus ruinas, este nos abrumba y nos cautiva también por su grandeza y por su gloria.

Yo no sé si en el caso de no haber visto y admirado el Vaticano, aun ántes de entrar en Roma, no se pediría ir á él para verle y admirarle, primero y con preferencia que al mismo Foro.

Nosotros le habíamos contemplado efectivamente al llegar. Descubrimos su cúpula desde algunas millas en medio del desierto: pasamos bajo su mole al acercarnos á la puerta Cavalleggieri: atravesamos en seguida su plaza, no pudiendo apartar los ojos de aquel cúmulo de monumentos, único en el mundo.—Ahora volveremos á considerarle con un poco de más espacio, ávidos de satisfacer nuestra vista, de llenar nuestra mente y nuestro corazón.

Donde está hoy el Vaticano se elevaban en tiempo del Imperio el gran circo de Neron y sus suntuosos jardines. No habia bastado la *Casa de Oro* con los suyos á los desenfrenados goces de aquel Monarca: no habia bastado el Circo Máximo, de cuya extension y grandeza hemos hablado alguna vez, para llenar su ardiente frenesí de espectáculos y de luchas; y por eso, pasando el Tíber, acercándose á las colinas que rodeaban la ciudad por el lado del Occidente, y ya fuera de su primitivo circuito, abrió esa espaciosa

arena y se apropió unos tan bellos y deliciosos lugares. ¿Qué era Roma, y qué era el orbe todo para aquel hombre, sino un pedestal de su soberbia y un lecho de sus vergonzosos placeres?

Ocurrió por el propio tiempo la primer persecucion imperial contra el cristianismo. Los fieles se vieron embarazados en su culto, encarcelados, amenazados de muerte, degollados, en fin, ó echados á las bestias feroces; y á falta del Coliseo, que no existia aún, este circo de Neron obtuvo las primicias de tan sangrientas, espantosas escenas. Tácito nos ha hablado de ellas en sus Anales: la tradicion las ha conservado por diez y ocho siglos, refiriéndonos que allí murió el Príncipe de los apóstoles, y que su cuerpo, con el de otros infinitos mártires, fueron colocados en una gruta de gladiadores abierta bajo la colina más inmediata.

San Anacleto, el tercer Obispo de Roma, erigió una capilla sobre el propio lugar: Constantino, dos siglos y medio después, edificó un templo cristiano, con cuanta magnificencia era posible en una edad de más presunciones que verdadero saber artístico. La sombra de San Pedro cubria y santificaba aquel espacio: su tumba, para que se cumpliese la palabra del Señor, era ya centro y base de la Iglesia, tribuna del Evangelio, monumento eterno de nuestra fe.

Es asimismo tradicion que desde aquellos tiempos habitaron en ese lugar los Sumos Pontífices, creyendo algunos que el propio Constantino les edificó una soberbia morada. No sería imposible ni aun extraño.

Pero fuese de esto lo que fuese, cierto es que al llegar Carlo-Magno á Roma á fines del octavo siglo, el palacio del Vaticano estaba ya de pié, próximo á la basílica cristiana de que acaba de hablarse: que desde aquel tiempo ha pertenecido siempre á los Papas, y les ha servido de ordinario para residencia: y que por sus inmediaciones, que llamaron el Burgo y la ciudad Leonina, fué por donde comenzó á repoblarse la misma Roma en la media edad, después de haber tocado al último límite de su postracion y decaimiento.

Pero los tiempos pasaban, el palacio se extendia, se reducía, se recomponia á la aventura y sin plan ninguno; la vieja basílica no podia ya sostenerse. Todo ello comenzaba á parecer tosco, feo, pobre. El movimiento de las artes, aunque no iniciado en Roma, hacia llegar á ella, como era forzoso, sus oleadas: las escuelas de Pisa, de Florencia y de Perugia derramaban en la antigua capital del orbe algunos de sus brillantes destellos. El siglo décimo-quinto, derribando casi completamente lo que existiera, inauguró el conjunto de construcciones que forman el palacio actual, y tambien la nueva, sorprendente iglesia, que no habia de tener compañera en el mundo ni por lo suntuosa, ni por lo grande, ni por lo insigne.

Para nosotros, que llegamos al pié del Vaticano con una curiosidad modesta, religiosa, su inmenso todo se divide naturalmente en tres partes, bien separadas entre sí. La primera es la plaza, que sirve al templo de introduccion, de vestíbulo; de la cual no se diria bien

que ese templo forma un lado ó un frente, sino que construida para él, con relacion á él, como una dependencia material de él, y en la que no hay más edificio que él, se abre como una ingente y suntuosa avenida á su ámbito y á su grandeza.—La segunda es el templo propio, que corona y para el que se hizo esa plaza; catedral no ya de Roma sino del universo cristiano, como hemos dicho en alguna otra ocasion.—Y la tercera, en fin, es el palacio ó los palacios, que podian no estar, pero que están al lado de ese templo, conjunto de aglomeradas construcciones, grande y desordenado, confuso y ostentoso, donde no solo tienen su residencia los Soberanos Pontífices, sino en el que están tambien recogidos y conservados en vastos, inapreciables museos, lo más rico y lo más célebre, así de la escultura antigua, egipcia, etrusca, clásica, como de las artes de la Restauracion, que se apasionó por ese clásico, y que inspirada por él dotó al mundo de tan portentosas obras:—el Apolo griego y el Laocoonte romano; el Juicio final de Miguel Angel, y la Escuela de Aténas y la Transfiguracion de Rafael.

Séanos lícito adelantarnos sin confusion por ese triple recinto y ocuparnos en ese triple objeto.

II.

Y — No queremos ni debemos ser largos, tratando de la plaza. Ya hemos hablado de ella ántes de ahora, de su imponente majestad, de su carácter severo y religioso. Hemos dicho que sería inconcebible en cualquiera otra parte, y que difícilmente en donde está podría haber nada más adecuado. La razon es la que acabamos de emitir: que esta plaza no es como todas las del mundo; que no la forman varios edificios, más ó ménos análogos los unos á los otros; que no es otra cosa verdaderamente sino un gran vestíbulo para el gran templo, — vestíbulo construido en consonancia con este, preparando su ingreso, decorando su fachada, abriéndose en un tamaño y en una forma correlativas á su magnitud y á su altura.

Y aun si vale decir la verdad, el vestíbulo es más perfecto, más imponente, más sublime, que el templo propio. La inspiracion fue más feliz: las líneas son más simples y más puras: los adornos son de mejor gusto. El corintio de la iglesia toca muchas veces, si no se confunde, con el barroco; miéntras que el dórico de la columnata recuerda los buenos tiempos del primitivo arte, excediendo en extension, igualando en severidad á cuanto de aquel nos han conservado los si-

glos. Bernini sobrepujó indudablemente á Máderna.

Si entrase en nuestro ánimo el hacer una minuciosa descripción de esta plaza, comenzaríamos diciendo que tiene dos partes bien distintas, un trapecio casi cuadrado y una elipse; contaríamos sus columnas y sus estátuas; daríamos sus medidas; referiríamos la anchura de los intercolumnios; volveríamos á examinar las fuentes; y hablaríamos, en fin, del obelisco egipcio, traído por Neron, levantado por Fontana, y que sirve de soberbio pedestal á la cruz. Pero tales relaciones ni sabemos ni queremos hacerlas; no son ni deben ser el objeto del presente Ensayo. Lo que quisiéramos, sí, sería expresar de un modo oportuno las profundas sensaciones que inspira aquella gran obra; la admiración que infunde en la mente; el tranquilo y sério contentamiento con que embelesa nuestros sentidos y complace nuestro ánimo. Mas esas impresiones, cuando resultan de un gran todo, sencillo y abrumador á una vez, son las más difíciles de transmitir como de analizar: se sienten y no se explican. Aun la propia material representación, la pintura ó el grabado, suministran una bien pobre y defectiva idea, como que falta siempre el elemento de la magnitud, que en las obras de arquitectura suele ser aún más importante que las mismas proporciones.—No; por más que de ello se hable, por más que se razoné y se explique, no se comprenderá bien todo lo que es esta célebre plaza, sin haberse arrobado en su solitaria contemplación cualquier día del año, sin haber recibido en ella la bendición del Sumo Pontífice en la ma-

ñana de Pascua, y sin haberla visto iluminada, con la grán iluminación, en la misma noche ó en la de San Pedro.

III.

Quando á mediados del siglo décimo-quinto fué derribada la vieja basílica, que se atribuía á Constantino el Grande, para levantar otra más noble y suntuosa, el arte gótico dominaba aún en el mundo, y el puro bizantino se defendía, como hemos dicho en otro lugar, en Italia. Precisamente en aquella época alzábanse en España las soberbias catedrales de Sevilla y de Toledo. Mas á su lado, al lado del uno y del otro, comenzaba á rayar una nueva aurora, de la que había de venir una diferente y más afortunada luz. Los ojos y los corazones se volvían á la sazón hácia el clásico, estudiando sus líneas, principiando á entusiasmarse con su espíritu. La imitación griega despuntaba, aunque débil y vacilante, para llegar en poco tiempo á toda su robustez, é inundar el mundo con sus obras.

Esto sucedía, volvemos á decir, en el tiempo en que Nicolao V derribaba el antiguo San Pedro, y en que Paulo II comenzaba, ó más bien intentaba comenzar, la nueva iglesia (1450 á 1463). Pero cuando Ju-

lio II emprendió ya con ánimo resuelto su continuación que no debía volver á abandonarse (1503), entonces la Restauracion neo-clásica se hallaba en su apogeo, las artes verdaderamente cristianas yacian en completo abandono, y no se miraba como modelo aceptable de belleza sino á los restos del antiguo, escapado á las devastaciones y á la desgracia de la media edad.—Miguel Angel tenia ya treinta años: Rafael tenía veinte; y el uno y el otro eran los príncipes del mundo artístico.

No fué, sin embargo, ninguno de estos el llamado por Julio II, á fin de confiarle tan colosal obra. Entre los proyectos que se presentaron para ella, merecieron la aprobacion del Sumo Pontífice los del también célebre Bramante Lazzari, que quedó en su consecuencia encargado de realizarla.—Bramante se proponia alzar una cruz griega de gigantescas proporciones, y asentar sobre ella una inmensa cúpula, cual no existiese ni hubiese existido ninguna otra en el universo. Y dándose con ardor al trabajo para conseguir su fin, edificó, en efecto, los cuatro enormes pilares que habian de sostener su proyectada bóveda, y que son de un tamaño y amplitud tal, que (no recordamos si lo hemos dicho) existe en Roma un convento con su iglesia, no poco mayores, sino exactamente iguales á cada uno de esos postes extraordinarios.

Pero Julio II y Bramante murieron en 1513, y la obra de la basílica volvió de nuevo á caer en cuestion. Y no solamente volvió á caer entonces, sino que continuó así por más de medio siglo. Unas veces se la pro-

seguía en el sistema ó propósito de la cruz griega: otras veces era una cruz latina, más ó ménos prolongada, la planta que quería dársele. Sangallo, Fra Giocundo, Rafael, Peruzzi, otro Sangallo, Miguel Angel, Vignola, Ligorio, Fontana, della Porta, Maderna, ¿quién sabe si alguno más? dirigieron sucesivamente aquellos trabajos, fundando en los mismos grandes esperanzas de renombre: natural era pues que el plan variase tanto como los arquitectos, y casi imposible que esas alternativas y variaciones no tuviesen un desgraciado efecto en el todo de la obra.—Pocas veces ha sucedido en el mundo que la inestabilidad de concepcion, que el cambio fundamental en las ideas y en los intentos, no haya hecho resentirse bajo el aspecto de la belleza á los monumentos que los han experimentado.

Terminóse en fin esta iglesia de San Pedro en el décimo-sétimo siglo, siendo Pontífice Paulo V, Borghese, cuyo nombre se lee con grandes letras en su fachada. Los pilares de Bramante, la cúpula de Buonarroti, la prolongacion de la cruz de Maderna, la misma fachada de este con adornos de Bernini, todo se encuentra reunido en su ámbito, ostentando su mayor ó menor gusto, sus mayores ó menores grandeza y perfeccion. Pueden estimarse como los diferentes sellos de un genio múltiple, confundidos cuanto es posible en un templo que es solo y único sobre la tierra.

No hay construccion alguna que en extension le exceda ni le iguale. No le hay que le sobrepuje en al-

tura, como no sea la gran pirámide de Egipto. No hay ningun monumento tampoco que pueda comparársele en la riqueza, ya del conjunto, ya de los adornos y pormenores incrustados en él. Admira, cuando se le contempla en globo ó de una ojeada: aturde, cuando se va procediendo paso á paso, y se van examinando sus diversas partes. Es ciertamente la catedral del mundo cristiano, como habemos dicho; porque ninguna ciudad particular podria ni deberia tener tan suntuosa basilica.

Mas bajo el punto de vista del arte arquitectónico, aun del arte meramente clásico, no todo es en ella igual, ni todo es digno de alabanza. Fuimos quizá muy léjos cuando dijimos una vez que solo era notable por lo grande: reconocemos nuestra ponderacion, y confesamos que no estuvimos justos. Mas en el fondo de aquella idea habia sin duda un principio de verdad: si no fuese por su magnitud, difícilmente acallaria San Pedro las críticas de un severo gusto. Su fachada es de pobre y comun estilo, en medio de sus colosales proporciones: cuando se ha visto la del Panteon, perfecta en el género romano, no pueden ménos de encontrarse mezquinos aquel ventanaje y aquellas pilastras. Sus ornatos están muy léjos de distinguirse por la sobriedad, por la pureza, por la nitidez de los de ese otro templo que acaba de citarse: resucitada apenas esta imitacion del antiguo, la decadencia, el amaneramiento, el barroquismo empañábanla ya con su hálito, y le hacian caer en lo exagerado cuando solo pretendia obtener lo suntuoso. En cuanto al espí-

ritu grave y severo, en fin, que es la condicion capital de una iglesia católica, preciso es reconocer que queda muy atrás San Pedro, no solo respecto á las catedrales de la edad media, sino aún comparativamente á algun resto del arte pagano; á ese Panteon de Agripa, nunca bien admirado ni alabado por más que se le admire y se le alabe.

Hasta en su grandeza propia, tenemos que decir algo, que si no la mengua, al parecer la reduce. Cuando se entra por las puertas del templo, es una cosa universal y constantemente observada que no corresponde á la espectacion de los que lo visitan, que todos le hallan más pequeño de lo que le habian imaginado ántes. Después, á medida que en él se va adelantando, cae el error, y se descubre toda su magnitud; mas en el primer momento, esta se confunde, se encubre, no aparece á nuestra vista.

Verdad es que semejante circunstancia ha sido mirada por muchos como un primor nuevo, y se ha atribuido á las proporciones perfectas de la obra. Pero con perdon sea dicho de los maestros que lo enunciaron así, ni nos parece el hecho un primor tal, ni procede, á nuestro modo de ver, de semejante principio. El Panteon, adonde hay que acudir siempre en materia de belleza y proporciones, porque es el gran tipo que no permite ninguna duda; el Panteon nos ofrece la circunstancia contraria, y nadie, que sepamos, se lo ha señalado como un defecto. El Panteon semeja á la primer mirada mucho mayor de lo que realmente es; llenando así más cumplidamente una

de las condiciones que son de desear en todo monumento de arquitectura,—la grandeza del propio monumento. ¿Lo dudais acaso? ¿No dais tanta importancia á la magnitud? Pues ¿qué serian las Pirámides de Egipto, qué serian sino una cosa bien vulgar, si las redujérais al vigésimo, al décimo siquiera, de su altura y de su volúmen? ¿Qué es el templete de Bramante, en San Pedro in Montorio, sino un boceto delicado, que reclama realizarse en grandes, en nobles dimensiones?

Viniendo ahora á lo que produce ese engaño óptico, esa aparente reduccion de la iglesia del Vaticano, para nosotros es sencillo, y únicamente podemos extrañar el no haberlo leído en ningun libro, el no haberlo oido á ninguna persona. Léjos de ser una perfeccion, entendemos que es lo contrario; una falta de armonía entre los macizos y los huecos de la misma iglesia. Se nos figura que no consiste en otra cosa que en la enormidad de los pilares que la sostienen; los cuales dejan relativamente poco vacío, habida consideracion al total tamaño. Afináseis esos pilares, quitáranse obstáculos á la vista, pudiese esta correr más libre en aquellas naves que serian más diáfanas; y se repetiría aquí el hecho del Panteon, y la grandeza de aquel ingente templo saltaría desde luego á los ojos. No lo dudeis: consiste en la demasiada piedra el ver disminuido el espacio, el ver aminorado el aire.

Todavía os podreis convencer más de ello si os colocais bajo la cúpula, y os concretais á considerar—

la. Aquí, donde no teneis rellenos ni obstáculos, aquí percibireis lo grande, lo noble, lo sorprendente de San Pedro. Aquí es donde el génio de la Restauracion luchó con ménos desventaja contra el génio, contra los recuerdos de la antigüedad. Aquí es donde Miguel Angel ostentó todo lo atrevido de sus ideas, todo lo valiente y sublime de su saber. La cúpula es el Panteon colocado á doscientos piés de altura, y con mayor ligereza que la del templo de Agripa conservado en el Campo de Marte: la cúpula es la obra maestra del saber moderno, y la verdadera corona de la Restauracion neo-clásica. Era un gran ingénio el que la trazó: es un gran arte, á pesar de todo, el que puede ostentarla como su emblema: es una iglesia insigne la que se dilata y se extiende á sus piés.

Si San Pedro se hubiese reducido á la cruz griega, necesaria como base de esa cúpula,—plan que fué el de Bramante, el de Rafael y el de Buonarrota: si en vez del actual pórtico y de la fachada de Maderna, se hubiesen llevado á cabo los que proyectó el Buonarrota mismo, y que eran cópias engrandecidas del Panteon: y si con todo ello se hubiese ligado la gran plaza y la egregia columnata de Bernini; entónces sí que la basílica del Vaticano habria llevado la arquitectura restaurada á un punto que fué el ideal de sus creadores, pero que desgraciadamente no se ha realizado jamás. No sería tal vez San Pedro la más grande en extension de todas las iglesias del mundo; pero contrabalancearia en otro órden á las de Sevilla y Colonia; se aproximaria á estas en el sentimiento re-

ligioso, ya que le fuese imposible el igualarlas; y sería de seguro el templo más bello y más perfecto en el sistema greco-romano de estos últimos siglos.

IV.

Descendiendo del todo á los pormenores, de la gran nave á las capillas; recorriendo y examinando altares y sepulcros, la cátedra de San Pedro, la cueva ó subterráneo en que se guarda el cuerpo del santo apóstol, el gran tabernáculo colocado sobre él; se aumenta de seguro el embeleso, dado que no se pueda aumentar la admiracion. Son una série de monumentos parciales, que decoran dignísimamente, y que enriquecen de un modo nunca igualado al monumento general. El mármol y el bronce, el oro y los mosaicos más ricos, se han derramado allí con una profusion que no encontrareis en ninguna otra parte. De tres siglos acá, desde Miguel Angel y Bernini hasta Thorwaldsen y Cánova, el arte de la Restauracion no ha podido escoger una ni más noble ni más suntuosa esfera.

No vamos á recorrer los sepulcros; no vamos á recorrer los altares, ni sus pinturas de mosaico, tan admirablemente hechas que se confunden con los originales mismos. Es tanta la riqueza en todo ello, que no podríamos hacer sino desnudas listas, lo cual no

entra ni en nuestro propósito ni en nuestros hábitos. La abundancia también ahoga: la admiración que no cesa, mata al propio talento descriptivo. Nosotros, que hemos podido hablar en Liorna de una mediana estatua, porque no había otra alguna, y de seis sepulcros, porque eran solo seis, en Santa Cruz de Florencia; no podemos hablar especialmente de estatuas ni de tumbas tratándose de San Pedro, porque las tumbas monumentales se cuentan por docenas, porque las estatuas se cuentan por cientos. Ante ese espectáculo que verdaderamente abrumba, no puede hacerse otra cosa sino repetir lo que más de una vez hemos dicho:— San Pedro, con sus defectos todos, es la catedral del orbe cristiano: nada ha habido, y difícilmente habrá nada que la iguale: cuantos podais, cuantos deseais admirar, venid y ved!

Dos palabras no más sobre la parte alta de la iglesia, y sobre la ascension de la cúpula misma. Se llega cómodamente al uno y al otro punto por rampas y escaleras que no ofrecen ni fatiga ni cuidado. La vista del templo desde aquella gran elevacion puede dar más fácilmente una adecuada idea de su grandeza: desde allí el tabernáculo parece un juguete; las personas y aun los monumentos sepulcrales se reducen á tan mínimas proporciones, que espanta á la verdad considerarlos. Pero si pasais aún más arriba: si seguís subiendo por el propio centro de la cúpula,—(porque esta se compone de dos capas, una interior y otra exterior, y tiene un hueco ó vacío en el medio):—si llegais á lo más alto de ella, á la bola de bronce en que

descansa la cruz, y dentro de la cual caben holgadamente diez y seis individuos; entónces otro cuadro mas grande, otro panorama á que pocos pueden compararse en la tierra, vendrá á herir vuestros ojos y á llenar con sus emociones vuestro ánimo. Todo el *agro* de Roma, desde la mar á las montañas de la Sabina, desde el lago de Bracciano hasta Velletri, se dilatará y extenderá á vuestros piés. Toda la historia de los cuatro primeros siglos de la gran ciudad, todas las ruinas de la República y del Imperio vendrán á erigirse y á colocarse de tropel ante vuestra vista. Roma entera, con sus despojos inmortales; y más allá de Roma, por todos lados, esa desolacion universal que, como un inmenso sudario, la ciñe y la comprime en su sepulcro. Por allí, la Via Appia, hasta Albano, con sus esqueletos de acueductos y su calle de tumbas: más allá, Genzano, Lavinia y las selvas de Nettuno y de Porto d'Anzio, primitivas moradas de los latinos y de los rútuos: á la izquierda, Túsculo, hoy Frascati, Preneste, Tibur, hoy Tívoli, el país de los volscos, y las grandes ruinas de la *villa* Adriana, una maravilla del arte imperial: luego, Antemne, Nomentum, Veyes,—Veyes, que tan difícilmente venció y dominó Roma: después, la corriente del bajo Tíber, que se arrastra turbio y perezoso por aquellos campos de sombras y de recuerdos, hasta perderse en los salitrosos arenales de Fiumicino, en los bancos de Ostia, en las azuladoas ondas del mar tirreno. Entre esos recuerdos, entre esos despojos, entre esas sombras, lo único que se eleva hoy con verdadera vida es el templo de San

Pedro, cuya cúspide pisamos, bajo cuya cruz nos detenemos en este instante: sin el espíritu que le levantó, ni existiría la ciudad moderna que se dilata en derredor de él, ni aun se conservarían las ruinas que forman su incomparable cuadro. ¡Oh! ¡Bien tuvieron razon Bramante y Buonarrotta al imaginar y levantar esa cúpula, que es á la vez la corona de tanto arte y el lazo ó nudo de tanta idea como se han agrupado y existen en aquel recinto!

V.

De la plaza al templo de San Pedro la transición es natural, y la relación es notoria: la plaza (ya lo decíamos) es propiamente el vestíbulo de la iglesia. Pero entre la iglesia y el palacio no hay más enlace que el de la inmediación, ó el que resulta de ser aquella en el mundo el primer monumento de la arquitectura restaurada, y el existir en este las más soberbias colecciones de la escultura antigua y las más célebres obras de la pintura moderna. Fuera de eso, el palacio mismo no es otra cosa que lo que hemos repetido ántes:—un confuso agregado de varias construcciones, con bellas salas, con nobles patios, con soberbias galerías, con frescos y espaciosos jardines; pero sin unidad, sin aspecto exterior, sin nada, en fin,

que lo haga comparable ni á la Basílica propia ni á tantos otros insignes palacios del mundo.

La Restauracion del décimo-quinto siglo, que hubiera podido luchar con el gótico y vencerle en ese terreno, ya que no podia sobrepujarle en el de las iglesias, luchó, por el contrario, en el Vaticano en la construccion religiosa, y ni siquiera lo intentó en la tradicional morada de los Sumos Pontífices. ¿Fué este un error de concepto, ó fué un acto de abnegacion y de humildad? ¿Fué que se creyó más poderosa para lo sagrado que para lo profano, ó fué que, consagrando sus aspiraciones á la Religion y á las artes, pensó primero en Dios, despues en el génio, y no dió ninguna importancia á lo que era solo vanidad y orgullo del hombre?

Como quiera que sea, en el palacio del Vaticano hay que ver infinitas cosas: las *Cámaras* y las *Loggias*, pintadas por Rafael; las Capillas, donde están los frescos de Miguel Angel; el museo egipcio; el museo etrusco; los museos de la escultura antigua y restaurada; las galerías ó salones de cuadros; la biblioteca, que no tiene igual en el mundo; la fábrica de mosaicos, única tambien en los tiempos y en los países modernos. Lo que no hay que ver es el palacio propio, porque no tiene ninguna excelencia, ninguna particularidad. Lo tomaríais por una vieja fortaleza, aun sin hallarle la esmerada y clásica forma del castillo de Sant-Angelo.

VI.

No nos vamos á detener ni en la biblioteca ni en la fábrica de mosaicos; ni en el arte egipcio ni en el arte etrusco. Es todo ello ciertamente muy digno de consideracion, y debe especial gratitud nuestra Europa contemporánea á los Sumos Pontífices que lo han instituido, recogido y ordenado. Pero tenemos que limitarnos á nosotros mismos, y pasar ligeramente en cosas bien importantes: si hubiéramos de escribir sobre todo, nuestro Ensayo no se acabaria nunca. Nos dirigimos, pues, desde luego á los museos de escultura y á las grandes páginas de pintura, que adornan ó que se contienen en aquel palacio. Lo uno y lo otro se enlaza tan natural como necesariamente con el plan de esta obra y con el contenido de los libros anteriores; y no hay ninguna razon para que no llenemos nuestro cuadro, y no completemos la expresion de nuestras ideas artísticas.

Desde que pasábamos por Florencia y recorríamos sus colecciones, tenemos dicho que la escultura es la gran riqueza dejada por la antigüedad. Mas para comprender todo lo verdadero, todo lo exacto de nuestras

palabras, es indispensable venir á Roma, y despues de haber examinado sus plazas y sus calles, las galerías de algunos de sus príncipes, la *villa* Albani, el *casino* Borghese, el moderno Capitolio, el museo de San Juan de Letran, sumergirse, por último, en los interminables salones del Vaticano. Fuera de allí hemos podido ver estátuas sublimes y grupos de singular belleza, la Vénus de Milo, en Paris, que á nosotros se nos figura una Juno; la Vénus de Médicis; un Apolo; tres ó cuatro prodigios más en las orillas del Arno. Si quereis, empero, contemplar un pueblo de dioses, de héroes, de emperadores, de genios, de matronas; si quereis contar por millares los bustos y las estátuas, por centenares los grupos y los relieves; si quereis correr salas y más salas, hasta el punto de caer abrumados bajo tanta maravilla y tanta admiracion; no hay, repetimos, otro medio que el de encerraros en el palacio de los Sumos Pontífices, en donde hallareis ese pueblo que os encantará, que os sojuzgará, que os dará más idea del arte antiguo que todos los libros de los teorizadores, que todas las enseñanzas de las más célebres academias. Entrad con resolucion en el Vaticano, y perdeos en sus corredores, en sus patios y en sus galerías.

¡Qué no debió ser,—repetiremos sin cansarnos jamás,—la grandeza de Roma, el arte acumulado y ejecutado en Roma, cuando después de tanta destruccion, de tanta ruina, se conserva aún, y es una pequeníssima muestra de lo que encerraba, lo que no ha hecho y lo que no hará ninguno de los pueblos de nuestros

dias, aun el mas soberbio, aun el más sensual, aun el mas artista de todos!

Verdad es, como ya lo hemos notado, que la escultura fué homogénea, si no producida por la romana civilizacion, cuando en las naciones modernas no es otra cosa que un esfuerzo imitativo, que un estudio académico, ageno á nuestros principios y á nuestras costumbres populares. Verdad es tambien que lo más noble, lo más bello, lo más insigne que se encuentra en los salones del Vaticano, como en todo el ámbito de Roma, pertenece al genio griego puro; y que aun las mismas obras de la inspiracion y la época imperial fueron generalmente ejecutadas por artistas helenos, que ponian su talento y su labor á merced de sus soberbios señores. Pero si no hubo en las Siete Colinas ni Fídias ni Praxitéles, lo cual queda ya dicho en otro lugar, siempre es una gran cosa el haber llevado á aquel recinto cuanto restaba de los Praxitéles y de los Fídias, y el haber hecho concebir y producir á sus discípulos obras como el Gladiador moribundo, como el Laocoonte, como el Antinoo, como la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Hé aquí lo que no han hecho, lo que no pueden hacer ni los soberanos ni los escultores de nuestros dias. Hé aquí lo que debió desesperar á los genios de la Restauracion, y lo que tambien desesperará á los de nuestro tiempo, si no los ciega del todo el orgullo, esa pasion á que son tan ocasionados los que cultivan las artes: *irritabile genus.*

Y cuenta que no negamos á la Restauracion mis-

ma ni su talento ni su fecundidad: que no desconocemos lo mucho y lo bueno con que ha dotado á Roma y al mundo. Desde Miguel Angel, que es el astro de su oriente, hasta Cánova y Thorwaldsen sus luceros de principios de este siglo, hasta Tenerani su digno representante en el dia de hoy, ella ha luchado con decision en todas las esferas, y dejado por todas partes apreciables muestras de su empeño y de su saber. Benvenuto Cellini, á quien citamos frecuentemente en Florencia, Juan de Bolonia, Bernini y algunos otros, son nombres apreciables que de cuándo en cuándo se elevan hasta ser grandes nombres. Quizá más alto que todos ellos, y el primero de todos ellos, colocarán el buen gusto y la crítica de las edades venideras á nuestro compatriota Alvarez, autor del grupo que llamamos aquí de Zaragoza, que llaman en Roma de Nestor y su hijo, y que no se debe ver en el Museo de Madrid por un mármol defectuoso, sino en el palacio de España por un yeso perfecto. Dudo yo que la imitacion haya rayado tan alta nunca; ni aun en lo más gracioso de Cánova, ni aun en lo más severo de Thorwaldsen. Buonarroti mismo habria puesto su nombre con orgullo bajo una obra de tal inspiracion y de tal ejecucion.

Mas lo que no podian hacer con todo su mérito ni los artistas que hemos citado ni ningunos otros; lo que no han hecho y no harán de seguro, es convertirse en verdaderos seres de una civilizacion muerta quince siglos hace, con sus ideas y sus sentimientos, con su forma de existir, de ver y de expresar. Harto han al-

canzado, cosas en verdad increíbles, cuando se tienen en consideracion esa diversidad y esa distancia: bastante de cierto para su fama propia, ya que no sea bastante para las artes mismas, que profesaran con tanto ardor y con tanto entusiasmo.

Indudablemente ha sido Antonio Cánova una gloria de la moderna escultura: pocos han sentido mejor que él la gracia; pocos han tenido más dotes para comprender y realizar la delicadeza y la belleza. Su buen instinto le hizo rechazar lo exagerado, lo barroco: su pureza de gusto le hizo estudiar sin descanso la primitiva forma helénica en sus más limpios y nítidos originales. Sorprendidos de esa pureza y mirándola como la perfeccion, creyéronle sus contemporáneos lo que no era posible que fuera, porque no era posible que ya lo hubiese,—un escultor del siglo de Pericles ó por lo ménos del siglo de Augusto. Díjolo el buen deseo, aceptólo la crítica comun, proclamólo la fama con sus cien trompas...—¿Qué ha quedado de ello? Cánova murió treinta y tres años há; y la ilusion no ha durado ni aun ese tercio de siglo. El mundo artístico encuentra hoy frias y descarnadas sus estátuas más célebres: la vida real que animaba á las del cincel griego, es en estas pobre é impotente galvanismo: si no dan materia á la censura, tampoco darán nunca pábulo á la admiracion, á la pasion. Dijimos en otra parte que su Vénus de Florencia no se puede poner al lado de la Vénus de Cleoménes; y añadiremos ahora que tampoco se puede comparar su Perseo con el Apolo del *Belvedere* colocado en frente

de él. No es una pared ó un patio lo que separa á estas dos estatuas; son veinte siglos y dos distintas civilizaciones.

VII.

Pero dejemos ya la escultura, que por más que nos encante, no puede aspirar á encantarnos sola: volvamos la vista á la pintura su hermana, más bella si ménos sensual, en la que no tenia que luchar el genio moderno, porque no existen de ella restos del antiguo, y en la que además podria siempre haber luchado, porque es indudablemente más análoga á la esencia de nuestra civilizacion. La escultura (lo hemos repetido infinitas veces) es pagánica por su naturaleza: la pintura pudo ser pagánica, y de cierto lo seria la antigua; pero no lo fué de un modo necesario y exclusivo; pero cupo y cabe que sea espiritual y cristiana tambien.

Quien dice pintura, tratándose de Roma y del Vaticano, dice la primera de las artes modernas llegada al apogeo de su celebridad, cuando no al límite de sus perfecciones. El nombre de Rafael de Urbino está unido indisolublemente con el del palacio de los Sumos Pontífices.

Creemos haber dicho más de una vez que Roma

no fué un centro artístico durante la edad media. Otras ocupaciones, otros intereses llenaban el ánimo de los habitantes de las Siete Colinas. Eran un pueblo de devoción y de lucha, que se apasionaba por los Papas ó contra los Papas, por la libertad ó contra la libertad; mas de ninguna suerte por la belleza y la expresión de la belleza. Las escuelas que poco á poco habíanse ido formando en Pisa, en Florencia, en Bolognia, en Parma, en Ferrara, eran de todo punto desconocidas, ó desdeñadas por lo ménos, en las orillas del Tíber. La más próxima era la de Perugia, pequeña ciudad situada en las inmediaciones del lago Trasimeno, hácia donde parten término los Estados de Toscana con los de la Iglesia. Accidentes que no son del momento inquirir, habian fijado en aquel punto una série de artistas, que continuaban el espíritu y las tradiciones de Giotto, con su gracia y con su sencillez.

Cuando en el siglo décimo-quinto sintió nuevamente Roma su perdido calor vital, y levantando á centenares sus palacios ansió por decorarlos de un modo digno y oportuno, Florencia y Perugia le enviaron sus adornistas y sus pintores para que llevasen á efecto esos nobles propósitos. Un Bramante, el Beato Angelo, Pinturicchio, Signorelli y Pedro Perugino, echaron entónces sobre las paredes del Vaticano en modestos y suaves frescos cuanto era permitido á un arte delicada y creciente, que no habia tocado aún los más elevados términos de su destino y de su esplendor.

Pero en aquella época se caminaba de prisa, y se adelantaba sin descanso. Julio II, un Pontífice artista lleno del espíritu del Renacimiento, era elevado á la cátedra apostólica; y á su vez acudian á la ciudad eterna Miguel Angel y Rafael, uno y otro la más alta expresion del arte en las dos escuelas que acabamos de nombrar, con todas sus dotes y todos sus defectos, con todas sus excelencias y todos sus peligros.

Hemos hablado extensamente de Miguel Angel Buonarrota. Hemos procurado expresar la grandeza de su talento, los errores de su juicio, los resultados de su influjo. Su sistema bueno y malo, tal como fué, en Florencia se concibió y se formó; en Roma, empero, es donde nos ha dejado sus obras más insignes y colosales. En Roma dejamos vista ya la cúpula de San Pedro: en Roma es en donde tenemos tambien los grandes frescos de la capilla Sixtina. Allí era donde debia desplegar sus dotes quien despreciaba la pintura al óleo, por creerla ocupacion mujeril; y quien encontraba para tela aquellos inmensos muros, y para asunto los vastos, gigantescos propósitos que se avenian tan bien con su fuerte, terrible naturaleza.

Allí está especialmente el Juicio final, que es su resúmen, que es su epílogo en el arte pictórico: que todos hemos admirado como obra de concepcion enérgica y de fuerza material; y en la que ninguno, creo yo, se habrá complacido como obra de pura belleza ni de idealidad cristiana. El Juicio final, pintado pagánicamente, más bien para la carne que para el espíritu, con más expresion de formas que indicacion de

pensamientos ó de ideas, con más musculatura que alma, con mayor espanto para los réprobos que gloria para los bienaventurados, y con tales reminiscencias mitológicas, que ni le falta el propio Caron trasportando en su barca las sombras de los precitos.—En todo, grupos incomparables, desnudo procaz, espantosa verdad anatómica, y una composición más áspera que sublime, más imponente que bella. El arte era así para Buonarroti: algo de grande que sojuzgara; algo de inexorable que comprimiese. Nunca he extrañado yo que restaurase el Laocoonte; siempre me ha parecido un sueño que también quisiera restaurar á la Vénus de Médicis.

VIII.

Rafael es un artista de muy diversa índole. No es por cierto ménos célebre ni ménos grande; pero su grandeza y su celebridad han procedido de otras causas.

Natural de Urbino, pequeña ciudad que se eleva cerca del Adriático, educado para las artes en Perugia, bajo la dirección de Pedro Vanucci, que fué el primer maestro de aquella escuela, Rafael Sanzio ó de los Santos, niño todavía, pues que no llegaba á los diez y ocho años de edad, era ya al concluir el siglo

décimo-quinto no solo una de las esperanzas, sino una de las glorias de la pintura. Bello y distinguido como pocos en su persona, Dios le había dado el sentimiento de la belleza, así para comprenderla como para expresarla, cual no lo han tenido muchos artistas, ni ántes ni después de él. Todo lo proporcionado, todo lo puro, todo lo armónico se reflejaba primero en su mente y después en sus obras, á la manera que en un cristal limpio y perfecto, en el que no hay una ténue desigualdad, una leve, levísima mancha. Desde que apareció en el mundo, desde que salieron á luz sus primeros cuadros, la Italia entera lanzó un grito de satisfaccion como de asombro. Perugino estaba vencido, Leonardo de Vinci estaba igualado; el porvenir del arte, en aquel siglo tan eminentemente artístico, consistia y se cifraba en el jóven Rafael.

Llevado á Roma, y presentado á Julio II por Bramante el arquitecto, abriósele un horizonte mayor, y ofrecióse á su mente el principado del genio, para que lo criara la naturaleza. Los grandes maestros de aquellos últimos siglos, y los no ménos insignes que á la sazón existian, debieron servirle para inspiracion, cuando no para exclusiva enseñanza. En Giotto pudo admirar la fácil y espontánea sencillez; en Fra Bartolomeo, en Leonardo, en Miguel Angel, los ejemplos de la meditacion y del estudio. Con tanto talento como ellos, viniendo en verdad algo después que ellos, pero cuando era aún posible adelantar en aquel camino porque no se habia dado en él el último paso, Sanzio los alcanzó, los sobrepujó, los eclipsó en el

juicio comun, y llegó más cerca que ningun otro de ese término ideal á que no se toca nunca, porque no es dado al hombre ser perfecto, absolutamente perfecto, en ninguna de sus obras.

Rafael se dedicó con especialidad, tanto como con cariño, al estudio de las formas griegas, aprovechando la riqueza que Roma le ofrecia más bien que ninguna otra ciudad del mundo. Llevóle á ello la tendencia general del siglo, respecto á la que hemos hablado en otro lugar: llevóle tambien su propia índole pura y delicada, que debia complacerse en unos ideales tan acabados. Mas á pesar de todo, copiando como copiaba el torso de Hércules; partiendo como partia para sus héroes, sus santos y sus vírgenes de las estatuas griegas, que no se cansaba de contemplar; es necesario reconocer que no dió tan exclusiva importancia á la forma, que se olvidase completamente del espíritu, y que no anuló por lo comun en su pincel el carácter cristiano para reemplazarlo de un modo absoluto con el del neo-paganismo, como sucedia á otros artistas de aquella época. Consistiese esto en la sensatez del genio, contribuyese á ello la radical diferencia que separa la pintura de la escultura, ó procediese de otras y distintas causas; lo cierto es que el Sanzio, aun empujado por la Restauracion, aun influido por Miguel Angel (como se advierte bien en sus últimas obras), ni se entregó como este á sus excesos, ni sacrificó del todo á esa deplorable tendencia las religiosas tradiciones de Giotto, las no ménos religiosas enseñanzas de Perugino. Si hay algo, bastante, mu-

cho al fin, en sus cuadros y en sus frescos, de la forma griega escultural, siempre queda no poco, tambien bastante, de la índole espiritual hija de la idea cristiana.

Rafael hubiera sido completo, más completo que ningun pintor del mundo, cuando hubiese unido á su gran maestría en la composicion, á su correctísimo dibujo, á su exquisita delicadeza, á su intuicion ideal de la más bella forma, un color como el de Pablo Veronés, una armonía como la de Murillo, un ambiente como el de Velazquez. Era hombre, y no lo tuvo todo. Quizá el propio excesivo estudio de cualidades tan nobles como las que poseía, le hizo descuidar un poco lo que no consideró como de igual importancia. Quizá no vivió bastante para meditarlo todo y abarcarlo todo. Llamado hácia la forma, hácia el estudio escultural por el movimiento de su época, tal vez no tuvo tiempo para que se hubiese templado esa pasion, dejándole conocer que la pintura verdadera no es dibujo solo, sino dibujo y color juntamente. Suponedle ocupado en el arte, meditando sobre el arte treinta años más; recibiendo el influjo de Tiziano como recibia el de Buonarrota; y es posible que no hubiese sido la Madonna de Foligno el único lienzo salido de su taller resplandeciente de soberbios colores.

Pero Rafael vivió poco, dado que vivió de prisa para sí y para el mundo. Desde principios del siglo décimo-sexto, cuando no tenia veinte años aún, habitó siempre en la ciudad eterna, y pudiéramos decir

en el Vaticano. Admirado por el pueblo, respetado por los artistas, festejado por los Príncipes, honrado por los Papas, con especialidad por Leon X, Príncipe y artista de suyo, no hubo existencia de hombre de genio que fuera igual á su existencia. Ni Rúbens ni Velazquez llegaron adonde él. El en Roma y en Florencia Buonarrotta llevaban á la par el cetro de las artes restauradas: él más en la pintura; Miguel Angel más en las otras dos. Y no porque Rafael no fuese asimismo arquitecto y estatuario: consérvanse en Roma mármoles labrados por modelos suyos, como tambien algun palacio que él construyera; y ya queda dicho en este libro propio que estuvo encargado por cierto tiempo de la suprema direccion en la obra de la basilica Vaticana. Pero faltóle, repetiremos nuevamente, ocasion y lugar para todo: su delicada y suave naturaleza debió pasar y extinguirse en un breve espacio, cual pasan y se duermen las flores, al cabo de pocas horas ó cuando más de pocos dias.

Al morir Rafael en 1520, de treinta y siete años de edad, lloróle desolado el universo artístico, como la más grande y más irreparable de sus pérdidas. Roma corrió á sus funerales, y tanto y más que si hubiesen sido los de un monarca. Llevóse en ellos, y para honrarle de un modo no usado nunca, su cuadro de la Transfiguracion, que estaba á punto de concluir. Y accediéndose á sus deseos, segun tambien hemos dicho, depositóse su cuerpo en una de las capillas del Panteon de Agripa, aquel templo célebre que él ad-

miraba y estudiaba sobre todos los templos, porque era de una índole armónica con su índole, de un gusto tan puro y esmerado como su gusto.

IX.

El palacio del Vaticano es el gran monumento de la gloria de Rafael. Allí están las *Loggias* y las *Cámaras* que llevan su nombre, porque son de él, ó dibujados ó pintados del todo, los frescos que las decoran: allí están algunos de sus cuadros más bellos y más célebres. Aun después de haber visto la Virgen de la Silla (*la Seggiola*) que está en Florencia, la de Dresde, y los cuatro ó seis lienzos de primer órden que hay en el Museo de Madrid,—la Perla, la Virgen del Pez, *lo Spasimo*, que es á nuestro juicio el primero del autor,—todavía es indispensable ir allí, al Vaticano, para apreciar y comprender completamente al príncipe de la pintura restaurada.

No vamos de seguro á mencionar todos sus cuadros. Bastarán unas pocas palabras sobre la *Madonna de Foligno* y sobre la *Transfiguracion*, para cumplir con lo que puede pedírsenos, y con lo que de hecho cabe en nuestro propósito.

La *Madonna de Foligno* (llamada así porque se

pintó para esta ciudad y por encargo de uno de sus habitantes, Segismundo Conti), pertenecé á esas obras votivas, tan usadas en épocas de sencilla creencia, en las que solían agruparse personajes de diversos tiempos, la Santísima Virgen, Angeles, Santos, y entre ellos ó adorándolos á ellos, el propio individuo que habia mandado pintar la tabla. No hay, pues, que buscar aquí ni historia común, ni vulgar y mundana filosofía. Es otra filosofía, otra historia, composicion de otro género, lo que cabe en las pinturas de esa índole: es una teórica particular la que ha de inspirarlas y regularlas, á fin de que haya concierto y no resulte absurdo en la combinacion de sus partes componentes. Parécense estos lienzos á los Autos Sacramentales de nuestra antigua poesía española; teniendo de seguro, como las tenian aquellos dramas, unas reglas de buen sentido que quizá no se han escrito nunca, pero que advertian instintivamente los hombres de genio, y que pudieran explicar hoy los hombres de buena crítica y de segura reflexion.

Rafael pintó no pocas veces, ya sobre lienzos, ya sobre muros, en el género de que vamos tratando. A él corresponde la Virgen del Pez, que tenemos en el Museo de esta corte. A él corresponde, y toca por cierto el más alto grado de su escala, la Disputa del Sacramento, que tal vez ya hemos citado y que citaremos aún más adelante. Pero á él corresponde sobre todo, y por eso lo explicábamos en este lugar, esa Madonna de Foligno, que es uno de los más bellos, más agradables, más interesantes cuadros, debidos á

su estudio de la forma, con subordinacion al espíritu y á la idea del cristianismo.

La Virgen teniendo en los brazos al niño Jesús, San Juan y San Francisco, Segismundo Conti y otro personaje á sus piés, una corona de ángeles en derredor, todo ello agrupado con una gracia que apenas admite igual, y pintado con una maestría y una belleza á que no alcanzó el de Urbino en ninguna de sus otras obras, y que creyérais escapadas á los estudios de Tiziano ó de Palma el viejo; hé aquí toda la composicion á que nos referimos, la cual no se ha cansado de admirar el mundo desde 1510, á pesar de su sencillez extrema, y quizá por esa propia sencillez extrema, y que seguirá admirando ciertamente miéntras duren á herir los ojos y á embelesar el ánimo aquellas líneas, aquellas formas, aquellos colores. Este es uno de los secretos como una de las coronas del genio: hacer no solo un bello cuadro sino un gran cuadro con cuatro ó cinco figuras, en cuya combinacion no hubo al parecer estudio, y que se presentan colocadas de la manera más natural, casi diríamos de la manera más simple. Esta es una de las mágias que todos sienten, pero que solo encuentran los artistas de primer orden.

La Transfiguracion del Señor es otra cosa. Allí quiso el pintor elevarse de propósito á lo más alto, á lo más complicado, á lo más egregio del arte. Inspirábale el Evangelista; punzábale el recuerdo de Giotto, que dos siglos ántes se ocupó en el mismo asunto; tenia tambien de seguro en su mente el presuntuoso sistema de Buonarroti, de ostentar desnudos, de patenti-

zar formas académicas. El cielo y la tierra iban á encontrarse reunidos en aquella tabla.

Sería una ridiculez de nuestra parte el querer decir algo nuevo sobre la Transfiguracion; como lo sería el añadir encomios á lo que, desde que existe, tiene tan prendado, tan admirado al mundo. Y sin embargo, expresando lo que personalmente sentimos y nada más, habremos de confesar sinceramente que en medio de una real admiracion que si no iguala sigue á la comun, nos hemos quedado siempre descontentos y frios al contemplar ese célebre cuadro. Nos encanta de por sí cada figura; nos sojuzga aislado cada grupo; mas la composicion entera ¿por qué lo ocultaríamos? no nos satisface.

¿Dependerá esto de la falta de unidad que hay en ella;—y no como quiera falta de unidad, sino contraposicion absoluta de dos partes discordes, de las cuales ninguna está postergada, ninguna relegada á segundo término, ninguna estimada como accesoria ó menor, sino que por el contrario, colocadas de lleno y en primer término una y otra, se contrabalancean, y se repelen, y se excluyen? ¿Dependerá de la falta de ambiente y perspectiva, que hace aparecer tan inmediatas, tan próximas, á esas dos partes, como si estuviesen en un cuarto bajo y un cuarto principal de la misma casa? ¿Dependerá de la exageracion muscular, no solo del poseido, sino de la muger que se halla á su lado, lo cual da algo de violento, y quita algo de bello y de suave al conjunto de la obra? ¿Concurrirán, en fin, todas estas causas, con mayor ó

menor proporcion, para producir ese efecto general que nos deja disgustados y desabridos, en medio de tanta ciencia y de tantas perfecciones en el todo y en los detalles?

No lo queremos analizar. La Transfiguracion es uno de esos cuadros que aturden, y ante los cuales es forzoso bajar la cabeza, por más que no arrebatan nuestro ánimo. Aun suponiendo que haya defectos en él, que hubiese descuidos en su concepcion, ¿quién por ventura, sino Rafael mismo, habria podido concebirle y ejecutarle? ¿Quién ha pintado otro que se le pueda poner en frente, sino el propio Rafael, cuando trazó la caída del Señor (*lo Spasimo*, el Dolor,) que tenemos, con envidia del mundo, en nuestro inapreciable Museo de Madrid?

No debemos concluir esta ligera mencion de la tabla más célebre del Vaticano, sin recordar que tambien tenemos entre nosotros un duplicado de la misma, que no es copia pues que se notan en él algunas diferencias, y que puede competir sin desventaja con la que va á admirar en Roma el mundo entero. Nuestra importancia y nuestra riqueza en los pasados siglos nos han hecho más opulentos en obras del arte italiano que cuantos otros pueblos han tenido pasion ó aficion por ese arte. No hay de seguro en España lo que en Italia misma; porque sus frescos no los hemos podido arrancar; porque sus monumentos arquitectónicos no han podido trasladarse, porque sus ruinas y restos del antiguo constituirán eternamente un fondo inagotable como el más puro de toda riqueza. Pero en materia

de cuadros, no nos vence ciertamente ninguna ciudad de la Península italiana: en lo tocante á cuadros de Rafael, casi pudiéramos decir que no nos vence Roma. A los que hemos citado más arriba, bien puede agregarse este que mencionamos ahora, y que se enseña en los salones de la Trinidad.

¿Cuándo vino este cuadro á España? ¿Fué el mismo Rafael, ó fué Julio Romano quién lo pintó? ¿Precedió ó siguió al que está en la galería Pontificia?— Hé aquí tres problemas que nos declaramos incompetentes para resolver, y que dejamos de buen grado, con especialidad cuando nos ocupamos en esta obra, á los que son más eruditos, y á los que conocen la práctica del arte mejor que nosotros.

X.

Pero los cuadros solos no dan de Rafael una completa idea. Es mucho más grande y más notable que por ellos por las epopeyas sagradas y profanas que trazó en los muros de aquel insigne palacio: por la Escuela de Aténas, por la Disputa del Sacramento, por la Batalla de Constantino.

Desgraciadamente algunas de estas obras han padecido mucho. Los frescos de las *Loggias*—que son los

techos de unas grandes galerías también construidas por el mismo Rafael,—expuestos por más de tres siglos á la intemperie sin la menor defensa, aparecen en el día en un tristísimo estado de deterioro. En estos años últimos han comenzado á cubrirse con cristales los anchos arcos que dan al *Cortile* (al patio de las galerías propias), y se busca así un tardío remedio á lo que hubiera podido precaverse cuando era oportuna sazón. Mas ni esos frescos, ni varios de los de las Cámaras podrán ya durar mucho, ni seguir embelesando por largo espacio como hasta aquí á los que deseen verlos, y no se contenten con adivinarlos. La mano del tiempo se asienta poderosa, dónde ménos y dónde más, para descolorirlos y destruirlos; no son mármoles, no son bronces, que escapan por siglos y siglos á su acción, esos leves colores, esos ténues matices, esas suaves líneas, tomados de la paleta. Triste es que no puedan conservarse cuanto duraría la admiración humana: triste que no quede de ellos más que el grabado, esa sombra de la pintura: triste que los veamos desaparecer, sin que el estudio alcance ningún medio á contenerlos ni restaurarlos. Sería menester para esto último que resucitase Rafael propio; y los genios pueden continuarse alguna vez, pero no resucitan ni se repiten jamás.

Mas dejemos esas desagradables previsiones, que si acaso pueden estar próximas, son previsiones al cabo. Hoy por hoy, aunque perdida una parte de su viveza y su color, se contemplan aún aquellas nobles escenas, tan sencillas como dramáticas, tomadas de

la Escritura; aquellos grandes sucesos, llenos de animacion y de vida, tomados de la historia; aquellas concepciones sublimes, producto de una filosoffa artística, tan exactas como valientes. Hoy por hoy, podemos admirar en aquellos muros toda la crónica del Antiguo Testamento; y la prision de San Pedro; y la repulsion de Atila; y el triunfo de Carlo-Magno; y el milagro de Bolsena; y el incendio del Borgo, en el que Rafael se inspiró y compitió con Virgilio; y tantos otros asuntos no ménos célebres, que rivalizan con estos, si no los sobrepujan por acaso. Hoy por hoy, lo que el grabado nos ha hecho vislumbrar y desear en el silencio de nuestros gabinetes, podemos todavía respirarlo y gozarlo en aquellos célebres, incomparables salones.

Entre todos esos frescos, que tanto cautivan la atencion, que tanto subliman á la par que aturden la mente, las horas se nos han escapado como minutos, embelesados ante la Disputa del Sacramento, ante la Escuela de Aténas, ante la Batalla entre Maxencio y Constantino. ¡Aquí sí que estuvo inspirado el príncipe de los pintores, tanto como en *lo Spasimo*, mucho más que en la Transfiguracion! ¡Aquí sí que se ve patente toda la alteza de su genio, y toda la perfeccion de sus composiciones! ¡Aquí sí que aparece notoria la supremacía de la pintura mural sobre la pequeña pintura de caballete; y se nota bien que si esta última puede ser una cosa muy bella, la primera, sin postergarse en la hermosura, debe ser una cosa muy noble, una cosa muy grande!

Añadirémos, para concluir, algunas, muy pocas palabras.

El segundo de estos grandes frescos (la Escuela) reúne á su mérito artístico una circunstancia que le realza y le hace todavía más precioso. Bajo las figuras de los filósofos que presenta en escena, suelen estar retratados contemporáneos ilustres, ora por el ingenio, ora por la política. Pitágoras nos ofrece el rostro del duque de Urbino, pariente de Julio II: Zoroastro, el del duque de Mantua: Arquímedes, el del gran arquitecto Bramante: otro interlocutor, el de Pedro Perugino, maestro de Rafael: Rafael propio aparece como velado y en último término, según convenia á su modestia. Solo Platon, Aristóteles y Sócrates, han conservado en el ánimo del pintor sus nobles y tradicionales figuras: disfrazarlas de aquella otra suerte no habria sido una laudable libertad, sino una vedada licencia: Sócrates, Platon y Aristóteles, son los padres de la filosofía, son las lumbreras de Grecia, son los maestros de la humanidad. Rafael sentia perfectamente en su gusto delicado lo que puede y lo que no puede permitirse el artista. Si colocó á Dante entre los doctores de la Iglesia, en la Disputa del Sacramento, fué porque el ingenio florentino habia discurrido sobre la Eucaristía en su poema incomparable:—de seguro no habria colocado á Caronte en un juicio final, como dejamos dicho que le puso el talento pagánico de Buonarroti.

XI.

Rafael habia aprendido en Perugia, pero enseñó en Roma: en él concluye la escuela de la pequeña ciudad, y principia la de la gran corte.

Mas en esta escuela ya no hay progreso. Comienza demasiado cerca de la perfeccion, para que pueda en ella adelantarse. La grandeza de Rafael abrumba y acobarda á todos. No conciben siquiera que haya de pasarse de donde él dejó la pintura. Lo que apetecen es imitarlo; repetir sus figuras y sus grupos; copiar en lo posible sus composiciones. Hasta lo que en él no era de aprobar, el color duro, la falta de ambiente, eso propio se encuentra en sus sucesores de Roma. Se perpetúa su manera; y sin su genio, y sin su originalidad, y sin el encanto que lo distinguia, y sin el buen gusto que lo sublimaba.

Decimos de propósito entre sus sucesores de Roma, porque Rafael no es solo el jefe de esta particular escuela, sino el maestro, el modelo general de todas las del mundo. Desde que él pinta el Vaticano, los florentinos y los boloñeses, los venecianos y los flamencos, los franceses y los españoles, acuden á Roma, á la inmortal ciudad, para aprender en aquellos muros la ideal expresion de la belleza. Pusino y Rúbens

corren á consultarla de Paris y de Ambéres: Juan de Juanes la trae de allí á Valencia; Luis de Vargas la trae de allí á Sevilla: más adelante irá á embelesarse con ella Velazquez, otro genio tan poderoso como Rafael, que pintando mucho ménos habia de dejar un nombre casi igual á su nombre, y unos cuadros que no cedieran á sus cuadros.

Solo hay un español, en el siglo décimo-sexto, que residiendo largos años en Italia, no se apasiona por Rafael sino por Buonarrota, y le canta en sus versos, y le imita con su paleta y sus pinceles. Este español es Pablo de Céspedes, un ingenio cordobés. De Córdoba debia ser sin duda, de la patria de Lucano, de Juan de Mena y de Góngora, el que siguiese á Dante abandonando á Virgilio, el que prefiriese á Miguel Angel postergando al Sanzio.

Pero Rafael, volvemos á decir, fué el maestro del mundo. Todos los grandes artistas del décimo-sexto y décimo-sétimo siglos, desde Julio Romano y Garófalo hasta los Zúccari, desde Albano y Guido Reni hasta Lucas Jordan, todos ellos se honraron consultando sus tradiciones y siguiendo sus enseñanzas. Cuando en estos mismos siglos la necesidad de alguna cosa nueva hizo caer en la exageracion; cuando Caravaggio pintó en el género terrible, y Barroccio en el que ha llevado su nombre; aun esos propios corruptores de la sencillez y de la pureza Rafaelescas, pretendieron que no hacian otra cosa sino desenvolver los buenos gérmenes contenidos en los cuadros del príncipe que reconocian y acataban, al modo que Marini y que Góngora suponian

continuar á Virgilio y á Horacio. Vinieron después las Academias, poniéndose á su frente la de San Lúcas; vino la crítica de Mengs; vino la pintura de David; y Rafael ha sido el patrono, el modelo, el ideal de todas ellas. Rafael inspiraba á Camuccini, el último gran pintor muerto en Roma. Y el propio Monsieur Ingres, el primer laureado de la Exposición universal de 1855, no ha querido ser otra cosa que un Sanzio redivivo en pleno siglo décimo-nono. El San Sinforiano del pintor francés es hermano sin duda alguna, aunque sea hermano menor y hermano bastardo, del *Spasimo*, que conservamos en España.

XII.

Recorrido y admirado el templo del Vaticano, examinadas con el embeleso que es natural las pinturas de Rafael, tenemos visto el arte de la Restauración en lo que ofreció al mundo de más digno y de más bello. La Providencia colocó estas obras en el propio lugar en donde habían quedado las grandes ruinas del antiguo, y la más numerosa y rica colección de los restos de la escultura clásica. Todo está allí unido, en las márgenes del propio Tiber, dentro del muro de Aureliano, bajo la sombra del Coliseo, y

á los piés de la excelsa Cruz que corona la cúpula del Buonarroti. Por eso Roma y únicamente Roma es la capital artística de la Europa moderna.

Aquel ha sido el gran palenque de lucha entre el genio antiguo y el genio del Renacimiento: aquel es el recinto adonde hay forzosamente que acudir, cuando se quieren completar las ideas, engrandecerlas y afirmarlas, en esa vida de inteligencia y de sensualidad, de refinamiento y de elevación, de expansión noble y de inocente egoísmo, que llamamos amor y culto del arte. Ni Atenas ni París, ni lo que ya pasó ni lo que solo hoy es, pueden disputarle esa primacía; porque solo allí, en Roma, es donde á la par se encuentra lo pasado y lo presente, lo antiguo y lo moderno; porque solo allí, en Roma, es donde está el lazo que une á la civilizaci6n de los tiempos clásicos ya muertos con la civilizaci6n de nuestros tiempos actuales.

Roma sería completa, y no dejaría nada que desearse, si existiesen también en ella los modelos del arte puro cristiano: la catedral de Sevilla, los frescos de Giotto, las puertas esculpidas por Ghiberti. Pero Dios no ha querido sin duda que se acumulen todos los tesoros en una sola ciudad, como no ha querido que tenga todas las cualidades un solo hombre. La no absoluta perfección es la ley de este mundo, en todos los géneros, en todas las esferas: toda belleza ha de tener su lunar, toda hermosura ha de tener su falta.

Ponemos término aquí al presente libro, no queriendo decir más sobre las artes de la Restauración. Como comprenderán nuestros lectores, no carecería-

mos de materia para poderlo hacer, recorriendo los siglos décimo-sétimo y décimo-octavo. Pero ¿á qué nos hemos de detener en sus pormenores ni en su marcha, si nadie igualó en ellos ni á Rafael ni á Buonarroti; y si, no concibiéndose en tal época ningun otro principio que se separase de sus principios, solo hubo y solo pudo haber ó amaneramiento ó exageracion, ó barroquismo ó pobre y académica frialdad?

La arquitectura y la escultura, principalmente, cayeron por diferentes vias en ese tristísimo estado; en donde más y en donde ménos, pero sin evitarlo del todo en ninguna parte. Lo exuberante, lo excesivo, lo monstruoso fué en la Europa toda el epílogo de sus destinos y el resúmen de su constante suerte. Era natural. Animadas de principios imitativos más aún que de vida propia, pronto se tenia que extinguir una llama para la que no habia á prevencion el largo pábulo de real y verdadera existencia.

La pintura, como tambien era natural, tuvo más nervio, y sufrió mejor los accidentes de su desarrollo. Pero no fué en Roma donde ocurrieron sus sucesivos hados: no fué la sombra de Rafael quien desde el Vaticano propio le derramó flores y le ciñó coronas. Fué primero en Venecia, bajo la direccion de Tiziano y de Pablo Veronés: fué después en Flandes, bajo el impulso de Rembrandt, de Rúbens y de Van-Dick: fué por último en España bajo la idea de Alonso Cano y de Zurbarán, de Velazquez y de Murillo. Los venecianos y los flamencos perfeccionaron el color: Zurbarán encontró el ascetismo católico, exento de formas

griegas y de sabor pagánico: Velazquez pintó la *verdad pura* que nadie habia pintado jamás, y el ambiente que nadie habia concebido que se pintase; y Murillo sacó de su alma un nuevo ideal no sospechado hasta allí, encontró la más completa expresion de la armonía, y realizó en el lienzo la vision de los ángeles y la luz de la gloria.—Rafael se habria arrodillado de admiracion delante de tales progresos: ellos humillaron siempre su cabeza, y llamaron á Rafael su precursor, su maestro, su padre.

Roma encierra en sus galerías centenares de cuadros venecianos y flamencos, pero no tiene un Alonso Cano ni un Zurbarán. En el palacio Doria se guarda un retrato de Inocencio XI, pintado por Velazquez, que es la admiracion de cuantos le contemplan. Por lo que hace á Murillo, habrá dos ó tres años que se colocó en el Vaticano un lienzo del Hijo pródigo, que no negamos sea de su pincel, pero que desgraciadamente no da apénas indicio ni de su halago ni de su grandeza.—De otro modo deberia estar representado en Roma el más amable y el más popular de todos los pintores de España: el que nos ha dejado la Concepcion que es la maravilla del Louvre, y el San Antonio y el Santo Tomás de Villanueva, que son dos maravillas del mundo.

LIBRO SEXTO.

LAS FIESTAS DE ROMA.

SUMARIO.

CELEBRIDAD DE LAS FIESTAS DE ROMA. ES DE TODOS LOS TIEMPOS.—CÓMO ELLAS ATRAEN A LOS EXTRANJEROS, AUN PREFERENTEMENTE Á LAS ARTES Y LA RELIGION.—SERÍA DESNATURALIZAR Á ROMA EL QUITÁRSELAS.—EL CARNAVAL. LAS MÁSCARAS.—CARRERAS DE CABALLOS.—LA FIESTA DE I MOCOLETTI.—LA SEMANA SANTA.—LA FIESTA DE LAS PALMAS.—EL JUEVES SANTO.—EL LAVATORIO. LA COMIDA.—LOS MONUMENTOS. EL MISEBERE.—EL DIA DE PASCUA. LA BENDICION DESDE EL BALCON DE SAN PEDRO.—LA GIRANDOLA.—LA ILUMINACION DEL VATICANO.—LA FIESTA DEL CORPUS.

I.

Siempre ha sido célebre Roma por sus espectáculos y por sus fiestas. La memoria de unos y de otras ocupan un importante lugar en los anales de la sociedad antigua, desde los últimos tiempos del período republicano: igualmente importante es el que les atribuyen los eruditos cuando evocan los recuerdos de la media edad; y por lo que hace á los siglos modernos,

á la época de nuestros padres y á nuestra época propia, es inútil de seguro que encarezcamos esa celebridad, esa importancia. No sé yo, ó no quiero examinar aquí si la fuerza del clima ó la naturaleza de la raza en los habitantes, han producido por sí solas este resultado; pero sé bien, y puedo desde luego decirlo porque lo confirman á una la experiencia y la tradición, que en pocos lugares del mundo se ha trabajado ménos y se han espaciado más el ánimo y los ojos que en la ciudad de las Siete Colinas, durante un período de dos mil años, desde el triunfo de la segunda guerra púnica hasta este de gracia de 1856. — Si Londres, con solo nombrarse, aparece á nuestra imaginacion como el centro de los negocios, y Paris como la capital del lujo y de los placeres, Roma ha tenido por largo tiempo y conserva la primacía en esos regocijos clásicos, expansivos, populares, que tánto contribuyen á dilatar su fama por las naciones, y que tánto conmueven á los pueblos para que vengan á aumentarlos con su propia concurrencia.

Dejamos á los filósofos de mal humor que deploren acerbamente tales hechos. Si nosotros hubiésemos de *hacer filosofía*, miraríamos con alguna indulgencia un accidente que ocurre á ciertas necesidades de nuestro ser, que rompe el férreo círculo del materialismo, y que contribuye á la vida universal y sintética del género humano. Sin duda alguna es á la par útil y moralizador el trabajo: es nuestra ley, y podemos hacerlo nuestra honra; pero tambien es verdad que no subsisten los hombres de trabajo solo, ni creemos que

pierdan mucho, por fin de cuenta, los que puedan satisfacer preferentemente aspiraciones de otra índole. Como una nacion sepa ser digna de su destino y de su nombre, no sabemos por qué haya de condenársela á la pérdida de sus esparcimientos y su ventura.

Pero abandonemos una cuestion que no es de nuestro propósito. Contamos y no calificamos en estos instantes. Decimos lo que es Roma, y no vamos á inquirir si sería de otro modo mejor. En cuanto á sus fiestas, parécenos que perderia su carácter, que mentiria á su historia, que dejaria de ser lo que siempre ha sido, si se le quitaran.—Por eso hemos pensado que debíamos dedicarlas algunas líneas, en esta obra que consagramos á una region tan noble y tan interesante.

No se crea, sin embargo, que remontemos nuestro vuelo á los pasados siglos. No vamos á escribir antigüedades, ni aun siquiera historia. No vamos á conjurar las sombras de los gladiadores, á agitar el polvo en que están convertidos los carros, á conmovér las santas cenizas de los mártires, que tambien, ya lo hemos dicho, murieron en medio de la grita popular, y como un pasatiempo de las turbas. No nos dirigimos ya, ni aun con la mente, al Anfiteatro Flavio, ni á los Circos de Maxencio ó de Neron. Dejamos á un lado las ceremonias del viejo paganismo, los triunfos de los Emperadores, las báquicas saturnales de la decadencia. Aun prescindimos de los *combates* de toros (verdaderos *combates* que no *corridas* como las españolas), y de las justas caballerescas del Coli-

seo, en los siglos décimo-tercio y décimo-cuarto. Lo uno y lo otro pasó, no dejando sino recuerdos de que se envanecen los eruditos: lo uno y lo otro se halla en cien libros, al paso que sería bien impropio en el nuestro. Es la Roma actual la que aquí debe ocuparnos, y la que nos ocupa: son sus fiestas de la edad presente las que tienen lugar, las que caben en nuestro cuadro. Es su Carnaval, es su Semana Santa, es su Resurreccion: son sus regocijos ó populares ó religiosos, sus mascaradas, sus procesiones, sus iluminaciones, lo que reclama un bosquejo y una memoria, siquiera sean débiles y descoloridos, en este modesto *album* de sensaciones y de pensamientos.

Millares de extranjeros, ingleses, rusos, franceses, alemanes, corren todos los años desde Octubre á Junio á la antigua ciudad: millares de extranjeros llenan en esos ocho meses sus hospederías y sus fondas, inundan sus calles, se agolpan en sus templos, decoran los salones de sus palacios. ¿Qué es, en su mayor número, lo que los lleva allí? ¿Por ventura la suavidad del clima? ¿Por ventura los prodigios de las artes? ¿Por ventura el entusiasmo de la devocion? Os engañaríais si lo creyéseis. El clima, aunque no áspero en el invierno, cede á los de Sevilla y Nápoles en templanza: las artes, que nos embelesan á algunos pocos, no son vivamente sentidas por la gran mayoría de los pueblos *bárbaros*: la devocion no puede animar á tantos corazones, no abiertos siquiera á la fe católica. Algunos acuden, es cierto, por tales causas: hay fugitivos de las nieblas del Támesis, que piden para

sus pechos otro cielo y otro ambiente: hay enamorados de la belleza, que vienen de lejanos climas á estudiar el Panteon y á admirar el Laocoonte: hay cristianos de fervoroso celo, que se prosternan en las anchas losas del Vaticano, y suben de rodillas la Escala-Santa en San Juan de Letran. Pero todos estos no componen, aun reunidos, sino un corto número: la mayoría, la inmensa mayoría de los concurrentes buscan distracciones y entretenimiento, buscan regocijos y espectáculos, mucho más que una atmósfera serena, que monumentos históricos, que asombros de la escultura y milagros de la Religion. La mayoría corre á la eterna ciudad, satisfaciendo sí una curiosidad justa; mas para disfrutar de las alegrías del Corso y de los Oficios del Juéves Santo; para presenciar la bendicion pontificia de el balcon de San Pedro y la gran iluminacion de su cúpula, que son de las más hermosas y nobles solemnidades del mundo. — No lo extrañamos de ningun modo: en este valle de agitación y de penas donde estamos desterrados, el hombre ansía el esparcimiento y se fatiga por la novedad, que si no son para él una completa ventura, le acarician al ménos con su ilusion por algunos dias ó por algunas horas.

II.

El Carnaval de Roma ha perdido algo desde 1850.—Después de la revolución y de la república, restablecida la autoridad pontificia y ocupada la ciudad por un ejército francés, no se ha permitido encubrir los rostros bajo las clásicas caretas, decayendo por lo mismo el interés de los disfraces.—Esta es una medida que se comprende bien en época de pasiones, y en pueblo que no cede á ningún otro, si no lleva á todos la primacía en lo apasionado.

Pero esa medida no puede ser sino temporal. La tradición y la aspiración viven en los corazones romanos: el deseo de ver lo antiguo dura en los extranjeros que acuden á aquella gran cita; y cuando pasen ó se adormezcan, por cualquier razón, los temores que en estos años son tan naturales, el transtiberino se levantará una mañana con la resolución de hacer lo que hicieron sus antepasados, y se lanzará al Corso con el antifaz que hoy guarda entre la estatua mutilada de la *Venere* y la estampa coronada de flores de la *Madonna*. Y cuando esto acontezca, no tengais ninguna duda en que el Monseñor que gobierne entonces la ciudad, tan romano, tan *pueblo* en estos hábitos como el propio transtiberino, batirá las palmas

de júbilo, exclamando «*per Bacco,*» y correrá á la ventana, á saludar esa bella reaparicion de sus recuerdos juveniles.

Verdaderamente es animado y hermoso un dia de Carnaval en Roma. El sol de Febrero inunda espléndidamente de luz aquel monton de soberbios edificios; el tibio ambiente de la primavera derrama sus perfumes desde la colina de los jardines Salustianos; y un pueblo entero, con el corazon y el traje de fiesta, se lanza por todas partes al antiguo recinto, ávido de conmocion y de placer. Todo es alegría inocente y bulliciosa: todo es goce puro de vivísimo y veraz esparcimiento. La antigua libertad, la antigua igualdad, la antigua grandeza de la gente romana, se despiertan y alzan como por encanto, en medio de aquel delirio, que nada afea, que nada mancha, que nada interrumpe.

Nosotros los españoles, que tenemos un sol magnífico sobre nuestras cabezas y hábitos inextinguibles de generosa independencia en nuestros pechos: nosotros, que somos sóbrios como meridionales, y que, á pesar de la histórica gravedad tan néciamente exagerada por los que no nos conocen, sabemos reir y alegrarnos con una franqueza jovialísima: nosotros, que de algunos años acá hemos empezado á tener en Madrid verdaderos carnavales, vistosos y alegres, ufanos y expansivos; nosotros podemos comprender por la idea lo que son estos regocijos en Italia y particularmente en Roma, y saborear aun sin verlos el encanto de tan festivos y renombrados dias. Los demás pueblos

de Europa no los conciben, porque nada tiene de comun su vida con semejantes condiciones. Bajo las nieblas de Lóndres y entre el lúbrico cieno de Paris las fiestas populares de un carnaval no consisten sino en la disolucion más impudente y en la crápula más súa y escandalosa: hartazgos y borracheras; bailes obscenos de desnudas y procaces cortesanas. Es menester que haya sol, que haya flores, que haya un ambiente á la par perfumado y puro; es menester que haya algo de espiritual y de noble en todo lo que le rodea, le sustenta, le inspira, á fin de que pueda un pueblo levantarse sobre el lodo en estas saturnales de su libertad, y se sienta feliz como los antiguos dioses, alimentándose de ambrosía, y respirando en sus anchos pulmones la etérea claridad del firmamento.

La plaza del Pópolo, el Corso, las calles del Babuino y de la Ripetta se ven cubiertas de una espesísima muchedumbre: están llenos todos los portales: cimbréanse todos los balcones, bajo el peso de tantos como en ellos se agolpan. Una fila interminable de coches discurre lentamente por la carrera engalanada. Millares de trages, caprichosos, extraños, imposibles, abigarran la inmensa multitud. La gragéa y las flores vuelan en contínua lluvia de los carruajes á las ventanas y de las ventanas á los carruajes. La bulla asorda los oidos: las increpaciones se cruzan por todas partes, ora hijas del ingenio, ora tambien de la audacia y del libre desenfado. El delirio, que es universal, causa un vértigo en las cabezas todas. Así, el pueblo romano bebe á largos sorbos esa felicidad tra-

dicional de su país; en tanto que veinte mil extranjeros le contemplan admirados, y se preguntan si no es igual ó tal vez mayor que la que ellos gozan entre sus frias ó súcias costumbres, y bajo sus más frias y acompasadas leyes.

¡Oh! de seguro es otra cosa el Carnaval de Roma que la procesion del Buey-gordo, y que los bailes de la Opera de Paris!

III.

Pero he aquí un accidente en medio de aquel vertiginoso ensueño. Los coches han desaparecido del Corso: la muchedumbre se apiña en las estrechas aceras, y se amontona en las boca-calles de uno y otro lado: el centro de la célebre via queda despejado en breves momentos. Todos los ojos se vuelven hácia la plaza del Pópulo, y un silencio de anhelante expectacion reemplaza á la algazara que hasta allí asordaba los espacios. La carrera vacfa espera indudablemente alguna novedad.

Y la novedad aparece en efecto. Una veintena de caballos, empenachados soberbiamente, se han reunido cerca de la puerta de Miguel Angel y al pié del obelisco de Sesóstris: llevados por otros tantos palafreneros que adornan las galas populares, apenas pue-

de sujetárselos en la briosa animacion que los agita. Parece que ellos propios toman tambien parte en la fiesta, embriagándose con el ambiente que envuelve la ciudad, dilatando sus narices, encrespando su crin, golpeando duramente la lava, y enviando á los ecos de la próxima colina el relincho del combate y de la victoria.

Dáse por fin la esperada señal. Los palafreneros sueltan las bridas; y los caballos, solos, en pelo, se lanzan furiosamente por la estrecha calle. Nadie los guia, nadie los contiene, sino la viviente valla que limita de uno y otro lado el angosto recinto. La lucha los embriaga; la gritería universal los estimula, los impele. Parecen un torbellino que lleva la desolacion: podrian tomarse por un soplo de la celeste cólera, desprendido del seno de sus iras. No es aquella una lucha racional y humana como las carreras que hemos copiado de los ingleses: hay algo de delirante, de fantástico, de bárbaro, en aquel desate de desbocados mónstruos en medio de tan hirviente concurso. *I barbari* los llama con efecto el pueblo de Roma, recordando quizá cómo cayeron sobre sus muros hace quince siglos los que Dios enviaba del polo á trastornar el imperio de sus Césares.

Pero cosa singular! Jamás, á lo que dicen, de memoria humana, ha sucedido desgracia alguna en ese escape de más de una milla, entre aquel mundo de espectadores. Jamás se han teñido con sangre los mármoles del Corso, ni se ha mezclado un grito de dolor al unánime clamoreo de gozo y de interés que acom-

pañá á este singular espectáculo , único en los anales de los pueblos de Europa!

El dia va decayendo entre tanto. Se han recojido los caballos al final de la plaza de Venecia : se ha proclamado el vencedor , y se le ha paseado con los honores del triunfo. El sol se ha puesto por detrás de la gran Basílica, penetrando el último de sus rayos, como una despedida amorosa y solemne, al través de las soberbias ventanas de su cúpula. La oscuridad comienza á caer sobre la gran muchedumbre. No juzgueis empero que va á separarse ni á desbandarse aún : le queda la despedida, la fiesta de la noche, tan alegre, tan inocente, tan bulliciosa, como las de la jornada.

En cualquier punto de la calle se ve aparecer la primer chispa, la primera luz; á la cual siguen en un momento otras y otras, millares y millares de centellas. Cada máscara tiene su cirio encendido, y corre con él, resguardándolo, conservándolo, y procurando al mismo tiempo apagar el de los otros. Cada luz desaparece por instantes, y por instantes torna á brillar. Es una lucha de destreza, que apenas se concibe sino cuando se la ve; que friamente contada apenas parece interesar el ánimo; y que vista, en medio del tumulto general, complace muy agradablemente, cautiva, exalta á los mas prevenidos. Entónces es cuando llegan el delirio y la algazara á su colmo; entónces, cuando el pueblo romano acaba de disfrutar todo el lleno de su diversion y su alegría; entónces, cuando el Carnaval está completo.....

Entónces es tambien cuando el extranjero llegado de la lóbrega Sarmacia ó de Erin la última de las tierras—*ultima Thule*, se da el parabien por haber venido á esta fiesta de Roma, al par que medita más profundamente en lo hondo de su ánimo con qué poco puede estimarse feliz un pueblo, siempre que goza de un hermoso clima, y no quiere romper sus viejas tradiciones de inocencia y de sencillez!

IV.

Han corrido ya seis semanas del período de mortificación que nos impone el Catolicismo; y llega en fin la que debe cerrarlo, recordando los grandes misterios de la Redencion del mundo. Celébrase la fiesta de las Palmas, memoria insigne de la entrada de Cristo en Jerusalem. A su vez, los hijos y los huéspedes de la gran ciudad se encaminan presurosos á la basilica del Vaticano, á esa que hemos llamado en varias ocasiones la catedral del universo. La devocion y la curiosidad se reunen, como tantas otras, para gozar de lo que es insigne y bello entre lo más bello y más insigne de nuestro culto.

Los Oficios de este dia—como todos los que preside en el gran templo el Sumo Pontífice—celébranse allá en el fondo de la iglesia, á espaldas del soberbio

altar colocado bajo el centro de la cúpula. Aquella cabeza de la ingente cruz es por sí sola un recinto de muy nobles proporciones: no hay en ella estrechez ni embarazo: sobra la amplitud, y domina la majestad. A su frente, en la Cátedra de San Pedro, está colocado el sólio para el Supremo Vicario de Jesucristo: por entrambos lados, adelantándose en dos grandes líneas, se dilatan los bancos de los Cardenales: detrás de ellos y ante los brazos de la cruz álzanse varias tribunas para numerosos órdenes de personas. Las hay para los miembros de familias reinantes y sus comitivas; para el Cuerpo diplomático; para el ejército pontificio y el francés; para las Princesas romanas; para las señoras de distincion, así nacionales como extranjeras. Delante de las mismas se forma y extiende la Guardia Noble, con casco en la cabeza y espada en mano; así como en la parte anterior del templo, desde la puerta hasta el altar, descansa un regimiento de granaderos suizos, que hieren y hacen resonar el mármoleo pavimento con los acompasados golpes del fusil. La muchedumbre circula por todas partes, á excepcion de lo que abarca la capilla pontificia; y no llena nunca—¡tan grande, tan portentoso es!—el dilatado ámbito de la iglesia.

Esta se va ocupando con premura desde las primeras horas de la mañana. Las señoras, precisamente de velo, llegan á los asientos que les están preparados. El Cuerpo diplomático, cubierto de uniformes y bandas, va entrando poco á poco á los suyos. Las tropas están en su lugar. Los Cardenales han aparecido

tambien , rodeados de los sacerdotes que los asisten. La Rota, los Prelados, los Monseñores, llenan sus respectivos puestos. De repente suena el tambor, suspéndese el susurrante murmullo, los soldados presentan las armas , el pueblo cae de rodillas, y el Sumo Pontífice aparece á los piés del templo, llevado en la forma tradicional que es emblema de su soberanía: en un sillón magnífico, y sobre los hombros de veinte criados, ricamente vestidos de seda carmesí.—Para un hombre sería demasiada soberbia: para el Jefe del Catolicismo es alta , noble, merecida distincion. Si el orgullo de la carne padece y se subleva al contemplarlo, la idea cristiana y el espíritu religioso contienen la censura, y la cambian en aprobacion respetuosa y humilde. Bien está ensalzado de aquella suerte ante quien inclinamos hasta el suelo nuestras cabezas para recibir sus santas bendiciones.

Colócase por fin en el trono. A su derecha, en un asiento elevado y preferente, se descubre el Decano del Sacro-Colegio: tambien á su lado, pero en modesto lugar, vése uno de los Príncipes, Colonna ú Orsini, únicos de Roma que tienen esta prerogativa, y que alternan para gozarla: á sus piés hay Patriarcas y Metropolitanos de todas las naciones, latinos, armenios, griegos, abisinios, maronitas. La Iglesia universal está representada en torno del que es su fundamento y su cabeza, del que posee las llaves de Pedro, y tiene el doble encargo de cuidar de las ovejas y dirigir á los pastores.

Entónces principia la Misa con toda la pompa y

la solemnidad de nuestros Santos Oficios. No hay órgano, no hay música ninguna instrumental, — nunca los hay en el Vaticano; — pero el concierto y la perfeccion de las voces son admirables. El Evangelio se canta en griego y en latin, para que todos los pueblos, así del Oriente como del Occidente, comprendan la buena nueva del rescate del hombre, de la salvacion del mundo.

Llega después la distribucion de las palmas. Primeramente el Clero, comenzando por los Cardenales, después el estado seglar, empezando por el Cuerpo diplomático, las recibimos uno á uno del propio Sumo Pontífice. Cada cual se arrodilla delante de él: los Cardenales le besan la mano: los demás le besamos la cruz que está bordada sobre su sandalia. Ya lo hemos dicho en otro momento: no hay bajeza ni degradacion, hay solo humildad cristiana, hay solo una protesta de fé y una confesion de hijos de la Iglesia, en el ósculo que estampamos sobre su pié todos los que creemos en su divina mision, y le respetamos y aclamamos como á padre. Cuando él, recibiendo ese ósculo, nos entrega la palma, bien parece que nos admite en el cortejo del Salvador del mundo, para presentarnos á las puertas de la celestial Jerusalem.

En seguida discurre la procesion por la espaciosa nave del templo. El sucesor de San Pedro torna á ser elevado en los hombros, y es llevado entre los sublimes cánticos del Hosanna. Vuelve á presentar las armas la tropa: vuelve á arrodillarse á su paso la multitud. El incienso en sus embalsamadas nubes, los in-

numerables cirios en su mar de resplandores, la música que resuena en las inmensas bóvedas, todo llena y exalta á la par el ánimo con sus vivísimas, celestes armonías. Se toca á los límites de lo suntuoso y lo solemne: no parece posible un culto más elevado ni más deslumbrador. La inteligencia y los sentidos se satisfacen á un mismo tiempo con lo que aquello recuerda y con lo que aquello es. De seguro, la disciplina católica ha comprendido bien al hombre, y Roma y el Vaticano realizan esa comprensión del modo más digno y con la ostentación verdaderamente más sublime.

V.

Una cosa nos llama la atención, mejor diríamos, nos disgusta á los españoles en la ciudad eterna, durante el Juéves y el Viérnes Santos. Acostumbrados en nuestra patria á que se suspenda el curso de todo carruaje por esas cuarenta y ocho horas, extrañamos que no suceda en Roma lo mismo, y nos admiramos al ver correr los coches tanto y más, —naturalmente más,—que en los días comunes. Quita esto allí el aire de devoción profunda que tienen esas propias horas en Sevilla ó en Madrid; y reduciéndolas en las calles á pura fiesta, á puro espectáculo, hasta el espectáculo

mismo pierde lo que aquí le distingue externamente de característico y de grave.—Bien es verdad que por lo que hace á las calles solas, la Semana Santa de Sevilla es muy superior á la de la capital del mundo católico: es menester dirigirse á San Pedro, llegar á San Pedro, para que resalte y se note la necesaria superioridad de esta.

No puede ser nuestra intencion el ir recordando ahora, uno por uno, cada paso de sus sublimes Oficios; no podemos ni queremos emprender de ellos una descripcion minuciosa:—sin tener el talento que sería necesario, caeríamos en enfadosas repeticiones que fatigaran al lector más benévolo. Esos Oficios, por otra parte, son conocidos de todo el mundo; y fundamentalmente no pueden ser diversos entre sí, en ningun lugar en donde se profese la fe de nuestros padres. Considérese pues la soberbia magnitud del templo en que allí se celebran; la circunstancia de presidirlos el Soberano Pontífice, y de concurrir aquella muchedumbre de Cardenales, de Monseñores, de Prelados, de Clero, de fuerza armada; la asistencia de tantos millares de personas distinguidas, que vienen de todos los ángulos del universo; y por último el hecho, tambien interesante, de tomar parte en aquellas santas ceremonias con una adhesion cordial un pueblo impresionable como el romano; y se concebirá sin otras explicaciones, ya inútiles, todo lo que ellas tienen de ostentoso, como de agradable, de único, de sorprendente, aquellos dias. Lo que allí se encuentra, en ninguna otra parte lo hay ni es posible

*

encontrarlo. Puede haber acá ó allá algo más pintoresco ó más devoto en las calles, como ya se ha dicho; en lo grandioso, en lo verdaderamente sublime, dentro de la Iglesia, no puede ni aun ocurrir la comparacion.

Dicho esto, nos limitaremos tan solo á hablar de dos ó tres circunstancias particulares al Juéves Santo: del lavatorio de los piés que hace el Sumo Pontífice á doce Sacerdotes; de la comida que seguidamente les sirve; de la bendicion, por último, que así en aquel dia como en el de Pascua pronuncia desde el balcon de San Pedro. Estos son los grandes sucesos de aquella mañana, los que ocupan la imaginacion de cien mil personas, por los que se afanan, se empujan, se codean, creyéndose felices si los han visto, deplorando su mala suerte si no han alcanzado á presenciar cualquiera de los tres.

El Lavatorio y la Comida son cosas que tambien conocemos los españoles, en su ternura y su solemnidad; pero que no han visto los otros pueblos de Europa cuando acuden á la ciudad santa. Nuestros Reyes han hecho siempre, y siguen haciendo, lo que el Papa en ese memorable dia. En el soberbio palacio de Madrid todos hemos admirado con enternecimiento al Soberano de dos mundos lavando los piés á doce pobres, en memoria del Salvador, y sirviéndolos luego en una abundante mesa. Es esta una de las grandes *locuras* que trajo á los hombres la doctrina de la Cruz, y que los Monarcas de España se han honrado siempre con profesar y reiterar á la faz del Universo.

Pero en las demás regiones de Europa repetimos que no se ve. Si lo hubo, ha desaparecido. Franceses é ingleses, rusos y alemanes, tienen que ir á Roma, pues que no vienen á Madrid, para contemplarlo. En Roma lo contemplan y se aturden. Delante de tal espectáculo, la candidez de corazón triunfa y aplaude, y la soberbia mundanal ó filosófica baja su empedernida cabeza. Toda la caridad del Evangelio se simboliza esplendorosa en aquel Lavatorio y en aquel Convite.

El primero se celebra en uno de los brazos de la Basílica: el segundo en la gran galería que está sobre su vestíbulo. Los doce Sacerdotes son de diferentes países, y tomados por lo comun de diversas casas religiosas: es costumbre que haya entre todos un español, escogido por nuestro Representante. Llevan un traje blanco, que se les da uniformemente á ese fin; y además de la comida reciben una pequeña limosna. No es esta precisamente lo que ansían ellos, aunque pobres por la mayor parte, no pueden desdeñar ningún socorro: es la cristiana distincion, es la santa honra que en aquel momento consiguen, y que les hace derramar puras lágrimas de inefable delicia. ¡Cuánto no deben sentir en sus pechos la dignidad de hijos de Dios, viendo de rodillas delante de sí al Vicario de Jesucristo, lavando y enjugando sus piés; y mirándole después servirles el pan y el vino á una mesa, en medio de su corte, á la faz del pueblo romano, y teniendo en frente á los Embajadores de todos los Reyes del mundo!

VI.

En la tarde del Juéves Santo los católicos visitan las Iglesias y *Monumentos* de Roma; católicos y no católicos se agolpan á la capilla Sixtina para oír las tenebras y el renombrado Miserere.

Los *Monumentos* de Roma son inferiores, por lo general, á los de España: las riquezas que han ostentado siempre nuestros templos no tienen iguales en ningún país. Es menester acudir al propio Vaticano y subir á la capilla Paulina, que es donde se coloca el de San Pedro, para encontrar la ostentacion y la magnificencia que aquí son comunes. A estas montañas de oro y de luces que por todas partes se ven los Juéves Santos entre nosotros, solo puede compararse la de aquel célebre recinto, que es el primero en dignidad de todas las iglesias católicas del orbe. Y aun ese *Monumento* propio no llega en belleza ni en ostentacion, como tampoco en gusto artístico, al de nuestra catedral de Sevilla.

Así, la capilla Sixtina es, si no más devota, mucho más interesante en esa tarde del Juéves Santo: es en ella, como dijimos ya, donde se cantan los Maitines, asistiendo el Pontífice y el Sacro Colegio: en ella, donde se levantan tribunas para las personas

Reales y para el Cuerpo diplomático: á ella, adonde pugnan por acudir todos los extranjeros de distincion; que se aglomeran aquellos dias en Roma.

Vasto y cuadrilongo recinto, decorado con los frescos de Miguel Angel, y ostentando especialmente el célebre Juicio final de que hemos hablado en otros lugares de este Ensayo; la capilla Sixtina llama á sí por muchos motivos la atencion de los aficionados á las artes, á la par que reclama el respeto y la devocion de los cristianos sinceros y fervorosos. Nunca hemos podido comprender por qué los Oficios del Viérnes Santo, á comenzar por las tinieblas del Juéves, se celebran en este lugar, y no en las grandes naves de la Basílica, donde tendrian con mayor espacio una solemnidad tambien mayor. Pero necesario es convenir en que sacados de aquella esfera más espaciosa y más solemne, la Capilla de que hablamos, con su noble, severa, terrible decoracion, es la más propia para el culto de unos misterios tan sublimes como dolorosos. Aquellas bóvedas sombrías son las más á propósito para devolver en sus ecos los quejidos de la Pasion de Jesucristo: con aquellas inmortales decoraciones es con lo que mejor se armonizan los trenos del Profeta y la santa adoracion de la Cruz: en medio de aquel acompañamiento es en donde más puede hundirse la mente en meditaciones severas, exclamando como la Iglesia exclama: «*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*»

Este Miserere, clásico, tradicional, pasa en el mundo todo por una insigne obra de genio. Yo confieso

que no me lo pareció; al oírle, encontrábalo falto de la sencillez uniforme y patética, que, á mi juicio, debia constituir su carácter. Pero debió ser, sin duda, extravío de mi gusto. Lo que han estimado incomparable y perfecto tantos artistas eminentes, no ha de venir un pobre extranjero á reducirlo á duda, con su criterio singular y con su humilde y único voto.

VII.

Acabó el Viernes Santo con su pasion y su silencio: acabó el Sábado con su Gloria y sus repiques de campanas, insigne víspera de la gran solemnidad pascual. Llega, aparece esta por fin; y la Iglesia vestida de júbilo celebra el complemento de la Redencion humana en la Resurreccion del Salvador Jesucristo. Es el triunfo de la misericordia divina, y la exaltacion del gran estandarte que nos guia camino de los cielos.

La fiesta de la Pascua, una de las primeras de nuestra liturgia, ha de ser ostentosa como ninguna en la Basílica de Roma: el regocijo del pueblo romano ha de ser en ella bullicioso, como en ninguna otra solemnidad del culto. Tambien este dia celebra el Sumo Pontífice como el Juéves Santo; y tambien como el Juéves Santo, y aun en medio de mayor alboro-

zo, da la bendicion á la Ciudad y al Mundo entero;
Urbi et Orbi.

Este acto de la bendicion es la ceremonia más grande, más bella, más sublime, que han concebido y ejecutado los hombres. Verdad es que su grandeza, su hermosura, su sublimidad, proceden de la idea religiosa, sin la cual no seria sino un hecho ridículo, tanto más ridículo cuanto más presuntuoso y más vano. Suponed un Monarca cualquiera, en vez del Vicario del Señor; y el mundo todo se reirá de su orgullo y se sublevará ante su soberbia. Mas al aparecer en aquel altísimo puesto, circuido de tan excelsa magestad, el Sumo Jefe de la Iglesia Católica, el centro de la fe, el representante del Salvador resucitado; al escuchar su sonora voz que se extiende hasta los límites de la inmensa plaza; al oírle invocar á la Divinidad que crió y redimió al mundo, y derramar sobre la redondez de este los dones de su piedad y su indulgencia; bajo aquel sol brillante del Abril; en medio de aquella efusion universal de los corazones; entre el cántico de los levitas, el clamor del pueblo, y el estampido del cañon que los acompaña; la espectacion se satisface, la imaginacion confiesa su impotencia para ir más allá, y la incredulidad misma sorprende una lágrima en sus ojos, una duda en su mente, un deseo en su corazon.

¡Oh! ¡Cuán alta y cuán magnífica es la creencia, que así ha elevado al hombre, que así ha engrandecido su destino!

VIII.

Las fiestas de Pascua terminan en Roma por luminarias y fuegos de dos géneros. Uno es el de la tradicional *Girándola*, vistoso espectáculo que se daba ántes en el Castillo de Sant-Angelo, á las orillas del Tíber; y que ocupado este por los Franceses, se dá ahora en la pendiente del Pincio, sobre la misma plaza del Pópolo. Es el otro la clásica iluminacion de San Pedro, que tambien data de antiguas tradiciones, y que entra no poco en el caudal de singularidades y de recuerdos que inspiran el orgullo del pueblo romano. El uno y el otro constituyen dos de sus glorias, casi diríamós dos de sus capitales venturas.

Si hemos de decir sinceramente lo que sentimos, el fuego de la *Girándola* no nos pareció de extraordinario mérito. Lucido y agradable lo encontramos sin ninguna duda; porque siempre lo es el quemar pólvora, con cohetes, con luces, con cascadas de color. Pero eso se vé en cualquier parte, sin que los pueblos funden vanidad en tales funciones pirotécnicas, que no tienen nada de sorprendentes. — De seguro, no se iria á Roma, si solo pudiésemos prometernos fiestas de tal índole.

Otra cosa es la iluminacion de San Pedro. Esta sí

que no puede verse sino en la antigua ciudad, por la sencilla razon de que en ninguna otra parte hay un templo como San Pedro, ni una plaza como la del Vaticano. Esta sí que merece sinceros y cumplidos elogios. Esta sí que puede envanecer á un pueblo, cuanto cabe que un pueblo se envanezca de luminarias.

La iluminacion de que hablamos es doble. Al anochecer, y si bien rápidamente al cabo por los procedimientos ordinarios, se encienden millares de pequeñas luces, que señalan todas las líneas de la gran fachada y de la columnata del Bernini, dibujando por decirlo así con fuego esta moderna maravilla del mundo. Y nos valemos de la expresion pequeñas luces, no porque lo fueran realmente en cualquier otro edificio las que allí arden, sino porque lo parecen de hecho ardiendo en aquella inmensidad. Es un sin fin de chispas, de estrellas, de luceros de oro, que no dejan sin demarcar el más sencillo accidente, el más ténue resalte de la obra.

Realizado así, completada esa bella iluminacion, y oscura á la par la extendida plaza que rellenan cien mil espectadores, todo el concurso aguarda con paciencia, porque saben que no es aquel el término del espectáculo. Complace sin duda, se alaba lo que se tiene delante; pero ya se está en el secreto, y se espera ver alguna cosa mejor. Las princesas romanas y las damas rusas toman sorbetes en sus coches, esperando la hora señalada: el Cardenal Secretario de Estado obsequia á los Representantes extranjeros en un edificio de la Cámara Apostólica, situado en un ex-

tremo de la plaza, adonde los invita constantemente para todas las fiestas que se ejecutan en su recinto.

En medio de la espectacion general, el reloj de San Pedro comienza á dar las nueve. A la primer campanada un súbito murmullo hace entender que ha llegado el momento, y una gran antorcha que se descubre al pié de la Cruz es la señal del repentino, del instantáneo cambio. Sin verse cómo, las antiguas luces quedan eclipsadas, porque en medio de ellas y por toda la extension de la fachada y de la plaza aparecen otras infinitamente mayores. Aquello ha sido un golpe de mágia, un trueque de decoracion que diríais imitado de un teatro, ó más bien de un cuento oriental. Centenares de hombres invisibles lo han producido en un instante solo. Hasta en lo alto de la Cruz, hasta en las extremidades de sus brazos, se alzan y ven pendientes los grandes fuegos. La iluminacion está completa, con su bellísima variedad, con su claridad sorprendente, con su hermosura incomparable.

Podeis contemplarla por espacio de una hora, y volver á verla en la noche de San Pedro. Y volvereis ciertamente si estais aún en la ciudad del Tíber; porque este es un espectáculo único en el mundo, que, aún visto muchas veces, se contempla siempre con nuevo placer.

IX.

Después de la Semana Santa y de la Pascua, queda todavía en Roma una fiesta religioso-popular, noble, bella, digna de ser admirada, y que detiene á muchos de los extranjeros, aun á riesgo de hacerles sufrir algunos dias de calor. Es la procesion del Señor Sacramentado, del *Corpus-Christi* como decimos los españoles. Espectáculo propio de los países de puro catolicismo; y que tierno y sublime por su significacion en todas partes, lo es todavía más donde puede celebrarse con la magnificencia á que se presta la estacion, y que autorizan la sociedad y sus costumbres.

Tambien tenemos esta fiesta los españoles, y muy vistosa, y muy celebrada, en Madrid, en Sevilla, y en otros puntos. Pero ninguna llega ni puede llegar á lo que en Roma es; porque si son posibles en algúnos tantas flores y tan limpia y clara luz, no lo son un cuadro como la plaza de San Pedro, un clero tan vario y numeroso como el que allí se reúne, ni un Sumo Pontífice, que elevado, arrodillado en su trono, lleve el Cuerpo del Señor, ofreciéndole á la adoracion universal.

No nos proponemos dar una descripcion de este célebre y grandioso dia: son ya demasiadas las que

han corrido de nuestra pluma, dominados por la grandeza de los hechos, y aun á pesar de nuestro escaso talento para tales obras. Otros escritores la han llevado á cabo, con toda la firmeza de su diction y con todo el encanto de su estilo. Nosotros, que carecemos de tal mágia, y que referimos con sencillez nuestras humildes impresiones, nos encontramos embarazados y confundidos cuando la magnitud de estas rebosa mas allá de las palabras comunes, y no las tenemos dignas para lo que ha sentido el ánimo, para lo que ha latido en el fondo del corazon.

Por eso diremos solamente: vosotros los que os deleitais con la pompa, con la magnificencia, con la majestad,—aun prescindiendo de los misterios sublimes de caridad y amor que encierra el dogma católico;—id á Roma, y corred á la plaza de San Pedro en la solemne mañana de la fiesta del *Corpus*. Mezcláos entre aquel pueblo, ó colocáos en una de aquellas graderías. Contemplad la inmensa multitud que se ajita y se alborozaba, animada por la fé, ese gran sentimiento, el primero de todos los sentimientos. Vedla esparcir flores, para que las pise el Representante de la Divinidad. Reparad en esas colgaduras, en esas banderas, en esas galas de triunfo. Mirad cómo se dilata un ejército, formando la valla para que la procesion marche con desembarazo, y ofreciendo á la par al Dios de los desvalidos el homenaje de la fuerza material. Ved cómo se adelantan poco á poco los millares de sacerdotes que sirven de acompañamiento al Sumo Pontífice. Todas las ideas cristianas que han

ido naciendo segun las épocas para satisfacer las necesidades, para templar las miserias del hombre; todas tienen allí su recuerdo y su representacion. Allí deben sin duda estar. Bueno es que hayan desaparecido algunas en los pueblos activos del mundo, cuando han pasado las causas que las dieron origen; pero en este, en Roma, en el epflogo religioso del Universo, aprobamos y aprueba el buen sentido que se conserven y que permanezcan. Allí satisface el ánimo el ver á los contemplativos Bernardos, á los Carmelitas traidos del Oriente, á los Franciscanos ejemplo de pobreza, á los Dominicanos maestros de la predicacion, á los Trinitarios y Mercenarios redentores de los cautivos. Y todos ellos pasan en largas filas en esa procesion inacabable; y todos ellos, emblema de accidentes transitorios, se mezclan con el clero secular, ese otro emblema de la razon cristiana en lo que la es esencial y perpétuo, en lo que es de todas las edades, de todos los siglos.

Mirad pues, volvemos á decir, esa vistosa série de las comunidades religiosas, tan varias de aspecto como lo son los climas y las edades que les dieron causa: solo una—la Compañía de Jesús—no se ve entre ellas, ora sea por humildad reflexiva, ora por providencial singularidad de su destino. Mirad luego las cruces de las Parroquias, los caprichosos estandartes de las Basílicas, la muchedumbre de Prelados de todos los países, el Sacro Colegio, en fin, que se adelanta con todo su noble lujo y su ufana grandeza, vestidos de púrpura como otros tantos soberanos. Y á la par que

esta altísima comitiva va pasando bajo el rico toldo que la defiende del sol, las campanas multiplican sus vuelos, los tambores redoblan sus ecos marciales, las músicas dilatan sus vibrantes, metálicas armonías, los soldados rinden las armas, y entre una nube de incienso aparece en fin el Supremo Sacerdote del Altísimo, adorando él, y ofreciendo á la adoracion del mundo el Viril que lleva entre sus manos.—Vosotros los que os deleitais con la pompa, con la magnificencia, con la majestad, ¿en dónde habeis visto una pompa como esta pompa, ni una majestad y una magnificencia como la que teneis delante de los ojos?

En cuanto á los que, más felices, creemos en la Trinidad Santísima, Dios Criador, Salvador, Animador del orbe, Dios quedado en él y con él hasta la consumacion de los siglos por el sacrificio y el Sacramento del altar; nosotros vemos en esa gran fiesta algo más todavía que sus accidentes exteriores, y percibimos una sublimidad misteriosa, tanto más alta que las de la tierra, cuanto lo es sobre el polvo y la nada de lo mundanal, lo subsistente é imperecedero del espíritu.

LIBRO SÉTIMO.

EL ARTE CONTEMPORÁNEO.

SUMARIO.

DESEO DE CONOCER EL ARTE CONTEMPORÁNEO.—CÓMO NO BRILLA ROMA EN ÉL.—
PUEDE VOLVER Á BRILLAR.—HISTORIA RECIENTE DE ESE ARTE.—DE ROMA
Y DE SU ESTUDIO HAN PROCEDIDO LOS INTENTOS DE REFORMA.—MENGS Y SU
INFLUJO.—FIN DEL SIGLO XVIII.—DAVID: SUS CAUSAS: SU CARÁCTER.—SUS
CUALIDADES Y DEFECTOS.—CAMÚCCINI.—LA ARQUITECTURA NEO-GRIEGA.—
LA ESCULTURA. CANOVA.—THORWALDSEN.—JUICIO DEL NEO-CLASICISMO.—
COMO CEDE.—TENERANI. GIBSON. SOLÁ.—COGHETTI. AGRICOLA. INGRES.—
CANINA.—REACCION NEO-CATÓLICA. OVERBECK.—SU TEORIA. SUS OBRAS.—
CÓMO ES INFERIOR Á SU EMPEÑO.—JUICIO SOBRE EL PURISMO.—NO DURA.—
POR QUÉ NO DURA. SU IMPOSIBILIDAD.—SE CAE EN EL ECLECTISMO. JUICIO DE
ESTE.—OBJECIONES Ó PREGUNTAS QUE SE NOS PUEDEN HACER. CONTESTA-
CIONES.—NUESTROS PROPÓSITOS.—OJEADA SOBRE EL PORVENIR DEL ARTE.—
PELIGROS.—DE LA PINTURA RELIGIOSA.—DE LA MITOLÓGICA.—DE LA HIS-
TÓRICA.—MAYOR POSIBILIDAD EN ESTA QUE EN LAS OTRAS DOS.—DE LA
ESCULTURA Y SU DESTINO.—DE LA ARQUITECTURA.—ARQUITECTURA DEL SI-
GLO XIX.—ACTUAL ESTADO DE ROMA: ESPERANZAS.—DE LOS PENSIONADOS
ESPAÑOLES.—SOLÁ.—MÉRITO DE LOS JÓVENES.—MIS PROYECTOS NO REA-
LIZADOS.

I.

Quando el extranjero ha recorrido las ruinas, las iglesias, los palacios de Roma; cuando ha presenciado sus fiestas, cuando ha examinado y saboreado sus in-
acabables tesoros, llenó su espíritu de grandes cosas,

llena su memoria de grandes nombres, es difícil que no vuelva un instante su idea hácia el momento presente, y que no se pregunte á sí propio con viva y afanosa curiosidad si no hay algo en este momento mismo que sea la continuacion ó la restauracion de lo que ha admirado; si de tal suerte se ha extinguido ó encontrado desigual el genio en aquel noble y bello país, que no pudiendo seguir en nuestra época las pisadas de Bramante, de Miguel Angel y de Rafael, haya tenido que buscar un refugio y que pedir una triste hospitalidad en los desabridos climas de la Galia y de la Germania, antigua morada de bárbaras naciones.

Así nos ha sucedido á nosotros. Inspirados por este sentimiento, y fatigados, si es posible fatigarse, con la contemplacion del Foro y de las Termas, del Vaticano y de los Museos, hemos apartado la vista de las maravillas de veinte siglos, y demandado al siglo que nos vió nacer sus jóvenes riquezas, sus propias y contemporáneas maravillas. Dejando á un lado las obras del Renacimiento, y á sus continuadores, y á sus corruptores, nos hemos salido por las calles y por las plazas, entrado en las iglesias, llamado á los talleres, y pedido al arte de nuestra edad que nos exhiba sus ideas, que nos muestre sus títulos de gloria. Y bajo los ricos artesones de la nueva Basílica de San Pablo, y ante los mármoles de Tenerani, los cartones de Coghetti, los lienzos de Agrícola, y después en el silencio de la meditacion, contemplando en espíritu la imperecedera idea de la belleza, investigando sus

necesarias relaciones con la sociedad en donde brota y se realiza, hemos pasado largas horas, ya de incertidumbre y desaliento, ya también de viva aspiración y de halagüeñas aunque quizá lejanas esperanzas.

No, indudablemente no. Roma no es hoy — preciso es confesarlo — lo que fué en sus grandes y afortunados siglos. Roma no es el fecundo centro ni la espléndida corona de las artes. Roma no es ni la aurora ni el foco, de donde emana y adonde viene á resumirse el culto de lo bello, esa gran pasión, esa noble necesidad de nuestra especie. El espíritu de Sanzio duerme en su tumba de la Rotonda, y el genio creador ha dejado caer su antorcha amortiguada á la sombra de los Siete clásicos Montes. El Palacio de Cristal se eleva en las orillas del Támesis; la Apoteosis de Homero decora un salón de París; las grandes concepciones de Overbeck, de Cornelius y de Kaulbach, solo se ven y se admiran en Munich, en Berlín, en Francfort. Cualquiera que sea nuestro juicio sobre el arte del siglo décimo-nono, no es Roma quien nos abre en el día de hoy sus más insignes páginas.

Y sin embargo, su principio no ha muerto en esa Roma misma; y su antorcha, caída, deslustrada, pero que guarda aún el sagrado fuego, puede y debe dar todavía en aquel propio recinto claros y brillantes resplandores. Las estrellas que se han detenido y fijado en otras partes, desprendidas son de aquel cielo, de aquella esfera de perdurables luces. Allí han ido á buscarlas, á beberlas, esos hijos del galo y del germano. Del beneficio de aquellos tesoros es de donde han po-

dido sacar esas nuevas riquezas: de aquel empireo es de donde el moderno Prometéo ha arrancado su llama. ¿Por qué pues no ha de ser posible, por qué no ha de esperarse que se levante un dia el antiguo genio latino, el antiguo genio romano, y recoja y sostenga el cetro que vacila hoy entre tantas diestras, impotentes todas á la verdad para llevarle? ¿Por qué—después de un período de reposo, que la naturaleza impone á los pueblos como á los individuos cuando han abusado de sus fuerzas en demasía,—no ha de sacudir su sueño aquella altiva y simpática raza, exclamando con uno de sus coronados poetas

»*Che il antico valore*

»*Nell italici cuor non è ancor morto*»?

Lo hemos enunciado ya en el presente Ensayo. Gran expresion de sentimientos verdaderos, de sentimientos de la humanidad, el arte nunca parece del todo, nunca pasa para no volver, ni aun en medio de los mayores desastres que han afligido á la tierra. Decae, en buen hora, pero luego se levanta: oscila con un flujo y un reflujo evidentes: sucédele lo que á la ciencia y á la civilizacion, esas otras expresiones de sentimientos iguales ó análogos. Explora nuevos caminos cuando se ha acercado á la perfeccion en los que conocia: duerme tambien á veces, como decíamos ántes, el sueño de la saciedad y del descanso: retorna á los senderos más seguros, cuando nota su extravío por otros aventurados ó imposibles. Pero donde podero-

samente se arraigó, donde acumuló grandes bellezas, donde tuvo una vez verdadera historia, no temais que desaparezca ni vuele para siempre, como no sea que le borre un cataclismo de los que se llevan hasta la ceniza de los pueblos. Si acabó en un tiempo el babilónico, fué porque apenas conocemos en donde existió Babilonia: Aténas es, casi reducida á una aldea; y estamos seguros de que no ha de faltar al pié del viejo Acrópolis quien dibuje copias del Partenon, y remede en tosca y pequeña escala unos modernos Propiléos.

¿Cómo se ha de comparar á Roma con esas vacías, olvidadas ciudades? Roma dura, Roma subsiste, Roma no ha desaparecido ni desaparecerá: cúbrela con su manto el Pontificado; asegúrala con su eternidad la Iglesia Católica. El huracan de la destruccion no ha pasado en estos siglos sobre ella, incendiando sus cuadros, reduciendó á polvo sus mármoles. No son ya posibles un nuevo Alarico, un nuevo Atila. Si ha decaído y si aún puede decaer en mundanal importancia; si no ha corrido y elevádose, y es posible que no corra ni se eleve como otras grandes ciudades de la modernísima Europa; si el poder, y la bulla, y el industrialismo, han huido y se mantienen remotos de sus muros; esa no es una razon para que no pueda amantarse y hospedar fructuosamente al gran arte, merecedor de este nombre, en el siglo actual y en los siglos venideros. No será ya sin duda (nadie lo conoce mejor que nosotros) ni la cabeza ni el corazon del espíritu y del movimiento artístico, en cuanto ese

espíritu es industria y negocio, en cuanto ese movimiento se ve arrastrado por las necesidades materiales de nuestra época; pero ajena á esa vida febril, pero cementerio y todo, como la denominamos al saludarla, no dudamos de que pueda volver á ceñirse la severa corona que colocaron en su frente Miguel Angel y Rafael, y que tan bien se enlaza con la que no le disputa ninguna otra ciudad,—la corona de la idea eterna, la corona de la Religion.—Religion es asimismo el arte de que hablamos, cuando no está inspirado por meros móviles de lucro, sino que se dirige á llenar, á engrandecer, á sublimar el ánimo y la mente, realizando ó con colores ó con piedras sus eternas, ideales concepciones.

II.

Y ¿por qué hemos de olvidar lo que es de ayer, lo que hemos conocido todos? ¿Por qué no ha de decirse que fué en Roma donde tuvo su nacimiento la nueva vida, que han comenzado á dar á ese arte los tiempos modernos? ¿Por qué nó, que llegado el mundo al extremo de lo corrompido y lo monstruoso, fué de allí de donde brotaron los conatos de restauracion, que se han sucedido y repetido con mayor ó menor fortuna de cien años á esta parte?

Así se ha verificado en efecto. De Roma procedió Mengs, el artista de buen sentido del siglo décimo-octavo: de Roma han procedido, ó en Roma han vivido, David y Camuccini, Thorwaldsen y Canova, los neo-clásicos del presente: hijos adoptivos de Roma, y enseñados con su contemplacion, aunque hayan ido á decorar la Francia y la Alemania, son Ingres y Overbeck, Cornelius y Kaulbach, los nobles artistas que citábamos poco hace. Es menester reconocerlo y confesarlo: lo mismo en el siglo décimo-nono que en los tres siglos anteriores, toda grandeza tiene que ir á humillar su frente en aquel recinto; todo genio tiene que ir á pedirle su bautismo y su consagracion. Unicamente Bartolomé Murillo pudo ser rey en los dominios de la pintura, sin haber ido á ganar su corona en la tumba de Rafael. . . .

Por un privilegio que ya tenia su importancia, en medio de los delirios y aun las monstruosidades de la decadencia, Roma se habia conservado siempre un poco más pura, un poco ménos delirante que el universo. Faltábale, es seguro, la llama de la invencion durante ese triste período; pero conservó al ménos, y defendió por todo él un resto de gusto y de dignidad. Amaneróse, sin duda, con la servil imitacion de lo Rafaelesco, esa expresion particular del clásico; mas no creó ni aun hospedó los desatinos que llenaban por cualquiera otra parte la Europa. Ningún arquitecto romano concibió una fachada como la del Hospicio de Madrid: ningún escultor olvidó la verdad del dibujo ni las proporciones de la forma, como la

olvidaban los escultores franceses: ningun pintor soñó despierto, como soñaban los discípulos de Rúbens. Faltó á los romanos, volvemos á decirlo, la inspiracion, la imaginacion creadora; mas garantidos con la presencia eterna de tantos y tan acabados modelos, no gongorizaron en piedras ni con colores, como se hacia por aquellos tiempos con aplauso universal en los países mas renombrados y mas cultos.

Así, Mengs, gran innovador, gran restaurador para España, para Francia, para Alemania, porque predicaba en ellas la pureza y la naturalidad perdidas, no lo era tanto para Roma, en donde aparecia solo como dotado de más ingenio, de más calor, de más espontaneidad, que sus contemporáneos y aun sus inmediatos predecesores. Mengs admiraba á Rafael, como el romano le habia admirado siempre; pero, sin elevarse al sublime de aquel insigne maestro, sin tener la valentía ni el poder de sus primeros imitadores, rompía, imitándole, la tradicional y acompañada manera que habian consagrado los discípulos de sus discípulos, los copistas de sus copistas. Mengs, ya lo hemos dicho ántes, era un pintor de buen sentido y de rectas aspiraciones, que comprendia el genio aunque no lo poseyera, y que sustituia sus obras, imposibles para él, con las del talento y las del estudio. Su crítica es recta, cuando no trascendental; y su influjo fué benéfico, ya que no alcanzase á ser omnipotente ni regenerador.

Con la accion de Mengs sobre la pintura, extendida por las regiones centrales y occidentales de Eu-

ropa, Italia y Alemania, Francia y España, coincidió una acción análoga en las otras dos artes, la arquitectura y la escultura. En una y en otra se comenzaron á deponer los adornos de mal capricho que las corrompian y desfiguraban: en una y en otra se comenzó á volver á una nitidez de idea y de concepto, mucho más propia de sus respectivas quanto olvidadas índoles. En la escultura se vieron condenados y abandonados los follages que pervertian toda noción de forma: en la arquitectura, los todavía más exagerados delirios, que horrabán las líneas artísticas para sustituirlas con engendros de una imaginacion calenturienta. Se dejaba de buscar un nuevo, un sexto orden, á más de los cinco de Vignola, ese orgulloso ensueño de Luis XIV; y se volvía adonde era necesario volver, en tanto que nos agitásemos dentro del clásico de la Restauracion,—al buen estudio del clásico propio, á la idea del siglo de Augusto, traducida al moderno por Bramante y por Buonarroti.

Tales eran los destinos del arte en la Europa reciente, demediado ya, casi venciendo el décimo-octavo siglo. Bien y fácilmente podemos comprenderlo, aun sin salir de nuestro Madrid, los españoles; porque aquí tenemos obras de varios géneros, que resumen perfectamente esa aspiracion artística, noble si no egregia, decorosa si no admirable, señalando una época de gusto si no una época de prodigios y de maravillas.—Mengs habia venido de Roma á España con Carlos III, y en el Palacio de nuestros Reyes se conserva alguna de sus más célebres pinturas; mién-

tras que el propio espíritu de Mengs, llamándose con otros nombres, acababa de alzar y adornar ese mismo Palacio, y levantaba al propio tiempo la Aduana y el Arco de triunfo de la Puerta de Alcalá.

III.

El siglo entre tanto corría hacia su fin. Sentíanse en su seno los grandes latidos, presagio primero, acompañamiento después de la Revolución francesa. La filosofía que la preparara había puesto sus ojos en la antigüedad, parte por ódio al cristianismo, parte por ódio al poder monárquico, pidiéndola instituciones y civilización. Natural era que también le pidiese arte, y que fuese á buscar entre sus recuerdos y sus ruinas inspiraciones y modelos. No le bastó ni aun el clásico de Miguel Angel, ni aun el clásico pagанизado del décimo-quinto ó décimo-sexto siglo: quisólo más puro,—más crudo diríamos mejor, ménos cristiano que aquel; é imitando más de cerca el templo ateniense y la estatua corintia, jactóse de haber encontrado la perfección en todas las formas de la belleza.

Cupo á Luis David ser el primero, y quizá el más célebre artista en este nuevo neo-clasicismo. Antiguo de ideas, griego de corazón, pagano de senti-

mientos, mucho más exagerado en sus tendencias que el propio Miguel Angel, por lo mismo que le era muy inferior en carácter, en génio y en saber; David filósofo; David, convencional y regicida; David, á quien faltaba la viva creencia cristiana que nunca perdieron los grandes maestros florentinos y romanos; David copió con sus pobres colores la antigua escultura, y creyó haber regenerado el arte, arrancándolo á la sociedad y á la civilizacion modernas, para colocarlo en una convencion hoy absurda, en unas condiciones hoy imposibles. No despreciamos á David; pero nos quedamos frios ante sus obras, y nos da compasion de su mérito y de sus errores. Parécenos mentira que la Europa estimase tan alto el primero, y que creyese aciertos los segundos. Reconocemos sus dotes; mas declaramos que los Horacios no nos mueven, y que las Sabinas no nos interesan.

Pero como Luis David no era un artista aislado en medio de su siglo; como no debe estimársele un accidente casual, sino la personificacion de una tendencia que se armonizaba con su tiempo, el epílogo de una reaccion contra faltas anteriores; de ahí que formó escuela, que dilató su influjo, que contó como discípulos á todos los franceses, á casi todos los italianos, á casi todos los españoles de principios del siglo décimo-nono. La Europa corrió á Paris, para imitar por ese reciente prisma las antiguas, helénicas artes; y la pintura escultural del soberbio hijo del Sena creyó en su orgullo reemplazar á la de los maestros romanos, y borrar la de los flamencos, los

venecianos y los españoles. La verdad es que poseyó un severo dibujo, pero dibujo de piedra en vez de dibujo de carnes: que poseyó una composición clara y ordenada, pero composición de bajo relieve más que de cuadro en que hubiese ambiente y atmósfera. En cuanto al color, David carecía de su sentido y su conciencia: no lo comprendía de seguro, y consiguientemente lo despreciaba.

Que no se nos acuse de ser demasiado severos, de ser injustos con esta escuela. Aunque no admiremos ni amemos sus obras, reconocemos de buen grado sus dotes, y tenemos en cuenta lo que ha producido de bien en la marcha general del arte. Venía cuando era natural que viniese, y cuando debía dejar algo á las futuras generaciones. El diseño ocupa, y es menester que ocupe constantemente, un muy alto lugar en cuanto dice relación con el estudio de la forma; y supuesta la flojedad á que le habian traído los siglos últimos, y de la que Mengs no bastara completamente á levantarlo, bien era indispensable una mano enérgica que le devolviese su severidad, aun á costa de exceso y hasta rigidez. Momentos hay en que son saludables, en que son necesarias las reacciones, siquiera traspasen como siempre el punto en que se halla colocada la justicia.

De más está el repetir que David conocia á Italia y á Roma; y que sin Italia y sin Roma no hubiera podido inspirarse para imaginar su sistema pictórico. Pero como tambien hemos indicado, no fué en la Península, no fué en el Tíber, sino en Paris principal-

mente, donde ostentó sus dotes, donde ganó su celebridad, donde impuso á la Europa entera sus ideas artísticas. De allí irradiaron estas, cundiendo ufanas por todas partes: de allí llegaron á la misma Roma, á la propia Italia, tomando asiento en medio de sus tradiciones, y amparándose en medio de sus tesoros.

Benvenuti y Camuccini fueron aquí por largo tiempo sus representantes más celebrados: Camuccini en especial, que obtuvo una gran reputacion, consagrada con obras de indisputable mérito. Su Régulo, que se embarca para volver á Cartago; su César que cae bajo el puñal de la conspiracion patricia al pié de la estatua de Pompeyo, son cuadros que conoce todo el mundo, porque sus estampas se encuentran por todas partes. Mas si el carácter y la influencia del artista francés se descubren claramente en tales composiciones, débese tambien notar que están unidos á un resto de la antigua manera romana, elemento no borrado, no vencido siquiera por la innovacion que viene del otro lado de los montes. Ni aun queriendo seguir á David pudieron los hijos del Tíber olvidarse de la imitacion de Rafael: se respira demasiado á este en la vida entera de Roma, para que nõ se vea en todo lo que allí se pinte algun rastro de su poderosísima personalidad.

No sabemos si será un yerro de nuestra parte; mas por eso propio preferimos las obras de Camuccini á las de David, aunque reconozcamos en éste dotes mas originales, mayor talento, y mucho mayor influjo.

IV.

Mientras seguía la pintura dentro y fuera de Roma los destinos que vamos señalando, en el primer cuarto del siglo décimo-nono, la escultura y la arquitectura, sus hermanas, los seguían también análogos, por no decir de todo punto idénticos. Comenzábase la Magdalena en París, con el pagánico designio de levantar un *Templo de la Gloria*; y prescindiendo ya, no solo de los accidentes cristianos que conservó el mismo Miguel Angel en la época de la Restauración, sino aun de los propios adelantos de la arquitectura clásica romana,—el arco y la bóveda,—se ideaba y planteaba un pretendido monumento religioso sobre el modelo único de los de la antigua Grecia, con sus purísimos órdenes, con su planta simple, con su mero fronton triangular, sin cruz, sin cúpula, en su desnuda composición de líneas rectas.—Si era únicamente el griego lo que había inspirado á David para regenerar su arte, también era el griego únicamente lo que se copiaba en este otro, estimando corrompidos hasta los monumentos del siglo de Augusto, el Coliseo y el Panteon. Los grandes regeneradores de nuestra época suprimían del todo la vida de la arquitectura, para colocarse nuevamente en su infancia.

Apresurémonos á decir que semejante exageracion no entró jamás en Roma, de la propia suerte que no habia entrado el más absurdo churriguerismo. Las idéas cristiana y romana la defendieron contra aquella, como la vista de los buenos tesoros del arte la habian defendido contra este. No podia mentirse hasta tal punto ni á la historia ni á la Religion.

Pero si en la arquitectura no se avenia á seguir Roma ese movimiento nacido del Sena, en la escultura lo imprimia ella propia al mundo artístico, produciendo, ensalzando, sublimando á Canova, su personificacion más adecuada; acogiendo, inspirando, coronando tambien á Torwaldsen, que acudia desde las riberas del Báltico á disputar y á compartir el centro de ese arte antiguo con el hijo de la clásica Italia. Una y otra raza, la escandinava y la latina, se mostraban dignas de poseerle; y Roma aplaudia la simultánea aparicion de uno y otro genio, y se envanecia de aposentar á los dos rivales, á los dos pretendidos restauradores, á los dos aclamados Príncipes.

Hemos hablado en otra ocasion de Antonio Canova, y no tenemos necesidad de repetir aquí nuestro juicio. Perséo, los Pugiladores, la Vénus de Florencia responden de su exactitud. Sin duda alguna no era un artista vulgar el que por un año y otro año embelataba al mundo con sus obras: sin duda alguna sobrepujaba á sus antecesores y llevaba la primacia á los de su tiempo: sin duda alguna hacia lo posible, casi fibamos á decir más de lo posible, en un arte que no es de nuestras costumbres, que no procede de nuestra

civilizacion. Hay gracia, hay gusto, hay severidad á veces en sus estátuas. Pero cotejad esas estátuas mismas con otras que para afrentarlas están bien cerca de ellas, con el Apolo del Belvedere, con los Dioscóbulos, con la Vénus de la Tribuna; y no concebireis de seguro la exaltacion y la ligereza con que se juzgaba cuarenta años há, creyendo y diciendo que se habian igualado si no vencido las más célebres é ideales concepciones del mundo helénico.

Otro tanto pensamos de Thorwaldsen. Con ménos gracia y con más energfa que Canova, con ménos acabamiento en la estátua y con un ingenio mayor para el bajo relieve, con igual saber y con idéntica reputacion, se halla tan léjos de ser Fidias como de ser Praxitéles aquel otro.—La Europa debió admirarlos, debió celebrarlos, porque era mucho lo que hacian en el círculo de imposibilidades donde se agitaban: mas no debió pasar de allí; mas no debió suponer vencidos los imposibles; mas no debió halagarse con ilusiones que solo se fundaban en la novedad, y que habian de desvanecerse cuando el prisma de esa novedad cayera con el tiempo de los ojos.

Pero es propio de las ilusiones el tenerlas por verdades en tanto que subsisten. La idea de Canova y de Thorwaldsen era la idea artística universal de Italia y de Europa. El espíritu de su escultura se adunaba perfectamente, era de todo punto armónico, con el espíritu de la pintura de David, con el espíritu de los que levantaban en Paris la Magdalena. Un mismo pensamiento generador presidia en las tres no-

bles artes, removiéndolas y sustentándolas en una restauracion propia. La manera y el barroquismo de los siglos décimo-sétimo y décimo-octavo cedian ante una completa reaccion, y se reemplazaban en todos los géneros por esa tendencia grave, clásica, afectadamente pura. Eralo demasiado, segun queda dicho, á nuestro juicio. Prescindia demasiado de nuestra sociedad y de su historia, para implantar, en medio de la primera y sin tener en cuenta la segunda, descarnadas copias del griego puro. Iba mucho más allá que el Renacimiento, y sin tener en lo general ni su genio ni sus excusas. Así, habia de ser efímera su gloria, y pobre y restringida su accion: así, habia de pasar como una llamarada hija de cualquier accidente, que muy luego se consume, en vez de durar cual duró aquel propio Renacimiento, como un faro asentado en la roca, que derrama un dia y otro dia, un siglo y otro siglo, sus claros y seguros resplandores.

V.

Habian bajado á la tumba David y Canova, y aflojándose indudablemente la tension que inspiraran á una y otra arte: sus discípulos eran ménos griegos que ellos; y conservando ó queriendo conservar la pureza del dibujo, volvian sin embargo sus ojos á algo que

aquel sólo no satisface ni llena, á expresiones, á circunstancias de nuestro tiempo y nuestra sociedad.— En cuanto á los arquitectos de la Magdalena de Paris, debemos reconocer que se abstuvieron de repetir su obra, tratándose de templos católicos; y que solo osaron emplear aquel griego, tan primitivo, tan crudo, tan pagano, en lo que no era discorde con su genuina inspiracion, en palacios, en teatros, en bolsas. Cuando se pensó en iglesias, tornóse á plantearlas en forma de cruz, marca de nuestra Religion, y á cubrirlas con la cúpula, que levanta los pensamientos al Em-píreo.

Así acontecia en la Europa toda. Roma en particular, influida como el mundo por los nuevos neoclásicos, conservaba de ellos lo que era legítimo, lo que era necesario, lo que era conveniente. La sacudida le habia hecho cuidar todavía más del dibujo, y estudiar mejor á Rafael. Condenado el viejo barroquismo, igualado Mengs aun por los que en talento le eran inferiores, vulgarizada una crítica prudente, podia esperar sin duda la aparicion de nuevos artistas que reemplazaran en reputacion á Canova y á Camuccini, y que eclipsasen sus obras con otras más análogas á nuestra edad. Tenerani, Gibson, nuestro compatriota Solá, despuntaban ya en la escultura; Coghetti, Minardi, Agrícola, llamaban la atencion pública hácia sus frescos y sus cuadros; Canina comenzaba á formarse un nombre de sabio arquitecto como de entendido arqueólogo, nombre que prometia elevarse bien alto, por poco que le favoreciera la suerte ofreciéndole campo

para realizar sus ideas.—Más célebre aún que todos estos artistas, el francés Ingres, se empeñaba por resucitar no el espíritu de Sanzio, sino á Sanzio propio, con todos sus accidentes y pormenores; y llevando la autoridad que dá un gran talento, y aprovechando los recursos de una gran posicion—la de Director de la Academia de Francia,—más romano que los propios romanos, concebía los cuadros que han hecho su celebridad, y que aun no siendo sino imitaciones, hermanos bastardos como dijimos alguna vez de *lo Spasimo* y de la Escuela de Aténas, le han valido el gran premio de honor en la Exposicion universal de 1855.

En medio de tales circunstancias, otro espíritu de diversa índole, movido por diferente idea, arrastrado por diversa conviccion, daba tambien en Roma la señal de un nuevo intento, de una opuesta marcha, de una aspiracion ó restauracion contradictoria á las anteriores. Residia allí un aleman, tímido, reflexivo, modesto, que habia venido del Elba al Tíber en busca de la belleza pictórica; y que arrobado en la contemplacion de las artes cristianas, se convencía cada vez más de que solo en ellas, en el período en que ellas dominaron, en las obras que ellas produjeron, se encontraba la expresion genuina, adecuada, pura, de esa misma belleza. Enamorado vivamente de tales artes, empapado su tierno espíritu en tanta dulzura y en tan angélica expresion, convertido por ese medio al catolicismo que ántes no profesara, llegó por último á pronunciar como resúmen de todos sus pensamientos, como fórmula y cánon de su doctrina ar-

tística, aquellas célebres palabras que escandalizaron á los espíritus vulgares, pero que hicieron reflexionar profundamente á los críticos que eran filósofos: «cuando Rafael abandonó á Perugino, Dios abandonó á Rafael.»

Todo el sistema de Overbeck, así su juicio como su intento, se hallan compendiados en esa frase. Su punto de partida es Giotto; y después de Giotto la escuela de Perugia preferentemente á la de Florencia. Cree que el Renacimiento fué un mal, porque se entregó al estudio de la forma que era pagana, olvidándose de estudiar el espíritu hijo del cristianismo. Cree que semejante paso fué la perversion y la corrupción del arte. Piensa que empeñado desde entonces en un mal sendero, á aquel punto, á aquel origen hay que elevarse para procurar su reforma; y que solo puede conseguirse ésta colocándolo de nuevo en sus condiciones de fines del décimo-quinto siglo. No son maravillas para Overbeck ni la Escuela de Atenas ni la Transfiguración: apenas si admite los Desposorios de la Virgen y la Disputa del Sacramento. Perugino, ya lo hemos dicho, es su guía: el Descendimiento de la Galería Borghese es para él la perfección, es el complemento de la pintura.

Como se ve pues, Overbeck niega lo que ha reconocido y confesado el mundo por más de tres siglos; y es la absoluta antítesis de David, el neo-clásico de la Revolución francesa y del Imperio Napoleónico.

Mas no bastaba asentar y proclamar la doctrina. En materia de artes, como en tantas otras materias,

la crítica vale muy poco cuando no va unida al genio creador. Es necesario algo más que destruir; es indispensable edificar, hacer. Un cuadro, una estatua, un templo, tienen infinitamente más importancia, bien ideados, bien ejecutados, bien terminados, que el discurso más vigoroso, que los razonamientos más seductores. Por las obras se conocen los sistemas; y es falso, aunque aparezca plausible y verdadero, lo que falla en la piedra de toque de la experiencia y de la realidad.

Ahora bien: resultó en el hecho que Overbeck era débil para la inmensa carga que había tomado sobre sus hombros: que su doctrina, llevada á la práctica, no podía tener una satisfactoria justificación con las obras de su mano. A él, que no era escritor sino pintor, el mundo le pedía composiciones que comprobasen sus preferencias, que canonizaran sus censuras. Y esas composiciones, si las concebía su mente, de seguro no salían triunfantes de su paleta. No, que fuese él mismo un hombre vulgar, un artista sin talento, ó sin juicio, un hablador ó un soñador, arrastrado por impotentes vanidades. Sabía lo que se aprende en las Academias: intentaba lo que el mismo genio puede intentar: ejecutaba lo suficiente para demostrar la nobleza de su concepción. Ordenábanse con naturalidad sus bocetos; el carácter suave y religioso aparecía bien en sus cuadros. Pero á más de no conocer la forma, de la cual le apartaban sus instintos, y que no había estudiado ni aun para velarla oportunamente, ignoraba del todo el arte del color, sin el que la pin-

tura pierde uno de sus elementos capitales;—del color, al que no suple nada desde el instante en que lo halló el mundo, y que encubre él solo muchas imperfecciones y reemplaza muchas bellezas. O porque la despreció, ó porque no tuvo la fortuna de sentirla ó de hallarla, es lo cierto que, todavía más que David, carecía de esa dote y se veía privado de tan gran recurso. Faltáronle, pues, evidentemente uno y otro medio: primero, la corrección escultural, que el mundo estaba acostumbrado á ver; luego, la magia de las tintas, que pudiera haber dado á sus telas una apariencia seductora. De suerte, que si conmovió los ánimos y agitó los pensamientos por sus ideas, ni sojuzgó las imaginaciones, ni mucho ménos se apoderó de los sentidos por la realización de esas ideas mismas. ¡Gran desventaja, notoria inferioridad á todas luces, cuando habia que luchar, no solo con el neo-clasicismo moderno, sino también con los grandes maestros de la primitiva Restauración, y con todas las escuelas italianas y no italianas, en cuanto habian producido de más sublime en sus rasgos y de más encantador en sus colores!

VI.

Como quiera que sea, el ejemplo y la palabra de Overbeck habian resonado fuertemente en Roma y en toda la Europa culta: su propia audacia les daba autoridad. Era aquella la primer ocasion, después de más de trescientos años, en que se sometian á duda las leyes de la belleza admitidas por tantos ingenios y sancionadas por tantas obras; la primera en que se decia á todo el Renacimiento « te has engañado en tu camino, y has corrido desde tu origen al mal y al absurdo »; la primera en que habia valor para negar su gloria á ciertos nombres, para arrancar su corona á ciertos frentes. Volvemos á decir que los artistas vulgares se escandalizaron: mas los artistas jóvenes tuvieron un acceso de entusiasmo y de fé; y la crítica filosófica, aun sin apasionarse, aun sin alborotarse, reconoció que podia haber, que habia de hecho errores en las apreciaciones comunes, y que era necesario examinar de nuevo y aquilatar con más circunspeccion los verdaderos títulos á la estima y á la alabanza.

El *purismo* por de pronto tuvo su boga. Lanzáronse muchos en él con la falta de moderacion y con el exceso de celo que lo pervierte ó lo malogra todo. Los

discípulos exageraban segun costumbre, y Overbeck se veia imitado en su parte más flaca. Creyóse que se restauraria el arte con usar fondos de oro, y con arrojar en medio de ellos figuras aisladas y secas. Como el maestro no era colorista, tuvo adeptos que declararon la guerra al color: como él imitaba á Perugino, los tuvo que imitasen á Cimabúe. Esa es la historia del mundo en todos los sucesos y en todas las edades: cuantos forman escuela llevan en pos de sí quienes los disfracen y los caricaturen.

Mas esto no fué universal. Tambien hubo quien supiese revestir con bellas tintas la pureza de la forma y la suavidad del espíritu cristiano: tambien hubo quienes concibiesen y pintasen, inspirados por aquellos sentimientos, cuadros como el de las Marías, que se ejecutó en Roma, pero que todos hemos visto en las exposiciones ó en el Palacio de Madrid. Venian pues en apoyo del nuevo intento el saber, los recursos y la templanza: lo que faltaba al iniciador, algunos de sus discípulos hubieran podido completarlo. Y dilatando la esfera de la reforma, ya habia sin duda escultores de mérito que estudiasen y volviesen á emplear los adornos de la edad media; ya habia arquitectos tan aplicados como entendidos que resucitaran con ardor el gótico, olvidado por centurias, y que levantaran de nuevo iglesias ojivales en las orillas del Támesis y del Sena. La idea de Overbeck lucia en todas las artes, y se aplicaba en todas las regiones. Si el talento de la ejecucion podia salvarla, su porvenir estaba de cierto asegurado.

Y sin embargo, fuerza es reconocerlo, ese talento no la salvó. Aquella aspiracion, aquella doctrina no han llegado á asentar, ni aun por breve tiempo, un incontestable dominio: no consiguieron apoderarse siquiera de lo presente. Bramante, Miguel Angel, Murillo, no han sido destronados nunca: el mundo siguió y sigue admirando á Rafael aun en su última manera: la galvanizacion de Perugino no ha podido convertirse en existencia real. Podemos dar razon en muchos puntos á la crítica de los puristas: podemos estimar gran número de sus cuadros, algunos de sus adornos, bastantes de sus templos: su escuela dejará como todas profundas señales en la marcha sucesiva del ingenio humano. Pero pensar que arrastre á la época, que borre ni que absorba á las otras, es una ilusion, que si pudo algun dia acojerse, debió desaparecer muy desde luego. Harto le queda, como le quedó al último neo-clasicismo, con ser un elemento más, un principio más, arrojado en medio de la ecléctica confusion del siglo décimo-nono.

VII.

Que esto en el hecho es así, no hay más que abrir los ojos, y se ve, y se percibe. Roma no es purista, Paris no es purista, Inglaterra, Bélgica, España, no son

puristas. La boga de que hemos hablado pasó pronto. Si hay puristas aún, como hay sectarios de todas las escuelas, eso consiste primero en que tuvo esta doctrina un fondo crítico de verdad: después, en que el mundo se agita esperando, así en las artes como en tantas otras cosas; en que siente los confusos vagidos de algo nuevo que se le acerca; y en que mientras no llegue eso satisfactorio, todas las doctrinas tendrán secuaces, todos los maestros tendrán discípulos. Y repetimos aún más explícitamente que no solo quedan algunos que lo son todavía de Overbeck, convencidos, enérgicos, intolerantes, sino que en los propios artistas que no lo son, su sistema ha tenido poderoso influjo, modificando viejas creencias, conmoviendo arraigadas opiniones. Todos han puesto algo de más puro en su manera, desde que el purismo fué una aspiración universal.

Eso en cuanto al hecho desnudo. En cuanto á la razón, parécenos que está enteramente conforme con el hecho propio. El fondo crítico de verdad que habia en ese neo-cristianismo, ni era absoluto y completo, ni podia llegar á ser un cánón práctico para inspirar y dirigir las artes.—Por eso no le salvaron ni el talento ni la templanza.

También nosotros hemos sido duros con la Restauración del décimo-quinto siglo; y hemos dicho que traspasó sus naturales límites; y hemos deplorado la influencia pagánica de Miguel Angel, que la precipitó en sus faltas, en sus errores. Pero si expusimos y repetiremos siempre que aquella época dió á la for-

ma mayor lugar que convenia, separándose del espíritu cristiano más de lo que reclamaban las justas necesidades de la civilización; si la hemos censurado porque excedió lo justo, lo armónico, lo congruente; no por eso concederemos jamás que le hubiera sido posible hacer alto en lo que hasta allí dominaba, ni cerrar las puertas á toda innovacion, á toda modificación, en el sentido de esa forma, y en el progreso de las antiguas, conocidas artes. «A algo habia de volverse aquel siglo (hemos escrito al examinar tal revolucion); y legítimo cuanto natural era que tomase semejante rumbo.» Hubiérase limitado á estudiar lo nuevo sin volver á lo antiguo la espalda; y sus obras indudablemente más perfectas, no habrían traído por necesidad las tristes exageraciones que las afearon.

Razon tenia pues la crítica del purismo en cuanto condenaba lo que fué exceso notorio: no la tenia, condenando al propio tiempo lo que fué necesidad. Su fórmula, por más ingeniosa y seductora que apareciese, debia encontrarse y caer como errónea ante un imparcial y razonado exámen. No fué por haber abandonado á Perugino, por haber estudiado la forma, el desnudo, la materia, por lo que Dios abandonó á veces á Rafael; fué por haber pospuesto al espíritu de esa forma el espíritu de la idea, que no era de seguro una sola y necesaria entidad con la manera de Vanucci. Siguiendo solo á este, es seguro que no hubiese pintado ni la Virgen de Foligno ni la Escuela de Aténas; y sería necesario cegarse por voluntad propia, no digamos para condenar, sino para echar

siquiera la menor censura sobre aquel gran cuadro y sobre ese incomparable fresco.

La verdad es que Overbeck, apasionado por el neo-cristianismo como lo fuera Miguel Angel por el neo-clásico, aunque sin su grandeza de carácter ni su profundidad de ciencia; que Overbeck, seducido, arrebatado por la sencillez de Giotto y la tímida suavidad de la escuela de Perugia, análogas una y otra á su índole; sentia natural repulsion hácia la de Florencia, aun tomándola desde mucho ántes del pleno Renacimiento. Cuando Vanucci dirigia la primera, ya Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto descollaban en esta otra; sinceros cristianos, nobles espiritualistas, grandes modelos para la admiracion y el estudio del orbe. En ellos fué en los que se inspiró primeramente Rafael, al dejar á un lado el estrecho sistema de Perugino: su influjo y su enseñanza son los que se notan en la segunda manera del gran maestro; y repetimos otra vez, y repetiremos mil que sea necesario, que nada hay que reprochar, nada que censurar en aquellas tan puras como soberbias composiciones. Lo que las falta son los adelantos de color y de ambiente, que el mundo no conocia por entónces, y de que estaban más remotos que nadie el Beato Angélico, Signorelli, Perugino, esos propios artistas por quienes se ha entusiasmado el amable reformador del siglo décimo-nono.

Pero hay más todavía; algo de mucha importancia, algo que no puede dejar de tenerse en cuenta cuando se razona sobre el destino de las nobles artes.

Aunque aceptásemos de todo punto la doctrina crítica de Overbeck; aunque creyésemos como él piensa que Rafael fué un corruptor desde que abandonó á Vanucci y se dejó inspirar por los ingenios florentinos; aunque desechásemos todos sus adelantos y los adelantos posteriores, para arrobarnos solo en la contemplacion de su primer manera; ¿puede pensarse, puede pensar sériamente el mismo Overbeck, que cabria devolver el arte á un estado que tan por completo pasó y desapareció, y que reemplazaron tres siglos y cien artistas de primer órden, llenando una historia tan fecunda, cubriendo la Europa de tan insignes monumentos? ¿Es posible creer que baste con cerrar los ojos para que no exista la luz, ó con decir «lo que ha habido es malo,» para borrar eso que ha habido y anular sus necesarias consecuencias?

¡Oh! La crítica yerra grandemente, cuando se persuade, porque condena los hechos, de que ha de poder eximirse de ellos mismos y de su influjo. La ciencia yerra grandemente cuando supone á la humanidad una mera pizarra, sobre la que se pasa una esponja, y se hace desaparecer en un instante lo que hasta allí, y durante siglos, se habia venido trazando.

Bueno ó malo el Renacimiento, creó un arte que se encarnó en los pueblos cultos de Europa, y que constituyó su moderna civilizacion, juntamente con las ciencias y con la política, con las ideas y con las necesidades de toda índole, de toda especie. Todo vino, todo se enlazó, todo fué arrastrado por esa corriente general, que es su vida, que es su historia.

Podeis deplorar el hecho: mas desconocerlo es una ceguedad; intentar borrarlo es una locura. Aunque no se quiera, háse de seguir y se seguirá marchando en esa via, en esa direccion. Sin duda es posible, es fácil cosa que en semejante marcha los elementos que coexisten se ponderen á su vez del uno ó del otro modo, que este ó aquel obtengan accidentalmente la preferencia; pero anular de golpe cualquiera de ellos, pero tornar al punto en que no se le conocia, eso pasa los límites de nuestro escaso, de nuestro exíguo poder. Si, por imposible, todos los artistas conviniesen en ello, todavía no hicieran sino un acuerdo vano, como lo son siempre los que no toman en cuenta ni los antecedentes ni las necesidades. Dios tan sólo pudiera hacerlo, cuando á una sacudida de su brazo se trastornase y cambiase la civilization del orbe.

VIII.

Fracasó pues, como era necesario que fracasara, la presuntuosa inspiracion del purismo neo-católico. Sintió el mundo artístico que no podia desandar lo andado, que no le era dable prescindir de conocimientos que ya tenia y de verdaderos adelantos que habia hecho. La corona quedó firme en la cabeza de

Rafael: las grandes estatuas de sus dignos sucesores no cayeron de sus pedestales. Si hubo valor para proclamar que en el *Spasimo* se encuentran dos ó tres figuras que amenguan y dañan el conjunto, no se pudo desconocer por eso que el *Spasimo* es una joya á la que nunca se hubiera llegado á no salir su autor de Perugia, y á no engrandecer su espíritu con un espíritu mayor.

Excluido, separado respetuosamente Overbeck,— que siempre se debe respeto á sus dotes y á sus intenciones; no ha habido ningun otro que abrigue presuncion tan alta, ni que intente renovar con mano poderosa los elementos tradicionales del arte. Más bien se ha caido, por toda Europa y aun en Roma, en otro diferente peligro; más bien se ha ido á tocar, con riesgo de estrellarse, en otro diferente escollo. Un eclecticismo frio, escéptico, desconsolador, ha tomado el lugar de toda fé, de todo entusiasmo, de toda doctrina: una falta de creencia artística, que á todo se aviene, que lo concede todo, que está igualmente pronta para todo, ha reemplazado á las antiguas convicciones, enérgicas, exclusivas, intolerantes, que no conocian sino un principio, y que marchaban por un camino solo, negando y condenando cuanto no era conforme y armónico con ellas. La duda y la negacion han proclamado su ley. En todo el mundo aun más que en la ciudad eterna, pero hásta en la ciudad eterna si ménos que en todo el mundo, se ha venido á parar á esa vaga incredulidad de idea, que unida á mucho saber práctico, mecánico, califica

y resume mejor que nada la actual situacion de las bellas artes.

Consecuencia de un estado igual en la sociedad, de un carácter igual en la filosofía, no nos es dado extrañar ese accidente, que sin embargo deploramos de todas veras. Por más que se comprenda y se explique su aparicion, no quita eso para que le condenemos con la energía posible, ni para que debamos señalar aquí su accion delétereá, su influencia más desastrosa que ninguna. Seguros estamos de que pasará, pues en otro caso el arte moriria cuando le creemos duradero como la humanidad propia; pero ¡ojalá pudiésemos contribuir por nuestra parte á que pasara pronto, tan pronto como lo deseamos!

En la esfera de lo especulativo, de lo racional, el eclecticismo puede ser un sistema más ó ménos admisible: dejada á sí sola el alma humana, más pronto ó más tarde cae sin duda en esa dolorosa pero necesaria sima. Algo hay de él hasta cierto punto en toda obra de combinacion y de reflexion. Y corriendo especialmente algunas épocas,—las épocas de pulverizacion y racionalismo, perdido el norte del espíritu religioso, desechado ó roto el freno de la autoridad, apénas cabe otro sistema filosófico en el inmenso caos de nuestra pobre é insegura mente.

No vamos pues á juzgar ni á condenar ese eclecticismo, que no es objeto del actual Ensayo. Pero si sacándole de la filosofía que es su esfera, le llevais á distinto terreno y le atribuis diferente accion, si le aplicais á las artes como ha comenzado á aplicarle el

mundo, ¡ay entónces de esas artes, y de sus obras, y de su porvenir! Las comprometéis, las perdeis, decretáis su adulteracion y su ruina, en cuanto depende de vosotros. Envolvéis la fe con la duda; confundís el entusiasmo con la impotencia; reducis el genio á las proporciones de una fórmula algebráica. No existirán las hijas del espíritu: tendreis mecanismo, puro mecanismo cuando más.

El arte no fué nunca ecléctico en sus nobles, en sus dignos períodos: los genios que le crearon, que le sustentaron, que llevaron su palma, no se abandonaron jamás á la duda ni al indiferentismo. Profesáronle como una religion: apasionáronse en él por una creencia. Ninguno de ellos reconoció por bueno sino un símbolo tan solo, ni se prestó á seguir simultáneamente cultos encontrados. Si erraban, erraban al ménos por conviccion, creyéndose seguros de sus obras. Si corrian tras de ilusiones, creyendo correr tras del acierto, sus deseos y su mente estaban fijos en la contemplacion de un único ideal. No era granjería ni oficio lo que profesaban; no prostituian su talento á toda doctrina; era su alma propia, pura y exclusiva la que se exhalaba en aquella noble realizacion de sus concepciones, de sus pensamientos.

Tales fueron los insignes artistas de la media edad; tales los de la Restauracion: Giotto, Ghiberti, Miguel Angel, Rafael, Tiziano, Murillo;... hasta David y Canova cuarenta años hace; hasta Overbeck en nuestro propio tiempo. Ninguno de ellos os hubiera comprendido si les hubiéseis hablado de esa nueva doctrina

fria é infecunda. Todos ellos creyeron desempeñar un sacerdocio, y consagraron sus dias á lo que era la verdad, ó estimaban por verdad al ménos. Por eso se há postrado el mundo delante de sus obras; mientras que se sonreirá tan solo al contemplar las de los artistas eclécticos, diciendo cuando más con un soberano desden lo que decia Virgilio á Dante:

«Non raggionam di lor , ma guarda e passa.»

IX.

¿Qué es pues, se nos preguntará quizá; qué ha de ser el arte, en las actuales condiciones de la Europa culta? ¿Cuáles deben ser su carácter y su norma, cuál su destino, cuál su porvenir? ¿Qué marcha es la que ha de proponerse; qué camino el que le conviene explorar? Condenais á David, á Canova, la nueva restauracion neo-clásica: condenais á Overbeck y las tendencias de un renacimiento neo-cristiano: condenais el eclecticismo, esa expresion casi necesaria de nuestra filosofia, de nuestras sociedades. ¿Qué es pues lo que nos ofreéis, que es lo que predecis, en lugar de lo uno y de lo otro? ¿Cuál es la estrella á que hemos de volver la vista, pidiéndole á un tiempo esperanza y consolacion?

Yo no ofrezco nada; yo no señalo ni predigo nada; yo no soy ni inspirado ni jefe de escuela: no soy ni siquiera artista. Soy únicamente una persona que se complace en estos estudios, que busca las expresiones de lo bello, y que cree tener un poco de buen sentido para hablar de estas materias, con ocasion de Roma y en medio de los tesoros de Roma. El asunto me ha llevado por la mano, y la contemplacion del arte me ha conducido á la metafísica del arte. En presencia de las grandes obras de los pasados siglos, he dicho lo que sentia de esas grandes obras: en presencia de los intentos del siglo presente, he dicho lo que sentia de tales aspiraciones, de tales intentos. No es pasion ni presuncion de ninguna clase, que no pueden caer en mi ánimo; es la genuina enunciacion de lo que veo, de lo que entiendo, con las razones que me lo hacen ver y entender de ese modo.

Por lo demás, nada hay tan léjos de mi espíritu como el despreciar ó rebajar ningun talento, á no ser el desalentar ninguna aspiracion honrosa ó noble. Respetables ó no respetables por sus obras, todos los artistas lo son para mí por su ocupacion y su propósito. Buscan ellos tambien esas mismas expresiones de la belleza: las hallan, ó creen hallarlas cada uno, segun sus ideas, su educacion, su manera de sentir ó de pensar; ¿cómo no he de apreciarlos, cómo no he de honrarlos, yo, que soy un apasionado de tal culto, aunque no sea adepto de sus misterios ni iniciado en sus íntimas doctrinas? ¿Yo, que me declaro tan persuadido de la grandeza de su objeto, y de las difi-

cultades con que hay que luchar para su realización?

Sinceros, únicamente sinceros aunque benévolo, hemos sido hasta aquí, y sinceros tenemos que ser en lo restante de nuestra obra. Hemos dicho lo que pensábamos, ora vulgar, ora singular, alguna vez hasta paradójico, por lo tocante á la historia del arte; y también, y de la propia suerte, lo que pensamos tenemos que seguir diciendo, acerca de su presente estado y de sus futuros destinos. Si en ello ménos que en nada pretendemos ser infalibles, en ello como en todo hablaremos lealmente y segun nos inspira nuestra conciencia.

Camina el arte en la actualidad—(y bien puede deducirse de lo que se ha dicho en las anteriores páginas,)—si por una via al parecer llana y anchurosa, en realidad sembrada de múltiples y temibles escollos. La gran libertad y la gran ciencia, que semejan sus glorias, constituyen también sus peligros y sus dificultades. El saber del siglo le impone trabas, á la par que le inspira titánicos, irrealizables pensamientos: ese eclecticismo filosófico de que ántes hemos hablado, mata con su aliento á lo que solo de entusiasmo vive, y que se seca con la duda, con la vacilación. Mejor se avenían sus destinos con las épocas de cándida credulidad, de humilde fe, de ménos soberbias aspiraciones. Sabemos ahora mucho, reflexionamos mucho, para hacer algo, y para contentarnos con lo propio que hubiéremos hecho.

El gran arte tiene tres páginas, y no más que tres

páginas: la Religión, la Mitología, la Historia: la Alegoría se reduce siempre á alguna de esas tres: todo lo demás, si merece aprecio, difícilmente merece admiración ni causa asombro. Puede halagar los sentidos y complacer al hombre; mas no arrebatará la imaginación ni satisfará al ciudadano. Pues bien: echad una ojeada sobre cada cual de esas divisiones del arte; y ved cuántas más dificultades nos ofrecen en el día que las que ofrecieron á nuestros mayores, en los clásicos, renombrados siglos décimo-sexto y décimo-sétimo.

Para el arte religioso carecemos de fe. No que se haya acabado, ni que esté á punto de acabarse el cristianismo: no, que falte en nuestras sociedades del día quien crea en Dios con firmeza, ni quien le ruegue con necesidad y con lágrimas. Pero la época, en globo, es más descreída que lo fué en esos siglos que acabamos de citar: la fe es hoy un resultado de la reflexión y del infortunio, más que una cándida inspiración de la inocencia: los que somos y nos llamamos cristianos, lo somos de seguro más filosófica y ménos sencillamente que nuestros abuelos. ¿Cuántos pintores de nuestra edad comulgarán al empezar sus cuadros, como dijimos ántes que lo verificaba Bartolomé Murillo?

Pues bien: los artistas que no sean religiosos, completamente religiosos, de espíritu y de ánimo, de imaginación y de mente, de cabeza y de corazón, nada podrán hacer en ese género, por más que se fatiguen, que sea comparable á lo que con tanta facilidad hi-

cieron sus antepasados, que creían como niños, con fé, con esperanza, con sencillez de sentimientos. Para ellos, ó será esta rama del arte un trabajo mecánico al que faltará la inspiración divina, el *Deus in nobis*; ó esa inspiración, ese *Deus*, consistirán en algo vago, filosófico, confuso, desacorde con el propio cristianismo, impotente en parangón con él para todo lo que ha de sojuzgar la inteligencia y ha de arrobar el alma. Será arte ateo, arte racionalista, arte panteístico, y no arte católico el que realicen. Harán cuando más lo que han hecho Kaulbach y Cornelius en sus célebres cartones. Sorprenderán, abrumarán tal vez; pero no encantarán con puro, celestial deleite, como encantaron los maestros de la Restauración y aun algunos de la decadencia. No harán Sacras Familias como Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto, Madonnas como Rafael, Santos como Zurbarán, Cristos crucificados como Velázquez, Concepciones y Glorias como Murillo. Que prueben á competir con la Prisión de San Pedro ó con el San Antonio de la catedral de Sevilla, y el mundo entero proclamará su inferioridad y su impotencia.

¿Sabeis por qué se sufren, por qué aun se elogian los cuadros de Overbeck, á pesar de que la composición suele ser fría, y falso ó nulo el colorido? Pues consiste únicamente en que Overbeck tenía vivas aspiraciones cristianas; en que pintaba sus telas con religioso entusiasmo; en que era creyente todavía más que artista.—Si alguna vez se ha de hacer ya un gran cuadro religioso, no dudeis que ha de ser ó un ángel

de inocencia, ó un gran convertido, un gran penitente, el que lo conciba y lo ejecute.

Y al mismo tiempo que para esa seccion del arte se tropieza con el embarazo que acabamos de indicar, nótese asimismo que el gusto público es más escrupuloso cuanto ménos cándido, y que no consiente ya á los artistas las libertades ó las ignorancias, que se permitian, sin reparar en ellas, en los siglos de ménos raciocinio y de más imaginacion. Rafael no podria poner hoy un templo griego en los Desposorios de la Virgen: Pablo Veronés no podria caracterizar las Bodas de Caná como un festin veneciano de su época. Pídese color local: pídese que se respete la verosimilitud histórica: no se admiten, ó se censuran acerbamente, los anacronismos de toda clase. Apénas se recibirian composiciones como la Virgen del Pez, ó como el Santo Tomás de Zurbarán, que es uno de los prodigios de Sevilla: Miguel Angel no hallaria puesto para Caronte en su Juicio.—Las fajas de la ciencia comprimen, no hay que dudarlo, y á veces ahogan al genio.

Pasemos á la Mitología, otra gran esfera, otra gran página para la pintura. Aquí no tenemos la dificultad de la fe, comparativamente con el décimo-sexto siglo; pero quedan siempre como desventaja de los modernos, la posterioridad en el orden, la inferioridad en el entusiasmo.

Casi puede decirse que la Restauracion habia descubierto el paganismo. A un mismo tiempo lo encontraba, lo exhumaba, y se apasionaba por sus obras.

Era su novedad, y fué su amor. Lo acarició, lo estudió, en todos los sentidos posibles; no olvidó ni dejó por hacer ninguna de las bellezas que inspiraban sus anales. Pues ¿cómo ha de ser fácil que la sobrepuje, ni aun que compita con ella la edad presente, hastiada del Olimpo como de tantas otras cosas, y llevada por sus instintos filosóficos al mito, á la idea, á todo lo que es más contrario á la personalidad corpórea de los dioses?

Añadid, como indicábamos ántes, que no hay ni Vénus, ni Dánaes, ni Ledas, ni Psíquís, ni Gracias, que no hayan sido presentadas mil veces por Tiziano y Van-Dick, por Correggio y Rafael; y no os quedará duda de que tambien aquí se lucha desventajosamente con los artistas de la Restauracion, y de que no es fácil empresa la de arrancarles esta otra corona, que de siglos vienen poseyendo.

Queda solo la pintura histórica. Y en ella es,—lo decimos con la misma sinceridad,—donde puede luchar mejor con los tesoros del pasado, el arte que merezca tal nombre en nuestros dias. Sin duda alguna comprendemos mejor la historia: sin duda alguna tambien, dejó más que desear la manera de tratarla de los antiguos maestros, aunque exceptuemos los cuadros alegóricos, en que á veces fueron sublimes. Hoy hemos estudiado más, y alcanzamos un poco más hondo, si no en los eternos misterios del corazon humano, en los graves aunque transitorios accidentes que se han sucedido en la vida de los pueblos. Hoy distinguimos con más viva claridad las fisonomías

de los personajes ó de las naciones que han agitado ó siquiera hecho fijarse en ellas los ojos del mundo. Los antiguos confundian en una crónica comun las diversas séries de las entidades históricas; y ni dieron á esa crónica misma la unidad vivificante que columbró el primero el gran genio de Bossuet. De aquí, que pintaron frecuentemente cuadros de *género*, creyendo hacerlos de verdadera historia; porque no acertaron á revestir ni aun con las exterioridades de esta, lo que tomaban de anales no bien comprendidos, de tradiciones no bien interpretadas. De aquí, tambien, que cuando no cayeron en ese escollo, tocaron por lo ménos en el de dar una fisonomía uniforme, convencional, y falsa siempre ó casi siempre, á lo que fijaban en las telas, tomándolo de esas tradiciones ó de esos anales.—En el dia, ya lo hemos dicho, se pueden evitar uno y otro peligro, y guarecerse bien contra una y otra caída.

Mas cuenta, sin embargo, con que todavía amagan á nuestros artistas otros y otras. El demasiado saber hace á los públicos exigentes, á los hombres de arte descontentadizos, á los autores presuntuosos y vacilantes á la par. El escepticismo envenena todo cuanto toca. La demasiada reflexion, la demasiada ambicion esterilizan el talento. ¡Ay tambien del porvenir del género histórico, si se olvida que la paleta no es la pluma, que el lienzo no es el libro, que el arte ha de hablar á los ojos y á la imaginacion, y no desde luego y directamente al discurso! ¡Ay de él si quiere satisfacerse á todo lo que entrevé ó sueña el

concepto, en vez de limitarse á lo que soportan los sentidos, y consienten nuestros limitados medios de accion! A los verdaderos cuadros sustituiríamos telas de diorama; y la corona que ha llevado por dos siglos la Rendicion de Breda (*las Lanzas*) de Velazquez, apénas si podria aún conseguirla la *Smalah* de Horacio Vernet, que no cabe en ningun salon, y que no se puede ver toda desde ningun punto.

X.

Hablábamos hasta aquí en particular de la moderna pintura y de sus destinos. Por lo que respecta á la escultura y los suyos, después de todo lo que hemos dicho en esta obra, ni podemos vacilar, ni debémos ser prolijos en lo que digamos. La escultura lucha con mayores dificultades, porque su origen es de una distinta civilizacion, y porque los restos que nos quedan de esa civilizacion misma no podrán ser nunca iguallados, mucho ménos excedidos por nuevas obras.

Y á pesar de esto, el mundo se apasionará siempre por un bello grupo, por una bella estatua; y yo propio, que casi declaro aquí con la más íntima conviccion la escultura imposible, yo he corrido cien veces los museos de Roma para complacerme en sus tesoros,

y yo he llamado á la puerta de todos sus modernos artistas, á fin de gozar siquiera con sus reflejos.

Pero la razon no puede ménos de hacer oír sus irrecusables fallos. La escultura, en su aplicacion genuina y primitiva, en su esfera de la simple y desnuda forma, en su carácter y en su idea pagánica, es irremediamente un arte muerto. Cabe la imitacion, cabe la copia; como Alvarez lo hacia respecto á los colosos de Monte-Cavallo; como lo hacia Canova respecto á los Apolos y á las Vénus de Roma y de Florencia: pero esas copias y esas imitaciones no se elevarán jamás á la condicion de un arte vivo, de un arte verdadero y propio, como la sombra no será jamás la persona, como la luna no será jamás el sol. Lo decimos con sentimiento, mas esa escultura moderna será siempre una *neo-escultura* y nada más.

En lo cristiano y en lo histórico pueden ser más afortunados los artistas de nuestros dias. Lo cristiano y lo histórico admiten á veces el desnudo, aunque no sea para adorar las formas ideales, y aunque sea menester echar sobre ellas un espíritu de otra índole, cuales lo son el de la religion y el de la humanidad. En los propios casos en que no lo admiten, suelen ofrecer con anchos y nobles pliegues oportuna materia para bellezas de otro género, si no tan puras ni tan acabadas, dignas siempre de encomio y de loa, porque llenan suavemente el ánimo. Para no citar en este género sino escultores españoles y esculturas hechas recientemente en Roma, bástanos hacerlo del noble grupo de Daoiz y Velarde, gloria de Solá; del valiente

episodio del Diluvio, tan característico de Ponzano, y de la Andrómaca y el Bruto de Vilches, expresiones adecuadas de la pasión política y de un supremo dolor.

Hé aquí sin duda lo que puede hacerse, y lo que hará bien inspirado el ingenio. Pero deje dormir los dioses pagánicos, las ninfas, las musas, las alegorías del viejo Olimpo: no quiera resucitar un espíritu que pasó, ni luchar en una contienda imposible. Canova debería servir para siempre de ejemplo y de escarmiento. Lo que él no hizo, difícilmente lo harán sus sucesores. El mundo quedará frío, cada vez más frío delante de tales pagánicas obras; ó bien cuando sienta *amor* hacia ellas, y quiera estudiarlas y admirarlas, vendrá á Madrid para ver á Cástor y Polux; irá á Paris para adorar á la Vénus de Milo; á Florencia para extasiarse con la de Médicis, con el Apolino, con la Niobe; y por último á Roma para quedar abrumado en la contemplacion del Apolo y del Laocóonte, de la Vénus del Capitolio y de los ingentes Colosos de Monte-Cavallo.

XI.

La arquitectura es un arte que se diferencia mucho de las otras dos. Atiende á necesidades más vulgares, más continuas de la humanidad,—y bajo ese

aspecto puede parecer más humilde ella propia: se eleva más también, como gran expresión de pensamientos ideales, llenando más el ánimo, deleitando ménos los sentidos, no siendo accesoria de ninguna y pudiendo tener por accesorias á las demás,—y bajo este aspecto es indudablemente más noble. Como la pintura, ha podido existir en dos civilizaciones diferentes: más afortunada que ella, tiene una historia que se remonta más, pues que parte desde los tiempos primitivos, y que podrá durar más también, pues que no se concibe su término, en tanto que subsista en el mundo una cultura cualquiera.

Consiguientemente á ese carácter, la arquitectura ha tenido páginas de todo punto distintas. Sin hablar de los pueblos indios, egipcios, babilónicos, transatlánticos, tomando su origen solo en la Grecia, podemos decir que su marcha ha sido permanente, y que en todos sus altos se ha distinguido por dignas condiciones. Bástanos recordar el Partenon de Atenas; la Rotonda y el Coliseo de Roma; las catedrales de Florencia y de Pisa; la Alhambra de Granada, tan rica; la iglesia de Sevilla, tan cristiana; la de San Pedro, tan suntuosa y tan grande. Cada civilización, cada creencia, cada necesidad, se ha realizado en piedra, natural y sencillamente, á la vez que ha aparecido en el mundo.

No tenemos pues temores por el porvenir de esta insigne arte. La arquitectura es de todos los siglos que tienen una idea, de todos los pueblos que la simbolizan ó la resumen.

Lo cual no es decir que el eclecticismo de nuestro tiempo no influya desgraciadamente en ella como influye en las demás: que nuestra extremada erudición y el vago, confuso carácter de nuestra época, no echen sobre sus actuales destinos toda la incertidumbre y toda la anarquía que son sus consecuencias necesarias. Así se levantan en París, en frente este de aquella, el Palacio de la Industria neo-clásico y Santa Clotilde neogótica: así vemos alzarse en Madrid, también uno en frente de otro, San Gerónimo y el edificio del Congreso: así el San Pablo de Roma, como dejamos dicho en otro lugar, es un conjunto discordante de reminiscencias de distintos siglos, sin suficiente carácter propio para emblematicar él á ninguno.

No es bastante cristiano el nuestro para hacer una catedral como la de Sevilla ó la de Colonia: no es bastante fanático por la Restauración para hacer otro San Pedro del Vaticano. La parte mecánica la ejecutará tan bien como se ejecutó en los pasados siglos: la espiritualidad artística que imprimió el gran sello al uno y al otro, no la concibe fácilmente. Por eso se ven tan desgraciadas imitaciones, tan pobres restauraciones, hechas solo con el compás y de ningún modo con la idea. Falta religión para levantar templos: quizá falta también grandeza, grandeza de cierta especie, para levantar palacios de Monarcas.

En cambio de todo ello, con otras nociones y otras necesidades no conocidas ni por la antigüedad ni por la Restauración, han surgido y se desarrollan nuevos gérmenes arquitectónicos, también bellos, también

nobles, tambien dotados de porvenir. La Estacion de Páddington y el Palacio de Cristal decoran á la capital de Inglaterra, y causan la admiracion de cuantos acuden á visitarla. Aquella es indudablemente una arquitectura, si no la arquitectura especial de nuestro siglo, que los anteriores no vislumbraron, que el presente legará con ufanía á los que vinieren en pos, y que entre tanto, llena su objeto, satisface al gusto, contenta y embelesa la mente. Y lo mismo diremos del Puente de Cubzac, echado sobre el Dordoña en medio de la Francia: tampoco lo previeron los tiempos antiguos; pero tambien es una corona, una noble corona artística del siglo décimo-nono.

XII.

No sé yo si lo que acaba de decirse sobre el actual estado y sobre el próximo porvenir de las artes es una digresion y una vulgaridad: sé que me ha llevado naturalmente á ello la historia de esas artes mismas y la consideracion de su gran epflogo, de su gran resúmen, que es indudablemente Roma. Volvamos á Roma, pues, y terminemos lo que en este libro debe y puede esperarse de nosotros.

Ya lo hemos dicho algunas páginas atrás. En aquel emporio de monumentos y de recuerdos, el actual brillo del genio creador no iguala de seguro al que

ha tenido en otras épocas. Overbeck mismo ya no pinta; Ingres ha vuelto definitivamente á Francia, y Cornelius á Prusia; la fama de Tenerani (no decimos el mérito, de seguro bien superior) apénas excede á la que tenia poco hace Pradier en Paris, á la que tiene Marochetti en Lóndres. Por lo que respecta á la arquitectura, claro es que no han de elevarse sobre el clásico Tiber ni grandes puentes colgantes ni soberbios palacios de cristal.

A pesar de todo esto, Roma, lo decimos por última vez, será siempre la capital artística del mundo. Allí ha de ir á beberse la inspiracion de lo sublime, y allí se ha de consagrar lo que para todos los tiempos deba merecer este nombre. No hay pintura, no hay escultura, después que el Vaticano existe, que no haya de proceder de la contemplacion del Vaticano: no hay arquitectura, en tanto que no se borre nuestra actual civilizacion, que no tenga que tomar allí sus accidentes de primor y de gusto. El genio que ideó el Palacio de Sydenham habria sido un genio bárbaro, si no hubiese partido, hasta para una obra tan nueva, de los accidentes, de las tradiciones, de las enseñanzas de Roma.

Es esta pues, aún hoy mismo, un gran depósito y un gran estudio; en tanto que vuelve á ser algun día, como lo esperamos, un vivo foco de nuevos y fúlgidos resplandores. Es aún hoy mismo el templo de Vesta de la República universal, que guarda, siquiera sea velado, el fuego eterno de la inspiracion y de la correccion. Si de él no salen las efimeras llama-

radas, que por algunos otros puntos brotan de cuándo en cuándo, tampoco salen con ellas las turbias nubes de súcio y negro humo, que lo oscurecen y lo manchan todo. El arte es allí modesto, que es una gran cosa: no es industrial, no se convierte en oficio ni granjería, que es aún dote mayor: permanece por necesidad religioso, más que en ninguna otra parte, en lo cual estriban á una su gloria y su porvenir. Si está escrito que llegue un tiempo en el que renazcan de sus sepulcros Miguel Angel y Rafael, en el que la aureola del genio vuelva á eclipsar las coronas mundanales, en que nuevos prodigios igualen ó eclipsen á los prodigios de la ingente centuria (1500 á 1600); no dudeis de que en Roma y solo en Roma sea donde se levante ese espíritu redivivo, que fecundice al orbe con su activa llama, que le ilumine con su egregia y preclara luz. Lo hemos dicho cien veces: es una religion el arte; y no será ya, jamás, centro de esta sino el que lo es, y lo ha de ser de la doctrina y de la Iglesia Católicas.

XIII.

No queremos concluir este libro sin decir algunas palabras acerca de los pensionados españoles, que estudian en la ciudad eterna. El de favorecerlos, el de protegerlos, el de estimularlos, era un encargo

anejo á nuestra mision, y que aceptábamos al recibirla, como una verdadera honra.

Es ya costumbre antigua entre nosotros, que han imitado casi todas las naciones, esa de enviar á Roma jóvenes que se distinguen en el estudio de lo bello artístico, para que completen y perfeccionen sus ideas, como es difícil que se completen y perfeccionen en ningun otro punto. Siempre fué forzoso, pero cada dia lo es más, el ponerse en contacto con el mundo entero para desempeñar bien cualquiera profesion, cualquier arte: en el estudio de las que son y se llaman nobles, esa visita de Roma con ninguna otra puede suplirse. Mientras más hay de agitacion y aun de invencion en otros puntos, más necesario es acudir allí para afirmarse en lo puro, en lo severo, en lo real y ciertamente clásico.

Añadamos tambien que de ordinario fueron siempre artistas distinguidos los que pensionó nuestra España en la ciudad del Tiber. Para no hablar aqui sino de los que tienen una reputacion ya incuestionable, consagrada por lo que es su definitivo sello, recordemos al propio Alvarez, autor del grupo que hemos celebrado varias veces; y al modesto D. Antonio Solá, que si vive todavía, puede decirse por sus años y por sus achaques que ha visto comenzar la posteridad desde el borde á que se aproxima de la tumba. ¡Ojalá pudiesen llegarle aún mis sinceras palabras, y añadiesen un grano más de consuelo al respeto y á la consideracion que le rodean!—El mismo Solá era á mi llegada á Roma, como lo estaba siendo

hacia veinticinco años, director de los pensionados españoles; y con la autoridad de un gran celo, de una gran experiencia, y de un nombre justamente elevado, consagraba todos sus días, todas sus horas, al consejo de los apreciables jóvenes, á quienes confia la patria una parte de su representacion, y de quienes espera una parte de su futura gloria.

En ese, como en algunos otros puntos, me fué favorable la suerte. La colonia artística española de 1855 era digna de toda estimacion por sus talentos ciertamente no comunes. En medio de las otras colonias extranjeras, y de la muchedumbre de los artistas romanos, los pensionados de España llevaban bien un nombre que impone grandes deberes, porque es el nombre de Velazquez y de Murillo. Cuando ántes de enviar sus obras á la Academia de San Fernando, quise que se expusiesen, y las hice exponer en nuestro bello Palacio de aquella capital, los artistas y los hombres de gusto corrieron de una vez á contemplarlas, y todos las colocaron acordemente entre las más distinguidas que se habian visto por aquel tiempo. No tuvimos que bajar los ojos ante el recuerdo de la exposicion que se acababa de verificar en la Academia de Francia: la nuestra fué sin duda superior.

Grandes proyectos concebía yo á la sazón respecto á esos pensionados: grandes y útiles innovaciones se podían intentar para su bien: si los acontecimientos me lo hubiesen permitido, algo habrían ganado de esta suerte las artes españolas. Me lo habia encargado el Gobierno, y yo no lo olvidaba un instante. Aprove-

chando épocas oportunas, bien podríamos fundar al pié del Vaticano un establecimiento que nada tuviera que envidiar á ese de la *Villa Médicis*: los restos de nuestra grandeza alcanzan para todo: si no se habia pensado en ello hasta el dia de hoy, es porque en Roma no hemos pensado en nada de mucho tiempo acá. Mas desde luego, y aun sin aguardar á tales oportunidades, proponfame hacer estudiar la gran pintura, la pintura al fresco, á los jóvenes que se encontraban bajo mi mano; esa pintura que entre nosotros apénas se conoce en este siglo, y que ha sido, y es, y ha de ser en todos, la parte más sublime del arte. Los muros del Palacio de España daban lugar para el cumplimiento de esta idea; como su escalera y sus salones habian comenzado á darlo para colocar dignas obras de nuestra escultura. La España verdadera, nuestra querida patria, habria aprovechado después las felices consecuencias de aquellos estudios, recibiendo en su seno nobles artistas, que la ilustraran con su nombre y la embellecieran con sus obras. . . .

No quiso Dios que mi idea se llevase á cabo. Mas yo me honraré siempre con haberla concebido; y si hay algun dia otro Embajador que la realice, aplaudiré muy sinceramente al que me haya ganado en ventura, aun sin reclamar para mí la parte de elogio que se deba al pensamiento.

CONCLUSION.

I.

Ponemos fin por ahora al presente Ensayo. Mucho más sin duda hubiéramos podido decir; y algo más entraba de seguro en nuestra idea. Cuando primeramente lo concebimos, cuando empezamos á echar sus líneas en el papel, no solo pensábamos consagrar un afectuoso recuerdo á tantas distinguidas familias y á tantas nobles personas de todas clases, como nos habían honrado en Roma con su afecto y amistad, sino aun dedicar un octavo libro á la sumaria descripción de aquellos contornos, algunos bellos, todos poéticos, todos dignos de ser conocidos y celebrados. Frascati y Tusculum, Tívoli y la *Villa Adriana*, Albano, Genzano, Castel-Gandolfo, Velletri, Lavinia, hasta Porto d'Anzio y Nettuno llenos para mí de memorias tris-tísimas, me habrían suministrado abundante materia, así en lo artístico como en lo histórico, así en lo pasado como en lo presente, para ocuparme todavía

algunas horas, y para aumentar este volúmen con algunos pliegos.

Pero confieso que de una parte me ha asaltado el temor de ser prolijo y enfadoso; y que de otra ha temblado y sucumbido mi ánimo ante la minuciosa recordacion de unos lugares en los que comenzó la mayor desgracia de mi vida:—la gravísima enfermedad que habia de llevar al sepulcro á la persona más amada, y más digna seguramente de serlo por su belleza y por sus virtudes!

No escribo pues acerca de los contornos de Roma. Autorízame para ello el título de mi libro, que es Ensayo; y no debo tampoco suponer que esa leve falta, que esa desviacion del primitivo plan, moleste ni aun disguste siquiera á los más benévololectores. Harto he abusado hasta aquí de su paciencia: demasiado he discurrido y he descrito: por demás he hablado de artes y de historia. La extension que han recibido inadvertidamente algunas materias me imponen el deber de concluir.

Ignoro si tendrá esta obra una segunda parte. Mi intencion y mi deseo son dársela. Si Dios me concede salud; si puedo visitar como me propongo el Milanesado y la Venecia, Parma, Ferrara, Bolonia, Nápoles y Sicilia; un nuevo tomo completará entónces el comenzado cuadro, y habré podido consagrar á aquella noble Península el completo como sincero homenaje de mi cariño.

En cuanto á las personas, á las familias que ántes indiqué, desde lo más alto hasta lo más modesto de

la sociedad romana, desde el Sumo Pontífice que fué siempre conmigo bueno y afectuoso; desde el Cardenal Antonelli, á quien siempre hallé cortés y atento; el Cuerpo diplomático; los Príncipes y la nobleza; sábios; profesores; religiosos; artistas; los apreciables, honrados, leales individuos de la legacion española; reciban todos ellos este recuerdo, este testimonio, ya de respetuosa gratitud, ya de cordial amistad; y estén seguros de que viven y vivirán en mi ánimo, en tanto que no se apague mi inteligencia ni deje de palpitar mi corazón!

II.

Mi embajada estaba concluida. Debía dejar por fin el Palacio de España, abandonar el recinto de Roma, y volver de nuevo á mi ordinaria vida de Madrid. El 17 de Setiembre, á los seis meses justos dia por dia de haber presentado mis credenciales á Su Santidad, hube de presentarme otra vez, acompañado de la legacion entera, para ofrecerle mi veneracion en audiencia de despedida. . . .

Cumplido ese acto, solo nos restó partir. Caian ya poco á poco los rigurosos calores del verano, y se adelantaba el otoño, que es la más bella y suave estacion en todos los países. El mar y la tierra se nos brinda-

ban igualmente; pero los caminos de aquel eran más cortos, á la par que sus comodidades eran mayores. En los buenos meses del año, desde Abril á Octubre, los vapores del Mediterráneo son siempre preferibles á las postas italianas.

Un fugaz alivio de mi Dolores nos animó y nos decidíó; esperando ¡ilusos! que lo hallaríamos por completo en la frescura de otros climas, y en la ciencia de médicos más afamados!....—El 25 del mismo Setiembre nos trasladamos pues de Roma á Civita-Vecchia; y el 29, á los cuatro dias, nos embarcábamos en el *Capri*, ocupando la limpia y cómoda cámara que nos cedió con su constante urbanidad el capitán *Consiglio*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

INDICE DE MATERIAS.

	Páginas.
Dedicatoria.....	v

LIBRO PRIMERO.

TURIN.

Partida de Marsella.—El 4.º de Marzo de 1855.—Niza.—Su situacion.—Su historia.—Viaje por la Cornisa.—Génova.—Aspecto de la ciudad.—Historia de Génova.—Su rivalidad con Turin.—Cómo concluye.—Las artes en Génova.—Ferro-carril á Turin.—Turin.—Su descripcion.—Su destino.—Historia de Turin.—El Ministerio sardo.—El Conde de Cavour.—Ratazzi.—El Rey Victor Emmanuel.—El pueblo piamontés.—Los partidos políticos.—Situacion politica de la Cerdeña.—Cuestion italiana.—Esperanzas y dificultades.—Lo que es posible.—Ciencias, letras, artes en el Piamonte.....	9
--	---

LIBRO SEGUNDO.

FLORENCIA.

Vuelta de Turin.—Liorna.—Su historia.—Pisa.—Carácter de esta ciudad.—La Catedral.—El Bautisterio.—La Torre inclinada.—El Campo Santo.—Santa María della Spina.—Historia de Pisa: su grandeza y su decadencia.—Florencia.—Su situacion: su historia.—Su aspecto y su carácter.—La plaza del Palacio viejo.—Pasion por el arte.—La Catedral.—El arte bizantino y el arte gótico.—El arte antiguo y el cristianismo.—Cómo murió aquel.—Cómo nació el bizantino.—Cómo nació el gótico.—Por qué rechazó Italia á este último.—El paganismo conservado en ella más	
--	--

que en ninguna otra region de Europa.—Exámen de la Catedral de Florencia.—El Bautisterio: sus puertas.—La Capilla ducal.—Santa Cruz y sus sepulcros.—Los palacios de Florencia.—La escultura.—Cómo es la mas pagana de las artes.—Proscrita por el cristianismo.—La escultura en la edad media.—Revolucion llamada el Renacimiento.—Qué fué en realidad.—Del Renacimiento en la escultura.—Culto de la forma.—Miguel Angel, y su influjo.—Comparacion de la escultura neo-clásica con la escultura griega.—Necesaria inferioridad de los modernos.—De la pintura: la pintura en la edad media.—Giotto: Leonardo de Vinci: Andres del Sarto.—La pintura después de los grandes maestros.—Cómo no se ha extinguido el arte en Florencia.—Las ciencias y las letras en la Toscana..... 67

LIBRO TERCERO.

ROMA.

De Liorna á Civita-Vecchia.—Civita-Vecchia.—El camino y la campaña de Roma. Su carácter.—Llegada á la ciudad. El Vaticano.—La puerta Cavalleggieri.—La plaza de San Pedro.—Situacion de Roma.—Su aspecto general.—El agua de Roma.—La plaza del Pópolo.—El Corso.—Los palacios.—Los palacios pontificios.—Mi recibimiento. El Cardenal Antonelli. Pio IX.—Las iglesias de Roma.—El palacio de España.—Antiguo poder de los Embajadores españoles.—Monserrate.—Los paseos.—Los teatros.—El arte dramático y los actores.—La música teatral. Verdi.—El pueblo y la sociedad de Roma.—Ojeada sobre la historia romana.—Los Reyes. La República.—El Imperio.—Cataclismo del siglo quinto.—Roma en la edad media.—El Pontificado.—Revueltas por muchos siglos.—Renacimiento de Roma.—Roma en los siglos últimos.—Consecuencias.—Carácter del pueblo romano.—Del gobierno eclesiástico en lo temporal.—Temores y peligros..... 175

LIBRO CUARTO.

LAS RUINAS DE ROMA.—EL ARTE ROMANO.

El Foro de Roma.—Su importancia.—Su historia.—Su aspecto y estado actual.—La Via-Sacra.—Que los arcos son romanos.—El Arco de Tito.—El monte Palatino.—La Casa de

Oro.—El Coliseo.—Su destino.—Su estado actual.—Los templos.—El de la Fortuna Viril.—El de Vesta.—El Panteón de Agripa.—Su descripción.—Los sepulcros.—De Augusto.—De Adriano.—De Cayo Sextio.—De Cecilia Metella.—La Via Appia y su restauración.—La columna de Trajano.—Exámen del arte en Roma.—Su naturaleza.—Sus adelantos.—La arquitectura supera á la griega.—No así la escultura.—Cómo nace esto de la índole de los dos pueblos.—Consideraciones generales	247
--	-----

LIBRO QUINTO.

EL VATICANO.—LAS ARTES RESTAURADAS.

Importancia del Vaticano.—Su historia.—La plaza.—La iglesia.—El palacio.—Carácter de la plaza.—Es un vestíbulo para el templo.—Su excelencia.—La iglesia.—Variaciones en su plan.—Desigualdad de mérito.—Su grandeza.—Cómo no parece tanta á primera vista.—Por qué.—Sus pormenores y adornos.—Subida á la cúpula.—El palacio.—Su carácter.—Los museos.—De la escultura.—La escultura moderna.—Alvarez.—Canova.—De la pintura.—Cómo vino á Roma.—Buonarrotta y el Juicio final.—Rafael.—Juicio sobre Rafael.—Sus cuadros.—La Virgen de Foligno.—La Transfiguración.—Sus frescos.—Las Loggias.—Las Cámaras.—La Escuela de Atenas.—El arte después de Rafael.—Cómo este es el maestro del mundo.—Decadencia del arte en los siglos xvii y xviii.—Por qué la pintura vivió más.—Adelantos fuera de Roma.—Venecia, Flandes, España.—Nuestra escuela desconocida en Italia.—El retrato de Inocencio XI y el Hijo pródigo	291
---	-----

LIBRO SEXTO.

LAS FIESTAS DE ROMA.

Celebridad de las fiestas de Roma.—Es de todos los tiempos.—Cómo ellas atraen á los extranjeros, aun preferentemente á las artes y la religion.—Sería desnaturalizar á Roma el quitárselas.—El Carnaval.—Las máscaras.—Carreras de caballos.—La fiesta de i moccoletti.—La Semana Santa.—La fiesta de las palmas.—El Juéves Santo.—El lavatorio.
--

La comida.—Los monumentos.—El miserere.—El día de Pascua. La bendición desde el balcon de San Pedro.—La Girándola.—La iluminacion del Vaticano.—La fiesta del Córpus.....	339
---	-----

LIBRO SETIMO.

EL ARTE CONTEMPORÁNEO.

Deseo de conocer el arte contemporáneo.—Cómo no brilla Roma en él.—Puede volver á brillar.—Historia reciente de ese arte.—De Roma y de su estudio han procedido los intentos de reforma. — Mengs y su influjo.—Fin del siglo XVIII.—David: sus causas: su carácter.—Sus cualidades y defectos.—Camuccini.—La arquitectura neo-griega.—La escultura. — Canova.—Thorwaldsen. — Juicio del neo-clasicismo. —Cómo cede.—Tenerani. Gibson. Solá.—Coghetti. Agrícola. Ingres.—Canina.—Reaccion neo-católica. Overbeck.—Su teoría. Sus obras.—Cómo es inferior á su empeño.—Juicio sobre el purismo.—No dura.—Por qué no dura. Su imposibilidad.—Se cae en el eclecticismo. Juicio de este.—Objeciones ó preguntas que se nos pueden hacer. Contestaciones.—Nuestros propósitos.—Ojeada sobre el porvenir del arte.—Sus peligros.—De la pintura religiosa.—De la mitológica.—De la histórica.—Mayor posibilidad en esta que en las otras dos.—De la escultura y su destino.—De la arquitectura.—Arquitectura del siglo XIX.—Actual estado de Roma: esperanzas.—De los pensionados españoles.—Solá.—Mérito de los jóvenes.—Mis proyectos no realizados.....	369
Conclusion.....	424

ERRATAS Y CORRECCIONES.

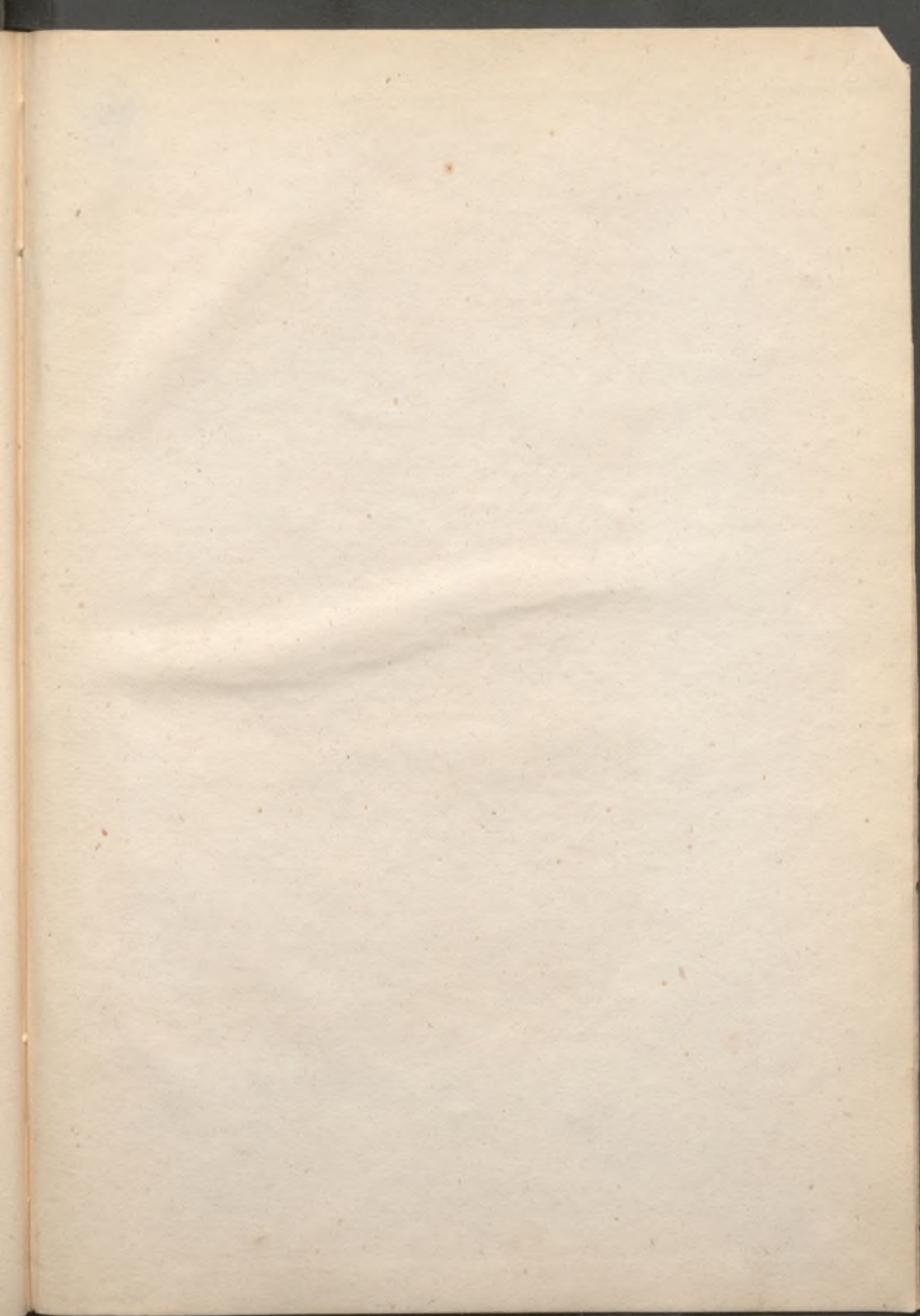
<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
18	20	corona	coronan
30	16	no	nos
87	16	providencial.	providencial,
101	10	ó admiracion	admiracion
211	8	llevaba	llevaban
En varias partes		Rávena	Ravena
En varias partes		Cánova	Canova.

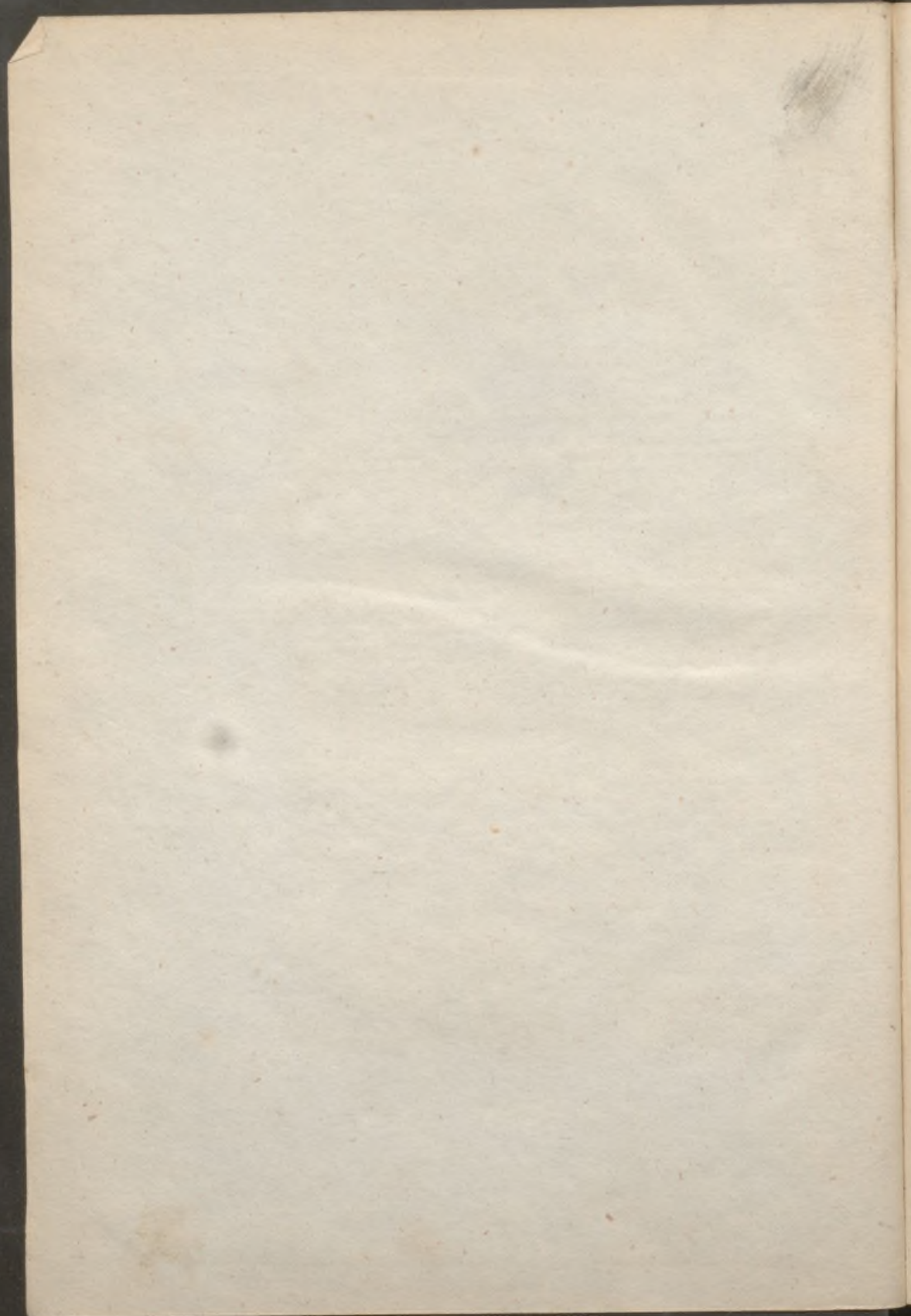
ERRATAS Y CORRECCIONES

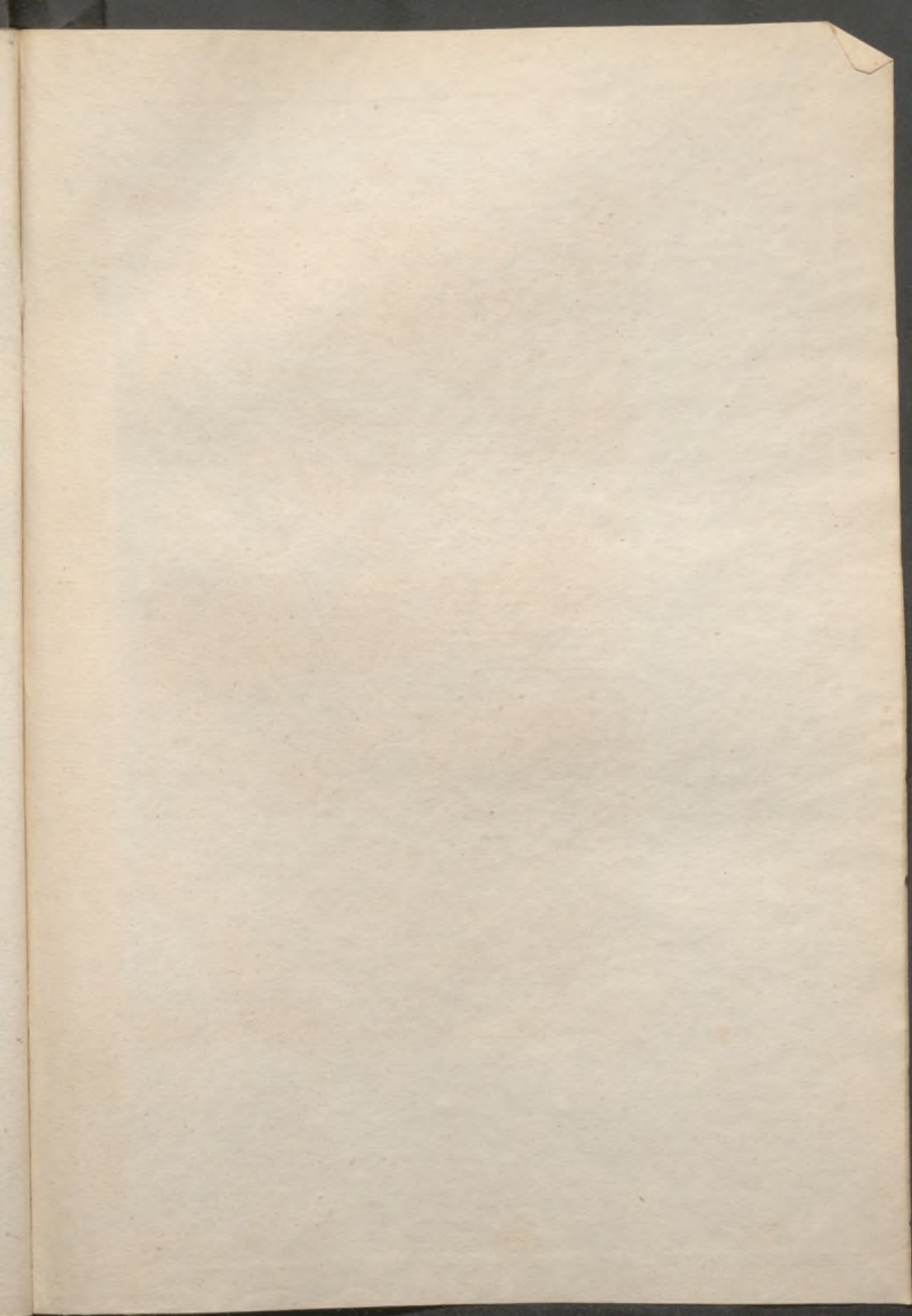
CONTENIDO

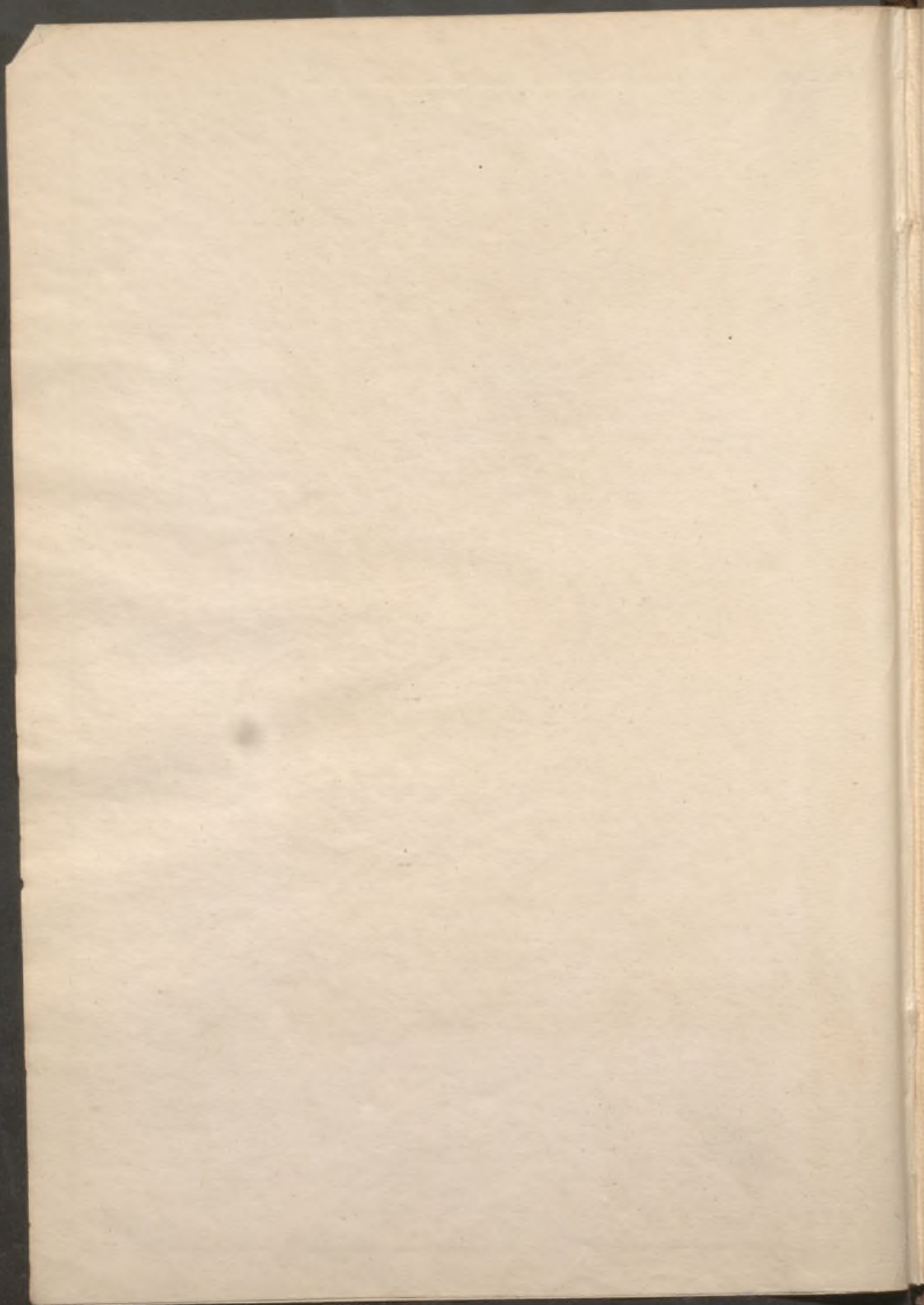
del tomo I

Capítulo	Página	Errata	Corrección
1	10
2	20
3	30
4	40
5	50
6	60
7	70
8	80
9	90
10	100
11	110
12	120
13	130
14	140
15	150
16	160
17	170
18	180
19	190
20	200
21	210
22	220
23	230
24	240
25	250
26	260
27	270
28	280
29	290
30	300







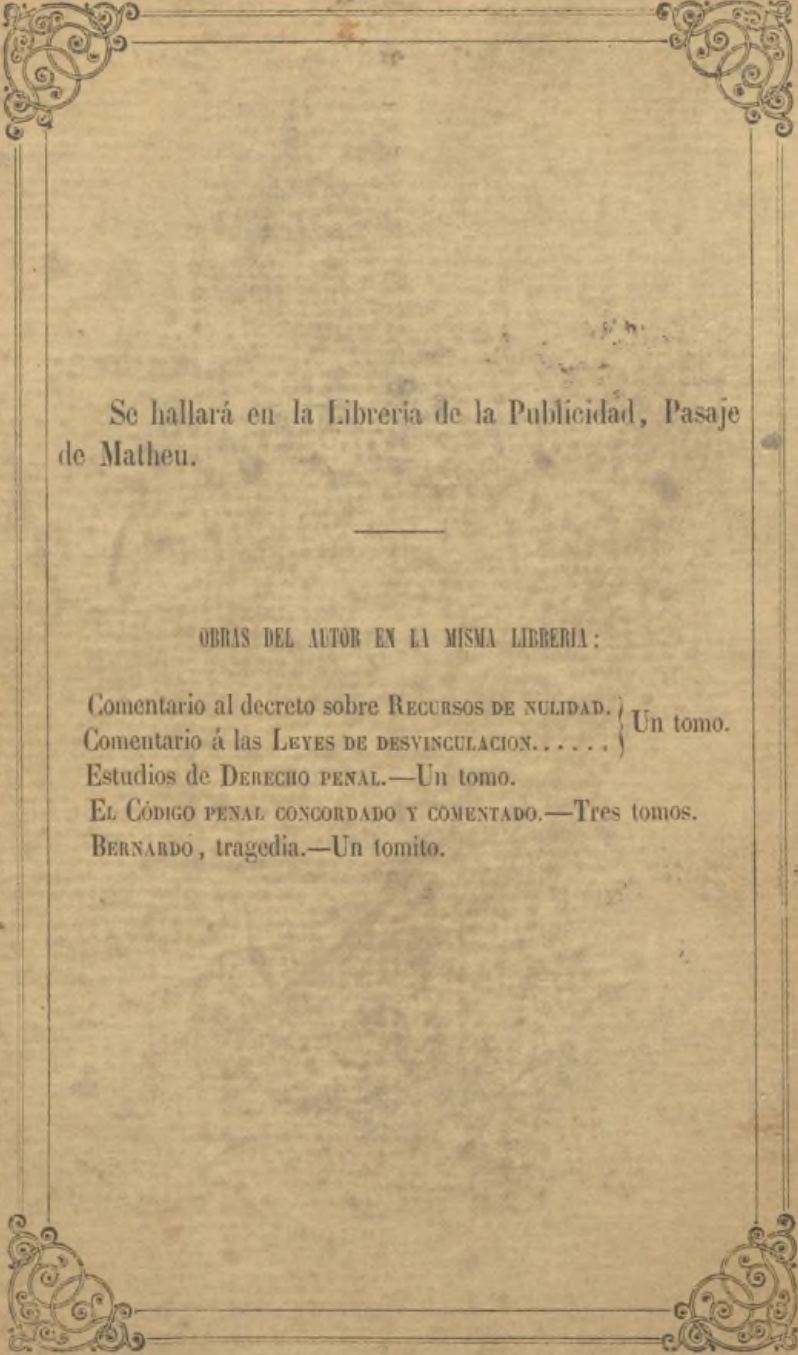


MUSEO NACIONAL
DEL PRADO

Italia, ensayo
descriptivo,
Mad/392



1072797



Se hallará en la Librería de la Publicidad, Pasaje
de Matheu.

OBRA DEL AUTOR EN LA MISMA LIBRERIA:

Comentario al decreto sobre RECURSOS DE NULIDAD. } Un tomo.
Comentario á las LEYES DE DESVINCULACION..... }
Estudios de DERECHO PENAL.—Un tomo.
EL CÓDIGO PENAL CONCORDADO Y COMENTADO.—Tres tomos.
BERNARDÓ, tragedia.—Un tomito.